


THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS



TEODORO GUERRERO.

HISTORIA INTIMA

DE

SEIS MUJERES.

CUADROS SOCIALES.

HABANA.—1859.

Imprenta La Charanga, calle de S. Ignacio,

núm. 117.

Madre mia:

Las horas que los temporadistas consagran al ocio y á los placeres las dedico á componer este libro que debo á mi patria por el favor que ha dispensado á mi novela Anatomía del corazon.

Desde mi ventana diviso en lontananza los campos donde pasaste algunos años de tu infancia, y con la brisa, que me trae recuerdos queridos de tu primera edad, me encuentro inspirado.

Al abrir este libro ¿necesitaré decir que te lo consagro?--¿Para qué? Harto sabes, madre del alma mia, que todos mis pensamientos son tuyos.

Teodoro.

Marianao 16 de julio de 1858.

INTRODUCCION.

I.

El café, esa planta indíjena que ha dado su nombre á tantos establecimientos de Europa, se toma en la Habana en familia.

En la Habana no hay cafés.

La *Dominica* es una elegante confitería que se asemeja en la forma á los cafés europeos; pero ese ambiguo recinto, adonde nunca falta concurrencia, carece del sello característico que distingue al café: carece de vida propia.

Escauriza es solo un punto de parada.

¡Bienaventurado el pais que no tiene cafés!

Los cafés no han conseguido mas que divorciar á los dos sexos; ellos destruyeron las tertulias de confianza, separaron al hijo de familia del hogar doméstico, al amante de su amada, al hombre, en una palabra, del cultivo de la buena sociedad.

Y sin embargo, yo he perdido, como otros tantos, muchas horas de mi vida corriendo de café en café.

Para conocer la corte basta ir algunos dias al Casino, trasnocharse en los salones, visitar los clubs y sobre todo estudiar la fisonomía de los cafés.

En ellos se come, se bebe, se murmura, se grita, se juega, se fuma, se conspira, se confeccionan duelos y se destruyen honras:—*el café* no es mas que un pretesto.

A fines del siglo pasado, si no me engaña la memoria, abrió un Mr. Rollin en Paris el primer establecimiento de esta clase, que escitó vivamente la atencion; sin el descubrimiento del Nuevo Mundo, es decir, sin el café, el azúcar y el tabaco, no hubiera tenido su productiva idea Mr. Rollin y la humanidad hubiera ganado no poco.

A imitacion de Paris, Canosa abrió en Madrid su célebre botillería, que aun recuerdan nuestros padres con placer; en aquella taberna de buen tono en_pezaron ellos á practicar las costumbres que hemos heredado en mayor escala.

Los cafés en Madrid se cuentan hoy á centenares: cada uno tiene su concurrencia especial.

Las exijencias locales del ornato público echaron por tierra el *Café de Lorencini*, que habia llegado á ser un monumento histórico: este establecimiento *sui generis* arrastraba una existencia inverosímil, por cuanto el aspecto de sus visitantes le puso el nombre popular con que se le conoció de *Panteon de los cesantes;* las clases pasivas que en aquellos tiempos vivian de milagro se reunian allí,

no haciendo otro consumo al año que el que les permitia las dos ó tres casi hipotéticas pagas que alcanzaban, gracias á la exhausta situacion que atravesaba el erario.

Este café se sostenia como sus concurrentes: allí no se hacia mas gasto que el de la murmuracion, *alimento* de todos los estómagos famélicos.

Tambien desapareció el *Café nuevo*, que murió ó por no poder sostener el adjetivo ó de plétora de revolucion: en él se vivia en perpétua calentura. Era un club á puerta abierta en que se conspiraba á gritos; las gentes tranquilas huyeron de aquel foco maléfico, y el café se cerró, dejando su nombre inscrito en algunos anales repugnantes de la política.

Cervantes, el autor de una obra colosal cuyo título no es preciso citar, sufrió en vida mil contrariedades; pero esto no fué bastante: despues de muerto profanaron su nombre estampándolo á la puerta de un café que por fortuna no pudo atraer concurrencia. Consagrado entonces el *Café de Cervantes* á la exhibicion de animales *sapientes* y de monstruos, murió de inanicion.—R. I. P.

En el *Café del Príncipe* entran todavía los neófitos de las letras con cierto temor y con algun respeto; para ellos hasta el mozo sabe algo de nuestra literatura; y hay motivo fundado para creerlo así: yo he alcanzado en ese *templo* de las artes y de las letras al *Romo* y despues á *Perico*, sirvientes que,

elevados á la categoría de *notabilidades*, imprimian al café un carácter que del café mismo recibieron.

En este local, llamado por unos el *Parnasillo*, y por otros *Tabernilla de las musas*, se reunen hombres de letras y políticos distinguidos de todos colores, que solo allí fraternizan, porque allí se vive en familia y se estraña la cara desconocida del recien llegado; el público, eso que se llama *público*, no lo invade mas que en los entreactos de las funciones del coliseo del Príncipe con quien se comunica.

Este recinto tiene su historia que seria larga de contar: él inspiró á Moratin su comedia *El Café*. —No hace todavía dos años que concurria á aquel sombrío y poco *confortable* local un anciano, íntimo amigo de *Inarco Celenio*, y se le veia todas las noches sentado á la misma mesa en que tomaba su copa con Moratin.—Su puesto lo respetaban todos.

Del *Café del Príncipe* han brotado no solo nuestras glorias literarias, sino tambien casi todas las eminencias que han brillado en la esfera política en los últimos cuatro lustros.

El elegante y espacioso *Café del Iris* lo invadió el comercio al por mayor y al por menor: allí los individuos representaban *cantidades*. El *Bolsin*, esa sucursal de la Bolsa, se situó en él para continuar el juego fatal de *tira* y *afloja* que ha arruinado á tantos incautos.

Este café acaba de hundirse cuando estaba en

sus verdes años: sin duda ha sucumbido al insoportable *peso* de su conciencia.

El que entra en el *Café de Moratin* se asusta de la profanacion que se cometió al bautizar con ese nombre respetable en la república literaria á un local visitado solo por toreros y gente de mal vivir. El lunes presenta una animacion estraordinaria despues de la *corrida:* allí se discurre sobre la torpeza de los *diestros* y se disputan palmo á palmo las glorias del *redondel.*

La concurrencia del *Café de la Esmeralda* toca al último tercio de la vida: la gente tranquila va allí á saborear el buen café con su poquito de política palpitante y á hacer hora para arrebujarse en las sábanas, gozando tambien en el billar con la habilidad de los *héroes* de carambolas y palos ó con la fortuna insultante de los *chiriperos.*

El *Café de Pombo,* á pesar de su pésimo local, adquirió celebridad por su leche amerengada, como el de *Levante* por su chocolate: son dos cafés que viven de su reputacion, mal ó bien adquirida como todas las reputaciones.

El recinto elegante de la *Nueva Iberia* ha cambiado de fisonomía de algunos años á esta parte; la *fashion* que al bajar del Prado lo llenaba para paladear sus escelentes bebidas lo fué abandonando á medida que lo invadieron las turbas revolucionarias.—Ya no es café; es un club: la tea de la discordia arde perpétuamente en el salon.

En la calle del Prado, á dos pasos de la plaza de Santa Ana, está el *Café de Venecia;* abrid paso á esos reyes de una noche que deponen su corona de oropel para vestir los andrajos del mendigo; á esos traidores de melodrama que arrojan el puñal y el coleto para vestir la casaca de Utrilla y manejar por las calles la caña de Indias; á esos seres que cuando sienten oprimido el corazon por una desgracia tienen que pisar la escena, obligados á divertir á un público exijente que paga.

Ese hormiguero que pulula por la plaza y que ocupa las mesas del café son actores sin compañía que se reunen allí para esperar *ajuste*.—El Café de Venecia es el mercado de los cómicos.

No entreis en el *Café del Recreo* de la calle de Alcalá; allí el que entra pobre cree salir rico y sale arruinado; esa multitud de piedras que circulan de mesa en mesa os las presentan como la base del edificio de una fortuna; pero guardaos de alucinaros: esos pedruscos son un verdadero filon para los que comercian con la credulidad de los filarjirios.—El Café del Recreo es el *sanedrin* de los mineros.

Si pasais á las altas horas de la noche por la calle del Caballero de Gracia dirijid una visual á lo interior del *Café de San José:* esa concurrencia de aspecto sospechoso se esparce por las calles con la sana intencion de dar el ¿quién vive? á vuestro bolsillo. Los anales de la policía tienen regis-

tradas las glorias de sus visitantes.—¡Pasad de prisa!

Y como seria interminable mi relacion, me detengo por último en el elegante recinto de Matossi, Fanconi y compañía. El *Café Suizo* es el apeadero de los elegantes, el *rendez-vous* de la juventud cortesana y de los forasteros.

La animacion reina siempre en sus salones: cada mesa presenta una fase distinta. Allí están confundidas las clases: los imberbes destrozan una reputacion ó se ocupan del último figurin al contemplarse en sus magníficos espejos; los militares, los literatos, los comerciantes, las damas, los políticos, todos allí se mezclan, cumpliendo con la gran mision de matar el tiempo.--No llevan mas que una idea: *hablar*.

Y hablan todos, como decirse suele, por los codos, frase cuyo oríjen es difícil encontrar.

El Café Suizo es el trono de la crónica escandalosa y el mentidero público; en los dias en que están ajitados los ánimos por un motivo cualquiera que afecte al interes general en él se reconcentra la atencion.

Para el viajero, en el Café Suizo se encierra Madrid; para los que viven en Madrid, el Café Suizo es una necesidad.

En esos grupos está retratada la corte. La vida de los cafés es el daguerreotipo de Madrid.

No busqueis en los cafés de la Habana el re-

flejo de nuestra sociedad; en la Habana se vive en el hogar doméstico, tranquilamente; se desconoce, por fortuna, esa ajitacion que trastorna los sentidos y que arranca al hombre de su bufete y del estudio. El tipo del *flaneur* es aquí una planta desconocida.

La vida de la Habana está retratada en el muelle: el jóven que por la noche se entrega al deleitable movimiento de la voluptuosa danza del pais ha procurado por la mañana resolver el problema de la vida, que es *vivir*.

Aprende á trabajar para formarse una fortuna y lleva en la mente inculcada esta gran máxima de Franklin: *el tiempo es plata*. No pretende, felizmente para él, escalar el poder, ni se revuelca en el fango de la política, esterilizando su imajinacion y gastando en balde sus fuerzas.

Cuando el hombre ha atesorado en la Habana pone sus ojos en Europa; aquí se hace fortuna para alcanzar honores ó un puesto; allá se alcanzan honores ó un puesto para hacer fortuna.—Aquello es mas lógico.

No busquemos, pues, en nuestra nueva sociedad esos cuadros íntimos que forman el agrupamiento de los cafés en la vieja Europa.

Esto podrá no ser *la felicidad*, pero aquello no lo es seguramente.

¡Bienaventurado, repito, el pais que no tiene cafés!

II.

Una noche del último mes de marzo llovia con fuerza y muchas personas se habian refujiado en la Dominica, notándose ese murmullo de cien conversaciones que analizadas todas suelen no dar una palabra de provecho.

Yo me encontraba en el salon sin tener una mesa de qué disponer cuando seis amigos que ocupaban una en el ángulo de la izquierda me llamaron para brindarme con un puesto, que acepté al instante.

La mesa de un café es siempre digna de estudio; y mucho mas cuando no se sientan á ella personas de una misma clase y de las mismas aspiraciones.

Al ver la franqueza que reinaba entre nosotros se hubiera creido que estábamos ligados por grandes vínculos de amistad ó por una idéntica posicion; pero para convencerse de lo contrario me permitiré, usando la fórmula importada en la buena socie-

dad, presentar al lector á mis seis compañeros de mesa.

Yo habia tomado asiento entre Rafael Guzman y Julio Calderon.

Guzman es un jóven de veinticinco años, vivo, locuaz, de genio alegre, y muy á propósito para la plaza de gacetillero que hace tiempo desempeña en uno de los diarios de esta capital; anda siempre á caza de noticias, entra, sale, corre, no descansa, en una palabra: se le vé ahora en el teatro y luego en el baile y vá de un entierro á un bautizo y de una fiesta á un velorio.

Rafael Guzman se reproduce, se multiplica; á veces hay quien asegura que está á una misma hora en dos sitios distintos: nada ignora de cuanto pasa, pues todos acuden á él como á un buzon que reparte despues las noticias por conducto del diario.

El redactor de la gacetilla es un pregonero; Rafael es uno de los hombres mas importantes de la Habana; así como antes no habia funcion sin tarasca puede decirse que hoy no hay funcion sin Rafael: la primera papeleta de convite es para el gacetillero, pues todo el mundo rinde ya culto al demonio de la publicidad.

Julio Calderon tiene cinco años mas que Rafael: no necesita el lector mas que fijar en él la vista para conocerlo: sobre los hombros de su *flux* rayado lleva dos presillas.

Calderon no cambia esas dos presillas por el

baston de un alcalde mayor; su entusiasmo por la carrera militar no tiene límites y prefiere mandar su compañía á gobernar un reino.

Calderon cumple estrictamente con los deberes imperiosos del servicio militar, sin que por eso deje de vérsele siempre en el teatro y en los bailes y en cualquier punto donde haya que correr una *rumbantela;* allí desplega su buen humor y manda siempre en jefe.

La vida para él es una serie de emociones que lo sostiene: en teniendo algunas horas para su solaz, una copa de buen cognac para hacerse el terne, un amor en activo servicio, dos ó tres de reemplazo y cuatro ó cinco que forman su cuadro de reserva, nada teme ni debe.

Calderon seria feliz si su batallon no tuviese comandante, ni su regimiento coronel; los ascensos que tardan lo atormentan.

Al lado de Calderon está don Serapio Martinez saboreando con cierta fruicion un sorbete; es hombre de mas de cuarenta años y en el descuido de su traje y en su fisonomía lleva retratada la poca importancia que dá á las esterioridades del mundo.

Don Serapio es un comerciante inmensamente rico; se ha labrado su fortuna con el trabajo y para él no hay nada en la vida que no se compre y se venda: el oro es para él el dios del siglo y el rey del mundo.

Adora el becerro de oro como el único ídolo á que debe rendirse culto; ama al dinero por el dinero y no por los placeres que puede proporcionar.

Dice como el comerciante de Breton:

"Cinco y tres ocho y dos diez;
quito nueve: una me resta;
toda mi doctrina es esta:
sépalo usted de una vez."

Don Serapio no es un hombre vulgar, pero es un avaro.

El licenciado Tellez que está junto á Guzman es un jóven, muy grave en el foro que le ha proporcionado una reputacion, pero muy alegre en el círculo de sus amigos: hay en él dos entidades: el hombre de ley y el amigo.—Yo prefiero el segundo.

Respeta á sus afecciones como nadie, pero no se pára ante ningun medio para enredar un negocio que se le confia: ha obtenido el calificativo de *travieso* y esto es mucho para el vulgo por mas que no hable muy en favor de su honrosísima carrera.

Yo aprecio mucho á mi amigo Tellez, pero tengo miedo al licenciado.

Las otras dos personas que completan nuestro grupo son Fernando Peña y Alfonso Ulloa.

Peña es un *dandy* que en sus maneras y en el corte de su traje revela al hombre de mundo que ha corrido aventuras y que es siempre superior en

cualquiera clase de reunion adonde se encuentra. Peña, que no tiene otros cuidados que el de su capital, gasta alegremente los treinta mil pesos que le renta, y hoy está en la Habana y mañana vá á Europa por el placer de viajar: puede decirse que con poco mas de treinta años ha dado la vuelta al mundo.

Tambien Ulloa ha viajado; pero *de oficio*: Ulloa es alferez de navío; franco y alegre, como todos los marinos en tierra, Ulloa trata con la misma cordialidad á cuantas personas encuentra y deja simpatías en cuantos puertos abandona.

En cada puerto tiene una pasion que le hace sentir dejarlo y desear volver á él; pero con el aire fresco de la mar y el servicio olvida á la mujer que deja para acariciar el recuerdo de la que va á encontrar en la playa que lo espera.

Las pasiones de los marinos son violentas como las tempestades del oceano; pero su alma está avezada á la lucha y casi siempre triunfa sin *zozobrar*.

Ahora que el lector conoce á mis seis compañeros y como acaso me conozca tambien, diga qué lazo de simpatía cabe entre siete individuos tan opuestos en posicion y en caracteres. Y sin embargo, reinó entre nosotros una cordialidad sin límites: no temo decir que los siete nos queriamos mucho, con ese *cariño* que en la sociedad hace *íntimos* á los individuos, sin necesidad de quilatarlo.

Hablamos de todo lo que no nos interesaba, es decir, de esas cosas que se llaman de interes general; discurrimos sobre el estado de la plaza, charlamos sobre las últimas noticias de Europa y disputamos sobre la lucha entablada por los partidos en el teatro de Tacon acerca del mérito de las dos tiples, lucha que iba tomando colosales proporciones.

Peña se esforzaba por convencer á Ulloa de que el *bel canto* es mas apreciado en Europa que el canto dramático, cuando sin concluir su peroracion se levantó dejando al contrario sin la réplica.

Todos volvimos la cabeza para saber lo que motivaba aquella evolucion de Peña y le vimos llegar á una mesa y tender la mano á un jóven que la ocupaba.

A los seis nos llamó la atencion el aspecto de aquel recien llegado que debia ser nuevo en la Habana por cuanto ninguno le conocia. Era un jóven de unos treinta años, alto, esbelto, delgado, escesivamente pálido y de una fisonomía interesante.

Al ver llegar á Peña aceptó su mano, pero con un movimiento que revelaba si no indiferencia por la persona, á lo menos un desvío significativo: habia cierta vaguedad en su mirada que retrataba el dolor en lucha con la impasibilidad.

Peña se sentó al lado del jóven pálido, que, apoyada la mejilla en la mano izquierda, apuraba de un trago la copa que tenia delante, volviendo en seguida á llenarla.

No sé porqué los seis teniamos la vista fija en aquel hombre y seguimos en silencio el movimiento de su brazo, continuado hasta que apuró la botella de rom.

Apenas vació en su estómago la última gota, arrojó un doblon sobre la mesa, estrechó la mano de Peña y sin decirle una palabra mas salió del café.

—¡Cáspita! esclamó Calderon al ver llegar á Peña; sabes que ese mozo es capaz de habérselas con un mosquito; lo mismo traga rom que agua.

—Ese modo de beber, añadió Rafael, envuelve un misterio.

—Ese modo de beber, interrumpió el licenciado, es criminal.

—Ese modo de beber, dijo Peña sentándose, encierra la desgracia.

—Ya lo habia adivinado yo, repuso don Serapio; ese jóven se arruinará pues paga á doblon las botellas de un mal aguardiente.

—¿Quién es ese individuo? pregunté.

—Un desventurado, me contestó Peña; lo conocí en San Petersburgo.

—¡Debe ser rico! esclamó don Serapio.

—Julian de Figueroa es muy rico.

—Entonces no es desgraciado, dijo el gacetillero.

—Muy desgraciado!

—¿Ama por ventura?

—Tiene una mujer muy linda......

—¡Ba, ba! te haces ilusiones, repitió Guzman en el mismo tono; un jóven de buena figura, rico y con una mujer bonita no puede ser infeliz: yo quisiera tener todo eso para reirme del mundo.

—Serias tan infeliz como él.

—¡Quiá! dijo don Serapio riéndose; la felicidad consiste en tener dinero.

—Y en gastarlo, añadió Rafael.

—Los dos se equivocan, repuso Peña; que lo digan si no mi amigo Julian de Figueroa y Mercedes, su mujer.

—¡Escepciones! pregúntalo á mi amigo Barreda y á Emma.

—No los conozco.

—Barreda despejó la incógnita; la felicidad es encontrar una mujer bonita y rica.

—Eso no, interrumpió el licenciado; porque pueden desmentir á usted mi cliente Federico Rosales y Belen......

—¡Siempre escepciones!

—El mundo, amigo mio, dijo Ulloa, está lleno entonces de escepciones.

—Yo creo, dijo Calderon, que seré feliz cuando pesque la faja; no hay felicidad mas que en la posicion social.

—Tampoco lo creo, añadió don Serapio; si hubiera usted conocido á Virginia, mujer de mundo, y á su amante veria usted que eso no es tan cierto.

—La felicidad consiste en encontrar una mujer

hermosa que nos quiera, sea pobre ó rica, repuso Ulloa.

—¡Ah! no, dijo Calderon bebiéndose otra copa de cognac; mi pobre amigo el teniente Cárlos Diaz tropezó con Tula y compró á bien caro precio su encuentro.

—¿Cree usted acaso, señor publicista, dijo Ulloa á Rafael, que la gloria proporciona la felicidad?

—Para el que tiene alma de artista puede ser.

—Pues yo he conocido á la cantante Rosario, que podia llenar un almacen con sus laureles, y era bien desgraciada.

—Señores, dije yo que hasta entonces habia permanecido callado; veo que ustedes no se entienden y que no es posible fijar el tipo de la felicidad; yo me encargo de aclarar ese misterio.

—¿De qué modo? preguntaron todos.

—Acaban ustedes de nombrar á seis mujeres: *Belen, Emma, Tula, Rosario, Mercedes* y *Virginia.* Por lo que de las palabras se desprende, cada uno de esos nombres encierra una historia, que por pueril que sea me hace ahora al caso.

—No te comprendo, dijo el gacetillero.

—Ahora lo sabrás; hace tiempo que tengo con un editor compromiso de escribir un libro y me falta el asunto, lo cual no sé si es muy necesario para escribir un libro.

—Eso es lo de menos, esclamó Rafael.

—Sin embargo, ya tengo libro; pero me veo obli-

gado á exijir de los seis que me escriba cada cual la historia de una de esas mujeres.

Puso don Serapio repugnancia, pero pude convencerlo y mis seis amigos me dieron formal palabra de mandarme pronto el manuscrito.

Y, cosa rara, todos cumplieron su oferta.

He aquí, pues, el oríjen de este libro.

III.

El lector me permitirá que le dedique algunas líneas: quiero tanto á mis lectores que me gusta platicar con ellos.

Hablemos, pues, del libro que doy á la estampa.

Este libro no es una novela; así, lector querido, no encontrarás en sus páginas enredo, ni incidentes dramáticos, ni escenas violentas, ni nada sobrenatural.

Forman este volúmen unos cuadros íntimos arrancados de tu casa y de la mia y de la del vecino; no se esconden en sus hojas el puñal ni el veneno, pero sí lágrimas y sonrisas: y no de esas sonrisas y esas lágrimas que se ensayan al espejo para buscar un efecto: si se representa un drama, se representa á puerta cerrada; si hay comedia no tiene público: todo es natural.

En unos cuadros sencillos que no se han in-

ventado para conmover, no hay derecho á exijir mas: los resortes que se tocan para herir la fibra de los lectores no han estado á mi disposicion. Trasmito íntegras las relaciones que con el nombre de *historias* debo á la complacencia de seis amigos.

"*El estilo es el hombre,*" decia un poeta: y aquí está bien justificado: cada uno de los narradores ha puesto un sello especial á su relato. No cargo, pues, con culpas ajenas.

Si hay ideas exajeradas suyas son; si hay monotonía en los cuadros cúlpese á la verdad, que no arroja siempre tintes dramáticos en las horas de nuestra existencia.

Buscar el tipo de la felicidad ha sido mi idea; no se me tache de visionario: yo no he buscado mas que el tipo; la humanidad entera consume su vida en buscar la felicidad misma.

Ergo, la humanidad es mas visionaria que yo.

Esos cuadros que doy á continuacion son un pequeño *croquis* del gran cuadro del mundo, que es imposible copiar.

Porque el mundo es un cuadro jigante trazado por el sublime pensamiento del Criador y delineado por el magnífico pincel de la naturaleza.

Su conjunto es el caos, pero sus detalles son la verdad.

El pintor no tiene en su paleta la luz ni puede animar á sus figuras.

El mas hábil pintor no es mas que un pobrí-

simo copiante: el misterio de la naturaleza solo brota del dedo de Dios.

Tus sensaciones de placer ó de dolor no las hallarás reproducidas en ningun libro del mundo: no hay pluma que retrate tus emociones como no hay daguerreotipo que traslade, por ejemplo, la mirada de amor que penetra tu alma y te conmueve.

El lector no gusta de la verdad como no sea sobrenatural: quiere salir del círculo en que vive aprisionado y hallar en las pájinas del libro que recorre, lo inverosímil; lo inverosímil es el poema de la imajinacion.

Si no buscas la verdad, arroja mi libro; nada hay en él de nuevo. He copiado escenas sencillas para resolver un problema que, sin embargo, está ya resuelto.

¿Existe el tipo de la felicidad?

¿La felicidad que sueña el hombre es la que alcanza?

Vamos á verlo.

HISTORIA PRIMERA.



EMMA.

RELACION DEL GACETILLERO.

EMMA.

I.

"UN ARTISTA NOTABLE.—En el vapor-correo de España ha llegado á la Habana el distinguido pianista andaluz don Eusebio Barreda que con su habilidad adquirió una reputacion envidiable en España y en algunas capitales de Europa. Bienvenido sea el artista á este pais que tan bien acoje á los que brillan por su talento."

Estas líneas que en febrero de 1857 vieron la luz en las columnas del diario de que soy humilde gacetillero forman la primera pájina de la historia que voy á referir.

Eusebio Barreda era un buen muchacho que me recomendó un paisano mio; un jóven ganoso de gloria y de fortuna, pero de una fortuna que pretendia adquirir con su talento; tocaba el piano con bastante destreza y abandonó el rincon de Málaga, convencido de que los aires de provincia son pesados para tender el vuelo con las alas del genio.

Barreda se trasladó á Madrid, soñando laureles y riquezas, que creyó eran allí la cosecha del talento; cultivó algunas amistades, se introdujo en los bastidores de los teatros para familiarizarse con los dispensadores de reputaciones y gastó su escasísimo patrimonio sin conseguir que le oyeran.

Como solo tocó en pequeños círculos no alcanzó que la prensa proclamase su nombre: la prensa que tanto habia enaltecido á Listz y á Gottschalk y á tantos otros estranjeros no tuvo algunos renglones para aquel compatriota que llamaba humildemente á las puertas de la atencion pública.

Verdad es que Eusebio Barreda no era Gottschalk ni Listz, pero lo mismo hubiera sucedido á valer tanto como ellos. Lo difícil en el edificio de las reputaciones es poner la primera piedra.

Y el pobre Eusebio no tuvo en Madrid un amigo que se encargara de imponer silencio á las gentes para hacerles oir las vibraciones de las cuerdas de su piano, imponiéndoles al mismo tiempo su mérito, fuese ó no verdadero.

Eusebio que soñaba laureles y riquezas vió p

sar los meses y con ellos sus pobres recursos.—No será necesario decir que la desesperacion se iba apoderando de su ánimo y que la melancolía lo dominaba.

¡Es tan triste creerse águila y no tener horizonte para remontarse!

Su amor propio sufria doblemente: deliraba como todo el que tiene alma de artista por los aplausos, y olvidando ya sus ideas de fortuna, solo buscaba un público, un público que le oyera.—Para él oirle y aplaudirlo era una consecuencia no dudosa.

Cuando encontraba un gentío amontonado para ver un espectáculo cualquiera, se acordaba de su piano y tenia envidia hasta al ciego que por las calles conseguia con su destemplada bandurria reunir un centenar de personas.

Eusebio nunca tuvo un público á su disposicion y hubiera dado en el suicidio ó en la demencia á no haber tropezado con el amigo que despues me lo recomendó. Este amigo, interesado en su suerte, le señaló con el dedo en el mapa la isla de Cuba.

Los ojos de Eusebio se dilataron: Cuba es todavía para muchos una especie de Jauja; dió gracias á mi amigo por su luminosa idea, recibió de él varias cartas de recomendacion amen de algunos recursos y se lanzó á cruzar el oceano proceloso, en busca no solo ya de un público, sino de una fortu-

na. Los sueños de Eusebio se despertaron al poner el pié en el Nuevo mundo.

Dos dias despues aparecia en el periódico la gacetilla con que encabecé mi relacion.

Veo bien que puede dirijírseme un cargo justísimo, pero nunca me arrepentiré de las líneas consagradas á Eusebio: esas mentiras son pecados veniales de la prensa.

Verdad es que Eusebio no habia adquirido una *reputacion envidiable* en España y mucho menos en otras capitales de Europa, adonde nunca estuvo; pero Eusebio me habia entregado una carta eficaz de recomendacion, habia simpatizado conmigo y necesitaba que le abriesen una puerta para entrar con tambor batiente: la intencion disculpa mi flaqueza.

Aquellas líneas trastornaron la cabeza de Eusebio; despues de verlas en letras de molde se olvidó de sus pasados tormentos y hablaba ya de su reputacion, como si lo que yo habia escrito, por estar impreso, fuese un hecho consumado; fácil es comprender que necesitándome procuró estrechar conmigo los lazos de la amistad, y lo consiguió: soy impresionable y mas con las personas que me demuestran cariño.

En el periódico saqué á relucir varias veces á Eusebio Barreda, y el público empezó á familiarizarse con aquel nombre, convenciéndose de que debia ser una notabilidad cuando un diario lo proclamaba tan frecuentemente.

La prensa, ese poder que parece haber perdido su prestijio para ciertas jentes, es y será siempre poder para el vulgo; la prensa, como la escena, tiene sus misterios que imponen, aun á los que viviendo en medio de ellas ven de cerca los bastidores y bambalinas con que se engaña á la imajinacion.

Y es menester convencerse; la gran potencia en el periodismo no se encierra en el artículo de fondo; la gran potencia es la gacetilla.

Los genios de gacetilla pululan por el mundo; ¡cuántos se han levantado sobre ese pequeño pedestal!

La gacetilla es un arma ofensiva y defensiva que hiere como el puñal: de un solo golpe; es tambien un incensario magnífico porque el humo llega á todos; ¿quién no lee la gacetilla de un diario?

Soy un mozo que tengo una reputacion colosal en Cuba; mis obras no están impresas en volúmenes, pero están impresas en la mente del vulgo; debo tener en la cabeza muchos libros, pero me guardaré bien de escribirlos y si arrastrado por el instinto los escribiera, no cederia á la debilidad de darlos á la estampa.

Mis ideas se encierran en un corto número de líneas que el público lee y repite: tengo un público numeroso que me lea y me señale con el dedo.

Los célebres autores contemporáneos han necesitado escribir muchos libros para adquirir una

reputacion que he conquistado con pequeñas dosis literarias que suministro diariamente al público inocente que lee, y sobre todo que paga lo que lee.

¿No vale un pensamiento de Pascal ó un apotegma de La Bruyère tanto como todo un libro de Rousseau?

Pues he ahí mi sistema: yo no soy La Bruyère ni Pascal, pero soy el gacetillero de mi diario, y estoy seguro que la hija de mi vecino y el bodeguero de la esquina me leen siempre con gusto y me conocen más que á esos pensadores sublimes.

Si no paso á la posteridad será porque no deba pasar, pero eso no quitará la importancia á la gacetilla.

La gacetilla es la homeopatía de la literatura: el pensamiento suministrado en cantidades infinitesimales es un gran principio.

Vosotros los que pretendeis vivir de vuestra reputacion, ¡rendid holocausto á ese primer escalon de la fortuna!

El artista que ejecuta con su voz ó su instrumento una obra maestra, el actor que interpreta un papel, el escritor que publica un libro, todos, hasta el comerciante que quiere vender su mercancía, me aprietan la mano al encontrarme: aquel apreton de manos es un aviso: llama á las puertas de mi diario para pedir un poco de incienso.

Y gracias que no fabrico reputaciones á tanto por línea como en otros paises: guardo mi indepen-

dencia. La prensa aquí no es una mujer perdida que vende sus halagos: conserva todavía su pudor.

Por eso al elojiar á Barreda habré cedido á una flaqueza disculpable, pero nadie teñirá mi rostro con el carmin de la vergüenza.

II.

Mi idea no fué estéril por fortuna. Eusebio Barreda se fué infiltrando en la sociedad y realizó la primera parte de su sueño: encontró un público.

El Liceo le abrió sus puertas, y la concurrencia le prodigó esos aplausos que exije la galantería de buen tono que nunca hace distinciones marcadas. Eusebio vió un horizonte sin límites con la óptica de la imajinacion que abarca un espacio infinito, y se arrulló con ese murmullo deleitable que para él era el eco de una reputacion no lejana.

Eusebio era un jóven distinguido, y de no vulgar instruccion; poseia algunos idiomas y bailaba á la perfeccion; su carácter comunicativo, su habilidad en el piano y su bella figura le abrieron todas las puertas: Eusebio era uno de esos hombres que, segun el decir de las jentes, *tiene partido.*

Eusebio contaba solo veinticinco años; era al-

to, esbelto, con unos magníficos ojos meridionales y unos suaves bigotes negros que llevaba retorcidos: indudablemente habia en las líneas de su rostro algo que cautivaba.

Pero el jóven artista que rendia en su alma el primer culto á la gloria forjaba de contínuo delirios que acariciaba, y era en balde que le presentase yo la realidad: creia mas en sus sueños que en mis palabras.

La mujer era para él un objeto de cariño, pero secundario; estaba dispuesto á amar á todas las que veia con ese ardor del mediodia, pero sus impresiones eran pasajeras: á pesar de que conocia la superioridad de su físico hubiera despreciado á la mujer que en una pasion no se sintiera arrastrada hácia él mas por su talento que por su figura.

Esta debilidad era una belleza del alma de Eusebio que me encantaba.

Al mes de tratarnos habiamos estrechado tanto los lazos de nuestra afeccion que viviamos juntos, dispuestos á no separarnos. Sosteniamos nuestra modesta habitacion, yo con el escaso producto de mis gacetillas, y él con algunas lecciones que iba adquiriendo.

Una tarde, despues de comer, nos meciamos muellemente en los columpios, fumando, y viendo yo que se encontraba en una de sus enajenaciones, le dije:

—¿En este momento atormentas el porvenir?

—No, me contestó saliendo de su estupor; vivia en lo presente.

—Es estraño.

—Estaba trayendo á mi mente el cuadro de nuestra situacion.

—¡Qué ganas tienes de perder el tiempo! esclamé.

—¿Porqué?

—Porque el hombre debe dejarse arrastrar por su suerte, siempre con la vista en lo porvenir alimentando la esperanza, ó con los ojos fijos en lo pasado acariciando un recuerdo.

—Me sorprende oirte hablar así!

—Lo presente, querido Eusebio, no existe; lo presente no es mas que un minuto que desaparece para entrar en la esfera de lo pasado. El horizonte que se abre ante nuestros ojos es inmenso y nadie sabe lo que le está reservado en ese espacio que miramos con avidez.

—¡Ay, Rafael! ¡si yo realizara mis sueños de gloria seria feliz!

—Despues de realizarlos querrias ir mas allá: no hay límite para el deseo.

—La gloria......

—La gloria es un cuervo astuto que se viste con las plumas del cisne, y es difícil atraparlo.

—¡Siento acá en mi alma algo de grande!......

—Sí: tienes ambicion de riquezas que pretendes adquirir con tu talento: ese problema ya está resuelto por la humanidad.

6

—¿En sentido negativo?

—Justamente.

—No lo creo.

—Haces mal. Tambien tengo ambicion, pero te juro que aceptaria el resultado de cualquier parte que viniera; lo que importa es atesorar, porque si la felicidad no la proporciona el dinero, la verdad es que debe contribuir en gran parte á ese fin.

—¡Eres un iluso!

—Me conformo con el calificativo.

Y Eusebio, casi indignado, se esforzó para probarme que no habia felicidad para él sino en sus sueños de artista y en formar una fortuna que mostraria con orgullo por ser producto lejítimo de su talento.

Tanto se esforzó en hablar que su elocuencia y la brisa deleitable que penetraba por mi entreabierta ventana me adormecieron y caí en un profundo sueño.

III.

Pasaron las semanas y pasaron tres meses.

Eusebio iba adquiriendo lecciones y yo continuaba surtiendo de pensamientos el estómago de

esa incansable tarasca que se llama periódico diario; nuestra vida en nada habia cambiado; hablábamos siempre de lo porvenir con esa confianza de los desesperados, sin que nunca estuviéramos acordes, pero estaba escrito que la fortuna habia de sonreirnos para burlarse sin duda de nuestra suerte, proporcionándonos, sin embargo, un soberbio paréntesis en nuestra monótona existencia.

Eusebio y yo, como todo el que no tiene nada ó tiene mucho, que para la ambicion es lo mismo, arriesgábamos siempre una pequeña parte de nuestras entradas á ese juego de resultado inverosímil que se llama lotería y que ha enriquecido á muy pocos, pero que ha arruinado á muchos, trastornando la razon de tantos cabalistas.

Jugábamos sin esperanza, pero jugábamos; no teniamos fé ni en el juego ni en nuestra suerte, pero jugábamos: la humanidad esplicará mejor que yo esta inconsecuencia del modo de pensar con el de obrar.

Una mañana de junio en que el calor enervaba mis facultades, cuando tenia empezada una gacetilla que yo mismo no sabia como habia de concluir, por cuanto no habia pensado en cual era el pensamiento que me la inspiraba, llegó á la redaccion la lista de los números premiados en el sorteo.

Mi vista cayó maquinalmente sobre nuestro número; dí un salto en mi asiento, y me quedé in-

móvil; no sé el tiempo que estuve petrificado: cuando sentí que la sangre circulaba de nuevo, me restregué los ojos y repasé la lista cien veces: nuestro número estaba premiado con *¡dos mil pesos!*

Arrojé la pluma y sin tener en cuenta el esceso de temperatura, dí á correr por las calles, como Arquímedes al salir del baño, esclamando entre dientes *¡eureka!;* fuí de una en otra subcolecturía para convencerme de que el número no estaba equivocado y despues de repasar cuantas listas hallé á mano corrí á cobrar mi billete.

Una hora despues entraba en casa, triunfante como Colon en Barcelona, y arrojé á los pies de Eusebio, que me aguardaba tranquilo, aquel tesoro.

—¿Qué es esto? me dijo pegando un salto y abriendo sus grandes ojos.

—¡Hé ahí la felicidad! esclamé jadeante y dejándome caer en un mecedor.

—¡La felicidad! repuso Eusebio recojiendo el dinero y contemplándolo con estupor.

—Sí: trabaja un año para reunir con tu talento esa cantidad y veremos si te produce esa emocion que estoy leyendo en tu rostro.

Eusebio se puso encendido como una grana.

—No te comprendo, dijo.

—¡Ese dinero es nuestro!

—¿Tuyo?

—No: de los dos; nuestro billete salió premiado. ¡Somos poseedores de dos mil pesos!

—¡Ah! esclamó Eusebio acariciando el metal con los ojos.

—¡Es una fortuna!

—Bien escasa por cierto, repuso entonces Eusebio queriendo aparentar un desden que estaba muy lejos de su alma.

—Es cierto; pero bienaventurada sea.

—El destino se ha burlado de nosotros, Rafael.

—Ojalá se burlara así de nosotros todos los dias, querido Eusebio.

—Eres incorrejible.

—Pero soy franco.

No es posible considerar los proyectos y cálculos que formamos para emplear aquella cantidad; todo lo queriamos comprar, pero tropezábamos al momento con la exigua estension de los fondos; Creso no se hubiera visto mas apurado para emplear su fortuna que nosotros con aquel mezquino guarismo de pesos fuertes que debiamos á una caricia de la suerte.

Una semana fuimos dichosos con solo contar el dinero y buscar medios de emplearlo: nada nos satisfacia.

Una tarde, despues de la siesta, llamé á Eusebio y le dije:

—Me ha asaltado una idea que creo te parecerá luminosa.

—¿Alguna calaverada?

—No: una idea que nos dará importancia.

—Ya te escucho.

—Con dos mil pesos me he convencido de que no podemos, nosotros hombres de imajinacion, formar la base de una fortuna; esa cantidad no alcanza mas que para hacer una espedicion de placer: la gastaremos alegremente.

—¿Estás loco?

—Deliro por los viajes, añadí sin hacer caso de su esclamacion, y un viaje dá siempre importancia: un artista que viaja no solo aprende sino que dá una alta idea de su posicion. Vivamos esta vez de lo presente.

—Tambien me gustaria una espedicion, pero....

—Ademas, repuse yo para convencerlo, el calor es insoportable en la Habana, y no dejaria de convenirte ponerte á salvo de la fiebre amarilla......

—¡Oh! sí, sí, tienes razon! esclamó Eusebio inquieto, ya porque se despertara en él ese temor tan justo en todos los que llegan á Cuba, ya porque la posesion del dinero le hiciera tener mas apego á la vida.

—Entonces, prepara la maleta.

—Y ¿adónde vamos?

—A cualquiera parte.

—¿Al campo?

—No: mas lejos; nos vamos á los Estados-Unidos; tengo ganas de visitar ese pais que tanto se desconoce aquí á pesar de que está besando los lindes de Cuba.

Eusebio aprobó mi idea y preparamos nuestras maletas.

A los tres dias aparecia en el periódico de que soy redactor esta gacetilla que (en confianza) habia escrito yo:

"Espedicion artística.—Hoy sale para los Estados-Unidos en el vapor *Empire-City* nuestro amigo y colaborador D. Rafael Guzman, acompañado del distinguido pianista D. Eusebio Barreda; este viaje de placer no será infructífero por cuanto el primero lleva la idea de escribir un libro sobre aquel pais y el segundo la de estudiar el desarrollo de las artes en la Union."

IV.

Pisamos la cubierta del vapor *Empire-City* con alegria casi infantil: hay siempre en un viaje cierto secreto que regocija el alma.

La manía de viajar se ha hecho una manía universal: no sé si se viaja por ceder á un impulso de conocer lo desconocido ó por seguir la moda. Y la poesía de un viaje está solo en el dia antes y en el dia despues: esta es la realidad.

La máquina ruje y escupe y me vuelvo á mis

amigos para estrecharlos entre mis brazos; no sé que tiene una despedida que impresiona siempre. Aunque se emprenda un viaje por placer, en el primer momento flaquea el alma: el acaso y el peligro se pintan en ese primer paso y se vé desaparecer todo lo que se ama con cierta opresion del corazon que hace presentir algo triste.

El vapor traspone el Morro, ese centinela avanzado de la Habana, y me vuelvo á dirijir una última mirada á mis amigos: ellos nos saludan desde la bahía y hasta los edificios que parecen moverse nos dan un adios.

Observamos despues á los compañeros que la suerte nos depara, y encontramos personas conocidas; en seguida fraternizamos: la amistad y el amor caminan en los viajes impulsados por esa fuerza motriz que se llama vapor. Las afecciones de los viajes nunca son pasajeras: el peligro ó una franqueza característica unen íntimamente: estrecho siempre con fruicion la mano de la persona que ha viajado en mi compañía.

Debo mirarlo todo detenidamente porque me he comprometido á escribir un libro; antes dije que no escribiria libros, pero no tenia un real; ahora soy rico. Ademas, un gacetillero puede ser inconsecuente sin temor de comprometerse.

Estoy, pues, decidido á ser observador para no calumniar á un pais estranjero; no quiero parecerme á cierto frances que al traspasar el Pirineo se

propuso escribir sus impresiones; iba á su lado un español y lo tomó como tipo general. El español que estaba resfriado estornudó varias veces; el francés, despues de observarlo, sacó su cartera para hacer en ella este apunte: *"Los españoles estornudan mucho."*

Voy á ser imparcial; aunque no sé si diciendo la verdad en un libro de viajes conseguiré despertar el interes: lo que el autor inventa suele ser la salsa que hace mas apetitosa la lectura.

Dando vueltas á mi idea y hablando con Eusebio sobre sus sueños de felicidad, pasaron los seis dias que duró la travesía y el 2 de julio desembarcamos en Nueva-York, en esa ciudad centro de un movimiento sin fin y de una vida ajitada.

Eusebio me dijo entonces con razon que huyendo de Scyla habiamos dado en Caribdis, pues el calor era espantoso; tomando lenguas, como decirse suele, supimos que la jente de tono se encontraba esparcida en distintos puntos.

Todos eran nuevos é iguales para nosotros, pero la casualidad ó el destino nos hizo preferir á Saratoga, célebre por su agua salutífera; y al dia siguiente tomamos por asalto el camino de hierro que habia de trasladarnos á aquel punto.

Y aquí puede decirse que comienza la relacion que hace tiempo comencé.

V.

La locomotora, ese demonio inflamado que huye de sí misma, nos arrastraba, *regateando* con el viento y dejándolo atrás.

Iba entretenido en contemplar el bello panorama que ofrece la ribera del *Hudson*, y varias veces llamé la atencion á Eusebio para que contemplara el cuadro de la naturaleza, pero Eusebio obedecia maquinalmente, abandonando en seguida la ventanilla del carro. Sorprendióme al cabo su indiferencia y me volví á observarlo.

¡Ah! ¡para Eusebio estaba el espectáculo en otra parte!

Los negros ojos de mi amigo estaban clavados en los ojos negros de una mujer.

¡Ya pareció aquello! oigo esclamar á mas de uno; justamente: ¡ya pareció aquello!...... Una historia sin mujer es lo mismo que un cuerpo sin alma.

—Eusebio, le dije; ¡qué pradera tan hermosa!

—Rafael, me contestó; ¡qué mujer tan linda!

Pronunció estas palabras en voz alta, pero allí, felizmente, nadie entendia el castellano.

He dicho mal al decir *nadie;* cuando se dirije

una alabanza á una mujer, sea en el idioma que quiera, su amor propio se lo traduce letra por letra.

El amor es un idioma universal.

Las palabras que Eusebio pronunció en español salieron por sus ojos traducidas al inglés.

La *lady* que le habia inspirado aquel arranque entusiasta bajó la vista, sin dejar por eso de mirar á Eusebio. Este juego de guerrillas, que parece imposible, lo posee toda mujer.

Porque en materias de espresion de sentimiento, la mujer, por vulgar que sea, tiene una fibra mas que el hombre de talento, siquiera sepa tanto como Ovidio en el *arte de amar.*

Eusebio, al ocupar su asiento, no habia reparado en aquella jóven que tenia enfrente.

Ella habia abierto un libro, compañero inseparable de todas las mujeres de ese pais, para entregarse á la lectura; pero al llegar á *Manhattan*, cuando el tren se detuvo, alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con la cara de Eusebio.

Los ojos de Eusebio se dirijian en aquel instante al sitio que ocupaba la jóven.

Y los ojos de Eusebio y los de ella se encontraron.

Digan en contra cuanto quieran esos moralistas que se burlan de las pasiones repentinas, estoy convencido de que el amor es un fluido magnético que se comunica de repente en un cámbio de miradas.

La primera mirada es el poema de una pasion.

En la correspondencia hay despues emociones de placer ó de dolor, toman parte los sentidos ó el amor propio, hay lucha y contrastes, hay felicidad ó desdicha; pero la primera mirada vive siempre. El alma entera se asoma á los ojos un instante y con un impulso violento se escapa para ir á confundirse con otra alma que la acoje.

¡Y hay necios que pretenden probarnos que el amor es mentira!

¡Esos seres ignorantes son *ciegos!*

Eusebio se recostó en el respaldo del asiento, estudiando la postura para disimular la fijeza con que miraba á su compañera de viaje.

Ella abrió de nuevo el libro: era la novela *Vivian Grey.*

Disraeli hubiera podido reclamarle con algun derecho la alteracion que resultaba en el diálogo; lo que el autor habia escrito no era lo que balbuceaban los labios de la jóven: estaba leyendo maquinalmente, pues delante de las letras impresas habia una nube que le estorbaba: era el fluido de la mirada de mi amigo.

—Eusebio, has dado flechazo á esa jóven.

—¡Calla y no mires! me dijo con temor.

—¿Porqué?

—Observa al viejo que vá con ella: no me quita el ojo.

—Será su padre.

—Por la misma razon.

—No temas: los padres son cortos de vista.

—Ese padre tiene trazas de ser un tigre.

—¡Bribon! ¡qué afortunado eres! ¡La niña te come con la vista y por Dios que es una perla!

Con efecto, la jóven era encantadora.

Y habia en su rostro algo que revelaba un alma superior; ese no sé qué que se escapa al pincel del retratista y que yo tampoco acertaria á describir por inspirada que estuviese mi pluma.

En su elevada frente se adivinaba la intelijencia.

El que la acompañaba le llamó varias veces la atencion, tratando sin duda de distraerla de la idea fija que la dominaba.

Por lo que hablaron pudimos saber que el nombre de la jóven era *Emma* y que el anciano era su padre.

Emma fijó en su padre sus rasgados ojos, y queriendo motivar su enajenacion echó la culpa al interes que le inspiraba *Vivian Grey*.

El anciano hizo un jesto significativo y miró de reojo á Eusebio.

La solicitud del padre de Emma me habia cautivado: abstraido de cuanto pasaba á su alrededor atendia á su hija con una ternura que escede á toda ponderacion.

Esa mirada paternal que vela por un hijo es

simpática á todo el mundo, aunque aparezca ridícula en la exajeracion.

El padre que iba enteramente ocupado de Emma y que leia en el alma de su hija, que era su alma, habia comprendido bien que se habia obrado en ella una revolucion instantánea, tanto mas terrible cuanto mas violenta era.

Los ojos del anciano brotaban un raudal de cariño al fijarse en Emma, y aquellos mismos ojos, al volverse instintivamente hácia Eusebio, presentaban de relieve un cámbio súbito: los ojos del anciano reventaban preñados de cólera: parecia que encerraban una tempestad.

No mira de otra manera la leona que abriga á sus cachorros al imprudente que se acerca á su guarida.

Pero Eusebio ya no veia al anciano, ni veia el camino, ni á la jente que llenaba el carro, ni me veia á mí, ni se veia él. Eusebio iba fascinado por los ojos de Emma que no le abandonaban ya, aunque mirasen á otra parte.

Los que no han tenido la suerte de inspirar ó de sentir una pasion repentina creerán que exajero; pero serán pocos los seres que no hayan amado de veras alguna vez.

Y si han amado de veras han sentido lo que Emma y se han encontrado en la situacion de Eusebio.

Verdad es que este en aquel momento no es-

taba enamorado: obedecia solo á esa fascinacion de los sentidos que produce la mirada fija de una mujer que nos persigue.—El amor propio de Eusebio era el primer ajente de su inquietud.

A las siete horas de viaje el tren paró.—Habiamos llegado á Saratoga.

El primero que se puso en pié fué el padre de Emma.

Eusebio le imitó, pero lo contuve por el brazo, aconsejándole que tuviese calma.

Al salir del carro, Emma volvió la cabeza, como si buscara algo para disculpar su evolucion, y dirijió á mi amigo una mirada en que parecia decirle: "¡Dejo aquí mi alma!"

Eusebio quiso saltar por la ventanilla, creyendo que se le escapaba; pero volví á llamarlo al órden, amonestándolo de nuevo.

Emma y su padre entraron en un gran edificio que está enfrente del paradero; alcé los ojos y leí el siguiente letrero: *United States Hotel.*

—Eusebio, le dije, ahí está el enemigo, pero si quieres vencer, déjame obrar; aunque creo que seria mejor irnos á otro *hotel.*

—¿Estás loco? Iré detras de esa mujer, aunque vaya al otro mundo.

—Se entiende, añadí riéndome, si el viaje al otro mundo no es costoso, pues tus fondos son limitados.

—Es verdad; pero entremos, Rafael, porque temo que el destino me robe á esa criatura.

—Ten prudencia y no espantes la caza.

—Sé lo que hago.

—¿Estás enamorado?

—No; pero Emma es muy linda y me mira de un modo que me encanta; como hemos de pasar aquí algun tiempo me complace la idea de una aventura.

—Es preciso averiguar quién es esa mujer.

—Sea quien quiera, Rafael, me dá lo mismo: es una mujer bonita y basta.

Entramos en el *office* y al apuntar nuestros nombres en el libro del rejistro leí este último renglon: "*Mr. Payne and lady.*"

Puse el dedo sobre el nombre, pero ya Eusebio lo habia leido.

VI.

Saratoga-Springs es un delicioso sitio de recreo, merced á la industria americana que todo lo esplota.

El *Congress-water* es la panacea universal; la buena sociedad norte-americana se traslada en ve-

rano á este pueblo en busca de una salud que á juzgar por el semblante de la mayoría no ha perdido, pues no es la humanidad doliente en masa la que se precipita desde la madrugada hasta el amanecer al manantial del agua benéfica que segun *vox populi* resucita á los muertos.

El hervidero de gente que allí afluye no va á buscar la salud; va á curarse por moda, que por cierto es una moda bien orijinal: las aguas de Saratoga, como las del Jordan, purifican, y *ladies* y *gentlemen* llenos de vigor beben el agua repugnante que el *bon ton* impone como necesaria para no hacer en balde el viaje estacional.

Ya no puede citarse como rasgo característico de nuestro suelo aquel epitafio: "*Aquí yace un español que estando bueno quiso estar mejor.*"—Con razon dicen los rancios castellanos que en todas partes cuecen habas.

Al siguiente dia de nuestra llegada á Saratoga Eusebio me despèrtó muy temprano, y me rebelé contra su intencion, diciéndole:

—Amigo mio, se conoce que ó has dormido muy bien ó no has dormido nada.

—He dormido poco, me contestó; la imájen de Emma me ha robado el sueño.

—Bueno fuera que en los Estados-Unidos te enamoraras como un colejial.

—Enamorarme no; pero me interesa esa mujer.

—Entonces estás en la pendiente; huye de ella.

—¡Imposible!

—¡Cuidado con Mr. Payne!

—No deja, Rafael, de inquietarme la demasiada solicitud con que ese padre feroz vela por su hija, sobre todo en este pais adonde las mujeres disfrutan de una libertad sin límites.

—En este pais, amigo mio, la mujer es un ídolo; el que se atreve á profanarlo compra á caro precio su desliz: no lo olvides.

—Como llegue á amarla poco me importan todos los códigos del mundo por tirantes que sean.

—Veo que la amas ya y presiento una aventura en que figurarán lastimosamente nuestros nombres.

—Levántate.

—¿Adónde vamos?

—A beber el agua: es de cajon.

—¡Si estoy muy bueno!

—No importa: allí va todo el mundo.

—¿Quieres decir que allí va Emma?

—Justamente.

—Pero tambien irá Mr. Payne......

—No le temo.

—Y á propósito: ¿quién es ese señor?

—¿No lo sabes todavía?

—No me he ocupado en eso: supongo que habrás averiguado algo.

—¡Todo, Rafael, todo! Mr. Payne es un *honorable* senador, protejido por la suerte y candidato probable á la presidencia; su opinion es respetada

por todo el mundo y su elocuencia le ha captado una reputacion colosal.

—¡Ay, amigo mio! preveo una catástrofe; esos hombres elevados que tienen una hija no perdonarán medio alguno para quitar estorbos de su camino.

—No me asustas; Emma es una conquista que me honrará siempre; ademas, Mr. Payne es mas rico que Rotschild.

Sin dejarle concluir salté de la cama y dí un fuerte abrazo á Eusebio; todo lo olvidé al considerar que mi amigo tenia delante la perspectiva de una riqueza improvisada.

Ya no me acordaba del peligro que Eusebio corria, y confieso que en aquel momento envidié su suerte.

Nos dirijimos al manantial.

Allí estaba Emma y por supuesto su padre.

Al vernos, la jóven se quedó inmóvil con el vaso junto á los labios.

Mr. Payne soltó el suyo sin beberlo y en su rostro y en un movimiento impulsivo de su cuerpo se pintó una espresion marcadísima de disgusto.

Decididamente Eusebio no habia caido en gracia al senador americano.

El prólogo de aquella historia de una pasion anunciaba un desenlace borrascoso.

Aconsejé á Eusebio que no siguiera la pista á la jóven para no asustar á Mr. Payne, y aunque

con una repugnancia grande tuvo esta vez el juicio necesario para ceder á mi consejo amistoso.

Nos volvimos al *hotel;* Eusebio estaba inquieto y comprendí que su impresion habia avanzado mucho desde el dia anterior. No diré que las noticias adquiridas por Eusebio sobre la riqueza de Emma habian contribuido mucho; pero era de creer: la humanidad tiene grandes flaquezas en asuntos de esta clase.

A la hora de almorzar, al sentarnos á la mesa, ví con cierto sentimiento que la casualidad nos habia colocado enfrente de Emma y de su padre.

La casualidad es una diosa protectora del amor.

Comí con apetito.

Mr. Payne tragaba hiel y veneno.

Emma y Eusebio apenas tocaron los platos que tenian delante: se alimentaron con mirarse; el amor en los primeros dias se sostiene de ilusiones.

Al levantarnos de la mesa me quejé del mal servicio del *hotel* y de los condimentos y de todo; Eusebio se sorprendió, asegurándome que nunca habia almorzado mejor.

El amor es una fantasmagoría de la imajinacion; no vé lo que existe sino lo que crea. ¡Dichosos y bienaventurados los que aman!

A la hora de comer, Eusebio habia estudiado prolijamente su *toilette* para dar golpe; es disculpable esta debilidad de los amantes.

Enfrente de nosotros se sentaron dos viejas que comieron como dos desesperadas.

Mr. Payne y su hija ocupaban una mesa en otra sala: la bandera negra ondeaba ya entre nosotros y la declaracion de guerra era un hecho consumado; este acto de primera hostilidad exasperó á Eusebio hasta el punto de pretender que se le habia hecho un desaire; y me aseguró formalmente que iba á desafiar á Mr. Payne.

Costóme trabajo convencerlo de que estaba en su derecho comiendo adonde se le antojara: nada hay mas exijente ni mas tenaz que un hombre enamorado. Aquella escena fué la primera del drama que se iba á representar.

VII.

El *Lago* de Saratoga ofrece una perspectiva encantadora. Magníficos trenes se dirijian por la tarde á aquel sitio de recreo, y Eusebio alquiló un carruaje para ir adonde estaba la jente. Abrigaba la esperanza de encontrar allí á la que para él era ya objeto de sus desvelos.

Estábamos parados á la orilla del lago contemplando el pintoresco cuadro que presenta, y siguien-

do con la vista los botes que cruzaban por sus tranquilas aguas, guiados por los inespertos brazos de remeros de levita, cuando de repente Eusebio, sin decirme una palabra, saltó dentro de un bote que estaba atracado al puentecillo de madera.

—¿Adónde vás? le dije.

—Sígueme; si no vienes iré solo.

—Te advierto que no sé nadar, añadí riéndome.

—Voy á probarte mi habilidad en el remo; en la bahía de Málaga no habia quien me dejara atrás.

—Te has vuelto loco y lo peor es que me vas contajiando.

Entré en el bote; Eusebio, apoderándose de los remos, dió con entusiasmo un impulso violento al lijero esquife.

—¿Quieres esplicarme, le pregunté, qué idea te ha obligado á emprender esta cansada espedicion?

—¡Qué sandeces te ocurren, amigo Rafael!

—¡Sandeces!

—Sí; ¿nada ves en lontananza?

—Veo un cielo de arjentadas nubes que me recuerda el poético sol poniente de Cuba.

—No te remontes tanto: nunca miro á las nubes; baja un poco la vista.

—Distingo enramadas espesas adonde no pondré el pié porque son guarida de implacables serpientes de cascabel.

—Te alejas demasiado.

—Acaso aquellos botes......

—Diste en el clavo, añadió Eusebio remando con tal habilidad que me sorprendió.

El bote iba cortando el agua como un pescado: oíamos los elojios que en la orilla le prodigaban los curiosos.

—Los botes están muy lejos, añadí, y no veo....

—En aquel último de franja verde van cuatro *ladies* y un *gentleman*, como dicen aquí.

—Diviso solo los bultos.

—Pues bien: la que lleva el sombrero de paja es Emma, y el que rema no es su padre: ya me entiendes.

—Será posible que te equivoques; con un telescopio no seria fácil conocer á las personas.

—Los ojos de un enamorado alcanzan mas que todos los telescopios inventados por la ciencia.

—¿Qué intentas?

—Voy á avergonzar á ese mozo que acompaña á Emma. Ahora no me impondrás miedo con el Argos fatal que la naturaleza le dió por padre.

Pocos minutos despues alcanzamos el bote que Eusebio me señaló; con efecto, no se habia equivocado: en él iba Emma.

Esta habia conocido á Eusebio y en su rostro se pintaba esa emocion que revela la lucha interior; Emma habia comprendido la idea de Eusebio y dejaba ver el interes que le inspiraba la escena.

Al acercarse nuestro bote, el remero que tambien habia adivinado la intencion de Eusebio, se

esforzó en balde para no dejarnos pasar, pero bien pronto le sacamos una gran ventaja; las jóvenes lo animaban y al ver su descalabro asomaba á su rostro la cólera.

Los espectadores de la orilla nos seguian con la vista, interesados en la *regata*, espectáculo peculiar del pais, y nuestro contrario lo sabia bien.

Eusebio viró para deshacer el camino y cuando el otro bote estuvo á una distancia regular volvió á virar y consiguió pasar delante; esta evolucion nos trajo el eco de un aplauso que resonó en la orilla.

No contento Eusebio todavía, cruzó por la popa y dió la vuelta entera al bote rival; al ganar la proa, para dejarlo atrás, el jóven que lo guiaba torció la direccion y como una flecha se arrojó sobre nuestro bote con intencion de volcarlo: aquel arranque de exasperacion hubiera tenido consecuencias funestas sin la notoria habilidad de Eusebio.

Al ver el otro bote casi encima del nuestro dió una habilísima vuelta á los remos y nuestro esquife lo dejó pasar sin conseguir su objeto.

Las jóvenes habian dado un grito, temiendo una catástrofe: Eusebio, en vez de rebelarse contra aquel ataque, se puso en pié y se quitó el sombrero para saludar á las damas, acompañando su accion con una sonrisa que puso bien de relieve su serenidad.

Tres de las jóvenes contestaron el saludo y

moviendo instintivamente las manos le dieron un aplauso espontáneo.

Aquel aplauso se repitió con estrépito en la orilla.

Solo Emma no habia contestado al saludo de Eusebio ni le habia aplaudido; pero su sobresalto en el momento del peligro, la mirada rápida de indignacion que dirijió á su acompañante y la que despues fijó en Eusebio, muy prolongada, valian por todos aquellos aplausos que él casi no oyó.

Eusebio era el héroe de la fiesta y todas las miradas estaban fijas en él. Si el alma de Emma necesitaba de un incentivo mas aquella tarde lo habia encontrado.

La gloria, por pueril que sea la causa que la conquiste, es un aliciente para la mujer.

El bote que guiaba el jóven americano puso la proa al puentecillo de madera y Eusebio le siguió, dejándole ir siempre delante, galantería que encerraba una humillacion para el vencido.

Cuando nos acercábamos á la orilla hubo un murmullo de aprobacion que acabó de desconcertar á nuestro contrario.

Dirijí la vista á los curiosos que nos esperaban. En primer término se hallaba un anciano cruzado de brazos: en su fisonomía estaba retratada una espresion imposible de copiar; sus cejas arqueadas y sus labios contraidos eran muestra evidente

de un despecho oculto que queria romper la cárcel que lo aprisionaba: era Mr. Payne.

Cuando las jóvenes del bote que nos precedia saltaron á tierra, Mr. Payne se dirijió á Emma, le presentó el brazo y sin decirle una palabra ni darle tiempo para que saludara á sus amigas emprendió con ella el camino, subiendo apresuradamente la penosa cuesta que conduce al *hotel*.

Sin detenerse en el edificio entraron en el carruaje y su magnífica pareja de caballos cruzó á escape las cuatro millas que hay al pueblo.

Eusebio vió la accion de Mr. Payne y puso el pié en el puente, despechado, sin hacer caso de los elojios que todos le tributaban.

—Eres un hombre superior, le dije cojiéndole del brazo; te has portado como los gladiadores romanos.

—¡He sido feliz esta tarde, Rafael!

—Esos aplausos......

—No: aquella mirada......

—¡Ba! ¡ba! ¡eres un niño!

—¡Ese Mr. Payne es una calamidad! me veré obligado á pegarle una estocada.

—No olvides, querido Eusebio, que aquí los padres desheredan á sus hijos cuando se les antoja.

—No me importa: daré un escándalo.

—Las leyes......

—Déjame en paz; como sea verdad esto que siento en el corazon arrostraré por todo.

Eusebio tenia de vez en cuando arranques magníficos y me iba convenciendo de que valía mas de lo que sospechaba.

Mis gacetillas lo habian hecho hombre.—A lo menos tengo la presuncion de creerlo así.

VIII.

La actitud de Mr. Payne contra Eusebio tenia su fundamento, aunque no fuera disculpable.

Bueno será que conozcamos de cerca á nuestros personajes.

Las noticias que Eusebio habia adquirido acerca de la posicion del senador no eran exajeradas. Las muestras de respeto y deferencia que de contínuo recibia por cuantos le trataban, me dieron á entender claramente que no solo su fortuna era inmensa, sino que se le tenia en mucho en la Union.

Con efecto, era el oráculo de los políticos americanos; su voz en la tribuna se escuchaba con fervor profético y su elocuencia encontraba siempre un eco en los aplausos de la multitud.

Un discurso de Mr. Payne se anunciaba de antemano: los grandes oradores como los cómicos

eminentes no se prestan á lucir sus facultades sin que antes la trompeta de la Fama haya anunciado su presentacion: necesitan de un público que los oiga, lo cual equivale á un público que los aplauda. Los efectos de sus improvisaciones se estudian antes al espejo.

Predicaba la democracia, detestando sin embargo á la plebe que manchaba con los piés la alfombra de sus salones.

Mr. Payne llevaba la democracia en los labios y la aristocracia en el corazon.

En ninguna parte como en esos pueblos que se llaman republicanos se ensoberbecen mas los ricos ni se desvelan por humillar á los pobres.—Y es que la democracia no es mas que una utopia, bella como todas las utopias.

La aristocracia de la Union, esa aristocracia de ayer, sin blasones, sin pasado, sin mas títulos que su riqueza, es una aristocracia insoportable. No predica lo que quiere, pero tampoco quiere lo que predica.

Ese senador que arrastra un tren ruinoso y que vive con el fasto de un príncipe se llama Mr. Payne; en vano seria buscar las glorias de sus ascendientes para disculpar esa soberbia que procura esconder debajo del gorro frijio una corona de conde. Las glorias del actual senador que datan de la segunda época de su vida se escondian modestamente en el sencillo mostrador de una tienda que

estableció su padre, y en la cual pasó Mr. Payne los primeros años de su juventud. Allí puso el cimiento de una fortuna que fomentó despues en mayor escala.

A los treinta años Mr. Payne contaba con una riqueza fabulosa y abandonó el comercio para lanzarse á los mares de la política; habia tenido ambicion de fortuna y una vez realizado su sueño, tendió la vista á otro campo mas ancho, aunque mas estéril.

Fogoso en el ardor de su juventud y constante en toda idea que elaboraba en su mente, se habia hecho lugar entre ese infinito número de nulidades que se lanzan á la pelea en el campo político sin otro lema en su escudo que *¡adelante!*

Mr. Payne tenia talento y osadía; y esos dos grandes escabeles son los que conducen al poder.

Empezó, como todos los que se encuentran con fuerzas para imponer su talento, arrastrando á un número determinado de personas á un círculo que se formaba en las calles ó en los clubs, sin mas motivo que su capricho, dejando oir su tonante voz y sus ideas atrevidas: los *speechs* del futuro senador le abrieron paso para llegar á la representacion nacional: en el Congreso completó Mr. Payne su reputacion.

Corrieron algunos años y llamó á las puertas del Senado, que lo recibió con los brazos abiertos: el oscuro comerciante de ayer habia comprado el

blason de la nobleza, ese blason que solo se conquista con el talento.

Desde su asiento senatorial fijó la vista en el sillon del presidente: allí se encerraban todos los sueños de su ambicion. Mr. Payne, desvelado por esa idea fija que trabajando de zapa en la mente del hombre concluye ó por el logro del deseo ó por la demencia, habia avanzado mucho terreno: todos le señalaban ya como uno de los candidatos probables y estas designaciones en política se realizan tarde ó temprano.

Sus riquezas no le proporcionaban la felicidad, pero lo habian puesto en camino de llegar á ella.

Habiendo aprendido á tratar á los hombres como resortes que sirven para mover á su antojo la máquina del mundo acabó por no estimarlos en nada: la humanidad para él era una fuente destinada por la Providencia á saciar la ambicion: como él apagara su sed nada le importaba que se desperdiciaran caudales de agua.

Desgraciadamente en ese pais todos discurren del mismo modo.

El senador no habia sentido afeccion alguna en el mundo: se habia casado por razon de conveniencia; no habia tenido mas amigos que aquellos que podia utilizar en provecho propio, y habia prescindido en sus primeros años de su familia porque le impuso la obligacion de buscarse el sustento.

Mr. Payne hubiera sido un paria en la sociedad; pero la naturaleza no nos dá en balde las fibras de la sensibilidad. Todos los tesoros de ternura que el hombre gasta durante su existencia, esos tesoros que repartimos entre los padres y los hermanos, entre las amantes y los amigos, entre la esposa y los hijos, se habian conservado intactos en el corazon de Mr. Payne; así cuando un afecto llegó á herir su organizacion, se reconcentraron en su alma todos aquellos tesoros de cariño y fueron á reflejarse en un mismo objeto.

Emma consiguió ser un ídolo para su padre; este se sintió doblemente feliz al encontrar un alma que le comprendiera, un alma que era la suya; feliz al ver que en el vasto horizonte que se abria ante sus ojos brillaba una estrella que recibiendo su luz la trasmitiria despues; feliz, sobre todo, porque nada hay mas grande que sentir los sentimientos.

Todo lo que habia espresado solo por la intuicion del talento se despertó real y positivo en su alma; cuando lo comprendió así, deseó ser grande para engrandecer á su hija, noble para ennoblecerla, recibir aplausos para aturdirla con ellos, recojer coronas para arrojarlas á sus piés: queria deslumbrar á aquel sér que siendo él mismo, era su rejeneracion.

Emma, que fué para Mr. Payne su único amor, llegó á ser la personificacion de una deidad.

Emma habia rejenerado á Mr. Payne; el amor paternal purificó aquella alma estraviada por el egoismo y la materia.

Desvelado por su hija, prodigándole toda clase de ternuras y de cuidados, le dió una educacion esmeradísima; á los diez y ocho años, Emma era una mujer superior.

Su hermosa figura, su talento y su esquisito trato la habian colocado en primera línea en la alta sociedad quc cultivaba su padre, merced á su actual posicion.--El orgullo de Mr. Payne no cabe en mi pluma: siéntanlo por mí los que son padres.

Alguna vez cruzaba por su imajinacion, como una ráfaga, la terrible idea de que habia de llegar una hora en que el sagrado sacramento del matrimonio le robara á aquella hija que era para él toda su existencia; pero rechazaba aquel pensamiento, haciéndose la ilusion de que ó era irrealizable ó no estaba próximo.

Y si aquel pensamiento tomaba cuerpo en su alma en alguna noche de insomnio, solo le sonreia, creando un trono con ángeles y querubes que rodeaban á su hija para hacerla feliz, elevándola sobre el nivel de los mortales.

Esta ambicion de Mr. Payne, la mas delirante de todas sus ambiciones, era sin embargo la mas justificada, la mas lejítima.

Ahora bien: despues de conocer la pasion de aquel hombre por su hija se comprenderá cuanto

pasaria por su alma al leer con ese privilejio del que lee en el corazon ajeno sus sentimientos, que en Emma se habia obrado un cambio súbito al encontrarse con Eusebio.

Todos los sueños del padre, todas las ambiciones del senador habian venido á tierra desde el momento en que un mortal se cruzó en su camino para robarle no ya la atencion de su hija, sino á su hija misma.

La primera mirada de Emma que recojió su padre, porque vivia en los ojos de ella, fué un agudísimo puñal que se clavó en su alma.

Las miradas siguientes ya eran para el desventurado senador otros tantos golpes que le herian en medio del corazon.

Cuando á solas luchando con su idea queria conformarse, se le aparecia Eusebio y su sangre toda subia á la cabeza y brotaba por los ojos. El ídolo de oro que habia acariciado, al tocarlo, lo encontraba de barro.

Porque la hija del senador, futuro presidente de los Estados, no podia enlazarse con un simple pianista.

Y el que así discurria no echaba una ojeada retrospectiva para contemplar el antiguo mostrador de su tienda. ¡Y el que así discurria era uno de los predicadores mas fuertes del principio republicano!

Esa es la historia de la pobre humanidad.

Emma, con un alma impresionable y un talento cultivado, no podía hallar encantos en los jóvenes que la rodeaban de contínuo; la mujer de los Estados-Unidos es muy superior al hombre. Entregado este siempre á los cálculos llega él mismo á ser un guarismo· y las mujeres detestan las matemáticas.

Los magníficos ojos meridionales de Eusebio se abrieron camino por el alma de Emma, cerrada hasta entonces para las miradas de sus compatriotas que suman y restan, lo mismo en su bufete que al conducir á una mujer al altar.

Los arranques caballerescos, tradicionales de nuestro carácter, son simpáticos á las mujeres de todo el mundo.

El americano compra una mujer; el español la roba.

Para el alma de Emma eran repulsivos los números; los ojos de Eusebio habian robado aquella alma que no queria venderse.

Emma ya no dormia, ajitada por el insomnio.

Tampoco dormia Mr. Payne; y ya no era el fantasma de la presidencia el que le robaba el sueño.

A los dos se les aparecia la misma sombra, pero bajo distinta forma.

Emma veia á Eusebio con las alas del ángel.

El senador lo veia con los cuernos del demonio.

Y sin embargo de esta diferencia de visiones Eusebio era el mismo.

Las ilusiones son la fantasmagoría de la imajinacion.

IX.

No faltará algun crítico que me eche en cara la imposibilidad de saber yo lo que pasaba por el alma de Mr. Payne y por la de Emma.

Pero debe tenerse presente que cuanto discurrieron ambos y cuanto tuvo lugar entonces lo he sabido despues.

Además ¿qué no sabe un gacetillero?

X.

Pasaron cuatro dias.

En la historia de una pasion cuatro dias suelen ser un siglo.

Y sin embargo, en la sencilla historia que refiero nada habia ocurrido.

Para Emma y Eusebio estos cuatro dias fueron un minuto.

Para Mr. Payne una eternidad.

Solo para mí habian trascurrido las horas con su perpétua regularidad.

Eusebio y Emma continuaban en ese animadísimo é interesante diálogo que sostienen dos almas que se quieren, sin otros intérpretes que los ojos.

Las exijencias de las costumbres americanas ponian una barrera entre ambos, pues necesitaban salvar la fórmula de la indispensable presentacion para comunicarse; ¡cómo si las fórmulas sociales se hubieran inventado para los amantes!

Los amantes que concluyen por atropellarlo todo empiezan por una sumision estraordinaria; se arrodillan ante un ídolo que despues colocan debajo de sus piés.

En las historias de amor como en los dramas hay recursos imprevistos que salvan á los personajes, y un recurso de esta clase favoreció á Eusebio.

En el *parlor* se reunia aquella masa hetereojénea de huéspedes que poblaba el edificio, viviendo, por decirlo así, en familia; allí estaba siempre Eusebio: nunca fué mas sociable.

La mañana del dia á que me refiero estaba lloviznosa: por tanto, era mucha la afluencia de huéspedes en el *parlor:* habia gran animacion.

Eusebio que hablaba correctamente el inglés

se habia puesto en contacto con mucha parte de aquella sociedad, y su distinguida figura y sus finos modales le habian captado simpatías. Algunos, teniendo noticia de su habilidad en el piano, le habian suplicado varias veces que tocara, pero él, contra su costumbre, se habia negado siempre.

Un jóven aleman habia tocado bastante bien en el violin unas variaciones y una *lady* habia cantado bastante mal una romanza: la concurrencia habia tributado los mismos aplausos á ambos: este tributo era consecuencia de cortesía y de la mala organizacion de los americanos para la música.

Entre los presentes estaba un nuestro amigo cubano llamado Gutierrez que con su carácter alegre y sus muchas relaciones sostenia siempre la animacion en las fiestas del *hotel*. Dirijióse este á Eusebio y cojiéndolo por el brazo le dijo que las señoras esperaban que luciera su habilidad.

Esta vez era imposible sostener la negativa y Eusebio se dejó arrastrar al piano, bien á pesar suyo; Emma estaba sentada enfrente de él, y cruzando por su mente una ráfaga luminosa empezó á mover las teclas con un ardor febril.

Eusebio repitió en el piano con verdadera inspiracion los acentos desgarradores del enamorado *Edgardo* en el aria final de *Lucía*, de esa sublime concepcion de Donizetti.

El amor hace prodijios; yo mismo me sorpren-

dí de la verdadera poesía que mi amigo prestó á las apasionadas frases musicales del bellísimo trozo que interpretaba.

El alma entera de Emma estaba vagando por las teclas del instrumento, recojiendo aquellos sonidos, emanaciones del alma de Eusebio que se escapaba de sus dedos para volar á ella.

Aquel *¡alma innamorata!* que es el último quejido de un alma que se desprende de la tierra para volar al cielo en union de su adorada, conmovió la fibra de todos y Eusebio se vió interrumpido por un *¡bravo!* estrepitoso.

El artista en aquel momento no oia las aclamaciones; tenia sus ojos fijos en los ojos de Emma, que reventaban preñados de unas lágrimas que en vano queria ocultar. En aquellos sonidos adivinó Emma el tesoro de amor que debia encerrar el corazon de un hombre que tan bien lo espresaba.

Cuando el piano exhaló el último sonido las almas de Emma y de Eusebio se habian confundido, cruzando el éter con ese vuelo fantástico que solo posee el amor.

Un aplauso jeneral obligó á Eusebio que habia abandonado el piano, á volver á ocuparlo y á repetir la pieza. Eusebio maquinalmente obedeció; aquella ovacion, que era la mayor de su vida, no se grabó en el alma del artista, pero se grabó en el pensamiento del hombre.—Emma llenaba en aquel momento todo su sér.

Ninguno quiso despues lucir su habilidad en aquel concierto improvisado.

Gutierrez se acercó á Emma para suplicarle que cantara; al oir la indicacion, varias personas se unieron á él; pero ella se negó, pretestando que no sabia acompañarse.

El jóven cubano, de repente, se dirijió á Eusebio y sin comunicarle su idea lo llevó al lado de Emma; despues de hacer la presentacion de rigor, le dijo:

—Aquí tiene usted al artista que acaba de cautivarnos y que estoy seguro se prestará gustoso á acompañar á usted.

Emma se estremeció visiblemente y Eusebio no supo hacerle el ofrecimiento galante que la situacion exijía.

Gutierrez miró á ambos con sorpresa queriendo esplicarse aquella actitud estraña.

Yo desde mi asiento me sonreí. Habia llegado el recurso imprevisto que la casualidad depara á los amantes.

—Supongo, dijo Gutierrez comprimiendo el brazo de Eusebio, que acompañarás al piano á esta señorita.

—Con mucho gusto, esclamó vulgarmente mi amigo.

—No soy mas que una aficionada, añadió ella haciendo un esfuerzo para reponerse, y me impone miedo el talento de este caballero.

—Dejémonos de escrúpulos, repuso Gutierrez; este no es un palenque artístico; cada uno hace lo que puede y no se exije mas.

Eusebio fijó los ojos en Emma y le presentó el brazo sin añadir una palabra: aquella demostracion encerraba una órden y la jóven se levantó vacilante, dejándose conducir al piano.

El brazo de Emma temblaba y Eusebio lo comprimió lijeramente con el suyo.

En aquel momento entraba en el *parlor* Mr. Payne; hice un jesto de disgusto y me volví al senador para observarlo. Al ver á su hija que se acercaba al piano con Eusebio, se nubló su fisonomía y dió dos pasos hácia adelante, pero se contuvo, y pasándose la mano por la frente, se dejó caer en un sillon cerca de la puerta.

Solo yo habia notado aquella escena mímica que era el preludio de una catástrofe. Emma y Eusebio no vieron á Mr. Payne: estaban muy ocupados de ellos mismos para ver nada de lo que pasaba en el salon.

—Qué quiere usted cantar? preguntó Eusebio en voz alta apenas se hubo sentado.

—No lo sé, contestó Emma.

—Estoy á las órdenes de usted, señorita.

—Cantaré, dijo Emma como herida por una idea, la cavatina de *Lucía*.

Eusebio alzó la cabeza para mirarla. Aquella eleccion encerraba una correspondencia íntima;

Lucía iba á devolver á *Edgardo* sus frases apasionadas.—En el amor, las mujeres tienen momentos sublimes.

Emma cantó con espresion, pero estaba muy lejos de ser una artista. Los concurrentes la aplaudieron, haciendo entre sí justicia al talento de Eusebio que habia interpretado mejor la creacion de Donizetti.

Las notas de Emma que en tan poco se habian estimado allí tenian un valor inapreciable para Eusebio; ninguna artista del mundo ha lanzado esas notas con mas espresion; así lo creia él. Nunca hubo mas armonía entre unos labios que cantan y unas manos que tocan.

Y es que el alma que se exhalaba por los labios de Emma era la que movia los dedos de Eusebio.

—¡Bravo, miss Payne! esclamó este dejándose llevar del cumplimiento de un deber de galantería.

Emma le miró, pero comprendiendo la idea del pianista, le dijo en voz baja:

—*Lucía* quisiera tener el órgano privilejiado de Jenny Lind para devolver dignamente á *Edgardo* sus privilejiadas notas.

—¡Ah! repuso Eusebio con entusiasmo, las notas de Jenny Lind no me llegarian al alma como las de Emma.

—¿De veras? preguntó ella queriendo leer la verdad en los ojos de mi amigo.

—Aquellas notas me encantarian, pero las de usted me conmueven.

—¡Si usted me engañara!......

—¡Lea usted en mi alma! Estoy aturdido y no sé lo que me digo. Perdone usted mi insensatez; mi temeridad en el Lago...... la otra tarde......

—¡Qué tarde aquella!

—Conocí entonces que mi amor......

En aquel momento una mano se apoderó del brazo de Eusebio y lo arrancó del piano adonde habia permanecido clavado, sin reparar en la jente que los rodeaba.

Emma hizo un jesto marcadísimo de disgusto; Eusebio se dejó conducir algunos pasos y al llegar á la puerta del salon, volvió la cara para ver al que se habia permitido interrumpirle en su amoroso coloquio.

Era Gutierrez; detúvose este delante de Mr. Payne que estaba poseido de una idea fija por cuanto tuvo dos veces que llamarle la atencion.

—Mr. Payne, dijo el jóven cubano, presento á usted al distinguido artista Mr. Barreda, mi amigo.

—Servidor de usted, contestó Eusebio con cierto temor instintivo.

Al oir el apellido de Barreda, Mr. Payne se puso en pié de un salto y sin aceptar la mano que mi amigo, siguiendo la fórmula, le presentaba, le volvió la espalda, dirijiéndole una mirada de profundo desprecio.

—¡Mr. Payne! dijeron á la vez con voz tonante Gutierrez y Eusebio.

Pero el senador no se dignó volver la cabeza.

Corrí á contener á los dos jóvenes que echaban fuego por los ojos.

Los huéspedes que estaban presentes no comprendieron lo que aquello significaba; unos abandonaron el *parlor* y otros siguieron hablando con la mayor indiferencia.

Solo Emma habia visto la escena y la mortal palidez de su rostro reveló la impresion que hizo en su alma; la pobre niña comprendió demasiado que se levantaba entre ella y su amante una barrera insuperable.

Pude sosegar á Eusebio en su primer arranque para evitar un escándalo.

—¡Ese hombre, esclamó con despecho, no tiene nada de comun con Emma! ¡ese hombre no puede ser su sangre!

—Ten calma: ya te vengarás.

—¡Oh! ¡estaba escrito que lo mataria!

XI.

Nuestro amigo Gutierrez no podia esplicarse la causa del desaire que Mr. Payne habia hecho á

Eusebio y de rechazo á su persona, por cuanto era él quien lo presentaba: dióse tambien por ofendido y hallábase dispuesto á pedir una formal esplicacion al senador, pero Eusebio le disputó el primer lugar y cuando Gutierrez supo de donde podia provenir la ofensa, cedió ofreciéndose á acompañarme para obligar á Mr. Payne á que le diese una completa reparacion.

Aquella misma tarde Gutierrez y yo nos presentamos en la habitacion del padre de Emma, que nos recibió frunciendo el ceño y sin siquiera decirnos que tomáramos asiento.

La sangre hervía en mi cabeza y me preparé á tratarlo sin consideracion alguna; para empezar tomé una silla y me senté; Gutierrez me imitó y Mr. Payne siempre de pié y con simulada altanería nos dijo:

—¿En qué puedo servir á ustedes, caballeros?

—Tenga usted la bondad de sentarse, le contesté, porque debemos hablar de un asunto de importancia.

El senador acercó una silla y cruzando una pierna sobre la otra, posicion muy de buen tono en el pais, cojió un libro de encima de la mesa y se puso á darle vueltas para aparentar indiferencia.

—Mr. Payne, dijo Gutierrez, esta mañana ha inferido usted una ofensa á nuestro amigo Mr. Barreda sin motivo alguno.

—¿Ofensa? preguntó el senador con calma sacando el labio inferior y encojiendo los hombros.

—¡Una ofensa! le dije con aire altanero y levantando la voz.

Mr. Payne me miró de reojo, sin dignarse darme una contestacion ni tomar acta del tono en que le hablaba.

Gutierrez me hizo una seña para que me contuviera y añadió:

—Cuando un caballero presenta á otro, no se puede rechazar su mano sin agraviar á dos personas.

—No creo que estoy obligado á tratar á todo el mundo y á sufrir las impertinencias de la sociedad.

—La sociedad no exije que trate usted á todo el mundo, pero exije que no falte usted á los deberes de la buena educacion.

—¿Viene usted á insultarme, Mr. Gutierrez? No olvide usted que estoy en mi habitacion.

—No vengo, repuso mi amigo, mas que á una cosa: á que comprenda usted que ha faltado gravemente á Mr. Barreda y que es preciso que este reciba una reparacion cumplida.

—¿Reparacion? No veo la ofensa.

—Sin embargo, existe.

—¿Y de qué se trata? ¿de un duelo?

—Cabalmente.

—El carácter español nunca desiste de sus ideas

caballerescas; pero tengo la sangre muy fria y no me gustan las escenas melodramáticas.

—¿Se niega usted por ventura?

—Por supuesto: eso no está en mis principios.

—¿Está en los principios de usted insultar impunemente á un caballero?

—No insulta un hombre á otro por negarse á ser su amigo: veo así la cuestion y nada ni nadie me hará variar de opinion.

—Entonces, añadí poniéndome en pié, correrá usted el peligro de verse afrentado en un sitio público.

—Eso es diferente, repuso Mr. Payne sin alterarse y fijando los ojos en una lámina del libro que tenia en la mano; si Mr. Barreda me acomete en la calle, sé los derechos que el pais dá al que se defiende de un ataque personal.

—Las leyes del pais podrán ser todo lo absurdas que quieran, pero hay una ley que está escrita en la conciencia de todo hombre de honor......

—Podrá ser, dijo sonriéndose, pero he aprendido que el duelo es un asesinato y no seré yo el que esponga mi vida, descendiendo de mi posicion, para dar importancia á un advenedizo cualquiera que se propone......

—¡Mr. Payne, esclamé lleno de cólera, mi amigo es un caballero, cuyos blasones de nobleza no vienen del mostrador de una tienda!

El rostro del senador se encendió un momento; pero recobrando su calma, me dijo:

— Es verdad, pero no ha entrado en mis cálculos dar gusto á Mr. Barreda y suplico á ustedes que se lo hagan presente.

— Su respuesta, añadió Gutierrez, no se hará esperar.

— Iré prevenido.

— La razon está de su parte.

Volvimos la espalda al senador, indignados de oir á un hombre que discurria con esa metafísica detestable del dinero que quiere hacerse superior á todo.

Cuando salimos del cuarto de Mr. Payne se acercó este á una cómoda, sacó un *revolver* y despues de examinarlo bien con una calma estóica lo guardó en el bolsillo de su gaban; un instante despues hablaba indiferentemente en el corredor del piso bajo con varias personas.

Eusebio nos aguardaba impaciente; antes de entrar en su cuarto estuvimos discurriendo sobre la importancia del suceso y sobre las desagradables consecuencias que habia de traer, por cuanto nuestro amigo estaba obligado á dar un escándalo, provocándolo públicamente: sabiamos demasiado el peligro que corria al vengar su ofensa, atendiendo á las leyes de los Estados y á la alta posicion en que se hallaba colocado su contrario.

Lo que habiamos previsto sucedió; al saber Eusebio el resultado de nuestra entrevista, subiósele

la sangre á la cabeza y juró afrentar á Mr. Payne azotándole el rostro con un látigo.

Me estremecí; pero no estaba en mi mano evitar el escándalo por cuanto en la situacion de mi amigo hubiera obrado de la misma manera.

Eusebio fuera de sí se dirijió á su cuarto y apoderándose de un látigo pequeño y de una pistola se disponia á salir, cuando tocaron suavemente á la puerta de su habitacion.

Antes de contestar, pues dudó un momento, abrióse la puerta y entró una mujer.

Eusebio dejó escapar un grito de sorpresa.—Era Emma.

XII.

Emma desde la habitacion contigua á la de su padre habia oido claramente la conversacion que Gutierrez y yo habiamos tenido con el senador; el corazon de la jóven latía con violencia.

Apenas salió Mr. Payne de su cuarto, comprendiendo Emma el peligro que corria y temiendo al mismo tiempo por el hombre que amaba, sin vacilar un minuto se dirijió á la habitacion de Eusebio.

Este paso que en nuestras costumbres hubiera bastado para comprometer su honra, en aquel pais no tiene esa importancia: la mujer disfruta allí de una libertad sin límites, contando para salvaguardia de su honra con leyes muy especiales que no son del caso. Creo que la verdadera mision de la ley es mas prevenir que castigar. La visita de Emma pareceria cuando mas imprudente, pero en situaciones semejantes, la mujer no se detiene ante ningun obstáculo.

Emma entró en el cuarto de Eusebio en el momento crítico; un minuto despues hubiera llegado tarde.

Quedóse Eusebio estupefacto contemplándola y sin atreverse á proferir una palabra. La jóven sin disculpar su visita y fijando en él los ojos con esa mirada superior que lee en el fondo del alma, le preguntó:

—¿Adónde vá usted, Eusebio?

—No sé, contestó este maquinalmente; iba á salir sin objeto.

—¿Sin objeto y lleva usted en la mano dos armas que hieren mortalmente en el rostro y en el corazon?

—Es verdad, añadió Eusebio, pero......

Y sin saber continuar dejó caer al suelo la pistola y el látigo.—Emma habia fascinado á su amante: el triunfo era ya seguro.

—Es usted el hombre que ayer aseguró que me amaba?

—Sí, Emma; yo soy.

—¿Y amándome salia usted de aquí dispuesto á destruir el único lazo que me une al mundo, poniendo entre los dos una barrera de sangre?

—¡Ah! ¡Mr. Payne me infirió una ofensa y se niega á repararla!

—¡Egoista! esclamó Emma; los hombres no saben sufrir por una mujer la menor contrariedad.

—Una contrariedad sí, pero la ofensa de otro hombre......

—¡Mr. Payne no es un hombre para usted! ¡Mr. Payne es mi padre!

—¿Y quiere usted que sufra ese agravio sin rebelarme contra Mr. Payne?

—¿Puedo yo rebelarme contra él? Si usted me amara de veras sentiria la ofensa, pero hubiera rechazado la idea de vengarla. Herir á mi padre, degradarlo, es herirme y degradarme; es ó renunciar á mí ó herirse y degradarse usted mismo.

—No, Emma, no queria renunciar á usted; pero la ofensa fué pública y......

—Entonces, esclamó la jóven resentida y con dignidad, me resigno con mi suerte, y al llorar mi desgracia lloraré tambien la pérdida de la ilusion que habia acariciado......

—¡Emma!

—Mr. Barreda, vaya usted á cumplir su deber

de caballero; á afrentar el rostro de un anciano y á manchar sus manos con su sangre, vengando así esa tan grave ofensa. Adios.

Al tocar Emma la llave de la puerta, Eusebio se lanzó á detenerla y cojiéndole la mano con ternura, le dijo:

—¿Qué exije usted de mí, Emma? Hable usted que á todo me someto.

—Nada quiero; someterse no es bastante.

—Entonces......

—Entonces, obre usted segun la conducta que le dicte su corazon.

—Mi corazon me manda adorar á usted.

—¿Y mi padre, Eusebio?......

—Me resigno; diga el mundo lo que quiera.

—El amor vive en otra atmósfera; nada me importa lo que el mundo diga.

—¡Ah! ¡soy feliz, Emma, con haber inspirado una pasion en el alma de una mujer que tanto vale! Miraré á Mr. Payne con respeto. ¿Quiere usted mas?

—¡Gracias, Eusebio!

Los ojos de la jóven brillaban radiantes de alegria.

Al salir Emma del cuarto puso Eusebio los labios en su mano; ella llevó despues la mano á su corazon.

Esto encerraba un juramento tácito de amor.

XIII.

Al siguiente dia no se hablaba en Saratoga mas que del desagradable suceso ocurrido entre el senador Mr. Payne y el jóven español Mr. Barreda.

Ninguno de los que tomaron parte en la cuestion habiamos despegado los labios por temor á la publicidad; pero la publicidad es inevitable mientras vea la luz un diario que está en todas partes.

The New-York Herald es un periódico que vive de la vida de todo el mundo y que con su circulacion fabulosa ha encontrado la piedra filosofal, habiendo dado á las letras de molde el valor de las letras de cambio; la tinta de su propietario es *de oro;* su pluma desgarra el velo que cubre el sagrado recinto doméstico: todo lo invade y el público ávido de *averiguar* devora las columnas de ese diario con avidez. La humanidad es así.

El *Herald* de la tarde refirió el sencillo suceso ocurrido en el salon del *United States Hotel* dándole colosales proporciones: por supuesto no se omitian los nombres de las personas, y con esa doble vista de los corresponsales del diario, que están vaciados en el molde de su editor, adivinó lo que

nadie sabia: que la hija del senador habia sido la causa de aquel disgusto. El nombre de miss Emma Payne salió tambien á relucir en el *Herald*.

El senador por acostumbrado que estuviese á que la prensa nada perdonara en su pais, sintió un rudo golpe que le afectó sobremanera al ver á su hija puesta en evidencia, y sin oir las reflexiones de Emma que se oponia á su determinacion, arregló su equipaje y abandonó á Saratoga, marchándose sin que nadie lo supiera.

El suceso de Saratoga habia nublado la felicidad de Mr. Payne, hiriéndole profundamente en el corazon. Todos sus sueños de lo porvenir se iban desvaneciendo.

XIV.

Cuando Emma salió del cuarto de Eusebio, este se dejó caer en una silla, ebrio de felicidad; hay en el teatro de la vida peripecias violentas que por lo inesperadas ejercen una influencia grande en el alma, obrando un cambio total en el individuo.

Eusebio que hacia media hora se hallaba dispuesto á matar á Mr. Payne, en aquel momento

le hubiera dado un abrazo con toda efusion; no hay lójica mas convincente que la de una mujer que llega á fascinarnos: por sencillo que sea un argumento suyo es siempre poderoso.

Media hora estuvo Eusebio clavado en el mismo sitio; al cabo se levantó para salir, pero cuando abrió la puerta, el aire que entró, refrescando sus sienes, le hizo volver en sí. Entonces pudo comprender que trasponiendo la puerta encontraria á ese mundo indiferente que vé los sucesos con frialdad y que es inexorable en su juicio; ese mundo iba á echarle en cara el agravio de Mr. Payne, tachándolo de cobarde, por cuanto ya habia dado el primer paso.

Una nube veló los ojos del jóven y tuvo que retroceder para respirar otra vez aquella atmósfera impregnada de las palabras de Emma que habian halagado sus sentidos y cambiado su razon.

En aquel momento entramos Gutierrez y yo que estábamos impacientes por saber su determinacion.

Eusebio nos refirió lo ocurrido; ni Gutierrez ni yo podiamos decidir en cuestiones en que el corazon tomaba parte y nos contentamos con aconsejarle que obrara segun su conveniencia y su necesidad.

Nuestro amigo no salió del cuarto en todo el dia y pasó una noche fatal en esa lucha horrible del corazon y el deber.

El artículo del *Herald* exaltó de nuevo la fibra de Eusebio; creyendo que necesitaba tropezar con alguno para desahogarse mostró decidido empeño en ir á retar á los redactores del periódico y costónos no poco trabajo el convencerlo de que en la comunicacion nada habia denigrante para su persona, por cuanto el diario lo colocaba en buen lugar.

Un instante despues Eusebio leia con fruicion el mismo artículo que le habia irritado: halagaba á su instinto caballeresco aquella publicidad que ponia de relieve su valor.—Eusebio tenia sus debilidades como todos los mortales.

Aquella tarde recorrimos los sitios del pueblo adonde solia concurrir Emma; pero ni allí ni en el baile por la noche la encontramos; en el *office* supimos despues que Mr. Payne y su hija se habian marchado á Nueva-York.

Eusebio se quedó estupefacto, no atreviéndose á dar crédito á la noticia; cuando se hubo convencido de la realidad decidió seguirles la pista, pero le hice comprender que ella no habia obrado bien marchándose tan en silencio y que era inoportuno su viaje cuando tan reciente estaba el disgusto que habia surjido entre él y el senador. Mi amigo dudaba, pero eché mano de un recurso heróico que surtió efecto: dije á Eusebio que la conducta de Mr. Payne envolvia una fuga que lo ponia á cubierto de todo comentario sin arrostrar el lance.—Eusebio me dió un abrazo espresivo.

La pasion de mi amigo y de Emma no ofrecia en perspectiva mas que un desenlace funesto y deseaba tenerlos separados, confiando en el tiempo que obra prodijios. El tiempo es un gran moderador de las pasiones.

Y así sucedió.

Eusebio no obedecia á una pasion profunda; no estaba enamorado de veras de Emma: su amor propio se exaltaba por inspirar un cariño grande á una jóven hermosa y de talento que ocupaba como la hija del senador una posicion envidiable. Mi amigo no obedecia mas que á una fascinacion de los sentidos que sin embargo lo hubiera arrastrado á un amor inevitable: Emma no era una mujer vulgar y tratándola era preciso adorarla.

A los tres dias de la desaparicion de Mr. Payne recibió Eusebio una carta de Emma; su imajinacion meridional se exaltó hasta el punto de besar delante de mí el papel. Sus arranques engañaban á cualquiera, pero conocia bien á mi amigo y le dejaba viajar por el espacio de su fantasía para despues traerlo á la triste realidad.

—¡Es una mujer suprema! me dijo Eusebio.

—Esa mujer suprema no te conviene mientras viva su padre.

—No discurro así; ¡me ama!...... Lee lo que me escribe.

En estas palabras del jóven artista no se re-

flejaba una pasion ardiente; adivinábase en ellas la vanagloria del hombre amado.

La carta de Emma decia:

"Aunque me encuentro en Nueva-York mi alma está en Saratoga; mi padre manda en mí, pero con todo su poder no puede arrancar á mi imajinacion de donde solo quiere permanecer.

"Sé sufrir; esperemos, pues. Guarde usted en su corazon aquella última mirada mia como guardo en mi mano el calor de los labios de mi amante en aquel primer beso.

"¡Para el amor no hay distancia! Adios.—*Emma.*"

Devolví la carta á Eusebio sin decirle una palabra.

—¿Qué te parece? me preguntó.

—Me parece que no es tan grande su amor cuando te dice "*¡esperemos!*" Si te amara de veras te hubiera escrito esta palabra: "*¡Ven!*"

—¡Tienes un modo de ver las cosas!

—Las veo con la frialdad del curioso que examina las jugadas del ajedrez.

—Le escribiré.

—Harás mal.

—¿Porqué?

—Porque vas á esponerla á un disgusto y á provocar infructuosamente otro suceso desagradable.

—¿Infructuosamente?

—Sí, Eusebio; no puedes casarte con esa mujer

si su padre se desentiende de su hija y la harás desgraciada; arranca de tu imajinacion el principio de esa historia y prescinde de Emma, que ella prescindirá de tí. Figúrate que lo pasado ha sido un paréntesis deleitable y sin consecuencias.

—¡Demonio! eres capaz, Rafael, de apagar un incendio con tu fria lójica; ¿quieres creer que me desencantas hasta el punto de sentir desvio por esa mujer que tanto me ama?

—El hombre está obligado á estudiar el terreno que pisa para saber si lo sostiene; te espones á dar un resbalon y á caer en un precipicio.

—Tienes razon; digo lo que Emma: "¡esperemos!" y para esperar sin impaciencia me aturdiré con esa multitud de preciosas *ladies* que tanto abundan en este pais.

—¡Hablas como Séneca!

—Para probarte que digo lo que siento, rompo la carta de Emma y me voy contigo al *parlor;* daré tormento al piano.

—Me parece bien, le dije; repetirás la pieza que tan admirablemente interpretaste el otro dia: el aria final de *Lucía*.

—¡El aria de *Lucía!* esclamó Eusebio; ¡no! ¡tocaré otra cosa! ¡el aria no!

El alma de los hombres es mejor de lo que quiere aparecer; queda siempre en ella algo que pone de relieve el instinto; Eusebio que por un arranque acababa de destruir sin piedad aquellas pa-

labras de amor que le habia consagrado una mujer se rebelaba ante la idea de profanar unas notas que habian puesto el sello á una pasion que le abrió las puertas del cielo.

Eusebio cumplió lo que habia prometido; todas las mujeres le parecian hermosas y se aturdió para olvidar á Emma.

Las mujeres dirán que Eusebio era un malvado; no hay código sin embargo que pene esta traicion miserable que solo lleva el sencillo nombre de *flaqueza*.

Eusebio no era mas que un hombre como muchos: una de las infinitas copias de un orijinal que se encuentra á cada paso.

XV.

La Rochefoucauld sentó esta máxima muy conocida:

"La ausencia disminuye las pasiones medianas y aumenta las grandes, como el viento apaga una vela y reanima el incendio."

Esta máxima parece haberse escrito para Eusebio y para Emma; verdad es que siempre sucede

lo mismo; entre dos que se quieren, uno es víctima del otro.

Emma esperó en vano á Eusebio y esperó tambien una contestacion á la carta que le habia dirijido; amándole con todo su corazon se contentaba con algunas líneas en que el jóven le ofreciera que aceptaba aquella palabra "*¡esperemos!*"

La mujer es menos exijente que el hombre; cuando ama de veras se contenta con poco; el hombre lo exije todo el primer dia.

Eusebio se aturdió de tal modo que la temporada de Saratoga fué para él una serie de placeres no interrumpidos; su presencia y su trato le abrieron paso para disfrutar una franqueza sin límites de la que supo sacar partido; no perdoné medio para hacer que olvidara á Emma; creia contribuir así á su tranquilidad, evitándole un disgusto del cual ningun provecho podia sacar.

Y así pasó todo el mes de julio y pasó despues el de agosto.

Los primeros dias de setiembre, cuando la concurrencia hubo abandonado á Saratoga, tomamos el camino de hierro para trasladarnos á Nueva-York, adonde llegamos con una impresion grata de aquellos dias de placer que recordaré siempre con gusto.

XVI.

Con sentimiento veiamos llegar la época de nuestro regreso á la Habana; es muy cierto que el hombre se acostumbra pronto á la holganza y sobre todo á los placeres. Como nuestra limitada fortuna iba de baja podiamos permanecer poco tiempo en los Estados-Unidos.

Pero el poco tiempo y el poco dinero que nos quedaban los aprovechábamos bien.

Yo seguia haciendo mis apuntes y escribiendo mi libro; Eusebio no trabajaba por cuanto nada ofrece el estudio del arte musical en la Union.

Por las tarde recorriamos el *Broadway*, esa inmensa calle de un movimiento saturnal, adonde se encuentra á todo el mundo y adonde sin embargo no se encuentra al que se busca.

Una tarde íbamos Eusebio y yo cojidos del brazo, con esa indiferencia del *flaneur* que no llevando objeto se pára delante de la vidriera de las tiendas para comprar lo que no necesita, se vuelve á seguir con la vista á todas las mujeres hermosas que pasan, presta la candela de su cigarro sin in-

comodarse á cualquier importuno, entabla conversacion con algunos de los muchos amigos-moscas que le cierran el paso para informarse de lo que no les interesa, y en una palabra repara en cuanto cruza por delante de sus ojos en ese panorama perpétuo que roba algunas horas al viajero.

Todo eso íbamos haciendo los dos cuando al llegar á la calle de *Franklin*, por hacer algo sin duda, le ocurrió á Eusebio mandar que parara al cochero de uno de los mil y un ómnibus que perenemente atraviesan por *Broadway*.

—Ven, me dijo.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé; adonde vaya el ómnibus.

Sin decir una palabra entré en el carruaje y pronto dí con el motivo que habia impulsado á Eusebio á hacer la escursion: una jóven bellísima iba en el carruaje.

Me volví para hacer comprender á Eusebio que estaba en autos, como decirse suele, cuando ví con sorpresa que mi amigo no habia entrado en el ómnibus. Tendiendo la vista por la portezuela lo distinguí en la misma esquina de la calle de *Franklin*, inmóvil como la mujer de Lot y como la mujer de Lot con la vista fija atras.

Tiré de la correa para avisar al cochero y me apeé, incorporándome en seguida á mi amigo; viéndole abstraido le tiré del brazo y le dije:

—¿Estás loco, Eusebio?

—¡Es ella! me contestó ajitado.

—¿Quién es ella? Me haces entrar en el ómnibus para seguir á una mujer y te quedas en tierra para seguir á otra. Te has puesto insufrible en este pais con las mujeres.

—Cuando tenia el pié en el estribo volvia esa esquina una jóven apoyada en el brazo de un anciano; esa mujer era una aparicion que me produjo una sensacion violenta, mas violenta que si me hubieran puesto en contacto con una botella de Leyden.

—Amigo mio, se van desarrollando tus pasiones con tal fuerza que me das miedo.

—¡Ay, Rafael! ¡era ella!

—*¡Ella* son todas las mujeres!

—¡No! ¡era Emma!

—¡Emma! esclamé dando un salto.

—¡Sí! ¡Emma! ¡mas bonita que nunca! ¡con una palidez encantadora y con unas ojeras deliciosas!

—¡Estás delirando! ¡Hazme el favor de tener juicio!

—Ya ves que lo tengo cuando no la he seguido.

—¿Pero la sigues con la vista?

—¿Qué quieres? Mi cuerpo se quedó aquí inanimado porque mi alma se fué detras de ella.

—¿Te vió?

—¡Oh! al doblar la esquina, antes de verme, me adivinó; es imposible que te copie el movimiento que hizo con todo su cuerpo; se alteró su fisonomía

y apoyándose en el brazo de su padre inclinó la cabeza sobre su hombro. Creí que se desmayaba.

—¿No te acercaste á ella?

—Lo intenté, pero en balde; mis piernas me sujetaban clavado en la acera; luego Mr. Payne con una mirada feroz me medía de piés á cabeza, queriendo destruirme con los rayos que fulminaban sus ojos.

—¡Encuentro fatal, amigo mio!

—¡Pobre Emma! está muy pálida! debe padecer mucho. Tú tienes la culpa porque me separaste del camino que debí seguir.

—Como te separaré ahora de nuevo y me lo agradecerás. Mr. Payne......

—¡Oh! ¡está cambiado! Lleva en el rostro las huellas de un trastorno moral visible. ¿Quién sabe lo que maquinará el senador? Ya sabes que es muy ambicioso.

—En el próximo vapor nos volvemos á la Habana; tus discípulos y mis gacetillas nos reclaman.

—¡Imposible, Rafael! esta vida me gusta mas que aquella.

—Y cuando agotes el último centavo ¿con qué regresas á Cuba?

—Tienes el prosáico talento de presentarme siempre á tiempo las heces del vaso que apuro con deleite. La Providencia te ha puesto en mi camino para mi tormento.

—Dí mas bien que soy tu Providencia.

Y al decir esto llegábamos al *Metropolitan*, adonde estábamos alojados.

Eusebio que tenia siempre apetito comió muy poco; este síntoma me hizo ponderarle de nuevo la necesidad de apresurar nuestro regreso.

Eusebio por toda respuesta me hizo un jesto espresivo.

XVII.

La vista de Emma habia despertado en mi amigo todos sus recuerdos; volvió á exaltarse su fantasía demasiado impresionable y eludía la cuestion siempre que le hablaba del viaje.

Tres dias despues de aquel en que habiamos encontrado á Mr. Payne y á su hija en el *Broadway*, entró Eusebio en mi cuarto á buscarme para ir al teatro de la ópera italiana que lleva el nombre de *Academy of music*. En Nueva-York llamaban entonces con justicia la atencion dos artistas de *primíssimo cartello.*

Aquella noche cantaban la *Lucía* y no me sorprendió el deseo que animaba á Eusebio de concurrir á la funcion: el mérito de la *partitura* y la reputacion de los artistas eran bastante aliciente para

cualquiera, por mas que no tuviese en su organizacion todo el amor al arte que por instinto le consagraba el jóven artista.

Sin embargo, Eusebio esta vez estaba impaciente y se ocupaba de la ópera con tal insistencia que tuve que adivinar el motivo: Eusebio se acordaba de Saratoga y de Emma.

Si su corazon, leal como siempre, le habia anunciado emociones en la ópera no le engañó; apenas ocupamos nuestros *parkets,* cuando el telon no se habia aun levantado, Eusebio me comprimió el brazo con el codo; seguí la direccion de su mirada y ví en un palco á Emma y á su padre. En el rostro de Eusebio estaba retratada la satisfaccion.

—¡No me engañé! dijo; ¡era imposible que faltara esta noche! ¡hubiera sido una desercion!

—¡Ay, amigo mio! mañana tomo el pasaje para la Habana; corremos aquí gran peligro.

—Te irás solo, Rafael, porque yo me quedo; esa mujer me vuelve el juicio; ¿no ves como me mira?

—Esa es la razon que me impulsa á arrancarte de este suelo.

—No lo conseguirás.

—Ya te convenceré.

—Ve mirando una por una á todas las mujeres que llenan el coliseo; seguro estoy que no hay una mas interesante que Emma. ¡Todos se fijan en ella!

—Ya lo creo, le dije; el senador es muy rico y ocupa un alto puesto.

—No; ella tiene mérito para cautivar y lo mismo sucederia si fuera una mujer sin posicion.

—Estás delirando.

—Repara á aquel mentecato que le flecha los anteojos; me dan ganas de ir á romperle los cristales.

—¡Ay, Eusebio! ¡te vas volviendo calavera!

—No quiero que nadie la mire; ¡verdad es que ella no mira mas que á mí!

—Ya descubriste la hilaza.

—¿Porqué?

—Porque estás dando á entender que solo te inspira el amor propio.

—Te engañas.

—Te conozco bien.

En aquel momento alzaron el telon.

Emma tenia un brazo apoyado en el antepecho del palco y su cabeza descansaba en la mano; sus largos y poéticos rizos caian sobre su pecho. La palidez prestaba á su fisonomía un encanto indecible.

Emma, colocada de espaldas al escenario, no se volvió al empezar la funcion; tenia fijos los ojos en nuestro asiento, y aunque á veces hacia un esfuerzo por separarlos, parecia que una fuerza superior la dominaba. Es inútil decir que Eusebio, recojiendo aquel fluido que de ella partia, estaba vuelto al palco, como si allí solo se reconcentrase el interes del espectáculo.

Tampoco Mr. Payne miraba á la escena; los ojos del senador estaban clavados en su hija, pero ella no habia reparado en la abstraccion de su padre.

Me hallaba inquieto y deseando que concluyera la funcion.

Lucía se presentó en la escena; el público saludó á la inspirada artista con una salva de aplausos. Tres personas habia en el teatro que no oyeron aquel estrépito.

Lucía empezó á cantar su cavatina.

A las primeras notas Emma se incorporó en su asiento y pasándose la mano por la frente echó para atras sus magníficos rizos; entonces se destacó en su fisonomía mas pronunciada su palidez. Eusebio me apretó el brazo con tal fuerza que tuve que reconvenirlo.

Al concluir el *andante*, Mr. Payne que no apartaba la vista de su hija, se acercó á ella muy á tiempo para sujetarla; Emma habia querido ponerse en pié, pero faltándole las fuerzas se dejó caer otra vez en su asiento. El rostro del senador estaba tan pálido como el de su hija.

Emma se apoyó en el brazo de su padre que la sacó del palco, arrastrándola. El público aplaudia en aquel momento con entusiasmo á la tiple y nada vió de la verdadera escena que se representaba tan cerca de las tablas.

Eusebio lo habia visto todo y salió atropellan-

do á los que ocupaban los asientos de nuestra fila, sin oir las murmuraciones y quejas de los que se veian interrumpidos por su imprudencia.

Permanecí en mi puesto, mas por temor de fijar la atencion en mi salida que por el interes que me inspiraba la ópera.

Eusebio llegó á la puerta de salida antes que Emma y su padre; cuando estos aparecieron, al verle, la jóven contuvo un grito. Eusebio se adelantó para socorrerla, sin considerar que iba con Mr. Payne, el cual se interpuso y sujetando con el brazo izquierdo á su hija, tendió el derecho que sirvió á Eusebio de barrera; este miró al senador con sorpresa y el anciano echando fuego por los ojos metió la mano en el bolsillo de su levita para acariciar un arma homicida.

Felizmente para Eusebio el temperamento de Mr. Payne no era arrebatado; su vértigo fué instantáneo y la razon recobró su imperio.

Eusebio dejó pasar al senador y á su hija, comprendiendo el peligro que habia corrido: no se habia escapado á sus ojos perspicaces el cañon de la pistola.

Al concluir la ópera, Eusebio me refirió lo ocurrido y me estremecí: el drama tomaba proporciones colosales y ya era preciso adoptar una medida decisiva.

XVIII.

Al dia siguiente salí temprano y al volver al *Metropolitan* entré en el cuarto de Eusebio.

—Amigo mio, le dije, aquí tienes el billete para regresar á la Habana; el vapor sale dentro de tres dias.

—Me rebelo contra tu tiranía y me quedo.

—No lo consentiré; tu vida está en peligro.

—Nada me importa.

—Ademas, poco tiempo podemos residir aquí, á menos que no encuentres un filon productivo que te sostenga. Hemos gastado casi toda nuestra fortuna.

Eusebio dejó caer la cabeza sobre el pecho sin contestarme: mi argumento era tan fuerte que se dió por convencido.

Para animarlo volví á echar mano de mis anteriores razonamientos; Eusebio comprendió bien que no podia hacer frente á la posicion de Mr. Payne, que abandonaria á su hija á la miseria en caso de decidirse ella á arrostrar las iras paternales, y se contentó con apretarme la mano, dando muestras de ser una víctima resignada que sucumbe á un sacrificio heróico.

Acordóse de su piano y se despertaron en él los sueños de gloria; desde entonces contó las horas y los minutos, anhelando que llegase el momento de volver á pisar el suelo de Cuba.

Dos dias despues algunos diarios anunciaban nuestra salida para la Habana, haciendo grandes elojios de nuestro talento.

(Estos elojios, entre paréntesis, los arrojó al mundo la trompeta periodística, abonando nosotros un tanto por línea.)

La víspera de la marcha empecé á arreglar la maleta; Eusebio suspiraba al verme y de vez en cuando solian escaparse de sus labios algunas de esas ocurrencias felices que son características de su pais natal, sobre las ventajas de nuestro viaje y de nuestra posicion; un criado interrumpió el alegre coloquio diciendo á Eusebio que un caballero deseaba hablarle.

Juzgue el lector cual seria la sorpresa de mi amigo al entrar en su habitacion y encontrarse con Mr. Payne; su primer movimiento fué de miedo, pero le bastó ver la cara del senador para comprender que no habia en ella signo alguno de hostilidad; al contrario, una espresion de profundo dolor se dejaba adivinar en su fisonomía, contraida á pesar de sus esfuerzos por aparecer tranquila. En dos dias el pelo de Mr. Payne habia encanecido y se marcaban en su rostro dos surcos hondos y unas ojeras pronunciadas, señales inequívocas

de un gran padecimiento físico ó de una turbacion moral de consecuencias..

El senador y el artista se miraron en silencio un momento, pero en la mirada de ambos no habia irritacion; parecian comprenderse sin hablarse.

—¿Debe sorprender á usted mi visita, Mr. Barreda? preguntó el senador deteniéndose en cada palabra como si le costara un esfuerzo pronunciarlas.

—Ciertamente, contestó mi amigo; pero crea usted que ella me proporcionará una inmensa satisfaccion si puedo ser útil á usted en alguna cosa.

El anciano contuvo una sonrisa dolorosa y dijo:

—¿Es cierto que se marcha usted mañana?

Eusebio le miró fijamente para leer en su alma y le contestó:

—Es cierto.

—Piensa usted volver á esta ciudad?

—¿Quién sabe? Pero es probable que no.

El senador meneó la cabeza y ahogando un suspiro añadió:

—¿Nada hay en este pais, Mr. Barreda, que llame la atencion de usted?

La pregunta era tan estraña que Eusebio abrió los ojos para mirar mejor á Mr. Payne y no supo qué contestar.

—¿Quiere decir, añadió el senador, que se marcha usted de los Estados-Unidos sin llevar en el alma una impresion que lo arrastre á este suelo?

—Me habla usted en unos términos que no acierto á esplicarme la intencion que motiva este interrogatorio.

— Y sin embargo, este interrogatorio tiene un fundamento lejítimo. Creo que la conducta de usted me dá derecho á exijir una respuesta categórica.

—¿Mi conducta?

—¿Ha olvidado usted ya la escena de Saratoga? ¿ha olvidado usted la representacion de la ópera hace tres noches?

— ¡Ah! ¿viene usted á exijirme cuentas de mi conducta? Un poco tarde me parece; á su tiempo exijí de usted la reparacion de una ofensa, pero la he olvidado ya y hoy es imposible que midamos nuestras armas.

—Lo sé: Emma no tiene secretos para su padre.

Eusebio que se habia sentado al lado del senador se puso en pié de un salto; pero este lo cojió de la mano obligándolo á tomar asiento.

—Lo sé todo, Mr. Barreda, todo; ha abusado usted del corazon de una pobre niña, haciéndole concebir una pasion violenta que la llevará al sepulcro. ¡Dios perdone á usted este pasatiempo que compro á tan caro precio!

— ¡Un pasatiempo! esclamó mi amigo en el tono dramático que le era familiar.

—Sí; la juventud no sabe el daño que hace en sembrar sus pasiones por dó quiera que pasa; mi pobre Emma se ha impresionado violentamente.

alimentando una pasion que usted no sentia, sin embargo de que avivaba su llama.

— ¡Se equivoca usted, Mr. Payne! ¡yo!......

— Si usted la amara no abandonaria el campo, porque ella sufre mucho.

—Cúlpese usted solo de mi conducta; no queria hacerla infeliz: la actitud de usted en Saratoga, el conato de homicidio de la otra noche, todo me hizo comprender que habia una oposicion por parte de usted que haria desgraciada á Emma; era preciso un recurso sobrenatural y lo adopté: mi viaje.

— ¿Ama usted á Emma?

—¿Quién no la ama?

—Es verdad, contestó el anciano sintiendo sus ojos preñados de lágrimas.

—¡Emma es un ánjel! se cruzó en mi camino como una aparicion y el mismo esceso de mi cariño me ha obligado á respetarla, evitándole tormentos que sufria yo solo.

—Pues bien, Mr. Barreda, el viaje de usted no puede verificarse por ahora; si es cierto lo que acaba usted de decirme, es preciso que permanezca usted algun tiempo en Nueva-York.

—¿Qué dice usted? preguntó Eusebio con una sorpresa inesplicable.

—Es preciso, repito, que mi hija se tranquilice; el amor que usted le ha inspirado la mata, y usted y yo seriamos hoy criminales si le causáramos la muerte; yo, oponiéndome á lo que ella cree que

constituye su felicidad; usted, proporcionándole un desengaño horrible.

Eusebio no sabia lo que pasaba por él; dos veces se restregó los ojos creyéndose presa de un sueño.

—Si alguna mujer ha sabido despertar en mí una pasion grande es Emma; tráceme usted la conducta que debo seguir: á todo estoy dispuesto.

—No tengo en el mundo otra afeccion que mi hija; por ella me he desvelado, por ella vivo; perderla es morir.

—¡Perder á Emma! esclamó el jóven; ¡oh! ¡no! ¡no diga usted eso, Mr. Payne! ¡solo la idea me hace daño!

—Si es cierto que usted la ama, si ella ha despertado en usted una pasion profunda, una pasion como la que mi hija puede inspirar á cualquier hombre, ayúdeme usted á salvarla.

—No soy mas que un artista, pero tengo fé y corazon......

—¡No, no! esclamó el senador con una repugnancia marcada; no se trata de eso; no es cuestion de arte ni de fé.......

—Creo que no me ha comprendido usted.

—¡Oh! ¡demasiado!

—Entonces......

—Emma está enferma, gravemente enferma y su dolencia parte del alma: la medicina no tiene remedios para curar su padecimiento.

—Y ¿quién puede?......

—¡Solo usted, Mr. Barreda!

—¿Yo?

—Sí; hice á usted un desaire, dos, no sé porque estaba loco; tenia celos de que mi hija pusiese sus ojos en otra persona que en mí, pero el mal está hecho y es necesario remediarlo.

—Cada vez comprendo menos......

—Voy á decir á usted lo que deseo para salvar á mi hija sin que usted se comprometa á nada. Emma ha abierto su alma á una primera sensacion que ha echado hondas raices, pero nada hay eterno en la vida; las impresiones del corazon suelen borrarse cuando mas se alimentan; la simpatía que nace de una mirada se evapora á veces con el cambio de dos frases. Quiero que usted se acerque á Emma, que ella consiga el deseo de verse correspondida, que se tranquilice en una palabra; cuando su mal haya desaparecido, cuando su ánimo no esté inquieto, emprenderá usted su viaje; una ausencia puede ser larga y en ese tiempo acaso venga el olvido en auxilio suyo; ¡es tan comun eso! Ahora lo que interesa es parar el golpe.

—Lo que usted me propone, Mr. Payne, seria muy fácil, pero temo á mi corazon: no es posible tratar á Emma sin sentir una pasion violenta por ella; interesado hasta ese punto me seria imposible emprender mi viaje, y si lo emprendiera y me olvidara ¿quién vendria en mi auxilio para á mi vez

curarme? ¡Es usted muy cruel al exijirme tan enorme sacrificio!

—Es verdad; pero sabria corresponder......

—¡Mr. Payne! esclamó Eusebio poniéndose en pié; ¿cree usted por ventura en su instinto comercial que puedo venderle la tranquilidad de mi vida y la paz de mi corazon? Y si venderlas pudiera ¿cuál es el pago que recibiria? ¡Dinero! ¡Amo á Emma! seria capaz de amarla como un insensato, pero no daria el menor de mis sentimientos por toda la fortuna de usted. Estaba decidido á sacrificarlo todo por ella, pero usted acaba de hacer imposible la prolongacion de esta entrevista.

El senador cojió una de las manos de Eusebio y con ternura le dijo:

—Veo que es usted un jóven honrado y que podemos entendernos.

—¡Imposible!

—¡Oh! la vida de mi hija me impone un deber y lo cumpliré. Amela usted para que sea feliz y si llega un dia en que los dos se forjan el sueño de su felicidad en unirse para siempre, crea usted, Mr. Barreda, que la llevaré al altar para dar á usted su mano.

Eusebio se sobrecojió; no estaba ni podia estar preparado para este golpe de la fortuna; reconcentróse un momento en sí mismo y añadió:

—Seria para mí el colmo de la ventura lo que usted me propone, pero necesito crearme un nom-

bre, una fortuna, atravesar ese inmenso espacio del arte......

—¡No, no! volvió á esclamar Mr. Payne; si usted se enlaza con mi hija, tengo riquezas y honores; ¡el arte no!......

Eusebio comprendió demasiado la idea del senador, pero no creyó prudente contrariarlo.

—Mi hija, dijo el senador, debe ignorar como todo el mundo esta entrevista; esta noche iremos al teatro; medite usted un medio para llegar hasta ella dejando mi dignidad á cubierto......

—Mr. Payne, crea usted que me hace completamente feliz y que nunca tendrá que arrepentirse de haber dado este paso, cuya noble idea sé estimar en lo que vale. Me iba mañana con la muerte en el corazon; pero me quedaré aquí con la vida en el alma.

—Hasta la noche.

—No faltaré.

El senador estrechó con efusion la mano del artista y bajó la escalera sosteniéndose con trabajo en el pasamanos para no caerse. Al poner el pié en la calle decia entre sí:

—¡Oh! ¡mi hija es primero que todo! Este jóven la ama y la curará de su enfermedad; despues corre de mi cuenta curarla de su amor. ¡Hay tantos medios!......

Eusebio entró jadeante en mi cuarto y me dió

una docena de abrazos tan apretados y tan repetidos que temí por su razon.

Cuando me hubo contado la entrevista miré fijamente á mi amigo y le dije:

—¡O estás loco ó lo está Mr. Payne!

—¡Voy á ser capitalista!

—¿Y el piano?

—Lo quemaré.

He ahí bien de relieve un rasgo característico del tipo de la felicidad.

XIX.

La visita de Mr. Payne á Eusebio podrá parecer estraña y aun inverosímil á algunos, pero solo contestaré á estas observaciones que era fundadísima y sobre todo que es histórica.

Cuanto acontece en la vida del hombre, por inesperado y anómalo que sea, tiene su fundamento.

Retrocedo, pues, en mi relato.

Cuando Mr. Payne dejó atras á Saratoga acariciaba la idea de que la ausencia y el tiempo distraerian á Emma de una impresion que debia ser

pasajera por cuanto se habia alimentado solo con miradas, pero la ausencia y el tiempo con su teoría engañaron al senador.

Los primeros dias Emma supo encubrir sus sentimientos porque vivia de la esperanza: habia escrito á Eusebio y cada minuto que pasaba le traia á su imajinacion una respuesta apasionada de su amante; pero corrieron los minutos y los dias y la carta no llegó.

Poseida entonces Emma del dolor agudo que produce la herida de un desengaño, cayó en la tristeza y el abatimiento, lo cual alarmó á su padre; en vano fueron las súplicas y los halagos de este para que le comunicara su pena: la jóven cerró su corazon, y sola en su cuarto daba rienda á su desesperacion y á sus lágrimas. Eran vanos sus esfuerzos por aparecer tranquila al presentarse delante de su padre: la huella de las lágrimas es traidora y vende al sentimiento.

Mr. Payne agotó todos los recursos de su imajinacion para distraerla, pero para Emma no habia atractivos mas que en el desahogo de su dolor: esto solo podia consolarla. Cuando el corazon rebosa es hasta inhumano prestar consuelos inútiles: no hay otro consuelo para el dolor que dejar correr el raudal de llanto que nos ahoga.

La frente del senador, nublada siempre, no descansaba tranquila en su almohada; el insomnio se habia apoderado de él y el insomnio es una en-

fermedad grave. Llamó á los médicos mas afamados con el pretesto de consultarles su estado, pero iban prevenidos: el objeto era que viesen todos á su hija! Emma cerró para ellos sus labios como habia cerrado su corazon para Mr. Payne.

La ciencia no sabe despejar incógnitas; gracias que conozca los males conocidos. Los médicos declararon que la dolencia de la jóven debia partir del alma por cuanto ningun síntoma físico presentaba de relieve una enfermedad determinada.

El senador se tranquilizó algun tanto creyendo que las dolencias del alma no matan.

Pero Emma, aunque nunca se quejaba, fué perdiendo el color y las carnes; los médicos entonces se alarmaron y alarmaron á Mr. Payne; ella, sin embargo, se resistió á todo exámen y á todo tratamiento. Su padre vivia en perpétua calentura y como Emma sufria en silencio.

En este estado se hallaban padre é hija cuando encontraron á Eusebio en el *Broadway;* la turbacion de Emma y su inquietud despues convencieron demasiado al senador de que la dolencia provenia directamente de su pasion por el artista.

El senador al verla apasionada ciegamente de un hombre inferior, segun su cálculo, sufrió un golpe terrible en su amor propio; despues el padre tuvo celos del amante que llenaba el alma entera de la que él queria con todo su corazon, y de aquí partió aquel vértigo que le hizo acariciar por un

momento el crímen la noche que Eusebio se acercó á Emma en la representacion de *Lucía*.

Al retirarse del teatro, Mr. Payne condujo á Emma á su casa: en la cara de la jóven estaba impreso el sello inequívoco de la muerte. El senador maldijo su cobardía, comprimiendo la pistola entre sus dedos: creia á su hija perdida ya para siempre.

Una fiebre intensa se apoderó de Emma y en su delirio llamaba sin cesar á Eusebio: ni una vez nombró á su padre. Mr. Payne estaba loco y se paseaba por la estancia rujiendo como una fiera: la fiebre tambien se habia apoderado de su razon; pero hizo crisis y entonces se acercó á Emma que no le vió. El anciano sintió enardecerse sus ojos y dos lágrimas de fuego abrasaron sus mejillas, vírjenes todavía de ese sentimiento tan santo como lejítimo.

¡Oh! ¡cómo bendijo á la Providencia al encontrar en su alma ese bálsamo de consuelo que lava todas las heridas, que calma todos los dolores, que purifica todos los sentimientos!

Mr. Payne lloraba por la primera vez; aprendia á ser hombre y en aquel momento se presentó á sus ojos la humanidad con todas sus miserias; el egoismo huyó de su corazon espantado por aquellas lágrimas purísimas que emanaban de un sentimiento.—El sentimiento habia engrandecido á Mr. Payne.

Los hombres que no lloran no tienen jugo en el alma. ¡Miserables!

He dicho mal: ¡desgraciados!

Aquel padre infeliz se inclinó sobre su hija para manifestarle el tesoro de sentimiento que la naturaleza acababa de prestarle; pero Emma seguia en su delirio.

Todos los doctores de la ciencia corrieron á la cabecera de la enferma; allí habia un mal físico que atacar y lo atacaron con un simple calmante.

La ciencia triunfó esta vez; pero despues de haber conferenciado sobre la situacion de Emma dijeron á Mr. Payne que su verdadero padecimiento era una pasion de ánimo que traeria fatales consecuencias: era preciso cortar el mal, triunfando de su enajenacion, por cuanto esta podia llevar á la doliente ó á la consuncion ó á la demencia.

No sé si este pronóstico en medicina es lójico; lo que aseguro es que así salió de los labios de los doctores. Aunque bien mirado, la lójica debe estar reñida con la medicina.

El senador fuera de sí entró en el cuarto de Emma que clavó en él los ojos, vidriosos todavía por el efecto de la calentura; Mr. Payne cojió una de las manos de la jóven entre las suyas y le dijo:

—¿Has sufrido mucho esta noche, hija mia?

—No, contestó ella aparentando indiferencia; el calor del teatro me trastornó.

—¿Es posible, Emma, que pretendas engañar á

tu padre? ¿No conoces que leo en el fondo de tu alma?

—¿Y qué lee usted, padre mio? preguntó ella con una sonrisa forzada.

—Leo que padeces una afeccion moral, y esta afeccion moral parte directamente de una falta de confianza que no te perdono.

—Puede usted equivocarse.

—¡Oh! ¡no! ¡nunca se equivoca un padre! Leo en tu corazon como leo en el mio, porque mi corazon y el tuyo son uno mismo.

—Entonces ¿porqué me pregunta usted lo que tengo?

—Es verdad, Emma, pero deseo que me comuniques tus sentimientos aunque los adivine yo; las penas cuando se comunican parece que se alivian; soy tu mejor amigo.

—Lo sé, padre mio.

—No vivo mas que para tí; la ambicion me ha dominado toda mi vida; he sido egoista y malo, te lo confieso, porque no creia que entre los seres animados existiera un lazo superior que haciendo olvidar la propia existencia nos impulsara á ofrecerla en holocausto de otra vida; la Providencia me ha dado una hija para iluminar mi razon y despertar en mí esa fibra sensible que juzgaba muerta y que solo dormia. He vivido en perpétua lucha con el mundo, queriendo sobreponerme á todo en alas de mi ambicion; hoy otro poder superior ha doma-

do mi instinto haciéndome amar la vida para consagrarla á otro sér: este sér eres tú y bendigo á la Providencia. ¡Me has reconciliado con la humanidad!

—¿Cree usted por ventura que soy ingrata?

—Ingrata no; pero te muestras indiferente á mi sentimiento, sin duda porque lo ignoras: no puedo ignorar el tuyo porque la lágrima que en silencio derraman tus ojos viene á caer en mi corazon, caliente todavía. Si algun dia eres madre comprenderás este misterio; puede un hijo no vivir para su padre, pero al ser padre vive siempre para su hijo: esta es una de las leyes inmutables de la sabia naturaleza.

—Me hace usted daño, porque queriendo borrar la idea de mi ingratitud me acusa injustamente. Es verdad que he sufrido y que sufro, pero ahogaba mis sollozos y escondía mis lágrimas por no atormentar á usted, por no hacerle partícipe de mi dolor.

—¡Egoista! querias sufrir sola sin saber que tus sufrimientos eran menores porque tenias quien te ayudara á llorar.

—¡Qué bueno es usted, padre mio!

—Ven, reclina tu cabeza en mi pecho; llora, desahoga tu alma, lloraré contigo; no tienes derecho á padecer sin darme una parte de tu dolor: te lo disputaria siempre; cuando seas dichosa, olvída-

me, disfruta sola; no iré á pedirte participacion en tus placeres......

—¡Ah! ¡he sido ingrata! ¡ahora lo conozco!

—Has abierto, Emma, tu corazon á una de esas impresiones profundas que se graban en el alma; tu sueño se realizará; y si la suerte fuese cruel contigo, si la esperanza se desvanece, lucha con valor; no olvides que no te perteneces: tu vida está unida íntimamente á la mia; si decides morir, avísame antes para precederte; no podria verte desaparecer de mis brazos porque moriria despues y seria morir dos veces.

—¡Lucharé! ¡sí! ¡lucharé! ¡Me ha inspirado usted un valor al cual creia ajeno mi espíritu! ¡Olvidaré á ese hombre!

—Ese hombre te ama y tengo acaso la culpa de que haya huido de tí; ¡me hacia tanto daño el convencerme de que otro sér llenaba tu alma y ocupaba tu pensamiento!

—¡Ah! ¡no! ¡no me ama! ¡Le he escrito, padre mio, y no me ha contestado!

—¿Le has escrito?

—¡Estaba desesperada!

Entonces Emma refirió á su padre la escena del *parlor* y el senador bajó la cabeza dando muestras de un abatimiento grande.

Media hora despues padre é hija conferenciaban, prodigándose las caricias mas tiernas. El ros-

tro de la jóven estaba animado y parecia volver á la vida en alas de la esperanza.

Trascurrieron dos dias; Emma habia abandonado el lecho y suplicó á su padre que la acompañara: queria respirar el aire libre de la calle; pero el senador se opuso, pretestando una ocupacion y ofreció á su hija llevarla por la noche al teatro para que se distrajese.

La frente del senador estaba nublada aquella mañana: habia leido en los periódicos el anuncio del viaje de Eusebio Barreda y acometido por una idea súbita, sin comunicar á Emma su proyecto, se dirijió á casa del artista.

Lo que allí pasó ya lo saben mis lectores.

Sigo, pues, mi narracion.

XX.

La segunda representacion de la ópera *Lucía* llamó al teatro escasa concurrencia, á pesar del mérito de los artistas.

Sin embargo, cuando Eusebio asomó la cabeza por la puerta de entrada de la planta baja del coliseo le pareció que estaba lleno: y lleno estaba

para él por cuanto distinguió todo lo que podia desear: habia visto á Emma con su padre en un palco principal. De repente salió diciéndome que lo aguardara.

Pocos instantes despues volvió y me dijo:

—Necesitaba de un medio para acercarme á Emma y la suerte me lo depara.

—¿Cuál es? le pregunté.

—Ví desocupado el palco contiguo al de Mr. Payne y fuí á tomarlo; por fortuna no se habia vendido. Ven.

—¡Cuidado, Eusebio!

—¡El campo es mio!

Subió los escalones de tres en tres y entramos en el palco.

El senador nos vió, pero en la inalterabilidad de su fisonomía no pude comprender el efecto que le hacia la determinacion de Eusebio.

Este ocupó la silla de la derecha, con lo cual quedó tan cerca de Emma que sus brazos se tocaban; la jóven volvió la cara y al ver á su amante sintió un estremecimiento tan marcado que todos pudimos percibirlo. El rostro de Mr. Payne siguió inalterable; el de Emma vendia claramente la emocion de que estaba poseida; y no era solo el placer de ver á Eusebio el que la causaba, sino el temor de que se repitiese la desagradable escena de Saratoga entre su padre y su amante.—La pobre niña ignoraba la visita de Mr. Payne á Eusebio.

Empezó la representacion de la ópera y esta vez Mr. Payne, fijando todo su interes en el espectáculo, se volvió hácia el escenario, lo cual hizo comprender á Eusebio que le abandonaba el campo. Emma se sorprendió de aquella actitud de su padre y le dió gracias con el pensamiento, acordándose de lo que le habia dicho dos dias antes con motivo de su dolencia.

Al cantar *Lucía* su cavatina el brazo de Eusebio seguia tocando el de Emma: una corriente eléctrica los tenia en contacto; ella, resentida con la conducta de mi amigo, queria separar su brazo para evitar aquel lijerísimo roce, pero una fuerza superior lo sujetaba. Amando á Eusebio no podia hacer otra cosa y ademas en sus ojos, al volverse ella, habia comprendido que aquella alma entera era suya.— Ya he dicho que Eusebio poseia en alto grado las facultades dramáticas.

Emma no queria mirar á Eusebio y sin embargo le miraba. Con el ojo derecho atendia á la escena y con el izquierdo devoraba á su amante: evolucion que solo el amor hace posible.—Los ojos de las mujeres son una máquina que obra prodijios.

Eusebio que nada tenia ya que temer del senador se entregaba todo á la contemplacion, y fijo en Emma se abstraia de cuanto le rodeaba.

El duo de tenor y tiple produjo una sensacion igual á los dos amantes: aquella poesía que

Donizetti supo imprimir á sus notas en ese tiernísimo trozo despertó en el alma de Emma un entusiasmo inesplicable; Emma y Eusebio cantaban el duo, entonando sus almas con una armonía admirable las frases apasionadas de *Lucía* y de *Edgardo:* aquellas frases les traian á la mente la primera pájina de su amor.

Al separarse *Lucía* y *Edgardo,* cuando lanzan aquel sublime *¡addio!* Emma y Eusebio se volvieron instintivamente para mirarse y sus almas se confundieron.

Cayó el telon.

Mr. Payne se dirijió á su hija para celebrar el mérito de los cantantes y pedirle su parecer. ¿Quién sabe si el desventurado padre no habia oido una sola nota de las que celebraba?

Un segundo despues, pretestando que pasaba un amigo por el corredor, salió del palco. Emma le miró fijamente: habia comprendido su intencion.

Al ver salir á Mr. Payne adiviné que yo tambien estorbaba; pero al hacer la demostracion de levantarme, Eusebio me dió un golpe en el pié con el tacon de su bota; aquella señal fué tan espresiva que aun no habiendo comprendido lo que queria decirme, el dolor me hubiera imposibilitado de ponerme en pié. Hice un jesto significativo y Eusebio se cubrió la cara con el pañuelo para ocultar la risa que le provocó mi mueca.

Resignado á acompañar á Eusebio, puesto

que creia necesaria allí mi presencia, me puse á leer con todo interes el programa de la funcion.

Eusebio, como quien hace una llamada vergonzante, dejó caer con recelo esta palabra en el oido de la jóven: "Emma."

Ella se volvió y sin cuidarse de que yo podia oirla, le dijo:

—¿Es verdad, Mr. Barreda, que se marcha usted mañana á Cuba?

—Así lo habia decidido, Emma, al convencerme de que usted no me amaba.

Emma le miró abriendo los ojos para manifestar su sorpresa.

—Necesito haber oido á usted mismo esas palabras para darles crédito.

—¡Oh! bien sabe usted, dijo mi amigo, que he combatido de frente las consecuencias de esta pasion para haber sufrido un triste desengaño.

—¡Un desengaño! ¿Se burla usted de mí, Eusebio?

—No, Emma; ofrecí respetar á Mr. Payne, y al siguiente dia desapareció usted de Saratoga sin dejarme una palabra de consuelo, un átomo siquiera de esperanza.

—Fuí arrastrada por una exijencia de mi padre, pero bien pudo usted convencerse por mi carta.....

—¡Una carta! ¿qué carta?......

—¿No ha recibido usted una carta mia?

—No, contestó Eusebio con una imperturbabilidad sorprendente.

Aquella negacion llegó hasta mí y costóme trabajo ocultar el efecto que me produjo; hice una seña con el pié á Eusebio, pero no fuí tan implacable como él conmigo para no distraerlo.

—Entonces, dijo la inocente niña, nada me sorprende; habia acusado á usted por una indiferencia, criminal á mis ojos.

—¿Podia usted creer, Emma, que recibiendo una carta de usted hubiera permanecido en Saratoga ni un minuto? ¡Oh! ¡no es estraño, porque usted no me conoce!

—¿Y se marchará usted mañana?

—Despues de ver á usted hoy ¿cómo me pregunta si me iré mañana? Huia de este pais con el corazon despedazado por un desengaño cruel, pero cuando veo renacer la esperanza, respiro de nuevo y me quedo, sea cualquiera el resultado de mi determinacion.

—¡Gracias, Eusebio!

—Sé que voy á combatir desesperadamente con un padre que se opondrá á mi cariño, pero el corazon encierra un tesoro de valor y lo pondré en juego para triunfar.

—¿Se ha acordado usted de mí, Eusebio?

—No me haga usted esa pregunta; lea usted en mis ojos la respuesta.

Emma miró á Eusebio y la respuesta de sus

ojos le arrancó un suspiro en que se reflejaba su satisfaccion. Vuelvo á repetir que mi amigo era un hombre admirable para la escena, aunque en situaciones semejantes todos los hombres son actores eminentes.

—No tema usted á mi padre, Eusebio, añadió la jóven; acérquese usted á él sin cuidado; alimento la esperanza de que mi padre se convencerá de la injusticia de su oposicion; ademas, si hay contrariedades que vencer, luche usted como yo: solo así se quilata el amor.

—Estoy resuelto á todo.

En aquel momento entró Mr. Payne en el palco; en la apariencia nada habia visto, pero el senador habia estado observando desde la galería baja. Eusebio se volvió hácia mí repentinamente y dejé de leer el programa de la funcion que ya sabia de memoria.

Durante el segundo acto Mr. Payne tuvo ocasion de estudiar el cambio que se habia obrado en su hija: su fisonomía se habia animado y celebraba á los cantantes con un regocijo casi infantil. El senador respiraba con mas libertad: veia aquella noche que la dolencia de su hija habia encontrado el remedio.

Al concluir el acto entraron varias personas en el palco de Mr. Payne; entre ellas habia un individuo con quien habiamos entablado amistad en Saratoga; al vernos, se acercó á nuestro palco y

nos estrechó las manos con cariño. Eusebio se acercó á su oido y le dijo que nos presentara al senador y á su hija.

Cumplió perfectamente su comision; Mr. Payne se llegó primero á mí y despues á Eusebio y tendiéndonos la mano nos hizo toda clase de ofrecimientos. La emocion de Emma estaba retratada en su semblante.

Durante el tercer acto Eusebio ya no se detuvo; salvada la difícil barrera entabló conversacion con Emma, dirijiendo de vez en cuando la palabra al senador. Los dos amantes, olvidándose del mundo, se olvidaron tambien de *Edgardo* y de *Lucía;* ¡qué ingratitud! Cuando el tenor cantó el aria final, aquella aria que tan bien habia interpretado Eusebio en el piano, él y Emma se habian remontado al cielo de su amor, y á tal altura no llegaron ni las notas de Donizetti, ni los aplausos entusiastas que el público tributaba al artista.

Los amantes descendieron al caer el telon pues tenian que separarse; Eusebio estrechó la mano de Emma y le comunicó el fuego de una pasion vivísima.

¡Infame! dirán las mujeres con razon; pero ¿quién sabe si Eusebio sentia aquella noche todo lo que espresaba?— Hay organizaciones impresionables que como los actores se poseen tanto de su papel que sienten lo que dicen.

Al salir, el senador estrechó con efusion la

mano del pianista. No es estraño; el pianista era la salvacion de la hija del senador: ¡el senador era padre!

Si aquella noche los médicos hubieran examinado á Emma hubieran tenido que renegar de la impotencia de la medicina.

Emma se habia salvado.

XXI.

Mi plazo se habia cumplido por cuanto mis fondos espiraban y tenia ademas pagado mi pasaje; así, á la mañana siguiente me dirijí al vapor. Eusebio me acompañaba para darme un abrazo de despedida; en su rostro estaba pintada una satisfaccion sin límites.

Al separarnos, lo estreché entre mis brazos y le dije:

—Escríbeme á menudo: deseo saber el desenlace de tu historia.

—Nada ignorarás.

—Adios, Eusebio, y sé feliz.

—Adios, Rafael, da espresiones á mis discípulos.

—Siento mucho dejarte sin recursos para que

atendieras dignamente á la posicion que necesitas sostener. ¿De dónde los sacarás?

Eusebio sonriéndose y tomando una actitud académica, me contestó como Abraham á Isaac:

—¡Hijo, Dios proveerá!

Y nos separamos, acaso para siempre.

XXII.

A los seis dias llegué á la Habana; allí me aguardaba mi hambriento diario, que fué tragándose las inspiraciones de mi viaje, suministradas en gacetillas.

No perdoné medio de anunciar la importancia del libro que estaba escribiendo sobre los Estados-Unidos, pues era preciso preparar el terreno: sembrar para cojer es el gran pensamiento de la gacetilla.

Eusebio me escribia por todos los vapores que llegaban de los Estados-Unidos; Emma completamente restablecida de su dolencia adoraba en mi amigo y Mr. Payne gozaba con la idea de la felicidad que su hija se habia forjado con la correspondencia de su poético amor.

En octubre recibí una carta de Eusebio que

voy á copiar íntegra porque pone bien de relieve su situacion. Hela aquí:

"Te echo mucho de menos, mi querido Rafael, porque en el inmenso panorama que se abre ante mis ojos no tengo un amigo á quien comunicar todas mis esperanzas, todos mis sueños que felizmente entrarán en la esfera de las realidades.

"Emma me ama cada dia mas y tengo el convencimiento de que no he amado á ninguna mujer como á ella; dirás, encerrado en ese círculo vicioso de tu escepticismo, que obro movido por el resorte del interes; ¿quién sabe? Hoy Emma constituye mi felicidad y bendigo á la suerte que la puso en mi camino. Es una mujer digna de ser amada y acaso la hubiera querido lo mismo destituida de toda fortuna.—No te rias: ¡eres implacable!

"Mr. Payne ha cambiado mucho y me trata como si fuera su hijo; tú me conoces. Me he apoderado de su casa y allí mando en jefe: mi voluntad es suprema. Ni Emma ni Mr. Payne saben ya vivir sin mí.

"Los dias me parecen siglos, porque temo que se me escape la fortuna que se me ha entrado por las puertas; en enero Emma será mia y mia será tambien la fortuna de su padre, que es inmensa: he averiguado á cuánto asciende y hoy sé mejor que el mismo Mr. Payne lo que posee: no quiero fijar la cifra por no espantarte.

"La representacion nacional llamaba á Was-

hington al senador; pero ¿lo creerás? ha prescindido de su deber de buen patricio y permanece en Nueva-York, sin otra idea que la de gozar con la dicha de ver á su hija y preparar nuestra boda, que será ruidosa.

"No me preguntes por el piano; está cerrado: mis glorias de artista las veo desaparecer con cierto sentimiento, pero hay que atemperarse á las circunstancias. Mr. Payne pone mala cara siempre que se le habla de música y soy tan amable que sacrifico mi instinto para no atormentar al rico senador.

"Mis recursos se agotaron, pues vivo con cierta independencia algo ruinosa en este pais; pero he encontrado el filon sin buscarlo. Tomo dinero á rédito sobre la dote de Emma, que es cuantiosa: los usureros son aquí como en todas partes y como en todas partes tienen buena nariz: oliendo la fortuna que me aguarda vinieron á ofrecerme dinero al módico interes de un ciento por ciento de ganancia.

"Ya ves que sé vivir; hasta ahora no habia comprendido que podia hipotecarse el amor: no doy otra garantía que la pasion de Emma por mí.

"Me voy convenciendo de que es mas grato entretener algunas horas al lado de una mujer que me ama, que pasarlas atormentado con el pesadísimo martilleo del *do, re, mi* de los discípulos.

"Al mismo tiempo esto es mas productivo.

Veo acercarse el mes de enero y sin embargo parece que huye delante de mis ojos.

"Por lo dicho, Rafael, no me juzgues mal; te repito que amo á Emma con todo mi corazon.

"Adios: tu amigo—*Eusebio.*"

XXIII.

Voy á cerrar mi historia.

He aquí otra carta de Eusebio que llegó á mi poder en los primeros dias del último mes de febrero:

"Te escribo, amigo mio, en plena luna de miel; diez dias hace que me casé y no me he ocupado mas que de la felicidad que me abruma con su peso. Emma es una mujer superior, y contra la costumbre la quiero hoy mas que antes de enlazarme con ella.

"Nuestra boda ha hecho época en Nueva-York. Mr. Payne, como decirse suele, echó el resto; todas las notabilidades de la Union concurrieron á la ceremonia; los hombres me envidiaban, y lo creo, porque Emma estaba hermosísima en aquel momento solemne.

"El senador ha comprado una deliciosa pose-

sion en Newport, desde donde te escribo; á pesar de los rigores de la estacion no volveremos á la ciudad hasta el otoño. Rejuvenecido con la dicha de que su hija dá evidentes muestras, ha renunciado su cargo retirándose de la política; este paso de un senador, cuya vida pública era tan conocida, ha causado sensacion. No es estraño: el senador llamaba con teson á las puertas de la presidencia y sorprende verlo retirarse cuando parecia que aquellas iban á abrirse para darle entrada.

"Mr. Payne dice que no existe la felicidad mas que en el recinto doméstico y se ocupa de los menores detalles de su casa hasta con puerilidad. No quiere leer ni los periódicos y ¡asómbrate! ha comprado un magnífico piano para que luzca diariamente mi habilidad y para oir cantar á su hija que con mis lecciones hará progresos.

"Emma y su padre me deben la felicidad; verdad es que les debo la mia. ¡Cuánto daria porque disfrutaras de ella! pero sabes que soy tu amigo de corazon y que en cualquier apuro puedes jirar contra mi caja: es decir, contra la caja de Mr. Payne; pero ahora soy el administrador de todos sus bienes.

"Suscríbeme á tu diario; en él puedes anunciar, imitando á Victor Hugo, que he tenido *un fin trájico:* ¡me he casado!

"Mi Emma te envia un recuerdo muy afectuoso: hablamos mucho de tí."

Cumpliendo el deseo de Eusebio publiqué en mi periódico esta gacetilla que es la última pájina de la historia:

"¡Beati!...... Nuestro amigo el distinguido pianista D. Eusebio Barreda, que hacia las delicias de los *amateurs* de la Habana, acaba de contraer matrimonio en Nueva-York con miss Emma Payne, bellísima jóven, hija del poderoso y *honorable* senador Mr. Payne, que se ha retirado á la vida privada. A la ceremonia ha concurrido toda la aristocracia de los Estados-Unidos.

"El gacetillero de este diario que continúa soltero envidia la suerte de su amigo Barreda y lo avisa á sus lectoras bonitas y ricas."

XXIV.

Corolario.

¿En dónde existe el tipo de la felicidad?

Emma la soñó en el amor y dió con su sueño.

Eusebio corrió tras de la gloria y el amor lo coronó de riquezas.

Mr. Payne, ebrio con la ambicion, buscando un horizonte inmenso, se encerró en algunos piés

de terreno, en el recinto doméstico, y allí le acarició la felicidad.

Yo...... ¡ay! sigo haciendo gacetillas sin saber si la felicidad consiste en hacer gacetillas ó en dejar de hacerlas. Sin embargo, el domingo descanso y este descanso me proporciona una espansion que es acaso la felicidad para mí.

He escrito el libro sobre mi viaje, pero no encuentro un editor que quiera imprimirlo; si vendiera de él cien mil ejemplares acaso toparía con la felicidad, pero entretanto que no lo doy á la estampa sigo con la felicidad amortizada en mi pupitre.

¿En dónde está la felicidad?

La felicidad es un *mito.*

HISTORIA SEGUNDA.

MERCEDES.

RELACION DEL VIAJERO.

MERCEDES.

I.

La felicidad es una cábala.

Consume el hombre su existencia en formar combinaciones como los jugadores de lotería, combinaciones todas que se desvanecen el dia del sorteo.

Para el hombre la vida es un continuado sorteo; cuando acierta á sacar un premio pequeño se desespera creyendo que la suerte se burla de él; si por casualidad esta le favorece con el premio grande, aquel golpe no hace mas que avivar su ambicion.

El que cree que la riqueza constituye la felicidad no se funda mas que en una razon tan efímera como horrorosa: en su pobreza actual.

No creo que el dinero sea la base de la felicidad, pero estoy muy contento con tener treinta mil pesos de renta.

El hombre ajusta diariamente cuentas con la humanidad y vé que disfruta mas *crédito* la descarnada mano que luce una ostentosa sortija de brillantes que la mano pulida de un escolar.

Y acaso el escolar sea mas feliz con su existencia dudosa, pues duerme sin cuidarse de que le roben lo que no tiene.

Pero en cambio, y esta es la ley de la compensacion, aquel adolescente para quien el mundo no tiene necesidades apremiantes vive la vida del corazon; no le desvela un sueño filarjirio, pero le atormenta en su insomnio un fantasma que se cruza entre su amor y el de la primera mujer que ha turbado la tranquilidad de su alma.

Arrojad á sus plantas los tesoros de Creso para que os venda una sola mirada de aquella mujer y pasará por encima de ese oro que labraria su porvenir, para ir á beber un mar de delicias en los ojos de una mujer que acaso acaba de hacerle traicion.

¡Ay! desgraciadamente esa virjinidad del alma, ese poema del pensamiento, esa deificacion del amor, pasan pronto; la mujer tiene siempre barro

para gozarse en enlodazar aquella alma que cruza el éter de las ilusiones con un vuelo fantástico.

¡El destino! esa palabra de que tanto se abusa es incomprensible como el misterio; no, no es el destino el que arrastra á los séres á su perdicion: es su propia ceguedad.

Para el que ha levantado un trono en su corazon á un ídolo y lo vé caer destrozado y sin la pureza que soñó ¿de qué le sirve aglomerar oro y oro para deslumbrarlo? Con el oro no se levanta el ídolo caido.—El corazon está rebosando veneno y ya ni el oro cabe en él.

Estas últimas reflexiones tan verdaderas como desgarradoras se escapan de los labios y del alma de mi amigo Julian de Figueroa.

¿Conoces, lector, á Julian de Figueroa?—Es aquel jóven pálido que habló conmigo en la Dominica.

¿Quieres saber mas?—*Ecce homo.*

II.

El que no ha sentido los rigores del invierno no puede apreciar en lo que vale el amor á la lumbre y lo agradable que es un diálogo con una mu-

jer querida ó con un amigo al calor de la chimenea. Las horas pasan velozmente, ya sosteniendo la conversacion, ya haciendo continuados paréntesis para arreglar los tizones sobre los morillos ó para avivar la llama.

Por esta razon no debe estrañarse que en una noche de diciembre de 1854 dos jóvenes, huyendo del bullicio de los salones y del aturdimiento de los cafés y del atractivo de los teatros y de las aventuras íntimas del amor y de las otras muchas diversiones que Madrid ofrece á la juventud, se pasasen las horas al lado de la chimenea, conversando y paladeando su buen café y dos magníficos cigarros lejítimos de la Vuelta-Abajo, de esos cigarros que allí son contrabando en los *estancos* de la renta.

El mas jóven de los dos tendria veintiseis años; envuelto en una magnífica bata de seda entretelada, estaba recostado en un divan, dejando ver sus aristocráticos piés que calzaban dos chinelas de terciopelo bordadas de oro.

Julian de Figueroa era rubio y de una figura interesante, revelando en su rostro la bondad del alma que no rechaza sin embargo en los séres que del sentimiento viven, el vigor del corazon.

Victoriano Aguilera podria contar treinta años; su piel tostada, sus grandes patillas negras y sus facciones pronunciadas formaban completo contraste con la delicada fisonomía de Julian; era uno de

esos jóvenes que se hacen simpáticos á primera vista, mas que por su figura por sus maneras y su gracia natural en el decir.

Victoriano que conocia á todo el mundo era el eco de la crónica de los salones y lo deseaban por tanto en los círculos y en las casas particulares, pues donde estaba él no habia tristeza, animando á las jentes con sus chistes y la viveza de su carácter.

Julian y Victoriano eran dos tipos enteramente opuestos, y esta es sin duda la razon de la simpatía que los unió al encontrarse y de la gran amistad que despues estrecharon.

Para conocerlos bien convendrá reproducir palabra por palabra el diálogo que sostenian la noche en que los encontramos al lado de la chimenea.

—Te empeñas, querido Julian, decia Victoriano, en no ir al Casino ni al teatro.

—No me divierto en los sitios públicos y esto me pone de relieve el estado de mi alma.

—Te haces ilusiones.

—No: gozo mas al lado de un amigo como tú que en todas esas distracciones que no me distraen.

—¿Pretendes ser viejo á los veintiseis años?

—No, Victoriano; pero estoy cansado del mundo: á mi edad he recorrido toda la Europa; cinco años de movimiento contínuo, de ver cada dia nuevas poblaciones y nuevas caras, sin apegarme á aquellas ni á estas, han despertado en mí una ne-

cesidad imperiosa. Solo en el mundo, sin padres, sin amigos, sin familia, llegó á cansarme ese ajetreo y busqué en el descanso la paz del corazon y la tranquilidad del alma: estas no se encuentran mas que en su propio hogar.

—¿Supongo que te propones vivir en Madrid para disfrutar de tus riquezas?

—Nada economizo, amigo mio; habito en una magnífica casa, como ves; tengo carruajes, caballos, y abono en los teatros; visto segun el último figurin de Paris; cómo bien: en una palabra, nada escaseo para hacerme agradable la vida material.

—Sí: tienes carruajes que no usas y caballos que no montas y abonos que pagas sin poner el pié en los teatros y ropa que se hace antigua en el armario y buena mesa que no luces y un semipalacio que está siempre desierto.

—Ya te he dicho que huyo del mundo porque me agrada la soledad; he llegado á hastiarme del bullicio y me atormenta la idea de ser en el mundo un paria: necesitaba un amigo que me comprendiese y lo encontré.

—¡Ese amigo soy yo! dijo Victoriano con orgullo, estrechando la mano que Figueroa le presentaba.

—Ese amigo eres tú. Cinco años de viajes me hicieron conocer infinitas personas, pero todas fueron afecciones pasajeras. Apenas empezaba á aficionarme á un hombre seguia el itinerario que me habia trazado y estrechaba su mano quizá para

siempre: al siguiente dia encontraba otro compañero de viaje que volvia á abandonar.

—Pero ahora, Julian, te quedas en Madrid y espero que nuestra amistad será eterna.

—Así lo creo: te abrí mi corazon y llenaste un inmenso vacío en mi alma.

—¡Me dejaria matar por tí!

—Lo sé, Victoriano.

Y volvieron á estrecharse las manos.

—Ahora, Julian, necesitas una mujer que te haga feliz.

—¡Ay, amigo mio! mis afecciones en el amor han sido iguales á las de la amistad; en las infinitas ciudades que recorrí no dejé de tropezar con mujeres muy hermosas y con algunas de esas aventuras que halagan el amor propio de un jóven; pero sea por falta mia ó por ese demonio tentador que me arrastraba en pos de nuevas ciudades y de nuevos objetos, puedo asegurarte que hasta ahora ninguna mujer me hizo concebir una pasion violenta.

—Un hombre como tú, Julian, no puede vivir sin amar.

—Lo conozco y mas te digo: me desvela la necesidad de constituir en mi casa una familia que me aleje completamente del mundo; hasta entonces no seré feliz. ¿De qué me sirven mis riquezas si no tengo con quien compartirlas?

—Eres muy jóven.

—He vivido mucho en cinco años; los viajes endurecen el corazon y hacen al hombre egoista.

—A los hombres como tú no.

—Tengo el orgullo de creer que nadie me aventaja en sentimiento; pero no por eso es menos verdad lo que te digo.

—Pon la mano sobre el corazon y consúltalo acerca de su estado.

—No te comprendo.

—Vamos, esclamó Victoriano sonriéndose; ¿no hay en él síntoma alguno que te revele una impresion favorable á una mujer?

—¿Aludes á Mercedes?

—Claro está.

—Mercedes es una mujer encantadora; considerada física y moralmente es acaso la mujer que llegaria á amar, pero......

—Déjate de peros y habla con franqueza; sé que la amas, aunque te esfuerzas por ocultarlo.

—¿Porqué habia de ocultarlo?

—Se me figura que le tienes miedo.

—Miedo no; pero sospecho que no seria capaz de corresponder á una pasion profunda, como la que alimentará mi corazon vírjen el dia que se entregue entero al amor.

—Te engañas, Julian; Mercedes es una mujer superior, y eso que calificas de indiferencia es melancolía.

—¿Melancolía?

—Sí: porque padece; Mercedes esperimenta las consecuencias de una pasion de ánimo que es peligrosa en organizaciones delicadas como la suya.

—¿Una pasion de ánimo? preguntó Julian incorporándose en el divan y soltando la taza de café que llevaba á los labios.

—¡Hola! ¿parece que te interesa su estado?

—No, esclamó el jóven aparentando indiferencia y volviendo á dejarse caer sobre el respaldo del divan.

—No me engañes; desde el dia que conociste á Mercedes estás taciturno y retraido; por desgracia, como todos los que recorren el mundo, en él no aprendiste mas que á hacerte receloso é injusto con las mujeres.

—¡Oh! me juzgas mal, Victoriano.

—¿Crees que soy tu amigo?

—Tengo pruebas de ello.

—Pues bien: sabes la intimidad que me une á la familia de Mercedes; su madre me vió nacer. Mercedes y yo somos como dos hermanos.

—¿Qué quieres decir? preguntó Julian tratando en vano de ocultar el interes que le inspiraban las palabras de su amigo.

—Quiero decir que Mercedes no tiene secretos para mí.

—¿Qué te ha revelado?

—Voy á halagarte el oido, pero me cabe en ello

una satisfaccion; Mercedes me ha revelado que está enamorada de Julian de Figueroa.

—¡Ba! no se le conoce.

—Eso acredita la lealtad de su sentimiento y su buen instinto; una mujer bien nacida debe esconder las impresiones de su alma y sobre todo á aquel que se las inspira.

—Es verdad, pero aunque las esconda sus ojos la venden.

—Todo el mundo en casa de la marquesa, donde la conociste, ha adivinado su impresion, menos tú: eso sucede siempre. Mercedes sabe que eres rico; vé que eres buen mozo, jóven, con talento y cree que no es digna de obtener tu distincion.

—¿Ella te ha dicho todo eso?

—Me lo ha dado á entender bien claramente. Ella no tiene mas patrimonio que su honra y sus virtudes, lo cual no es moneda corriente en la época que atravesamos.

—Te equivocas y calumnias. al mundo, Victoriano, porque no debo ni quiero ocultártelo: amo á Mercedes.

—Tú no eres un hombre de este siglo; hubieras figurado dignamente en la edad media.

En el rostro de Victoriano Aguilera estaba retratada la emocion del placer: el lector no debe estrañarlo, atendiendo á la amistad que profesaba á Julian de Figueroa.

Este se levantó del divan para dar algunos

paseos por la estancia. Su amigo, trascurridos algunos segundos, le dijo:

—¿Cónque amas á Mercedes?

— Me has arrancado esa confesion.

—¿Te pesa por ventura?

—No: si es cierto que Mercedes sabe comprender lo que vale este corazon puro, si es cierto que me ama me casaré con ella y seremos dichosos, porque no temo confesártelo, adoro en ella desde el dia que la conocí.

—Mercedes es digna de tí.

—¡Quiera Dios que no te engañes!

—¿Vamos á su casa?

—No, dijo Julian mirando el reló; son las once y necesito antes de verla prepararme para gozar de mi felicidad. Mañana iremos á su casa, pero nada le digas, pues quiero sorprenderla con mis palabras.

—Descuida.

—Si Mercedes es la mujer que busco he realizado al fin mi sueño: tengo la conviccion de que en el seno del amor y de la amistad hay un tesoro inagotable de placeres para almas como la mia. He buscado por todo el mundo una mujer y un amigo: si la Providencia me depara hoy lo que me hacia falta tengo que bendecir á la Providencia.

— Por mi parte......

—Lo sé; pero temo que Dios se canse de colmar de beneficios á un mortal; despues de haberme da-

do cuanto puede necesitar un hombre para labrar su ventura, creo que le exijo demasiado: he aquí mi temor.

--No pienses en eso; si amas á Mercedes te envidio la noche que vas á pasar acariciando el logro de tus deseos y la realizacion de tu sueño, como antes me dijiste.

--Mañana te probaré que es verdad cuanto hoy te digo.

—Te dejo solo con tu amor, si es que un enamorado está nunca solo.

—Hasta mañana.

—Adios.

Los dos amigos se estrecharon las manos con efusion.

Victoriano bajó los escalones de tres en tres y á pesar de la promesa que hizo á su amigo corrió á casa de Mercedes.

Julian se cansó de arreglar los tizones de la chimenea y se envolvió en las sábanas queriendo en vano conciliar un sueño que huia de sus ojos porque necesitaban ver una realidad.

III.

El lector sabe ya que Julian de Figueroa amaba á Mercedes y Victoriano Aguilera nos ha revelado que Mercedes amaba á Julian: he aquí, pues, entablada la historia de unos amores que nada de estraño al parecer ofrecen.—Un hombre y una mujer que se quieren es una cosa bien comun.

Mercedes ha cumplido los cuatro lustros; es alta, esbelta, morena, de fisonomía picante, con hermosos ojos negros, de esos ojos que sublevan el alma y causan una impresion á la primera mirada intencional.

Conociendo á Mercedes nadie se sorprenderia de la pasion que despertó en mi amigo Julian: Mercedes es una de esas mujeres á quienes no es posible amar á medias, que nos roban el alma y el pensamiento y nos hacen acariciar el mal ó por un capricho de su veleidad ó por una sombra que se cruza entre ellas y nosotros.

Dotada de una intelijencia superior, el atractivo de sus palabras eran el lazo que acababa de prender al que se impresionaba con el atractivo

de sus ojos: con unos ojos y una boca como los de Mercedes no era posible que escapara ningun hombre de la seduccion.—Julian estaba preso en los encantos de Mercedes.

Julian pasó la noche entera en esa lucha del afecto y del temor que no solo roba el sueño sino que hace tomar cien determinaciones contrarias, no sabiendo el hombre lo que quiere ni lo que va á hacer. Por la mañana la lucha habia hecho crísis y Julian esperaba la noche con ansia para ver á Mercedes.

Los que han amado de veras comprenderán todo lo que pasaria por la mente del jóven. Escuso, pues, repetirlo.

Los enamorados cuando esperan una hora que ha de proporcionarles una ventura dicen que el reló anda muy despacio y suelen adelantarlo, sin considerar que el tiempo es implacable y que sigue su acompasado movimiento, sin cuidarse de la impaciencia del enamorado que quiere que vuele, ni del terror del reo que tiembla contando los minutos que le quedan de vida.

Llegó la noche y llegó tambien Victoriano á buscar á su amigo; este se habia vestido con esa prolijidad del que no escasea medio de producir efecto, creyendo que la mujer no vulgar que ama con el corazon ha de detenerse á contemplar si la levita está bien cortada ó si las botas relucen bastante.

—Son las siete nada mas, dijo Julian queriendo aparentar que no tenia prisa.

—No seas hipócrita, querido, esclamó Victoriano riéndose; te conozco y sé que estás deseando ver á Mercedes.

—Lo deseo, pero......

—¿Pero quieres hacerme creer que no estás impaciente? Si no supiera lo contrario te aseguro que no te llevaria á su casa.

—¡Eres terrible!

—El cariño que te profeso me impulsa á arrastrarte al sitio donde está tu corazon.

—Eres un escelente amigo.

—Debes creerlo así. Sabes que tengo confianza en la casa, y yendo conmigo á cualquier hora serás bien recibido; ademas, Mercedes me agradecerá este tiempo que le regalo.

—No sé como pagarte el interes que demuestras por mí.

—Me lo pagas sobradamente con tu cariño.

Los dos amigos entraron en el carruaje que aguardaba á la puerta; los caballos que adivinaban sin duda la impaciencia de su amo salieron á escape, sin cuidarse de los bandos de policía, y pararon á la puerta de una modesta casa de la calle del Pez.

Al poner Julian el pié en el portal de la casa de Mercedes sintió que palpitaba el corazon con fuerza y se detuvo como para tomar aliento, ha-

ciendo un jesto significativo. Hasta entonces no habia palpitado el corazon del jóven y como era la primera vez no pudo menos de estrañar aquel síntoma alarmante.

Cuando los dos amigos penetraron en la sala, Mercedes y su madre se pusieron en pié para recibir á Julian, cumpliendo con la etiqueta y tuvieron que deçir dos veces al jóven que tomara asiento.

Julian parecia un colejial que hacia su entrada en el mundo; nadie hubiera dicho que aquel hombre tan tímido delante de dos señoras habia visitado las primeras cortes de Europa y que estaba familiarizado con la atmósfera de los salones.

"Misterios del alma son
que el alma solo adivina"

ha dicho un poeta con gran verdad.

El hombre es atrevido con todas las mujeres, menos con aquella que ama.

Viendo la crítica posicion en que se encontraba su amigo procuró Victoriano Aguilera entablar la conversacion dándole un jiro indiferente para que aquel se animara; pero Julian no halló medio de coordinar dos frases para salir de su apuro.

—Parece que ha corrido usted medio mundo.

señor de Figueroa, dijo la madre de Mercedes que conocia tambien el embarazo del jóven.

—Sí, señora.

—Envidio las muchas cosas que habrá usted visto.

—Poco mas ó menos, señora, se atrevió á decir Julian haciendo un esfuerzo, todo el mundo es igual.

—Tambien son iguales todas las mujeres, interrumpió Victoriano en tono de broma, y sin embargo no te parecerán lo mismo unas que otras.

Julian se estremeció, pero procurando sonreirse para ocultar el efecto que le habia hecho la indirecta, dijo:

—Tienes razon, aunque me parece que la comparacion no es exacta.

—¿Porqué?

—Porque las ciudades no tienen alma como las mujeres.

Y al decir esto, Julian clavó en Mercedes una mirada tan insinuante que esta se vió obligada á bajar los ojos despues de intentar en vano sostenerla.

Victoriano se encojió de hombros por toda réplica, no comprendiendo el arranque vulgar de Julian.

Mercedes en cambio creyó que aquella frase decia mucho, prestándole con su amor propio toda la gracia é intencion de que carecia.

Los que hayan amado de veras á una mujer, al encontrarse en la situacion de Julian habrán hecho poco mas ó menos lo mismo. El libertino que aprovecha la primera visita para plantear su sistema de táctica no se corta ni se estremece, porque la mujer que pretende es un ave de paso; pero el que ha sentido en su impresion el jérmen de ese cariño que va á dar en el matrimonio como va el rio á dar en la mar, tiembla á la corriente impetuosa que lo arrastra porque ve los peligros del oceano.

No sé si Julian tenia miedo, pero su falta de serenidad era una cosa muy parecida; lo único que puedo asegurar es que si tenia miedo no se lo inspiraba el matrimonio sino la mujer.

A la mayor parte de los hombres sucede todo lo contrario.

Renuncio á cansar á mis lectores con el diálogo que sostuvieron aquellas cuatro personas, uno de esos diálogos insustanciales que á nadie interesan y que todos se ven obligados á sostener para cumplir con eso que se llama la buena sociedad. ¿Quién hubiera adivinado, sin embargo, que aquellas frases sin sustancia no eran mas que un pretesto de cuatro corazones que pugnaban por no vender su impresion?

Julian rebuscaba y revolvia en su mente una frase que le abriera el camino para entrar en materia, pero no la encontró y tuvo que sostener la

conversacion sobre el buen tiempo y sobre el estado sanitario y sobre otras varias cosas que siendo el recurso de los pobres de espíritu estaban muy lejos de su pensamiento y sobre todo de su corazon.

Julian hubiera dado en aquel instante la mitad de su fortuna por estar solo con Mercedes, creyendo que la soledad, esa ninfa Ejeria de los amantes, le inspiraria el medio de lanzar aquel aluvion de palabras que sentia en su mente y que se helaban en sus labios.

Hallábase Mercedes en una situacion mas violenta todavía, pero nadie hubiera adivinado lo que por su alma pasaba: la mujer en esto nos lleva una gran ventaja; en las posiciones difíciles de la vida tiene siempre una fibra mas que el hombre.

La madre de Mercedes parecia impasible en unos momentos en que su corazon de madre sostenia una lucha: aquel jóven era para ella mas que el porvenir de su hija: era su bienaventuranza, y sin embargo, se veia obligada á no delatar su emocion.

Victoriano miraba de reojo á su amigo y á la jóven, tratando de animarlos, pero convenciéndose de que nada adelantaba se puso en pié.

Julian respiró; necesitaba que el aire libre de la calle diera espansion á sus pulmones y desahogar su alma, depositando en el seno de la amistad sus impresiones.

La madre de Mercedes hizo á Julian un ofre-

cimiento afectuoso, á que él correspondió con la mayor urbanidad; dió en seguida la mano á Mercedes y entonces un sacudimiento eléctrico puso en accion sus sentidos y su alma entera se trasmitió por sus dedos á los de la jóven que se estremeció; los ojos de Julian se clavaron en los de ella con una de esas miradas que dicen mas que una estudiada declaracion.

Julian y Mercedes se correspondieron sin hablarse.

Cuando entraron en el carruaje Julian de Figueroa se dejó caer en el asiento, dispuesto al parecer á guardar silencio, pero Victoriano, despues de mirarlo un instante de hito en hito, le dijo:

—Creí que eras mas esperto.

—Nada me digas; no sé lo que me pasa.

—¿Porqué te encerraste en una reserva tan estraña con Mercedes?

—Porque la amo.

—No comprendo esa actitud.

—Entonces nunca amaste.

—Cada cual se entiende.

—¿Crees que nada dije á Mercedes?

—Nada.

—Pues creo haberle dicho demasiado.

—Amigo mio, entonces voy á pedir para tí una clase en el colejio de sordo-mudos.

—El alma tiene su elocuencia en los ojos.

—Muy enamorado estás.

—No quiero ocultártelo: adoro en Mercedes.

—Ella será digna del amor que te ha inspirado.

—Así lo espero.

—Hemos llegado á tu casa; me alegraré que sueñes con tu amor.

—Soñaré despierto.

—Tu mal, querido Julian, es grave; empiezas por el período áljido.

—Adios: hasta mañana.

—Hasta mañana.

IV.

Al dia siguiente á las tres de la tarde entró Julian de Figueroa en casa de Mercedes; sea porque se creyese obligado á cumplir, aunque demasiado pronto, con el rigorismo de la etiqueta, sea porque su corazon lo arrastrase á aquel sitio, el caso es que fué á hacer la visita de cumplido.

Si la visita tenia ó no ese verdadero carácter el lector decidirá.

La criada que le abrió la puerta lo dejó pasar hasta la sala sin la fórmula del anuncio preventivo. Los criados que pasan jeneralmente por estúpidos tienen una doble vista para conocer á las

personas que visitan á sus señores; un poco que adivinan, otro poco que sorprenden y un mucho que oyen sin deber los ponen al corriente en seguida del papel que representa cada individuo que va á la casa.

Un conocido mio califica á los criados de *enemigos necesarios:* y tiene razon.

Apenas entró Julian en la sala, la doméstica, guiada mas por su buen deseo que por celo de su deber, corrió al cuarto de la señorita para avisarle que la esperaba *el caballero de anoche,* pero Mercedes estaba á la sazon en la sala al lado de la chimenea; y aquel cambio de localidad no era casual; Mercedes aguardaba á Julian y cuando oyó pasos en el recibimiento su corazon le dijo: "¡ahí está!"

El jóven paseó la vista por toda la habitacion buscando algo que no queria encontrar, y pintando en su fisonomía la satisfaccion de que se hallaba poseido, se dirijió á Mercedes, le estrechó la mano y sin esperar á que le brindase asiento se sentó cerca, muy cerca de ella.

Los amantes estaban solos.

El amor puro, ese amor que en vano quieren negar las almas gastadas, ese amor que no busca la ocasion propicia para suicidarse, ese amor que no enjendran los sentidos, es modesto como la violeta y solo exhala su perfume á la sombra; pintada mariposa, al roce del mundo se deslustran sus alas.

En aquel mismo sitio la noche anterior se ha-

bia visto Julian apurado para encontrar una frase y ahora sentia bullir en su cabeza un mundo de palabras: la ocasion es el dios de los enamorados.

Figueroa no se acordó de preguntar á Mercedes por su madre: los amantes son tan egoistas que no hablan mas que de ellos mismos y se abstraen para ser felices.

—Mercedes, dijo, cuando conocí á usted estaba muy lejos de creer que la impresion que recibí habia de echar tan hondas raices en mi alma.

—¿Qué dice usted? preguntó la jóven marcando en su fisonomía una sorpresa de que estaba muy lejos.

Mercedes no esperaba sin embargo una declaracion tan repentina.

—Pues qué, añadió Julian, ¿no ha hablado con usted Victoriano sobre el particular?

Al nombre de Victoriano la jóven se inmutó, pero Julian estaba tan dominado por su idea que aquella nube pasó para él desapercibida; Mercedes no contestó.

—Si Victoriano ha callado, continuó Julian en su enajenacion, yo no puedo, no quiero callar; si es verdad que he entrevisto á usted para embellecer mi existencia, si es usted capaz de comprender lo que mi alma necesita para realizar el sueño de la felicidad, no me oculte usted su sentimiento; Mercedes, amo á usted y este amor es el primero que ha abrigado mi corazon.

—¿El primero? esclamó Mercedes.

—Sí; y será el último: no temo asegurarlo.

—Un hombre que ha viajado tanto y ha visto tantas mujeres no es posible que......

—Permítame usted que le interrumpa; me he dejado llevar de impresiones, pero de esas impresiones que no se graban en el alma y que pasan sin dejar huella alguna, de esas impresiones que gastan el sentimiento, pero que no matan el corazon.

—¡Parece increible!

—Es verdad; jóven y rico he malgastado mi juventud y mi dinero, pero llegó un dia en que el hastío, apoderándose de mí, me hizo forjar un ensueño que debia realizar, si la fortuna me deparaba una mujer que me comprendiese: esa mujer es usted, Mercedes.

—Tengo miedo......

—Tambien lo tuve hasta ayer, pero hoy la veo á usted idealizada y no me detengo ante ningun obstáculo.

— Es usted un hombre peligroso, Julian.

— ¿Porqué?

— Porque la mujer que sabe las buenas cualidades que adornan á usted arriesga mucho entregándole su corazon.

— ¿Cree usted que no será feliz conmigo?

— Creo que podria tocar la felicidad para perderla despues.

—¡Oh! no me conoce usted y me juzga por el vulgo de los hombres.

—Quisiera engañarme.

—Lea usted en mi alma.

—¡Ah! no venga usted, Figueroa, á turbar la dulce tranquilidad en que vivo.

—¡Es usted muy cruel!...... Me retiro......

Cuando el jóven abria la puerta para salir, Mercedes que se habia puesto la mano sobre los ojos esclamó á media voz:

—¡Julian!

Y aquel nombre apenas pronunciado llegó clara y distintamente á los oidos de Figueroa, que retrocediendo de improviso corrió al lado de Mercedes y cojiéndole una mano le dijo con una ternura difícil de espresar:

—¿Me ha llamado usted?.... ¡Oh! sí: lo oí bien.... ¡No me atormente usted!

—¡Julian, por favor!......

La jóven no habia arrancado su mano de las de Julian y este consentimiento encerraba una declaracion elocuente aunque tácita; pero se vió obligada á hacerlo porque la puerta de la alcoba se abrió, apareciendo la madre de Mercedes; esta marcó en su fisonomía una sorpresa mas dramática que la de su hija pocos momentos antes.

La madre habia presenciado toda la escena por el ojo de la llave.

Julian de Figueroa no se turbó y dirijiéndose

á ella con voz clara y serena, despues de confesarle que amaba á Mercedes, le pidió su mano.

Esta vez la sorpresa de la madre no pudo ser tan estudiada porque la emocion le embargó las facultades escénicas que son inherentes á toda mujer.

Julian se espresó tan bien que convenció pronto á la madre como habia convencido á la hija.

La buena señora sintió que se humedecian sus ojos y solo pudo sentar una gran verdad: que se enorgullecia con llamar hijo á un hombre como D. Julian de Figueroa.

La escena no debia prolongarse; las tres personas necesitaban encontrarse solas para meditar sobre aquellas palabras que habian de constituir una nueva esfera de accion para cada cual.

Julian se despidió, ofreciendo volver á la noche, y salió sin que Mercedes ni su madre se atrevieran á mirarle de frente.

Cuando el lacayo abria la portezuela del carruaje sintió Julian que le tocaban en el hombro; volvióse y al ver á su amigo Victoriano Aguilera se arrojó en sus brazos; su alma necesitaba de alguna espansion y le dijo:

—Entra.

—¿Te has vuelto loco?

—Creo que sí: entra.

—Te obedezco.

Cuando el carruaje partió, dijo Victoriano impaciente:

— Sales de casa de Mercedes y te encuentro alterado; ¿qué te ha ocurrido?

— ¡Casi nada! ¡ya soy feliz!

— ¡Cáspita! ¡qué pronto resuelves tus problemas!

— ¡Mercedes me ama!

—Eso ya lo sabia.

—Hay mas; he pedido su mano y me la han concedido.

—¿Qué víbora te ha picado?

— ¿No te alegras de mi suerte?

—¿Te atreves á hacerme esa pregunta?

—Es verdad; eres mi amigo y debes tomar tanta parte en mi dicha como yo mismo.

Julian refirió á Victoriano la escena sin omitir el menor detalle y cuando llegaron á la casa de aquel, le dijo:

—Apéate; hoy comemos juntos, pues no quiero que me dejes solo: temo pensar demasiado en ella y perder la razon.

—Dí mas bien que deseas tenerme á tu lado para que te hable de ella todo el dia.

—¡Qué diablo! parece que lees en mi corazon.

—Porque leo en él sospecho que voy á tener celos de Mercedes.

—El amor y la amistad no pueden robarse nada porque ocupan distinto sitio.

—En fin empieza á brillar la aurora de la feli-

cidad para tí y tu felicidad es la mia; para celebrarla dá á tu ayuda de cámara la llave de la bodega: quiero que brindemos por Mercedes con aquel vino del Rhin que tiene solo el privilejio de alborotarme los cascos y de convertirme en calavera.

—Cuanto tengo te pertenece.

—Pues empiezo por pedir la sopa.

—Me complace verte de buen humor.

—Hoy es un gran dia para los dos. Vamos á la mesa.

V.

Julian hizo los honores de su casa, como vulgarmente se dice, y Victoriano, para corresponderle, hizo los honores á su bodega; Julian por la primera vez en su vida se hallaba de buen humor, desterrando su eterna melancolía.

Solo una mujer tiene el derecho de obrar este cambio repentino en un hombre; una mujer es lo que mas embellece nuestra existencia ó turba nuestra alegria; Julian, rico, jóven, halagado por la suerte, sin el amor de una mujer era un cuerpo sin alma.

Victoriano, despues de apurar la última gota de la primera botella de Rhin, dijo:

—Veo que comes poco y bebes menos.

—Al contrario, hace tiempo que no tengo un apetito tan estraordinario.

—No se te conoce; y tu cocinero es hombre que lo entiende.

—Como le dejo que me robe todo cuanto quiere procura darme gusto.

—Eres un derrochador y necesitas de una mujer que ponga en arreglo tu casa; así es que Mercedes......

—Noto que bebes mucho y te pido que no la nombres.

—¿Temes que los vapores del vino profanen tu ídolo?

—Sí.

—Pues entonces variemos de conversacion; ¿tu cocinero es italiano?

—De Nápoles.

—Adoro á la Italia por sus macarrones y por sus mujeres.

—Hay mujeres muy hermosas en ese pais, dijo Julian, pero no ví una que pudiera compararse con Mercedes.

—¡Hola! ¿acabas de hacerme una prohibicion y en seguida se te escapa de los labios su nombre?

—Es verdad, contestó Julian haciendo un jesto.

—Confiesa que no sabes ni quieres hablar de

otra cosa y te daré gusto; los amantes son unos niños mal criados, pues nunca se encuentra medio de satisfacerlos.

—Eres fuerte en tus apreciaciones, pero algunas veces tienes razon.

—En esta, por ejemplo.

Y hablaron largamente de Mercedes, repitiendo lo mismo durante la comida y de sobremesa, sin que por eso el tema de la conversacion cansara á Julian.

El que ama está como sujeto á la influencia de una manía y se vé obligado á comunicarla á todo el mundo para que todo el mundo tome en ella parte.

Cuando abandonaron la mesa era ya de noche; Victoriano vió el reló y dijo:

—Es temprano todavía; ¿adónde vamos?

—Adonde quieras.

—¿Iremos al café?

—No.

—¿Al teatro?

—Menos.

—¿A casa de la marquesa?

—Tampoco.

—¿Entonces para qué dices que vayamos adonde yo quiera?

—Lo repito: vamos adonde quieras, siempre que sea á casa de Mercedes.

—¿Te has vuelto decidor? El amor hace prodijios.

—Me siento rejenerado.

—Algo temprano es; pero en fin vamos: me espera una sesion poco entretenida con la mamá, porque me toca darle conversacion para que aproveches el tiempo con la niña y le digas mil lindezas.

—Eres muy bueno.

Julian echó el brazo al cuello de su amigo y lo fué arrastrando suavemente hasta la puerta; resignóse Victoriano y media hora despues ofrecian al pincel el cuadro que este en pocas palabras habia bosquejado anteriormente: Julian y Mercedes en dos sillones, uno junto á otro, hablaban bajo, muy bajo: si no se oian se adivinaban.

En cambio, Victoriano y la madre de Mercedes hablaban alto, muy alto, y á pesar de eso, aunque se oian no se adivinaban.

Aquellos hablaban de ellos mismos; estos, de los demas: véase la diferencia.

Julian de Figueroa casi creia que estaba á punto de asegurar para siempre la felicidad; aquellas horas en que su alma se embriagaba al lado de Mercedes llenaban toda su existencia, pues cuando no la tenia delante su pensamiento la retrataba.

VI.

En una palabra, Julian desde el dia siguiente empezó á dar los pasos preliminares para su boda sin decir nada á su futura, pues queria no perder el tiempo y sin embargo estudiarla.

¡Estudiar á una mujer!...... Para llegar á conocerla, para leer en su corazon es preciso ó sorprenderla en la lucidez de un sonambulismo ó casarse con ella.

La primera prueba seria muy buena si la prueba fuera una verdad.

La segunda seria mejor si no fuera una prueba tan costosa.

La mujer la víspera de la boda es para el hombre redonda y tersa como una esfera; al siguiente dia empieza á presentar ángulos y á poco tiempo es un *polígono*.

El hombre es diferente: su carácter es siempre anguloso, y aunque quiere esconderlo le pasa lo que al gato: se le ven las uñas.

Julian estaba locamente enamorado y contando los dias, las horas y los minutos pasaba los minutos, las horas y los dias sin pensar en otra cosa que en Mercedes.

Verdad es que ella correspondia á su pasion, poniendo de relieve hasta esos pequeños detalles que son el pasto de las almas enamoradas y que revelan el lejítimo sentimiento. Julian de dia en dia fué perdiendo la razon y Mercedes llenó toda su existencia.

Victoriano le daba celos y aunque pretendia convencerlo no encontraba frases: era su alma demasiado pura para ocultar sus sentimientos.

Queria á Victoriano entrañablemente y pasaba con él todas las horas que no podia estar al lado de Mercedes; el amor y la amistad idealizaban la realizacion de sus ensueños.

Solo habia una diferencia á favor de Mercedes; cuando estaba con esta no echaba de menos á Victoriano, y cuando estaba con Victoriano buscaba á Mercedes. Esta pequeña diferencia es, sin embargo, muy lójica y en nada amengua los quilates de dos afecciones tan distintas.

El amor es mas egoista que la amistad.

El amigo desea la satisfaccion del amigo; el amante no desea mas que su propia satisfaccion.

Julian, compartiendo la vida entre su amigo y su amada, soñaba con la felicidad.

Pasaron dias y dias y la impaciencia del jóven enamorado llegó á su término; hago merced á mis lectores de las escenas diarias que representaban. Un hombre y una mujer que se aman con eso que da la jente en llamar frenesí, se repiten las

mismas frases sin cansarse, pero para el espectador no tiene aliciente la monotonía.

Llegó el dia señalado por Julian y entró en el templo de la felicidad por la puerta del matrimonio. Segun dice un amigo mio, casado por supuesto, esta es la puerta *falsa* del templo. Su entrada es como la de la ratonera: no tiene escapatoria.

Julian se casó.

Los que han amado á una mujer con el amor que raya en delirio comprenderán el poema de ese dia: como soy soltero no encuentro rasgos en mi pluma para pintarlo con la verdad debida. Solo un náufrago es capaz de copiar con exactitud los horrores de la tempestad.

En aquel dia Julian prescindió de Victoriano: el amor se habia entronizado en él y con su instinto esclusivista parecia haber desalojado á la amistad.

Pero la amistad no habia huido del corazon de Julian: se habia ausentado en aquellos momentos comprendiendo acaso que todo el corazon es pequeño para contener el amor en momentos de tan grandes emociones.

VII.

¡Oh! ¡cómo pasaban las horas para Julian de Figueroa!......

Pero todo en el mundo busca su nivel; la ceguedad del amante se disipó apenas trascurrieron pocos dias y Victoriano volvió á entronizarse: el amor no habia robado á la amistad mas que algunos arrebatos, pues en el fondo esta no habia perdido ni un quilate de su valor.

Julian habia comprado una casa en Aranjuez y allí pasó con su esposa la luna de miel; la primera semana Mercedes le hizo olvidar todo: hasta á Victoriano; verdad es que ella ó por cálculo ó por enajenacion procuraba no nombrarlo; al octavo dia el jóven echó de menos la mitad de sus sentimientos y volvieron á Madrid; al abrazar á su amigo, esclamó:

—¡Qué feliz soy!

—¿No te habrás acordado de mí, Julian?

—No mucho, te lo confieso, esclamó el jóven despues de vacilar un segundo en que luchó la hidalguia de su sentimiento con el temor de decir la verdad.

—Eres franco por lo menos.

—Perdóname, querido Victoriano; esto ha sido un pequeño paréntesis, pero hoy vuelvo á tí mas cariñoso si es posible; Mercedes y tú sembrarán mi vida de emociones; ya tengo una familia y este pequeño terreno que ocupa la casa en que habito es para mí el universo; despues de haberme casado solo una cosa lamento: el tiempo que he perdido en correr por el mundo y las emanaciones del alma que se reparten entre afecciones ó indignas ó pasajeras.

—Eres un verdadero filósofo.

—He sido injusto con la Providencia; creia que no era posible realizar el problema de la felicidad, y lo he resuelto. El amor y la amistad llenan mi alma.

Los dos amigos volvieron á abrazarse con ternura.

Por el rostro de Mercedes cruzó una ráfaga y llevándose la mano al corazon ahogó un suspiro.

Aquella ráfaga pasó desapercibida para su marido, pero no para Victoriano, á juzgar por el jesto que se marcó en su cara.

Julian, haciendo el sacrificio de su amor á la soledad, llevó á Mercedes al paseo y á los teatros, proporcionándole toda clase de distracciones, pero Mercedes obedecia maquinalmente, ocultando sin embargo á su marido una espina que parecia llevar en el corazon, y haciéndole ver siempre que

á su lado nada turbaba el dulce encanto de la vida.

Al negarse ella alguna vez á complacerle en su exijencia, Julian gozaba: veia en aquella negativa un deseo manifiesto de reconcentrarse en el hogar doméstico: y esto era para él una ilusion mas que lo atraia á la mujer que adoraba.

Pero el alma no puede tener sus espansiones sin que tarde ó temprano el rostro revele lo que interiormente la atormenta: no en vano dicen que este es el espejo de aquella.

VIII.

Habian pasado cuatro meses.

Una mañana que Julian habia salido, al volver á su casa mas pronto de lo que creia entró en el tocador de su mujer; hallábase esta recostada en un sillon, con la mano izquierda en la mejilla, y con el pañuelo en la derecha enjugaba las lágrimas que pausadamente caian de sus ojos; tenia el espejo delante, pero con la vista fija en el suelo no pudo notar que su marido habia entrado en la estancia y que por el espejo habia de ver su cara.

Y así sucedió.

Al entrar Julian se detuvo casi instintivamente; hay revelaciones que se adivinan sin verlas ni tocarlas: el dolor parece que se impregna en la atmósfera y que se aspira.

Sintió Julian un estremecimiento nervioso y sin darse cuenta de lo que hacia cojió la mano de Mercedes, dejándose caer de rodillas á sus piés.

Mercedes dió un grito y trató de llevarse el pañuelo á los ojos para esconder sus lágrimas; pero Julian le detuvo el brazo y mirándola de frente le dijo con acento de profundo dolor:

—¿Lágrimas en tus ojos?

—¡No, no! esclamó ella pugnando por enjugarlas.

—¡Oh! sí; aun ruedan por tus mejillas; aun brotan calientes de tus párpados; ¡no las toques! Sea cualquiera la causa que las motiven necesito saberla; tú no debes tener un sentimiento oculto para mí porque tu silencio seria criminal.

—¡Julian!

—Esas lágrimas vienen á nublar la ventura de mi alma como han nublado la belleza de tus ojos; cuando los ojos lloran en la soledad alguna tormenta destroza el corazon, porque esas lágrimas no se enjendran para engañar con un sentimiento falso. He sorprendido tu llanto: ahora quiero saber tu secreto.

—Lloraba, Julian...... no sé......

—No pretendas mentir; leo en tu semblante la

lucha que sostienes; ¡no temas matarme! ¡habla! Por mucho que me digan tus labios no serán tan crueles como tus ojos: quiero, á costa de mi infortunio, mas bien ahogar una pena que atormentarme con la duda.

—¡Ah! si pudiera......

—¡Sí, sí! ¡habla, Mercedes mia! soy tu único amigo, soy tu misma persona; si tienes alguna espina en el alma te la arrancaré porque te amo; nada hay imposible en el mundo, nada que no arrostre por verte tranquila y contenta, nada que pueda atormentarme mas que tu desvío.

La jóven se cubrió el rostro con las manos, ya por un sentimiento oculto, ya por esconder las lágrimas que querian saltar de sus ojos.

—¡No, no! dijo Julian; si hay algo en tí aunque sea indigno debo saberlo; mi vida te pertenece, pero no tienes derecho á gozarte en mi dolor por ocultarme el tuyo. Ven, añadió comprimiendo su cuerpo contra su pecho; ven y ábreme tu corazon para que lea en él. ¿Qué deseas? ¿no procuro tu felicidad proporcionándote todos los medios de conseguirla? ¿no intento adivinar tus pensamientos? ¿no vivo para tí y nada mas que para tí?

—¡No! esclamó Mercedes como herida por una idea repentina.

—¿No? preguntó Julian poniéndose en pié; ¡entonces soy un miserable! Ahora si no con mas razon

con mas derecho que antes te pregunto: ¿porqué lloras?

La lucha que sostenia la jóven era espantosa á juzgar por la violencia con que su corazon latía; pero las lágrimas habian desaparecido de sus ojos y tomando un aspecto de severidad que estaba muy en oposicion con su interior, dijo:

— Siéntate, Julian, y perdona á la mujer una flaqueza, hija lejítima del cariño.

Sentóse Julian y abandonó una de sus manos á su esposa que estrechándola con ternura añadió:

— Vales mucho para que una mujer pueda vivir tranquila á tu lado.

— No te comprendo.

— Despertaste en mí una pasion grande que escondí algun tiempo porque no me creia digna de tí; te aseguro que al declararme la simpatía que te inspiré tuve miedo; yo, sin fortuna, sin mérito personal, sin talento sospeché que no era posible que fijara mucho tiempo á un jóven de tus cualidades y de tu posicion. Mis temores se van realizando.

—Ahora te comprendo menos.

—Me obligarás á decirlo todo; hace tiempo que noto en tí si no desvío una diferencia grande de lo que eras para mí en los primeros meses de nuestro matrimonio.

—Mercedes, esas palabras encierran un fondo tal de injusticia que solo te las perdono por el pen-

samiento que las dicta; por calenturienta que sea tu imajinacion solo en un delirio febril cabe esa idea. Desde que te conozco no hay un minuto en mi existencia que no hayas reinado en mi pensamiento, pues no pienso mas que en tu dicha, en sembrarte de flores el camino de la vida, en proporcionarte cuantos placeres pueda soñar la imajinacion; quisiera tener un trono para sentarte en él.

—Soy feliz á tu lado y lo seria mas si no viniera á punzarme ese temor que me has arrancado por sorpresa.

—Bendigo á la Providencia, Mercedes, porque me ha proporcionado esta ocasion: no quiero que sufras y es preciso que aprendas de una vez á conocerme; ¿tienes celos?

—Creo que sí.

—¿De quién?

—Lo ignoro: de un fantasma que se forja mi cabeza, pero de un fantasma que toma cuerpo y me clava sus garras en el corazon.

—¡Pobre Mercedes! dijo Julian volviendo á estrecharla contra su pecho; te compadezco si eres celosa, porque los fantasmas de los celos son implacables; no tiene el menor fundamento tu sospecha porque para mí no hay mujer en el mundo capaz de robarme un átomo de tu cariño; te pertenezco tan en cuerpo y alma que no comprendo la vida sin tí.

—Eres muy bueno, Julian, pues me vuelves la calma que iba perdiendo.

—Espero que no tendrás ocasion de atormentarte de nuevo; comprendo los celos, aunque no caben en mi alma, y quiero desvanecerlos. No me separaré de tí un minuto: en esto no hago el menor sacrificio, te lo juro; lejos de tí la vida para mí no tiene encantos; quiero identificarme tanto contigo que no sienta mas que tus sentimientos; quiero mirar con tus ojos y vivir en tu alma; quiero, en una palabra, ser tu esclavo. ¿Necesitas mas? ¿puedes exijir mas de un hombre? ¿no estás contenta?

—¡Oh! ¡sí! ¡muy contenta!

Julian abrazó á su esposa y salió de la estancia porque necesitaba aire para respirar; lo embriagaba la felicidad.

Los celos son importunos cuando llegan á turbar la tranquilidad de la vida doméstica, pero una ráfaga es un incentivo para el alma enamorada. La mujer querida que llora á solas por una sospecha despierta en el alma del hombre un atractivo para el cariño y una satisfaccion para el amor propio.

Cuando Julian salió del tocador de Mercedes encontró á Victoriano que llegaba de la calle; habia algo de estraordinario en su fisonomía por cuanto su amigo le preguntó:

—¿Estás ajitado? ¿qué te pasa?

—He tenido una escena conyugal deliciosa.

—¿Una escena? esclamó Victoriano frunciendo el entrecejo.

—Sí: entré de improviso en el tocador de Mercedes y estaba llorando.

Victoriano miró fijamente á Julian para leer en su rostro el verdadero sentido de aquellas palabras; al notar que no habia intencion le dijo:

—¿Lloraba?

—Sí: amargamente.

—Las lágrimas en las mujeres no son siempre un signo de dolor.

—Te engañas.

—Pues esplícate.

—He descubierto hoy una gracia encantadora: tiene celos.

—¿De quién? preguntó Victoriano asombrado del lenguaje de su amigo.

—De un fantasma.

—¿Te chanceas?

—No por cierto.

—Encojióse Victoriano de hombros y oyó á Julian que tuvo un nuevo placer en referirle la escena sin omitir el menor detalle.

Cuando Julian salió de la habitacion de Mercedes y dejó esta de oir el ruido de sus pasos en el corredor levantóse precipitadamente y dirijiéndose á la puerta echó la llave.

—¡Ah! esclamó entonces; ¡estoy sola!...... ¡Dios mio! ¡qué situacion tan horrible!...... ¡El tan bue-

no, tan noble, tan jeneroso!...... ¡Mi corazon se parte! ¡necesito llorar!.......

Las lágrimas que antes corrian pausadamente por sus mejillas, habiendo estado comprimidas, saltaron de sus ojos á torrentes.

Y se dejó caer desplomada en el sillon.

IX.

El rostro de Mercedes no volvió á nublarse en presencia de su marido; habia pasado por una prueba demasiado fuerte para no procurar que escenas semejantes no se repitiesen. La mujer en el finjimiento es siempre una gran actriz.

Mercedes sufria por una causa oculta y sin embargo Julian la encontraba siempre afable y cariñosa, con lo cual no es necesario decir si su felicidad era completa.

Reconcentrado en su familia el mundo acababa para él en la puerta de su casa, no ambicionando mas que el amor de su mujer y el cariño de su amigo. Habia entregado su capital á Victoriano para que lo administrara, libertándose del trabajo de pensar en nada que no fuera Mercedes y proporcionando así á aquél un medio decoroso de cu-

brir sus necesidades, pues no contaba con bienes de fortuna.

Mercedes manifestó deseos de viajar y un deseo de ella era para su marido una órden; marcharon, pues, á recorrer la Francia y la Inglaterra, sintiendo solo Julian tener que separarse de Victoriano.

La alegria de Julian no tuvo límites al pisar suelos estraños que ya conocia, haciendo de *cicerone* de Mercedes; tan animada, tan comunicativa y afectuosa se mostraba esta que parecian dos amantes en la luna de miel mas bien que dos casados que contaban ya un año de matrimonio.

Una mañana al volver en Paris de paseo le entregó su ayuda de cámara un parte telegráfico de Madrid que abrió precipitadamente; en él le avisaban que su amigo y administrador D. Victoriano Aguilera se hallaba gravemente enfermo.

Julian palideció y dejando caer al suelo el papel cubrióse el rostro con las manos para contener la esplosion de su dolor; su trastorno le impidió ver el efecto que en Mercedes habia causado la noticia.

Dos horas despues una silla de posta corria á todo escape por la carretera de Francia en direccion al Pirineo, y á los tres dias paraba á la puerta de la casa de Julian de Figueroa.

Este dejó allí á Mercedes y sin mudarse de ropa corrió en busca de su amigo, palpitándole el

corazon con tal fuerza que parecia querer romper el pecho; al llegar á la casa subió corriendo la escalera, y sin detenerse á preguntar nada empujó la puerta de la alcoba y se lanzó al lecho, rechazando al criado que quiso detenerlo.

Hacia una hora que Victoriano Aguilera habia espirado: el cadáver estaba todavía caliente.

Julian cojió una mano de su amigo y dió un grito agudísimo; oprimióse el corazon con ambas manos, pero la fuerza del dolor le negó esas lágrimas que son el desahogo del alma y se dejó caer en el sillon que estaba á la cabecera del lecho.

El criado no atreviéndose á acercarse se contentó con mirar fijamente al amigo de su amo; pero trascurridos algunos minutos, llamándole la atencion su estupor, lo cojió en brazos para sacarlo de la habitacion, sin que Julian se opusiera, no dándose acaso cuenta de lo que por él pasaba.

En los grandes acontecimientos de la vida se prueban los hombres; pero Julian, mimado siempre por la suerte que nunca le contrarió, no tenia fuerza moral para soportar un golpe tan rudo que rompia uno de los lazos que á la vida le ligaban y que constituia su felicidad.

Necesitaba un desahogo grande la opresion de su alma y la Providencia se lo deparó, proporcionándole dos raudales de lágrimas; despues de haber llorado mucho se puso en pié, volvió á entrar en el cuarto de su amigo, estampó un beso en

su frente helada y arrodillándose en el suelo rezó por él con todo el fervor de un alma cristiana que pide á Dios la salvacion de su propia alma.

Julian, entregado á su dolor, al llegar á su casa se encerró en su escritorio; pero un minuto despues sintió que tocaban á su puerta y acordándose de Mercedes abrió.

—Sé la desgracia que ha ocurrido y vengo á consolarte.

—¡Ah! Mercedes, tú sola tienes el derecho de turbar mi dolor. Ven, siéntate á mi lado; sabes cuanto queria á ese amigo que la muerte acaba de robarme: él y tú formaban para mí los lazos de mi existencia.

—Consuélate, Julian mio; yo llenaré todo tu corazon: ese vacío que hoy encuentras desaparecerá; no nos separemos un minuto para que no estando solo con tu pensamiento no eches de menos esa mitad de tu alma.

—Si Victoriano hubiera muerto antes de que te hubiera conocido seguro estoy que sucumbo al peso de su pérdida.

—Vive para mí, para mí solamente.

Y Mercedes le prodigó tantas caricias y exajeró tanto sus consuelos que Julian comprendió que era preciso vivir para ella, sin dejar de verter todo el manantial de lágrimas que la pena habia acopiado en su corazon.

X.

Cuando el dolor es lejítimo, cuando la pena ha herido en lo profundo del alma puede encontrar lenitivos, pero momentáneos: verdad es que los grandes dolores son pocos porque pocos hay que sepan sentirlos.

Y Julian de Figueroa era uno de estas escepciones; la muerte de Victoriano Aguilera habia matado con su cariño una de sus ilusiones mas risueñas: la de hacer la fortuna de su amigo.

Julian para honrar la memoria de Victoriano no perdonó gasto ni distinciones; su entierro, como dicen las jentes que viven de la publicidad y del fasto, llamó la atencion. Era el último tributo que le rendia.

El noveno dia, segun la costumbre, celebrábanse en la iglesia de San Luis magníficos funerales por su alma; á estos funerales estaba convidado todo Madrid; imposible parece que todo Madrid cupiese en el recinto de una iglesia, pero así se decia y se decia una verdad, pues restando de la poblacion lo que por *todo Madrid* se entiende en el gran mundo se sacaba un resultado exacto.

La jente se movia mucho por obtener una papeleta de entrada para *la fiesta:* el público tenia cerradas las puertas del templo de Dios, y solo los escojidos podian disfrutar de la orquesta y del canto.

Debo hacer justicia á Julian: la funcion la habia preparado un señor muy intelijente en la materia, especie de *zacateca* con levita, indispensable en todo entierro.

El funeral debia empezar á las ocho de la noche y segun lo espresaba la esquela, Julian que hacia la invitacion presidiria el duelo. Habia querido escusarse temiendo la impresion de su sistema nervioso, pero despues de luchar dos dias se decidió á hacer el último sacrificio por aquella persona tan querida.

Vistióse Julian de rigoroso luto, y no encontrándose con fuerzas para sentarse á la mesa suplicó á Mercedes que comiera sola; salió por las calles para respirar el aire libre; pero tenia el corazon oprimido y la indiferencia de los que pasaban le hacia daño: hubiera querido que todos sufriesen como él; ¡qué egoista es el dolor!

Sus piés lo llevaron maquinalmente á la calle de Fuencarral adonde estaba la casa en que murió Victoriano; sin esplicarse el motivo de su visita entró en el portal, subió la escalera muy despacio y tiró del cordon de la campanilla; el criado de Victoriano, al ver por el ventanillo al amigo íntimo de su amo, abrió al momento.

Julian dió maquinalmente la mano al criado y penetró en la estancia en donde habia muerto su amigo; su cama habia desaparecido, pero aquellas cuatro paredes estaban impregnadas de recuerdos. Julian tocó todos los objetos, se sentó en todas las sillas y tanto y tanto escitó su sistema que al fin saltaron de sus ojos copiosas lágrimas.

Llorando amargamente su corazon se desahogó.

De la alcoba pasó al escritorio; tenia las llaves en su poder y abriendo los cajones empezó á rejistrarlos con una minuciosidad que ponia bien de relieve el estado de su alma.

Cada recuerdo le oprimia mas el corazon, pero ó bien se gozaba en atormentarse no creyendo que habia consuelo para su dolor ó queria ayudar á las lágrimas para que corriesen impulsadas por la opresion del corazon que las hacia rebosar.

Sus dedos tropezaron con una cajita de terciopelo azul que abrió maquinalmente; pero no bien la hubo abierto se puso en pié como herido por un rayo: la caja contenia el retrato de una mujer.

Julian volvió en sí de la enajenacion de que se hallaba poseido á causa de su dolor, se restregó los ojos y volvió á mirar el retrato, creyéndose presa de un vértigo; pero no se habia equivocado: el retrato era de Mercedes.

—¿Qué es esto? esclamó poniéndose en pié; ¿cómo se encuentra aquí este retrato de cuya existencia no tenia noticia?......

El jóven dió dos pasos por la estancia y volvió á retroceder para sentarse de nuevo delante del escritorio; un minuto despues esclamó:

—¡Qué flaca es la humanidad! Acabo de injuriar la memoria de una persona querida; no me perdono esta ofensa...... Victoriano conoció á Mercedes muchos años antes que yo y la miraba como una hermana...... Sin embargo, debió decirme que tenia en su poder esta prenda...... ¡Ba! ¡ba! ¡estoy loco......

Dijo y guardó la caja en el bolsillo del frac; la inquietud estaba pintada en su semblante: pues una espina le roia el corazon por mas que la nobleza de su alma y la dignidad de su carácter rechazasen toda idea indigna.

Pasó la mano por delante de sus ojos como queriendo espantar sombras que le velaban la vista y revolvió de nuevo los objetos del escritorio, pero con cierto interes oculto, con una ajitacion estraña que daba á entender que buscaba alguna cosa determinada.

Y el demonio que habia dispuesto hacer su presa le puso delante un paquete de cartas: al tocarlas, sin abrirlas, se estremeció Julian: hay en el alma del hombre un instinto secreto que le anuncia su desgracia como hay en el cielo nubes que anuncian la tempestad.

Abrió Julian el paquete y no bien sus ojos que saltaban de sus órbitas se hubieron fijado en

la primera carta, dió un grito espantoso y dejó caer la cabeza sobre el escritorio.

El criado de Victoriano entró precipitadamente y corrió á socorrer al jóven; pero este al sentir el contacto de unos dedos que le tocaban se puso en pié y cubriendo las cartas con ambas manos, temiendo acaso que pudieran ojos profanos penetrar en sus renglones, le dijo con un acento que revelaba una esplosion del alma:

— ¡Sal de aquí!

— Señor......

— ¡Vete!

—¡Pobre señor! ¡está loco! esclamó para sí el sirviente.

En los ojos de Julian ya no habia lágrimas, pero reventaban preñados de cólera: su corazon latía con tal fuerza que apenas podia respirar.

Tres veces cojió las cartas y tres veces tuvo que soltarlas como si le quemaran los dedos.

— ¡Es preciso que las lea! esclamó queriendo hacerse superior á su situacion; ¡necesito apurar el cáliz hasta las heces!...... ¡Oh! ¡las leeré!

Y leyó las cartas, interrumpiendo de tiempo en tiempo su lectura para demostrar sus arrebatos ó para mesarse los cabellos con desesperacion.

¿Y qué decian las cartas? ¡Ah! aquella correspondencia íntima le puso de manifiesto una verdad que parecia imposible: Mercedes y Victoriano se habian amado antes de que aquella conociera á

Julian; el segundo habia llevado á este á su casa y habia alimentado sus relaciones para que casándose Mercedes con Julian dispusiese él de sus bienes á su antojo. Victoriano era un aventurero miserable que habia abusado del corazon de un hombre noble y jeneroso; Mercedes ¡oh! Mercedes no era mas que una desgraciada, víctima como Julian de la infamia de aquél.

—¡Todo acabó para mí! decia; ¡todo! ¡mis ensueños de ventura se desvanecen entre una nube de color de sangre!...... ¡Porque necesito matar!...... ¡Ah! perdida para siempre mi ilusion ¿de qué me sirve la vida?...... ¡El amigo á quien abrí mi alma me engaña y me roba! ¡la mujer á quien abrí mi cora zon me esconde en él un puñal envenenado!...... ¿Es posible, Dios mio, que me hayas conservado la vida para proporcionarme esta hora que vale por un siglo de tormento?......

Julian se paseó ajitado por la estancia; sus ojos desencajados buscaban algo que destruir; de repente se detuvo y dijo:

—¡Ni el placer de la venganza me queda! El hombre que se ha burlado inícuamente de mí ya no existe; no puedo devolverle su ultraje arrancándole el corazon para escupirle en él; ¡ella! ¡ella á quien amaba tanto!...... ¡matar á una mujer! ¡es una cobardía! El mundo me arrojaria sobre la frente su desden...... ¿Cónque cabe en el cora zon humano tanta falsía? ¿Cónque tan miserable es

esa raza que se llama hermana mia?...... ¿Hermana mia? ¡no! ¡No tengo nada de comun con esos seres degradados! ¡no debo, no puedo vivir para rozarme con esa escoria que mancha la pureza de mi alma!......

Julian buscó un arma para poner fin á su existencia, pero felizmente no la encontró en la habitacion; una ráfaga iluminó sus sentidos y cayendo de rodillas esclamó:

—¡Perdon, Dios mio! ¡perdon! no tengo derecho para atentar á una vida que no me pertenece; tus decretos son grandes y debo respetarlos; dame, sin embargo, fuerzas para sobrellevar este golpe superior á mi organizacion!

Y la lucha de su espíritu hizo crísis; Dios le oyó y nuevas lágrimas fueron á servir de bálsamo al dolor punzante que le destrozaba el pecho.

Dos horas trascurrieron sin que Julian se diese cuenta de lo que por él pasaba; el reló de la iglesia cercana hizo vibrar el aire con ocho campanadas, pero el jóven nada oia.

El criado se atrevió á abrir la puerta y tocándole familiarmente en el hombro le dijo:

—No se entregue usted así al dolor porque se va á enfermar.

Julian levantó la cabeza y contrayendo sus labios con una sonrisa irónica esclamó:

—Gracias; déjame solo.

—Recuerde usted, señor, que son las ocho; á esa hora empieza el funeral de mi amo.

—¿El funeral de tu amo? preguntó Julian poniéndose en pié.

—Sí, señor; debe usted presidirlo.

—Es verdad; retírate.

El criado se encojió de hombros y volvió á salir ratificándose en la idea anterior de que estaba loco.

—¿El funeral de Victoriano? ¿de ese hombre aborto de la naturaleza?...... ¿Y debo presidirlo? ¿Me están aguardando?...... ¡Oh! ¡no! El mundo no tiene derecho á interponerse entre mi dolor y yo; mi dolor es solo mio...... Parece que Dios me dá fuerzas sobrenaturales: debo tener calentura, pero la calentura no me postra todavía; voy á luchar con mi infortunio...... Bastante tiempo he sido feliz...... Vamos.

Julian se arregló los cabellos con una prolijidad estremada, guardó la carta en el bolsillo y con paso firme se dirijió á la iglesia de San Luis, en donde le esperaban todos los invitados, estrañando su tardanza.

La funcion duró dos horas, pero Julian ni vió á los convidados ni oyó los ecos de la orquesta; todos le miraban fijamente: la escesiva palidez de su rostro revelaba su estado moral.

Entre los concurrentes hubo sus hablillas; ¿dónde y cuándo no las hay? Pero aunque hubieran

hablado á gritos para Julian hubiera sido lo mismo.

Su cuerpo se movia como ajitado por un resorte mecánico, pero la vida parecia haber huido de él.

Concluido el funeral Julian se dirijió á su casa y sin entrar en el dormitorio de su mujer encerróse en el suyo y se acostó.

La fiebre se pronunció entonces; rindiólo el sueño, pero ese sueño que produce el delirio y con el cual no descansa el cuerpo y sufre el alma.

XI

La conducta de Mercedes y de Victoriano con Julian de Figueroa necesita esplicaciones y voy á darlas.

Victoriano Aguilera habia llegado á Madrid á los veinte años, sin mas recursos que su imajinacion y de ella se propuso sacar su subsistencia. Que lo consiguió es fácil colejirlo por cuanto vivia con cierta ostentacion; si los medios de que se valia eran ó no legales dedúzcase por lo que hizo con el mejor de sus amigos.

Victoriano habia conocido á Mercedes niña, muy niña todavía para conocer el peligro que cor-

ria en estrechar relaciones de amistad íntima con un hombre como aquél; la madre de Mercedes era lo que se llama una buena señora y tampoco supo precaver el mal. El jóven se hizo dueño de la casa y engañó á la niña que sin entregarle su corazon fué su esclava.

En el Casino conoció Victoriano á Julian de Figueroa poco despues de la llegada de este; con el golpe de vista del hombre aventurero comprendió que el alma del jóven era impresionable y que á poca costa podia dominarlo. Algunas semanas despues Julian pertenecia en cuerpo y alma á Victoriano.

Este concibió la idea de enlazar á su amigo con Mercedes, apretando así con un mismo nudo dos voluntades que podian servirle de base para enriquecerse, y empezó con una constancia y una habilidad estremas á labrar una pasion fuerte en el alma de los dos.

Ambos se dejaron prender en una red tan infamemente urdida, no costando á aquél mucho trabajo el triunfo por cuanto ambos poseian condiciones para despertar un amor profundo.

Mercédes no amaba á Victoriano; al contrario, por instinto le era repulsivo; así, cuando conoció á Julian, á aquel hombre noble y jeneroso que llevaba en el rostro retratada la bondad del alma, se sintió tan inclinada á él que su corazon vírjen todavía se abrió para una pasion grande; la infeliz,

aunque no conocia todo el peso de la desgracia que llevaba consigo el paso que habia dado, sentia un tormento en tener que ocultar la verdad.

Y la ocultó porque no pudo hacerse superior á su afecto; engañó á Julian casándose con él, y cuando el trato y las reiteradas pruebas de un amor sin límites que sin cesar le prodigaba su marido le hicieron conocer su falta ya el mal no tenia remedio; pero lo espiaba con sus lágrimas, con aquellas lágrimas que Julian habia sorprendido.

Entonces Mercedes tuvo que añadir una nueva mentira para calmar la inquietud de su esposo; esta es la consecuencia del crímen; si entonces hubiera hablado, conociendo Julian á aquella serpiente que abrigaba en su seno, acaso hubiera perdonado á Mercedes; cuando la humanidad tuerce su sendero va á dar en un precipicio inevitable: está escrito así.

Mercedes vivia atormentada teniendo que ver constantemente al hombre que la habia engañado; existia ya una barrera entre ellos, pero la vergüenza de su conducta pasada era un torcedor perpétuo; entonces se decidió á pedir á Julian que la llevara á viajar. Lejos de Victoriano se creia feliz, apurando los estremos de su ternura y de su alma verdaderamente apasionada para conmover la del hombre que llenaba su existencia entera.

El agradecimiento y la admiracion de las virtudes de Julian añadian dobles quilates al amor de

Mercedes; así, cuando la sorprendió el suceso de la muerte de Victoriano el sentimiento humanitario cedió su lugar al egoismo; aquella desgracia ponia un sello eterno á su deshonra y le arrancaba aquel tormento perene que tras de verla siempre delante como un fantasma de su conciencia le robaba la mitad del cariño de su marido.

¡Oh! ¡qué mal juzgaba la desventurada jóven á la sabia Providencia! Un crímen se espía tarde ó temprano y se espía por completo; la Providencia nunca abandona á los que proceden con rectitud y persigue al malvado para señalarlo con el dedo, entregándolo á la execracion pública y al castigo.

Compréndase ahora cuál era la situacion de Mercedes al poseer su marido las pruebas incontestables de su falta.

XII.

Cuando Julian volvió del funeral de Victoriano sorprendióse su mujer de que no hubiese entrado á verla; atribuyólo al principio á un esceso de sentimiento que le obligaba á buscar la soledad, pero su inquietud fué creciendo; abrigando cierto rece-

lo que sin tener fundamento se esplica bien por su estado moral, se dirijió á la alcoba de su marido.

El mayor silencio reinaba en la habitacion; llamó pero no le contestaron; comprendiendo que dormia se retiró á su cuarto lanzando un suspiro lastimero: era la primera vez que Julian prescindia de ella; Mercedes no durmió y entonces pudo comprender todo lo que amaba á su marido.

A las seis de la mañana volvió al cuarto de Julian y miró por el ojo de la llave.

Envuelto en su bata estaba Julian sentado en un sillon con los codos apoyados en la mesa y las manos en las mejillas. El corazon de Mercedes palpitaba con violencia: habia algo en ella que le hacia presentir una desgracia.

Decidióse á llamar y apenas sus dedos tocaron en la puerta, Julian se puso en pié como si aquel golpe hubiera hecho vibrar todos sus órganos; lanzó un gemido sordo y pasándose la mano por la frente se dirijió con paso firme á la puerta y la abrió.

Estremecióse Mercedes al ver la palidez mortal de su rostro y con un acento de profunda tristeza se adelantó á Julian y cojiéndole la mano le dijo:

—¿Sufres mucho y huyes de mí?

Julian le señaló un sillon y con un acento que mas que imperio revelaba familiaridad le dijo:

— Siéntate.

Mercedes obedeció sin replicar, pero aquella sola palabra le esplicó bastante la situacion de su marido; no habia en sus ojos cólera ni dolor, síno por el contrario, cierta vaguedad indefinible que ella interpretó perfectamente; así es que permaneciendo inmóvil en el sitio que aquél le habia señalado siguió con la vista sus menores movimientos, en medio de una ansiedad que era un tormento.

Sentóse Julian delante de la mesa, escribió una carta, la cerró, le puso el sobre y dando un golpe en un timbre dijo al criado que acudió en seguida que llevara la carta al instante á casa de la madre de Mercedes.

La jóven se estremeció; la calma que demostraba su marido en todo lo que hacia revelaba una determinacion irrevocable, pero no se atrevió á romper el silencio para pedirle cuentas de su conducta.

Julian se echó para atras los cabellos queriendo acaso con esa accion comprimirse la frente sin que su mujer lo notara; despues colocó un sillon delante del de Mercedes y cruzando los brazos, le dijo despues de mirarla algunos segundos con fijeza:

—Cuando te conocí me prendé de tu figura; pero sabes bien que evité tu trato porque nunca me he pagado del esterior; el destino me llevó á tu casa y entonces me prendé de tu alma; temí todavía engañarme y un hombre, mi único amigo, comple-

tó la obra: á no haber mediado Victoriano no me hubiera casado contigo.

Al nombre de Victoriano la jóven palideció; pero Julian sin hacerle ver que lo habia notado continuó en el mismo tono:

— Ese hombre que ejercia sobre mí un dominio grande por cuanto le habia abierto mi corazon labró en él el afecto que te profesé y que tomó inmensas proporciones; lo sabes demasiado; mi vida entera te ha pertenecido; ahora que ha muerto, tengo que reconcentrar todo mi cariño en tí y quiero preguntarte si eres digna de que te lo consagre.

La jóven alzó la cabeza y aunque quiso contestar no pudo, pues las palabras parecia que se le atravesaban en la garganta. Julian sin alterarse añadió:

—¿No puedes contestarme? Haces bien en callar.

—No te comprendo, dijo Mercedes haciendo un esfuerzo, pero sin atreverse á mirar á su marido.

—¿Hablas al fin? Ya me comprenderás cuando te diga que ha pasado por mi cabeza una sospecha.

—¿Una sospecha?

—Sí: ¿porqué no has llorado como yo á Victoriano Aguilera, que era nuestro mejor amigo? ¿Temiste acaso que tus lágrimas cayeran sobre mi corazon para hacerme abrir los ojos?

—¿Qué dices, Julian?

—¿Lo has llorado en silencio? Ya sé que escondes tus lágrimas para que no las vea, pero la máscara

hipócrita del alma ha caido de tu rostro: en tus ojos hinchados estoy viendo la huella de las lágrimas......

—¡No, no! ¡no he llorado á Victoriano!......

—¿Y porqué siendo tu mejor amigo no habias de llorarlo?

—No lo he llorado, Julian, porque en mi corazon no habia una lágrima siquiera para él.

—Si no era tu amigo ¿cómo tenia en su poder este retrato tuyo?

Julian sacó la caja de terciopelo y abriéndola la echó en la falda de su mujer; esta no se atrevió á tocarla, y haciéndose superior á la acusacion, dijo:

— Ese retrato...... no sé...... acaso mi madre.....

— ¡Ah! ¡te conozco ahora! no prosigas hablando porque vas á cubrir tu falta con una mentira infame...... ¡Toma y niégame ahora la verdad!

Y Julian le puso delante de los ojos el paquete de sus cartas.

Mercedes lanzó un grito, quiso ponerse en pié y cayó al suelo desplomada.

En el primer minuto Julian permaneció impasible; pero no pudiendo hacerse superior á la bondad de su alma, sintió que dos lágrimas se asomaban á sus ojos, y cojiendo en brazos á su mujer la colocó en el sillon con el mayor cuidado.

Mercedes volvió en sí, y al ver á su marido se cubrió el rostro con ambas manos.

¡Oh! ¡cómo lloró entonces acordándose de que algun tiempo antes se consideraba tan feliz haciendo aquel viaje con Mercedes!......

Dejémoslo seguir su viaje en compañía de su dolor y vamos en busca de la infeliz esposa.

Mercedes se habia retirado con su madre á un pueblecillo de Andalucía; allí, separadas del bullicio del mundo, lloraban su pena y espiaban su falta; la madre no podia consolarse de la desgracia de su hija, porque su imprevision habia tenido gran parte; considerábase Mercedes menos desgraciada al lado de aquella persona querida que lloraba con ella: una madre todo lo perdona, todo lo olvida y su alma jenerosa comparte el sentimiento de su hija: es un cáliz bendito que recoje nuestras lágrimas.

Mercedes ha vertido muchas en los dos años, pero ¡ay! aquellas lágrimas solo Dios y su madre las veian correr: Dios y su madre que les abrieron sus brazos.

Y el pueblo la bendice considerándola su Providencia; Mercedes ejerce la caridad y consuela los dolores de los que sufren, corre á la cabecera de los enfermos, gasta su pension en mitigar el hambre de los desvalidos y vive entre privaciones, queriendo que Dios se lo tenga en cuenta como una espiacion completa de una falta que cometió sin saber que la cometia.

Y pide á Dios sin cesar por la felicidad de su marido, con quien habla entre sueños, á quien mezcla en todas sus oraciones, á quien ama con todo su corazon.

Despues que ha rezado, antes de conciliar el sueño, escribe algunas pájinas de su diario, pájinas de *ultratumba* que solo verá su marido despues de su muerte: se conforma con que la desprecie en vida, pero quiere que respete su memoria.

¡Infeliz! llora su felicidad perdida y espera tranquila la muerte haciendo el bien á sus semejantes.

¿Y Julian? Ha estado un mes en la Habana y ayer salió en el vapor para el Perú.

¿Qué le trajo á Cuba? ¿qué le lleva á tan remoto suelo? Va buscando su felicidad perdida. ¿Existe acaso en alguna parte para él?

Recorrió de nuevo la Europa y huyó de Europa creyendo que en América habia de encontrar lo que busca; pero lo que busca lo deja atras.

Llega á una ciudad, quiere aturdirse, va á todas partes, se hastía al instante, se desespera, y despues de correr en vano todo el dia le asusta la noche que le amenaza con el insomnio y entonces apura una botella de rom que lo rinde y le hace encontrar un sueño forzado, pero que al fin es sueño.

Se embrutece y se destruye, pero consigue algunas horas arrancar de su cerebro ese peso que

sobre él gravita y que no hay fuerza humana que de allí lo arranque.

Las mujeres no pueden sorprenderle una mirada; los hombres no consiguen distraerlo un minuto; las emociones de la vida no tienen para él valor alguno; el peligro de los viajes no le asusta; los placeres no le encantan; no hay para él otro goce que el que le produce el rom porque lo adormece.

Lleva siempre delante de los ojos un fantasma que le impide verlo todo: este fantasma es Mercedes; no hay para él en el mundo mas que Mercedes; la ama cada dia mas, pues no ha podido hacerse superior y despreciarla; huye de ella, pero la busca en todas partes; quiere arrancarla del corazon, pero la tiene delante de los ojos.

Mercedes está encarnada en su sér, y habiendo entre ambos una barrera insuperable no es posible que realice su ensueño: seria lo mismo que si intentara volver la vida á un cadáver.

Julian de Figueroa á los treinta años lleva la muerte en el corazon: ¿de qué le sirven sus atractivos personales, su riqueza y su juventud?

¿Qué importa que el jardin de la vida le brinde frescas y fragantes flores si él no aparta sus ojos de una sola flor que perdió su aroma cuando su tallo se tronchó?

¡Julian y Mercedes! ¡he aquí dos almas que se buscan y que nunca se encontrarán!

XIV.

Aquí concluye mi historia; despues de haber dado á conocer á Julian de Figueroa, comprenderá el lector que no hice mal en sentar esta máxima en la primera pájina.

La felicidad es una cábala.

HISTORIA TERCERA.

TULA.

RELACION DEL CAPITAN.

TULA.

I.

Magníficos cambiantes de luz en un cielo trasparente, eterna verdura en un delicioso panorama, rayos de fuego apagados por una brisa consoladora, sol ardiente y luna voluptuosa: he aquí los campos de Cuba, esos campos que la naturaleza ha mirado con cariño.

Cuanta poesía puede encerrar la imajinacion es poca para copiar y mucho menos para concebir ese cuadro de óptica, siempre distinto, que parece disputar el privilejio á todos los paisajes del mundo.

El sol poniente con sus bellísimos cambiantes de mil colores ofrece una perspectiva encantadora: la mente crea con sus fantásticas y apiñadas nubes, sombras y cuerpos, ciudades y montañas que van desapareciendo como por encanto, al desvanecerse aquellas, para recibir nueva forma; sus tintes, siempre calientes, siempre brillantes, prestan animacion á aquel cuadro: aquel cuadro es una fantasmagoría de la imajinacion.

Las puntas de las agrupadas palmeras, á vista de pájaro, brillan á los últimos rayos del sol como las aceradas bayonetas de un ejército que marcha en columna cerrada; los cafetos y los naranjos se doran con el crepúsculo vespertino, y las flores, esa sonrisa de la naturaleza, abren sus tallos cerrados por el sol, esparciendo su perfume en esos campos de perpétua primavera.

Tiende la noche su manto y el reposo se retrata en un cielo tranquilo que ilumina la *casta diva*, esa luna que se presenta de lleno, no escondiendo sus rayos y desafiando al sol con su luz: allí se vé la luna en todo su esplendor, y no vergonzante como en las ciudades brumosas de Europa, adonde solo se adivina.

La naturaleza se despierta; en los trópicos no hay crepúsculos matutinos; apenas asoma el sol estiende sus rayos y se esparce por el horizonte como si quisiera cubrirlo con su manto de fuego: la transicion es violenta. El rocío de la noche se seca

abrasado por sus potentes rayos, la vejetacion recobra su vigor y la brisa consoladora escupe llamas.

Ese cielo tranquilo, esa brisa suave que enerva los miembros lleva en su hálito la muerte para el que pisa el suelo por la primera vez.

Cuba, acostada sobre el mar, es una sirena encantadora que engaña con sus caricias: adormece, pero envenena; deleita, pero mata.

Si esa brisa fuera tan pura como aparenta serlo, si esa atmósfera no estuviera impregnada de miasmas febriles, si su cielo trasparente no fuera tan mortífero, Cuba seria el paraiso del mundo y el mundo entero se trasladaria á Cuba.

Los decretos de la Providencia tienden en su sabiduría á establecer un nivel: respetemos los decretos de la Providencia.

II.

El sol asomaba su faz por el horizonte una mañana de setiembre de 1855; aprovechando el fresco de la noche habia salido de la Habana, adonde me llamaron asuntos del servicio, y marchaba en direccion de Guanajay, á reunirme á mi batallon que se encontraba allí destacado.

Dejando atras á Hoyo Colorado, caminaba despacio por no cansar á mi caballo, cuando de repente se encapota el cielo, se abren las nubes y cae un aguacero tan inesperado como violento; el agua en Cuba no avisa; parece que siempre llueve por un capricho instantáneo de las nubes. El agua caia con tal fuerza que á los pocos instantes mi ropa estaba pegada al cuerpo; el caballo sacudía las orejas y no queria pasar adelante.

Tendí la vista y divisé una casita de madera pintada con gusto, á muy poca distancia de la carretera; aquella casa aislada, con su pequeño jardin que le servia de cerca y con su cubierta de teja, en un sitio donde solo habia algunos bohíos, me dió á entender que su propietario seria persona acomodada, y dudando estuve un momento si me detendria allí; pero mi caballo que no perdia el tiempo en discurrir, enderezó allá su marcha sin que yo le hiciera seña alguna; no sé si obedecia á mi pensamiento ó si el agua le sujirió la misma idea que á mí.

Atravesé una pequeña guardaraya de mangos y al llegar al colgadizo ví á un hombre de edad madura que leia un periódico, meciéndose muellemente en un sillon de columpio y fumando un tabaco.

Al verme dió un silbido y un negro corrió á sujetarme el estribo; adelantóse aquél hácia mí y con la mayor cortesía me ofreció esa hospitalidad

que nunca se niega en Cuba y que es característica de su suelo: hospitalidad por cierto bien envidiada en otros paises.

El dueño de la casa era un hombre de cincuenta años, de aspecto agradable y comunicativo.

—Necesita usted mudarse, me dijo, porque el agua en este pais es traidora.

— Traigo ropa en el maletin, le contesté, y si usted me permite......

— Por supuesto.

—Muchas gracias.

—Anselmo, dijo dirijiéndose al negro, acompaña á este caballero al cuarto de arriba y llévale el maletin que trae en el caballo.

Seguí á Anselmo y subí al cuarto que habia indicado D. Liborio.— Este era el nombre del propietario de la finca á quien debia tan jenerosa hospitalidad.

Apenas me hube mudado de traje, me disponia á bajar, cuando movido por la curiosidad, injénita en el hombre, me acerqué á la ventana del cuarto que daba sobre el patio.

Una esclamacion se escapó de mis labios; en la ventana de enfrente estaba asomada una jóven de unos diez y ocho años, rosada como la aurora y fresca como una flor cubierta de rocío; se entretenia en desmigajar pan que echaba á una multitud de pollos agrupados en el patio para recojer las partículas que sobre ellos caian en monton.

La escena tenia algo de bucólica y me quedé estasiado contemplando aquella criatura que vivia en un rincon del mundo, ignorada de todos y exhalando misteriosamente su perfume como un lirio entre zarzas.

Los militares somos poco bucólicos, pero somos muy impresionables; en la vida errante que arrastramos muchas veces nos seduce mas la tosca forma de una rosa silvestre que las delicadas líneas de la camelia cuidada con esmero; y es que la rosa abierta á la intemperie y protejida solo por la naturaleza atesora una esencia de que carece la flor aristocrática que rompe su capullo al artificial calor del invernadero.

O hablando mas prosáicamente, encontramos mas vida y mas emanaciones del alma bajo el percal grosero que debajo de las gasas y la seda. Una muchacha criada en el campo se deslumbra con el dorado de las charreteras y con la vistosa diferencia de colores del uniforme, mientras que la jóven educada en la sociedad, antes de mirar nuestra cara, cuenta los distintivos que llevamos en la manga ó en el hombro, sabiendo tan bien como nosotros lo que significan.

Yo llevaba mi *flux* rayado de azul y blanco, traje de campaña en Cuba; seguro estoy que mi vecina no reparó en las dos presillas que llevaba en los hombros; ella, al ver la escarapela del jipijapa, fijó en mí los ojos con insistencia, olvidándose de

los pollos que reclamaban el pan que tenia en la mano; quedéme de la misma manera, clavados los ojos en su ventana; cualquiera hubiera creido por nuestra inmovilidad prolongada que estábamos sufriendo la exijencia de una máquina fotográfica que copiaba nuestras figuras.

Cuando reparé en lo violento de mi posicion, me retorcí los bigotes y me quité el sombrero, haciéndole un saludo muy afectuoso, al que correspondió con una sonrisa juguetona y encantadora, tan encantadora y juguetona que la hubiera envidiado la coqueta mas refinada.

Y siguió echando pan á los pollos y seguí contemplándola, apoyado de codos en la ventana, sin reparar que pasaba mas tiempo del necesario para vestirme en una casa estraña para mí. La enajenacion era completa, pero de ella me sacó el negro entrando en el cuarto para decirme:

—¿Quiere su merced alguna cosa?

—No: gracias.

—El amo espera abajo.

—Voy al momento.

Apenas hubo salido el negro dirijí una mirada de despedida á la jóven y en aquella mirada le envié todo mi corazon.

Los hombres, y mas los militares, tenemos el corazon tan de prestado que lo damos con la mayor facilidad, como si no fuera nuestro ó como si nos estorbara. Aprendemos á usar los sentimientos

tan temprano que cuando llegamos á la edad de sentirlos, el uso puede pasar por abuso.

Al dar mi corazon á una mujer que no conocia abusaba de mi corazon.

Verdad es que el hombre á nada se compromete al dar su corazon, porque es como el billete de los abonados á algunos espectáculos, que se da á la entrada y se recoje á la salida.

Esas pasiones profundas de un dia que sentimos trescientas sesenta y cinco veces al año son aves de paso que se posan en el nido que encuentran, como un descanso, y vuelan despues con el deseo satisfecho.

O encerrándome en mi terreno, son alojados que duermen una noche en el corazon y al dia siguiente ó cambian la boleta ó continúan su marcha.

Cuando bajé la escalera la jóven de la ventana llenaba todo mi pensamiento.

Si hubiera sido menos bonita y menos fresca quizá me hubiera sucedido lo mismo; creo que aquel síntoma no era en mí efecto de una impresion instantánea de amor sino de un impulso de la vanidad. La jóven me habia mirado con interes y la mirada de una mujer, por poco que esta valga, produce siempre en el hombre una emocion.

La humanidad tiene flaquezas que son disculpables.

III.

Don Liborio me aguardaba en el piso bajo.

—¡Hola, capitan! me dijo; ¿estamos de marcha?

—Si usted no dispone otra cosa.

—Dispongo, añadió sonriéndose con afabilidad estremada, que retrase usted dos horas su llegada á Guanajay, quedándose á almorzar conmigo; se entiende, si no se opone á ello el servicio militar que es muy exijente.

—Es usted muy amable, pero......

— Vamos; ya comprendo que no puede usted oponerse á mi deseo; así tendré ocasion de que se estreche nuestra amistad nacida tan del acaso. En esta pobre vivienda no hay mas que franqueza.

—Acepto, le dije.

No deseaba otra cosa; no apremiándome la comision, poco me importaba llegar á Guanajay dos horas despues: la desconocida de la ventana me hubiera hecho sufrir con resignacion una reprimenda del coronel, aunque hubiera corrido ese peligro.

En la cara de don Liborio se retrataba la bondad, dejando adivinar la satisfaccion del hombre que vive sin contrariedades de la suerte; al cuarto

29

de hora de hablar con él nos tratábamos como dos amigos antiguos.

Dicen que la fisonomía es el espejo del alma; y debe ser cierto: el alma de don Liborio estaba asomada á su rostro rebosando felicidad; ¿en qué estribaba esta?—El diálogo que tuvo conmigo pone bien de relieve su ideal.

—¿Encuentra usted atractivos en la carrera militar? me preguntó columpiándose en el sillon con abandono y siguiendo con la vista la columna de humo de su veguero.

—La carrera militar, le contesté, tiene sus goces y sus penalidades como todas las carreras; y aunque en Cuba los sueños de gloria duermen, para la juventud hay siempre encantos en la vida aventurera.

—Tambien he sido jóven, pero me ha gustado la vida tranquila; así es que contrarié el gusto de mis padres que formaron empeño decidido en que abrazara esa carrera; tuve la desgracia de heredarlos muy jóven; viajé despues algun tiempo y desengañado del mundo, al volver á Cuba, me casé con una mujer sin rival que murió al poco tiempo, dejándome una niña. Vivo consagrado á ella, educándola á mi modo, y crea usted, capitan, que soy feliz.

—¿Vive usted contento en este rincon, sin los placeres de la sociedad, sin el bullicio del mundo?

— ¡Oh! eso constituye mi felicidad, amigo mio; mi hija tiene hoy diez y ocho años; hace diez que

construí esta casita y me vine á vivir con ella, alejándola de los peligros de la vida de las grandes ciudades; mi Tula cose y borda muy bien, conoce perfectamente el arreglo de una casa y hará feliz al hombre que le destino, el cual es un hacendado de Guanajay; mi hija no sabe leer ni escribir.

—¿Qué dice usted? esclamé asombrado.

—¡Oh! es mi sistema y me va muy bien; es preciso desengañarse: nada hay mas perjudicial para las mujeres que los libros: ellos, queriendo enseñarles el peligro, no hacen mas que abrirles los ojos y despertar sus pasiones. ¡No, no! Tula es feliz en la ignorancia.

—Me permitirá usted que no sea de su opinion.

—Enhorabuena, capitan; pero nada hará que cambie de idea; tengo el convencimiento de que las novelas acaloran la mente de la juventud y la arrastran á la desgracia. Una mujer que obra por sus propios impulsos, sin copiar las sensaciones, no está espuesta, porque la naturaleza no es tan mala como la humanidad supone: esa maldad no es mas que un pretesto del que ha bebido en mala fuente y quiere disculpar sus desaciertos. ¡Oh! una jóven que no sabe leer no se esplica lo que por ella pasa cuando siente la impresion del amor, y aunque llegue á esplicársela no tendrá á mano los infinitos recursos que proporciona ese arsenal pernicioso de las bibliotecas.

—Me encanta oir á usted, señor don Liborio, por

mas que crea fundada en un error esa filosofía estraña.

—La coquetería es artificial; ¿cómo puede ser coqueta una mujer que en la soledad no ha estudiado ni teórica ni prácticamente el corazon? Los libros y el mundo son los que enseñan á la mujer á ser coqueta y los que la pervierten: pues bien; abstrayendo á Tula del roce social la he imposibilitado de envenenar su corazon con esas pájinas que el autor escribe en su bufete, sin comprender el daño que causan.

—Quiero conceder á usted que las novelas sean perjudiciales, ¿pero y los demas libros que debieran instruirla?

—La historia es tan perjudicial como la novela; ¿qué le importa á Tula lo que haya pasado en el mundo? ¿qué le importa tampoco saber cómo jiran los astros ni cómo se gobiernan las sociedades? Necesita solo ser una buena madre de familia y vivir ajena á esa calentura de la juventud que no hace mas que amargar las horas de la existencia. Mi casa no la visita mas que Pancho, su futuro, á quien se ha acostumbrado á ver como un hombre de bien y realizará el sueño de la felicidad; créame usted, capitan, esta no existe mas que en el recinto doméstico: diez años hace que vivo en este retiro con mi hija, dándome muy buen trato, no ambicionando nada y sin apenarme por los sucesos del mundo.

—La felicidad de usted está basada en el egoismo.

—Puede ser, pero en esta abstraccion cifro mi vida; el tiempo pasa y voy á mandar que preparen el almuerzo. Vuelvo al momento.

IV.

Seguí con la vista á don Liborio, asombrado de aquella filosofía que felizmente se encerraba solo en el retirado y estrecho recinto de cuatro paredes.

Cada hombre es un jeroglífico.

Rómpase la humanidad la cabeza para conseguir un adelanto en las ciencias ó en las artes, y cuando ha triunfado, tropiece con un razonamiento como el de don Liborio: diga despues si esa apreciacion vale la pena de desvelarse por la humanidad.

No tuve mucho tiempo para continuar en mis meditaciones porque me lo impidieron dos ojos negros que se asomaron á la puerta. Estos dos ojos que eran los de Tula me hubieran reconciliado con las ideas estravagantes de su padre y con el mundo entero á estar reñido con él. Un hombre que tiene una hija como Tula ya puede discurrir como se le antoje, seguro de que los mozos de mi temple han de darle al cabo la razon.

¡Pícaros ojos! ¡volvieron á sublevarme! y poniéndome en pié me dirijí á la puerta para impedir que la jóven se marchara, como lo indicaba su accion. Con el desenfado que es característico del uniforme, introduje la cabeza en el inviolable recinto de la alcoba y dije en tono afectuoso pero con cierto imperio:

– No se vaya usted, Tula.

Felizmente la niña se detuvo, pues á seguir en su intento de evasion acaso no me hubiera contentado con asomar solo la cabeza, pues detras de esta se hubiera ido todo mi cuerpo como se iba toda mi alma detras de la niña.

Quedóse esta mirándome fijamente y sin dar muestras de temor ni de cortedad, lo cual dió alas á mi atrevimiento, reiteré mi súplica ó mi órden, que ambas cosas eran, con estas palabras:

—Venga usted acá, prenda.

—¿Para qué? me preguntó con cierto descaro.

—Para tener un rato de *palique*, le contesté no olvidando las voces insinuantes de mi tierra.

—¿De qué? esclamó la jóven haciendo un jesto.

—De conversacion.

—¿Y qué me va usted á decir?

—Eso lo veremos.

—¡Quiá!

—Niña, soy un huésped de la casa y puesto que voy á almorzar aquí no es justo dejarme solo.

—¿Va usted á almorzar con nosotros?

—Por supuesto: ¿soy yo tonto?

—Entonces taita no lo llevará á mal, y si me regaña que me regañe, dijo entrando con decision.

—¡Justo! siéntese usted á mi lado y que vengan diez escuadrones de padres á regañar á usted que aquí estoy yo.

—No tiene usted miedo á mi padre?

—¿Yo? tengo mas miedo á la hija que al padre.

—¿De veras? esclamó riéndose.

—Claro está; don Liborio no puede matarme como usted con esos dos rayos que lleva en la cara.

—¡Cuidado no lo oiga taita! esclamó con cierta malicia.

—¿Porqué?

—Porque no quiere que me digan esas cosas.

—¿A usted le disgustan?

—¡Quiá! pero si él las oyera me enfadaria por verlo contento; Pancho solo me habla de la seca y de la maloja y de que los animales están muy flacos; y nunca me habla de mis ojos: taita dice que voy á ser dichosa con Pancho y dejo que lo crea.

El alma me bailaba en el cuerpo; la hija de don Liborio era una criatura deliciosa que al parecer no habia aprovechado mucho de las lecciones de su padre; en aquel momento me hallaba dispuesto á echar por tierra en un cuarto de hora todo su sistema restrictivo de diez años.

Una empresa semejante era un triunfo memorable para un hombre de mi carácter; yo que hacia

respetar á mis soldados los artículos mas insignificantes de la ordenanza encontraba glorioso aceptar la hospitalidad en la casa de un hombre honrado para sembrar en ella la semilla de la insubordinacion. ¡Oh!......

Quedéme algunos segundos contemplando á Tula y francamente, era digna de esponerse á sufrir el cargo justísimo que pudieran haberme hecho por pensar de semejante modo; pero las mujeres están ó estar deben fuera de la ley. No hubiera sido capaz de abandonar por Tula mis banderas como Marco Antonio por Cleopatra, pero hubiera sido muy capaz en aquel momento de mandar que fusilaran á Pancho, á quien no conocia, por el crímen inaudito de amar á una mujer que me gustaba mucho.

Tula no era muy alta; pero amo lo mismo á las bajas que á las altas: dos pulgadas de estatura mas ó menos influyen poco en el ánimo del hombre cuando se halla predispuesto á recibir una impresion; nunca he consultado la *talla* de las mujeres para reclutarlas; al hacer su filiacion solo me detengo á observar si tienen unos ojos que hablen al alma como los de Tula, velados por ojeras.

La guajira de Hoyo Colorado no era una mujer hermosa, pero cautivaba á los sentidos; sus formas redondas estaban bien torneadas; su cútis ligeramente tostado era lustroso como el terciopelo y su cabello negro como el azabache; su boca gran-

de pero juguetona dejaba ver dos hileras de dientes perfectamente alineados y blancos como el marfil. Estaba vestida de blanco y sin otro adorno que una rosa en su peinado sencillo.

Soy tan impresionable, tan del momento que á estar enamorado de la misma Venus de Médicis hubiera creido que todas las perfecciones académicas estaban á favor de Tula. Si me quedo en la casa tres dias mas y no veo á otra mujer seguramente que elaboro en mi cabeza alguna diablura; pero el batallon me reclamaba y aunque me sentia enamorado no dejé por eso de mirar á la puerta esperando á D. Liborio, pues tenia apétito y el almuerzo debia ser algo mas suculento que el que me prepararia mi asistente en Guanajay.

Pero D. Liborio no volvia y Tula estaba á mi lado; me decidí, pues, á enamorarla para entretener el tiempo y el hambre y continué mi diálogo, preguntando á la jóven:

—¿En qué emplea usted todo el dia?

—En coser y en cuidar la casa; por la noche viene siempre Pancho y habla con mi padre, pues yo me duermo en seguida en ese mecedor.

—Ese amante no conviene á una muchacha tan graciosa como usted y es preciso darle la licencia absoluta.

—Así lo creo, pero taita me mataria; dice que Pancho es un marido de oro.

—¡Hola! ¿el galan es rico?

—No sé; el viejo sabe lo que Pancho tiene, pero me parece que todas sus fincas se reducen á un potrero que está junto á Guanajay: allí pasa él la vida engordando á la par de sus caballos.

—En cuanto se case usted con ese mozo la encierra en el potrero y se acabó el mundo para usted.

—¿Qué he de hacer?

—Darlo de baja y nombrar un sustituto.

—No entiendo eso.

—Mas claro: decirle que se vaya y querer á otro hombre: á mí, por ejemplo.

—No es usted capaz de quererme.

—¿Qué dice usted, criatura? esclamé dando un salto y poniéndome en pié para acercarme al sillon de Tula; soy capaz porque usted me quiera de matar á Pancho y á don Liborio y á usted misma y de matarme yo.

—¡Jesus! ¡qué hombre!

—A la prueba me remito.

Iba á cojer una mano de Tula para manifestarle mi efusion y la verdad de mis palabras cuando cruzó por el batey un hombre á caballo y apeándose de un salto entró en la sala; apenas tuve tiempo para dejarme caer en la silla y aparentar la gravedad que exije la visita.

V.

El recien llegado era jóven, pero sus formas revelaban demasiada tendencia á la obesidad; su cara respiraba salud, pero una salud que por demasiado ostensible daba un aspecto repugnante á su fisonomía. Su chupa blanca no hablaba muy en pró de su aseo y la falta de corbata en su cuello denotaba que aquel hombre vivia *á sus anchas;* el corte de su traje ponia bien de manifiesto que habitando cerca de la Habana no conocia ni de vista las tijeras de Gelada ni de Pers, no teniendo nada de comun con las exijencias de la *dernière.*

Este individuo era Pancho, el futuro de Tula.

La jóven no le dirijió esa mirada comunicativa que es la espansion de los amantes siempre que se encuentran, aunque haya mediado una ausencia de solo un minuto.

Dos almas que se buscan se confunden por medio de los ojos.

La mirada es el beso del alma.

Pancho no le dió la mano para saludarla; este saludo traidor y espresivo que se ha aclimatado poco en la Habana no llega hasta el campo; en el

campo la imajinacion suple con malicia lo que falta de ilustracion.

Las manos hablan demasiado: este saludo elocuente parece invencion de los sordo-mudos. Los dedos son como las teclas del piano: tienen diversos tonos; pero su armonía está al alcance de las almas menos filarmónicas.

Costóme poco trabajo comprender que la niña no amaba á Pancho; en cuanto á este seria difícil esplicar sus sensaciones: la obesidad parece que ó se opone á los sentimientos delicados ó los oculta fácilmente.

El novio de Tula me miró con estrañeza, pero sin marcar en su rostro de luna llena ninguno de esos síntomas inequívocos de disgusto ó de celos, tan naturales en el que quiere á una mujer y la encuentra sola con otro hombre, aunque esté seguro de su fidelidad.

Púseme en pié al entrar Pancho, muy contra mi gusto, á pesar de que me habia bastado verlo para convencerme de que no era un hecho glorioso derribar á un rival semejante; el jóven me hizo un saludo grotesco y tuve que valerme de un esfuerzo grande para no soltar la carcajada.

Pancho sacó de una vejiga un tabaco que colocó en la boca y sin brindarme, ó por distraccion ó por descortesía natural en él, encendió el mechero y se puso á fumar cruzando una pierna sobre la otra.

Algunos minutos pasaron sin que nos dirijiéramos la palabra; pero mientras Pancho, que acaso buscaba en vano una frase para entablar conversacion, acariciaba una de sus tremendas espuelas de plata, no separé mis ojos de los de Tula, diciéndole todo lo que su amante le habia callado en el tiempo que con ella llevaba relaciones.

Felizmente para Pancho, cuya posicion era bien crítica, entró don Liborio á anunciar que el almuerzo esperaba en la mesa.

Mi estómago dió un suspiro (que tambien el estómago tiene sus emociones lejítimas) y me levanté.

Don Liborio estrechó la mano de Pancho, á quien no aguardaba, y le esplicó el motivo de mi presencia en la casa, queriendo sin duda disculparse con el futuro de su hija de que hubiese penetrado otro hombre en aquel recinto sagrado; el jóven se encojió de hombros, sin replicar, y tomó la direccion del comedor que ya conocia.

Don Liborio, previsor y encerrado en su doctrina de aislar á su hija, colocó á esta entre el amante y él, ignorando la fórmula de la preferencia del sitio, pero como la mesa tenia cuatro costados Tula quedó enfrente de mí, con lo cual se encontraba mas al alcance de mis tiros.

Y no perdí uno, porque la jóven me miraba con insistencia, aunque escondiendo la visual para que solo yo lo comprendiera. Como esta manera de

mirar es patrimonio de las coquetas esperimentadas, tentado estuve de preguntar al padre en qué libro la habia aprendido su hija que no sabia leer.

Tan seguro estaba don Liborio de la inocencia de Tula que no se cuidó de ella para observarla; por lo que respecta á Pancho, los platos atrajeron todas sus miradas y no tuvo una para su novia ni para mí: el campo me pertenecia.

Para engañar á don Liborio no necesitaba mas que aplaudir su sistema de educacion; engañar á Pancho era todavía mas fácil; para conseguirlo me bastaba convidarlo á comer.

Don Liborio me obsequió con esplendidez y con afecto, pero su afecto y su esplendidez no le hicieron conocer que yo preparaba una traicion para pagarle indignamente.

Concluyó el almuerzo en el mayor silencio y me despedí con gran contento de Pancho que mandó acercar mi caballo al colgadizo, sin duda para que me fuera mas pronto.

Estreché la mano de don Liborio y como no me hizo un ofrecimiento cortés para que visitara su casa, cubrí su falta, diciéndole que agradecia su hospitalidad y que tendria el gusto de volver á manifestarle mi simpatía.

Al decir esto clavé mis ojos en los de Tula que hizo un movimiento con los suyos muy parecido á un guiño significativo, pero un movimiento tan gracioso que puso el sello á mi amor naciente.

Don Liborio no supo contestarme para evadir el compromiso y se contentó con mirar á Pancho, pero creo que este no hubo de comprenderle, ocupado ya en la tarea de dijerir el almuerzo.

Crucé la guardaraya de mangos y entré en la calzada, volviendo varias veces la cabeza para mirar á Tula que de pié en el colgadizo me seguia con la vista.

Cuando llegué á Guanajay la casita de don Liborio ocupaba toda mi atencion.

VI.

Es preciso convenir en que la vida del militar tiene su encanto; un cuarto de hora de paréntesis nos basta para olvidar una marcha forzada ó un servicio ajitado, entregándonos al solaz que brinda un perpétuo buen humor.

El encuentro de la guajira de Hoyo Colorado habia influido de tal manera en mí que por la noche mis compañeros de habitacion no pudieron menos de preguntarme qué buena yerba habia pisado en la Habana.

Vivian conmigo otro capitan y un teniente; jóvenes los tres y con iguales aspiraciones pasába-

mos alegremente los dias sin cuidarnos del de mañana, sin pensar en otra cosa que en divertirnos.

El capitan Paredes tenia una reputacion formidable entre los hombres y las mujeres; su espada y su corazon estaban siempre dispuestos á lidiar con aquellos y con estas, y á fuerza de hazañas y de aventuras llegó á ser el terror de la comarca donde se encontraba; pero era escelente en su trato íntimo y con el mismo ardor y el mismo interes se batia por un amigo que por una mujer.

No era menos bravo nuestro compañero el teniente Cárlos Diaz; jóven, muy jóven, como lo demostraba su suavísimo bigote, habia alcanzado la efectividad de su empleo por haberse distinguido en la accion de las Pozas, batiéndose con un arrojo que llamó la atencion de sus jefes. Paredes que tenia predileccion por los hombres *templados* le llamaba siempre *el niño*, sin que esto incomodara á su amigo.

Cárlos Diaz no abusó de su valor en ningun lance de la vida, pasando mas bien por prudente que por temerario, lo cual le habia captado las simpatías de todo el que lo trataba. No necesito decir que aunque Parédes y yo viviamos en la mejor armonía me arrimaba mas á Cárlos. Sujetábase este estrictamente á la ordenanza, siendo esclavo de ella, mientras que Paredes se hallaba dispuesto á atropellar todas sus obligaciones ó por un capricho ó por un arrebato.

Soñaba Cárlos con la gloria y veia con disgusto que no se le ofrecian ocasiones de probar el temple de su alma; sabia de memoria el escalafon y llevaba en la uña las bajas para entretenerse diariamente en restar los muertos de los vivos y contar el tiempo.

Cárlos era teniente de la compañía que yo mandaba y puedo asegurar que su pundonor y su exactitud me hicieron esperar que nunca se mancharia su hoja de servicios.

Nos hallábamos los tres á última hora en el comedor de la casa buscando en vano aire para nuestros pulmones, cuando Paredes volviéndose á mí dijo:

— ¿No reparas en el aspecto del niño? hace algunos dias que está preocupado: se me figura que trae entre manos algun asunto de faldas.

— Es verdad. ¿Qué tienes, Cárlos?

— Nada.

—Eres muy reservado.

—Nada me pasa; os lo aseguro, aunque saben ustedes que la reserva es mi sistema.

—Haces mal, dijo Paredes; las mujeres no te harán caso, pues ellas gustan de que seamos pregoneros de sus gracias; seguro estoy de que me querrian menos si no tuviera la lengua tan larga.

—¡Siempre el mismo! esclamé yo.

—Tambien eres tú bueno; camarada, no te santifiques.

—No pienso en eso, pero mis teorías son menos elásticas que las tuyas.

— Sin embargo, Julio, tres mujeres conozco en Guanajay que sufren los rigores de tu inconsecuencia.

—Esos amores pertenecen ya á la historia, pues forman parte de mi cuadro de reemplazo.

—¿Estás vacante?

—¡Imposible!

—Entonces ¿quién es ahora la que manda?

—Una criatura que ha nacido en mi camino como las setas: á causa del agua.

— Estás misterioso. ¡Eh, niño! añadió Paredes cojiendo del brazo á Cárlos; oye á tu capitan que va á contarnos alguna de sus historias: no dejará de haber en ella algo de estraordinario.

Cárlos dijo con aire indiferente y sin moverse de la misma postura en que hacia rato se hallaba:

—Estoy oyendo.

—Pues, señor, el dia ha sido completo y no me quejo del aguacero que me caló hasta los huesos porque en cambio me dió un amor y un almuerzo.

—Esplícate.

—Cuando empezó á llover, mi caballo que es muy intelijente se entró de rondon en una finca y el caballo y yo fuimos bien acojidos. Habia en la casa una niña deliciosa que me ha trastornado los sentidos, y se me figura que no le he parecido mal.

—¿Es morena, baja, con un lunar en la mejilla? me preguntó Paredes.

—Cabalmente, dije riéndome.

— Entonces es una muchacha que vive en el cafetal *Pallares*, que está cerca de Hoyo Colorado.

—Te equivocas: vive mas cerca de nosotros.

—¿Se llama Aurora?

— No: se llama Tula.

El teniente que hacia algunos segundos ponia gran atencion á mis palabras dió un salto como si le hubiera picado un alacran y se le escapó una esclamacion.

—¿Qué es eso? preguntamos Paredes y yo.

Cárlos estaba lívido y los dos nos pusimos en pié, pero él serenándose volvió á sentarse y marcando la risa en los labios dijo:

—No es nada: esta cargazon de la atmósfera me tiene escitados los nervios.

—¡Nervios! esclamó Paredes; si no supiera que eres valiente me reiria en tus barbas, es decir, en el sitio en que han de salirte las barbas. ¡Hablar de nervios un mozo como tú! Eso es bueno para la hija del escribano ó para el mancebo de la botica de enfrente.

—Tengo nervios bien á pesar mio; pero no hablemos mas de eso. Julio, continúa tu relato.

Referí á mis amigos lo ocurrido, con gran contento de Paredes que gozó con la idea de que desbancara á un *quidam* como Pancho; en cuanto al

teniente parecia que sus nervios no le dejaban en paz, pues no volvió á estar quieto un segundo.

A las diez cada uno se retiró á su cuarto y Paredes y yo nos entregamos al sueño.

Cárlos estaba ajitado; al fin como herido por una idea dió un silbido y al momento apareció su asistente, á quien le dijo:

—Ensilla el caballo que el capitan llevó á la Habana y procura que nadie te oiga en la casa; vendré al amanecer: ¡cuidado con dormirte!

El soldado obedeció como un suizo y Cárlos sin detenerse se puso un pantalon blanco, se dejó la camisa por fuera, se ató á la cintura con el pañuelo un machete, quitó la escarapela al sombrero de jipijapa y salió en busca del caballo que le aguardaba ya en la calle.

Montó y un instante despues cruzaba á escape por la calzada en direccion á la Habana, sin cuidarse de que el pobre animal debia estar rendido del viaje que habia hecho por la mañana con su dueño.

VII.

A los tres dias salí una tarde de paseo y habiéndome alargado mucho decidí hacer una visita

á don Liborio; era ya de noche cuando llegué á la casa.

Don Liborio me tendió la mano, pero habia en su rostro algo que denotaba que mi segunda visita no le era tan agradable como la primera.

Pancho desde que me vió llegar se encerró en el silencio.

Solo Tula que dormitaba en un sillon se despabiló y fué á sentarse á mi lado: evolucion que produjo dos jestos á su padre y á su novio; procuré tranquilizarlos hablando de cosas indiferentes, sin embargo de que no perdí una sola de las miradas de la niña; pero convenciéndome al cabo de que hacia mal tercio y que nada adelantaba estando allí dos cerberos tan vijilantes me despedí, decidido á no volver á poner el pié en una casa donde no sabian guardar ni las apariencias.

Decididamente me hubiera olvidado de la guajirita de Hoyo Colorado, á pesar de sus ojos espresivos, si la casualidad no me hubiera arrastrado en pos de ella. Cuatro dias despues volvia á las once de la noche de una fiesta de Hoyo Colorado; como la luna estaba todavía escondida la oscuridad era profunda, pero mi caballo sabia mejor que yo donde le aguardaba el pienso y caminaba de prisa.

Oí á lo lejos la voz de un guajiro que cantaba y me detuve atraido por ese eco melancólico aun-

que monótono que es peculiar de los aires del pais. La estrofa decia:

Asómate, mi vida,
á esa ventana,
y verás cuanto fuego
tengo en el alma.
Niña, te adoro
mas que adoro á las niñas
que hay en mis ojos.
¡Ay, ay, ay!
¡vé cual suspira
mi corazon por tí!
¡Tu amor me inspira
un loco frenesí!

Habia en la voz del guajiro una dulzura que cautivaba y sin esplicarme el motivo aquella voz me recordaba algo. Me decidí á acercarme al sitio donde cantaban para reconocer á la persona, cuando llegaron á mis oidos los ecos de esta nueva estrofa:

Tu cariño, mi vida,
me quema el alma;
ya no muero por otras
pues tú me matas.
Niña, te adoro
mas que adoro á las niñas

que hay en mis ojos.
¡Ay, ay, ay!
¡vé cual suspira
mi corazon por tí!
¡Tu amor me inspira
un loco frenesí!

Acerquéme entonces al sitio de donde la voz partia y distinguí un bulto blanco que salió de una guardaraya de mangos y tomó la direccion á la izquierda.

Apenas me ví en el sitio reconocí que estaba en la finca de don Liborio: atraido por la curiosidad ó por una idea ó acaso por celos, eché pié á tierra y amarré mi caballo á un árbol.

Seguí á larga distancia el bulto blanco decidido á averiguar el objeto de una visita que tenia todas las trazas de misteriosa, á juzgar por la hora y por la cautela con que se anunciaba.

El guajiro dió la vuelta á la casa y se detuvo ante la puerta falsa del fondo que estaba cerrada; escondíme detras de una palma que me sirvió de observatorio sin que el guajiro notara que lo habia seguido. Pocos instantes despues el silencio de la noche me trajo el murmullo de dos voces y sea que los celos aguzaran los sentidos, sea que mi imajinacion oia por mis orejas, me pareció escuchar clara y distintamente la voz de Tula que hablaba con el guajiro, á pesar de que habia entre ambos una puer-

ta que era una barrera bien respetable para el amor.

Sentí que la sangre se agolpó en mi cabeza y haciéndome la ilusion de que aquella mujer me importaba algo, desenvainé el sable y me lancé sobre el guajiro, dispuesto á espantarlo; pero no conté con la huéspeda, como decirse suele.

Al llegar al sitio resonó un grito agudo detras de la puerta y el guajiro dando un salto sacó su machete y se me echó encima con tal brio y tal violencia que tuve que valerme de toda mi destreza para que no me trinchara como á un pollo.

Combatiendo nos habiamos retirado de la tapia y nos dominaban desde la casa; no sé en lo que hubiera concluido aquel duelo improvisado á no cortarlo un aviso que nos dirijieron, pero un aviso tan elocuente que ambos nos dimos por convencidos.

Tirándonos tajos y reveses no oimos el ruido que hizo una ventana alta de la casa al abrirse; el color claro de nuestra ropa nos vendia á pesar de la distancia, pero sí oimos el disparo de una escopeta y el silbido de una bala que atravesó la copa de mi sombrero.

Bajé mi sable y bajó el guajiro su machete, diciéndome:

—Camarada, quieren cazarnos como liebres; vamos á otra parte á continuar nuestra tarea.

Aquella voz me hizo estremecer y dando un grito esclamé:

—¡Ah! ¡Cárlos! ¡tú aquí!

—¡Capitan!

—Yo soy...... pero pongámonos en salvo pronto y sobre todo fuera de tiro, pues nos han descubierto y corremos peligro.

Protejidos por la oscuridad y las maniguas llegamos al sitio donde teniamos los caballos, montamos y al cojer la calzada salimos á escape en direccion de Guanajay, pues ya se notaba movimiento en casa de don Liborio y el ladrido de los perros indicaba que nos seguian la pista.

VIII.

—¿Podré saber, querido Cárlos, le dije conteniendo mi cabalgadura, porqué te encuentro en ese traje á la puerta falsa del patio, hablando misteriosamente con Tula?

Al nombre de Tula detuvo tambien Cárlos su caballo, y la luna que habia empezado ya á salirme dejó ver su semblante demudado.

—Ahora que estamos lejos de la casa, me dijo, voy á pedirte estrecha cuenta......

—¿De qué?

—Recuerdo bien, porque era imposible que lo olvidara, que la otra noche referiste tu estancia en

casa de don Liborio y hablaste de Tula en términos por cierto bien inconvenientes.

—¿Te importa algo?

—Me importa mucho, pues adoro á esa mujer con toda la espansion de mi alma.

—¿La amas? ¡desventurado!

—Ahora con mas motivo te exijo una esplicacion.

— Siento, amigo Cárlos, verte apasionado de esa niña, pues preveo que ha de traerte disgustos sin cuento.

— Eso no hace al caso; al ofender á Tula me ofendes.

—Entonces, tranquilízate, porque debes comprender que poco puede juzgarse á una mujer en una hora de visita; lo que dije á Paredes fué una lijereza de mi carácter.

—No me basta; insististe mucho en que te miraba con intencion.

—Pero ahora me esplico el motivo; la niña me miraba porque iba de uniforme y este le recordaria tu persona.

—Eso podria ser cierto, pero tu presencia esta noche á la misma hora y en el mismo sitio que yo me dan derecho á dudar de ella; ¡y si fuese cierto! ¡oh! ¡la mataria!

Echéme á reir y conté á Cárlos la verdad de lo ocurrido, lo cual le tranquilizó al parecer, pues cuesta poco á los amantes creer lo que les favorece.

—Ahora, añadí, me toca preguntarte de qué medio te valiste para ponerte en contacto con esa niña que tanto vijila su padre y que nunca sale de su casa.

—Para el hombre que ama nada hay imposible.

—Sin embargo, hay ocasiones......

—Sabes que hace un mes estuve destacado en el Caimito para perseguir á unos facinerosos que andaban por allí haciendo proezas; varias veces al cruzar por la calzada divisé en el colgadizo de la casa á Tula y me prendé de ella; tanto que una tarde me decidí á penetrar en la finca pretestando que los malvados andaban por allí cerca y que iba á sorprenderlos; dormí en la casa con la fuerza, pues asustado don Liborio no solo no nos dejó salir sino que nos obsequió en grande.

—Ya conozco sus obsequios: se porta en esos casos como un hombre.

—Pues bien: tuve ocasion de hablar con Tula y aquel dia nació en ambos esta pasion que hoy puede mas que yo.

—¿Y despues?......

—Al despedirme deslicé un doblon en la mano de Anselmo, que es un negro de la casa.

—Le conozco.

—Anselmo es mi Mercurio; me trae noticias de ella, me guarda las espaldas y la noche que disfrazado de guajiro voy á hablar con Tula amarra los perros para que no me muerdan.

—¿Y Pancho?

—Tula lo detesta y me ha jurado que no se casará con él aunque el padre la mate; ya ves si tengo motivo fundado para adorar en ella.

—Anda sin embargo con piés de plomo porque don Liborio es mal enemigo, y si sospechara algo....

—No sé; hasta ahora ha vivido muy tranquilo, pero el suceso de esta noche puede haberle abierto los ojos; temo por Tula.

—Y yo por tí.

Al decir esto los caballos se detuvieron á la puerta de nuestra casa y echamos pié á tierra.

Antes de dormirnos hablamos una hora de Tula y del lance de aquella noche que pudo haber tenido fatales consecuencias; el alba asomaba ya cuando conseguí que Cárlos me dejara solo para conciliar el sueño; y lo concilié lamentando la inclinacion de mi amigo por una niña que estando comprometida para casarse con un hombre á quien no correspondia, aceptaba sin embargo mis galanterías y mis miradas.

Verdad es que esta conducta que en el mundo hubiera recibido el nombre de coquetería, no podia calificarse de tal, segun la máxima de don Liborio, porque Tula no sabia leer.

¡Ay! el pobre padre ignoraba que la imajinacion de la mujer es un libro siempre abierto y mas rico en ideas que todos los libros que produce la intelijencia humana.

Tula no sabia deletrear una pájina de Platon, pero podia dar lecciones á este en materias de sentimiento; desconocia la existencia de Ovidio y de su *Arte*, pero sin leerlo sabia mas que Ovidio y hubiera enriquecido sus pájinas con mas de un apotegma.

Don Liborio al dejarla en su ignorancia le cerró las puertas de las bibliotecas, pero le dejó abiertas las de su corazon: el alma guarda la llave y la imajinacion es la mano que las abre.

¿De qué sirve, pues, esa ignorancia?......

IX.

Cárlos entró á las ocho en mi cuarto para despertarme, sin considerar que habiendo pasado mala noche necesitaba descanso; hice un movimiento de disgusto, pero al abrir los ojos noté que estaba muy alterado, y le pregunté, incorporándome en la cama:

—¿Qué te pasa?

—El demonio se mezcla en mis asuntos y voy á hacer una que sea sonada.

—Te veo al borde de un precipicio y quisiera que tuvieses calma.

—No es posible.

—¿Qué sucede?

—Ha estado aquí el negro Anselmo; anoche cuando salimos de la finca, don Liborio armó un alboroto, tocó á rebato la campana y acudió la guardia civil de Hoyo Colorado; como vió á su hija cruzar el patio sospechó lo que podia ser y despues de tratarla con dureza la ha encerrado; dice Anselmo que está como loco: ya comprenderás que nos hallamos incomunicados y que necesito tomar una medida violenta.

—¿Qué adelantarias?

—No lo sé, pero debo hacer algo.

—Me ocurre una idea y voy á dar un paso en tu favor.

—¿Cuál es?

—Pretestando que ha llegado á Guanajay la noticia de lo ocurrido en casa de don Liborio iré allá esta tarde para ofrecerle un resguardo contra los ladrones que asaltan de noche su finca y esploraré su voluntad.

—Me parece bien; puedes decirle que estoy decidido á todo y que si de grado no me da la mano de su hija la obtendré á la fuerza.

—¡Cáspita! opino, querido Cárlos, que andas mucho terreno; ¿pretendes casarte?

—¿Qué remedio me queda?

—¿No tienes una soga para ahorcarte?

—Déjate de bromas.

—¿Olvidas que no siendo todavía capitan tu mujer no tendrá viudedad?

—No pienso morirme.

—Sin embargo, los padres son muy previsores y miran mucho á lo porvenir.

—Que me franquee las puertas de su casa y esperaré el ascenso: no puedo vivir sin ver á Tula.

—Si te empeñas cumpliré fielmente mi comision, pero temo que va á desairarnos.

—Entonces sufrirá las consecuencias de su desaire.

—Te veo muy arrebatado y estoy en la obligacion de prevenir una desgracia.

—Confio en tu amistad.

Apenas empezó el sol á esconder sus potentes rayos estreché la mano de Cárlos y monté á caballo; iba á hacerle no solo un favor sino tambien un sacrificio, pues el lector sabe que Tula me habia gustado y que no dejé de alimentar mis pretensiones, pero me consideraba muy dichoso en renunciar al amor de una mujer que estaba seguro habia de labrar el infortunio de mi buen amigo.

Llegué á casa de don Liborio y á primera vista no me quedó duda de que nuestra visita nocturna habia causado en ella un trastorno muy grande; encontré en la sala á don Liborio y á Pancho, disputando en voz alta, y las pocas palabras que oí me dieron á entender claramente que el novio, enterado de la conducta de Tula, se retiraba

con sus honores, lo cual produjo en el ánimo de don Liborio el efecto que debe suponerse.

Al verme entrar los dos se contuvieron y Pancho sin despedirse cojió el sombrero y nos dejó solos, de lo cual me alegré sobremanera.

Hallábase don Liborio muy dispuesto á no hacer caso de mi visita, pues se puso á dar paseos por la sala con muestras de gran ajitacion; pero tomé una silla y le dije con calma:

—Sé que anoche ha pasado aquí un suceso desagradable y vengo á ofrecer á usted mi auxilio.

—Muchas gracias, me contestó sin dejar de pasearse; pero ya no hace falta; he dado aviso al capitan de partido.

—Sin embargo, el hecho puede traer fatales consecuencias y convendria prepararse.

Don Liborio se detuvo y mirándome fijamente dijo:

—No comprendo lo que encierran esas palabras.

—Es muy sencillo, y si se digna usted oirme algunos instantes lo sabrá todo.

Tomó don Liborio asiento maquinalmente y sin añadir una palabra apoyó el brazo en el sillon y la mejilla en la mano dándome á entender que me escuchaba.

Acerqué mi sillon al de don Liborio y bajando la voz le dije:

—Anoche disparó usted una escopeta sobre dos hombres que habian entrado en su finca; tiene us-

ted buen ojo y á no ser por la Providencia no podria contar lo que contando estoy.

Don Liborio me miró frunciendo el ceño como manifestando que no me comprendia y entonces, enseñándole un agujero redondo en la copa de mi jipijapa, añadí:

—Vea usted por donde entró la bala.

Espantado iba á ponerse en pié, pero lo detuve por el brazo continuando:

—No eran malhechores los que asaltaban la finca; eran hombres de honor atraidos por una idea si no muy recta disculpable á lo menos.

—¿Es usted el amante de Tula? preguntó don Liborio con voz de trueno.

—No: no soy el amante.

— Entonces......

—Procure usted bajar la voz para que nos entendamos.

—¡Estoy en mi casa!

—Lo sé; pero vengo de mediador y lo que aquí hablemos no debe salir de estas cuatro paredes.

— Me resigno á escuchar á usted con tranquilidad.

—Agradezco la resignacion. La persona que anoche me acompañaba era el teniente de mi compañía don Cárlos Diaz, jóven de claro nacimiento, de valor acreditado y de antecedentes sin tachas. Diaz ama á Tula, es correspondido, y el medio de evitar un escándalo está en manos de su padre.

—¿Qué se atreve usted á proponerme?

—Un medio muy decoroso y muy aceptable; pretendo que usted consienta en que los jóvenes se correspondan y se vean sin apelar á recursos como el de anoche que pueden ser de triste resultado y que afectan á la honra.

—Yo mando en mi casa, señor Calderon, me dijo con tono insolente, levantándose, y no consiento que me pongan la ley; mi hija se casará con quien se me antoje y suplique usted á ese teniente que no vuelva á pisar mi finca si no quiere que mi bala sea otra vez mas certera y compre á caro precio su atrevimiento.

—Está bien; no olvide usted que he procurado evitar la desgracia de mi amigo, la de usted y la de Tula.

Y me retiré con el disgusto de saber que Cárlos me aguardaba y que iba á dejarse llevar de su carácter violento.

Pero sucedió lo que no esperaba; al llegar á Guanajay Cárlos me salió al encuentro y me dijo:

—Leo en tu cara lo que tienes que contarme; el padre se ha negado.

—Exactamente.

—Bien: ya sé lo que debo hacer.

—No dés ningun paso sin contar conmigo.

—Puedes estar tranquilo.

A pesar de la calma que aparentaba Cárlos

no me era posible descansar un momento, pues temia á los arranques de su carácter.

Los sucesos ¡ay! me probaron bien pronto que mis temores no eran infundados.

X.

Pancho se retiró de la casa de don Liborio sin dar muestras de haber sufrido con aquel golpe que le heria en su amor propio de hombre y en su corazon de amante. Pancho pertenecia á esa raza que da el mundo en llamar felices porque por nada se apenan; pero si la felicidad estribara en prescindir de las emociones que produce la lucha de los sentimientos, el hombre descenderia á vivir como el bruto. ¡No! la felicidad no es la negacion del sentimiento; para apreciarla es preciso ó haberla perdido ó soñar con ella porque nunca se conoció.

Pancho no tuvo que arrancar de su alma el amor de Tula ni lloró un desengaño; habia entrado en la casa atraido por el padre y se disponia á dar su mano á la jóven porque creyó que aquella boda era un buen negocio: don Liborio tenia sus ahorros y Tula estaba enseñada á vivir entre privaciones.

Pancho no era capaz de amar: hay organizaciones repulsivas al amor.

El lector comprenderá que un hombre de esta naturaleza no podia haber despertado una pasion en el alma de Tula; la conformidad de esta era una prueba de sumision á las exijencias paternales; pero libre su corazon lo entregó al primero que fué á llamar á sus puertas.

Los que creen que el aislamiento es un candado que guarda las pasiones de la mujer, se equivocan; el mundo es un arsenal de armas ofensivas, pero surte al mismo tiempo de armas defensivas; al lado del veneno está el antídoto, y si solo aprende la mujer á conocer uno no puede ni librarse de aquél ni aplicar este cuando hace falta.

Tula, encerrada en su ignorancia, se dejaba llevar por sus pasiones sin otro freno que la reclusion, y la reclusion no es mas que una cadena que va labrando en la imajinacion los medios de romperla.

La coquetería es una ciencia que se perfecciona con el estudio; pero la mujer coqueta nace como nace el poeta de inspiracion; la coqueta encerrada buscará un resquicio por donde si no puede escaparse prodigará sus miradas buscando correspondencia para dar satisfaccion á sus instintos.

Tula no habia aprendido á leer en los libros, pero leia en los ojos de los hombres, por intuicion; no sabia historias de amor pero su alma escribia la suya propia que era la que mas le interesaba, presentándole muchas pájinas en blanco que ella

ardía en deseos de llenar; el peligro estaba en no enseñarle el límite adonde debia llegar.

No comprendia lo que era el amor, pero amaba á Cárlos Diaz, y cuando me vió nadie le habia hecho entender que aceptar mis obsequios era una traicion.

La cadena que la aprisionaba era pesada para su fantasía y sin saberlo ella misma pugnaba por romperla; pero careciendo de fuerza necesitaba de una mano que limara sus eslabones: esta mano era la del teniente, y Tula la aceptó como hubiera aceptado la mia ó la de otro. El pájaro se revuelve en la jaula y acaricia la mano del que cree va á abrirle la puerta para dejarle cruzar el espacio que borda de encantos la imajinacion.

Encerrado don Liborio en su fatal sistema quiso correjir las consecuencias de su falta cometiendo otra mayor; al ver burladas sus esperanzas y derribado el castillo de sus ilusiones debió aconsejar á su hija, presentarle el riesgo que corria en corresponder á un hombre que él tenia por libertino, colmarla de caricias, derramar lágrimas, presentarle en una palabra el cuadro de su desventura y herir la fibra sensible de su corazon; pero hizo todo lo contrario, le prodigó insultos y amenazas y echó cerrojos á su puerta.

La imajinacion es como la bebida que fermenta: mientras mas se le hace sufrir la presion mas lucha por salir desbordada.

Exasperóse Tula y viendo ya en su padre la tiranía buscaba el medio de romper las paredes de su cuarto para escaparse.

Así, mientras don Liborio creia encontrar la tranquilidad guardando siempre en el bolsillo la llave del cuarto en donde habia encerrado á su hija, esta se desahogaba llorando y sin tener otro consuelo que hablar con Anselmo, el cual le traia noticias diarias de su amante, de aquel hombre que estando acaso muy lejos de su corazon, su mismo padre con su conducta se lo habia impuesto, haciéndole ver en él el iris de su salvacion.

La cuerda se rompe por esceso de tirantez; esto es cosa muy sabida por todo el mundo, menos por don Liborio.

Si Cárlos hubiera tratado algun tiempo á Tula es seguro que su pasion se hubiera resfriado: eran dos caracteres contrarios; pero la oposicion del padre escitó el sistema nervioso del jóven y los nervios son fatales: Cárlos creyó que sus arranques eran amor y ese vértigo que le produjo su arrebato acarició su perdicion.

No dejaba un dia de exhortar á Cárlos para que no se precipitase, pero me engañaba la calma aparente de su rostro.

Cuando el hombre toma una determinacion decisiva espera tranquilo el resultado.

Aquella calma era la crísis de su calentura.

XI.

Diez dias pasaron sin que ocurriese suceso alguno que deba mencionarse, lo cual me iba sosegando respecto á los temores que abrigaba por el estado de mi amigo.

El undécimo dia fué el sarjento á decirme que el teniente don Cárlos Diaz que estaba nombrado de guardia no se habia presentado en el cuartel á la hora señalada; aquella noticia me alarmó y corrí al cuarto de Cárlos, pero no solo no estaba sino que supe por su asistente que se habia marchado por la noche despues que todos nos acostamos.

Me ví obligado, cumpliendo con la ordenanza, á dar parte al comandante de aquella falta de mi mejor amigo, y figurándome fundadamente que en casa de don Liborio averiguaria el paradero de Cárlos monté á caballo y salí á escape.

No me seria posible pintar el cuadro de consternacion que ofrecia la casa de don Liborio; este daba vueltas por todas partes como un loco y maldecia su suerte sin hacer caso de mi presencia en el sitio, ni del capitan de partido, ni de la guardia

civil, ni de los vecinos que habian corrido á prestarle consuelos, ya que no podian prestarle socorro.

El capitan de partido me dijo que Tula se habia escapado aquella noche con el teniente de mi compañía don Cárlos Diaz y que á aquella hora eran infructuosas todas las pesquisas hechas para dar con los fujitivos. Comprenda el lector cuanto seria mi disgusto al ver perdida la carrera de un oficial tan brillante por una mujer como la guajira de Hoyo Colorado.

No pudiendo hacer nada en favor del desventurado don Liborio me volví á Guanajay para hacer allí pesquisas que me dieran luz acerca del sitio en que se encontraban los amantes.

Llamé al asistente y le dije:

—¿Sospechas adonde pueda haber ido el teniente?

—¿Qué hora es? me preguntó.

—¿Qué tiene que ver la hora?......

—Tiene mucho, mi capitan.

—Pues bien: son las cuatro de la tarde.

—Entonces, tome usted esa carta, pues el teniente me la entregó al marcharse diciéndome que callara como un muerto, pena de la vida, y que si él no volvia antes de las tres de la tarde, la entregara á usted.

—Venga la carta.

—He cumplido la órden.

—Retírate.

Abrí la carta y leí con cierta ajitacion lo siguiente:

"Mi querido Julio: he perdido la cabeza y voy á hacer una calaverada que me está pareciendo imposible, pero que sin embargo es ya cosa resuelta. Cuando leas esta carta estaré lejos de la Habana, pues me voy con Tula en el vapor inglés que sale á las once para Veracruz.

"Todos mis sueños de gloria, todas mis nobles aspiraciones han callado ante el amor que siento por esa mujer que adoro, aunque es mi perdicion. En Méjico hacen falta hombres de corazon y ofreceré mi espada á una nacion estranjera para sostener á Tula que será mi esposa en cuanto ponga el pié en el puerto. Aquí no podia casarme por mi posicion y por la actitud de don Liborio, á quien deseo que Dios perdone el paso que me obliga á dar.

"No me desprecies; seré muy desgraciado, pero confio en la Providencia y en el cariño de Tula que premiará mi mala accion.—Adios.—*Cárlos.*"

Cayó de mis manos el papel y por espacio de algunos minutos permanecí como atontado.

El mal no tenia remedio; nada, pues, se adelantó con la causa formada al teniente Cárlos Diaz, de cuyas resultas se le dió de baja en el ejército; y nada tampoco adelantó el padre de Tula castigando la fuga de esta con cincuenta latigazos que mandó aplicar en las espaldas del negro Anselmo

por sospechas fundadas de que habia protejido la evasion.

El pobre negro sufrió el castigo con resignacion y sin decir una palabra que pusiera de manifiesto lo que habia hecho por dar gusto á la *niña*, á quien habia llevado en brazos durante su infancia.

La fuga de Cárlos sirvió de pasto á las conversaciones de los círculos y á la gacetilla de los periódicos, de lo cual puede dar fé mi amigo Rafael Guzman; despues del suceso, como dice un gran poeta,

> "en torno jira indiferente el mundo,
> y jira en torno indiferente el cielo."

XII.

Tres años hace que Cárlos Diaz y Tula marcharon á Méjico; ¡en tres años, dirá el lector, cuánta felicidad habrán disfrutado!

¡Ay! Cárlos perdió su empleo, perdió su porvenir, echó una mancha indeleble en su hoja de servicios, olvidándose de las leyes del honor, y todo por una mujer á quien apenas conocia, pero que

al entrar por sus ojos invadió su corazon, dejándolo ciego al paso. Y aquella mujer que le debia un sacrificio tan inmenso no era capaz de comprenderlo: Tula era uno de esos séres que nacen degradados y que solo con una táctica particular puede conseguirse apartarlos del precipicio á que se asoman por instinto.

Cárlos y Tula se casaron en Veracruz y siguieron su viaje para Méjico; él ofreció su espada á aquella república, cuyas entrañas devora el desórden, siendo centro de todos los criminales que arrojan las demas naciones, y entre ellos se afilió Cárlos esperando ocasion de distinguirse.

Su desventura estaba escrita, como dicen los fatalistas; pronto tuvo ocasion de arrepentirse del paso que habia dado, pues el honor y el patriotismo llamaron á las puertas de su corazon y de su conciencia, haciéndole ver que habia olvidado todo por una mujer que no contenta con haber manchado su carrera manchó el nombre que le habia dado.

Tula verificó su segunda fuga á los Estados-Unidos con un cantante buen mozo que le trastornó el cerebro; en el colmo de la desesperacion mi pobre amigo acabó por olvidarse de la relijion, único lazo que lo ataba á la existencia y se levantó la tapa de los sesos.

No busques, lector, á don Liborio en su casita de campo que está cerrada; don Liborio ocupa

un cuarto en el potrero *Mazorra*, adonde lo llevó su enajenacion que tomó grandes proporciones.

Dió en pensar que tenia la culpa de la fuga de su hija y su locura no le dejó comprender que la mujer corre grandes peligros dejándola ignorar los que el mundo ofrece; la ignorancia es fatal porque el amor no se aprende en los libros y hace inútiles los cerrojos y las llaves: el amor penetra por todas partes; cuando llega al corazon se asoma por los ojos y tiene alas para volar.

XIII.

Aquella felicidad que don Liborio se habia creado estaba fundada en un principio sin base; era un castillo de naipes que cayó derribado á un pequeño soplo de la desventura.

La felicidad es un sueño.

HISTORIA CUARTA.

ROSARIO.

RELACION DEL MARINO.

ROSARIO.

I.

¡El mar!...... ¡oh! ¡el mar! ¡qué hermoso es! sobre todo contemplado desde la orilla.—Así discurren los mas entusiastas.

Ese piélago profundo, insondable, asusta no solo á los pobres de espíritu sino á hombres de corazon muy levantado; si el mar no tuviera tempestades, ni rompientes, ni tanta agua, nadie se asustaria al fiar su existencia á un leño que por grande que sea no es mas que un punto imperceptible en la inmensidad del oceano.

Pero el mar con todos sus peligros y sus emociones demasiado violentas no es mas que un remedo de la vida; los que tienen miedo al mar no se paran un momento á considerar si aquél es fundado.

La vida es un oceano proceloso y el hombre un bajel destinado á surcar las aguas, combatiendo sus caprichos y veleidades; ¿hay algun sér que concluya su carrera habiendo encontrado siempre el mar en calma, sin que el viento haya hecho trizas las velas que lo guiaban, sin haber encallado en la roca del desengaño, sin haber sentido ajitarse su corazon ante un peligro inminente en que se esponian á zozobrar ó su honra ó sus afecciones ó su existencia misma?

Si algun hombre llega al término de su viaje, vírjen de dolor, ¡dichoso él! pero ese hombre no existe; si se encierra en el egoismo, no sufrirá por los demas pero sufrirá por él: regularmente el egoismo es la tabla de salvacion á que se agarran los náufragos que han perdido todo y quieren en vano salvar el individuo: ese náufrago se prepara para lo porvenir, pero la tormenta pasada es una pájina horrible de la vida que las dichas posteriores podrán borrar de la mente, pero no del corazon.

Las tempestades del alma como las del mar pasan, pero no se olvidan: en su furia siempre se llevan algo que no vuelve y que constituye una parte integrante de la existencia.

El corazon del marino se embota mas pronto porque vé el peligro mas aislado y porque no vé otras desventuras para compararlas con las suyas: el dolor es simpático y al hombre le gusta comunicarlo porque no quiere sentir solo: parece que se alivia su pena cuando tiene ó quien le ayude á llorar ó quien contemple su dolor.

Cuando el barco va solo, sin mas espectador que la Providencia, se enseñorea, y guiado por la débil mano del hombre desafia la cólera de los vientos y pretende burlar su poder. Entonces el marino se engrandece y en aquella lucha jigante aprende á sentir las grandes emociones.

El mundo y el mar tienen muchos puntos de contacto; y esto es fácil conocerlo haciendo observaciones para deducir despues. Cambio de tono: el carácter de los marinos es como la brújula, que nunca se fija.

Combatir una pasion contrariada es luchar con los elementos desbordados; empeñarse en seguir la senda que no marca el destino es querer navegar á rumbo con viento por la proa; hacer frente al infortunio y retarlo temerariamente es echar alas y rastreras cuando deben rizarse las gabias; perder una fortuna poco á poco es escasearse el viento; no tener recursos para atender á las necesidades de la vida es correr un temporal á palo seco; casarse, segun algunos marinos espertos, es ponerse en conserva de un buque de buenos piés

y picar los palos del suyo; en una palabra, morir no es mas que irse á pique la nave.

Y en esto el mundo lleva todavía una ventaja al mar. Cuando el marino concluye su mision muere ignorado, perdiéndose sus restos en aquella sepultura adonde no penetran ojos humanos, sin gozar de la apoteosis portentosa que los vivos cuelgan en la lápida á los muertos como última venera.

Aunque bien mirado, morir en el mar tiene mayores ventajas; el finado no necesita dejar un pico respetable para el pago de la mortaja y del nicho y lo que es mas lamentable de *la cura* que reclama el médico que lo mató. Lo mismo da ser pasto de los peces que de los gusanos.

En el mar se muere tranquilo porque en aquella fosa todo cabe; pero en tierra ¡oh! ¡en tierra es cosa de no morirse nunca!—Estoy por vivir en el mar y por no morirme en tierra.

Al hablar de la muerte y del mar me acuerdo de Rosario, que nada tiene de comun con el mar ni con la muerte: esta falta de lójica se esplica con lo que antes dije de mi carácter.

Al contar la historia de Rosario nada diré del mar aunque parezca estraño despues de ver el *introito* que pongo á mi historia; el marino en tierra respira otra atmósfera, pero respira; somos como los pescados por la aficion al agua en que vivimos; pero me declaro anfibio.

Y entro en materia, pues nunca con mas razon pudieran decirme que esto es *hablar de la mar.*

II.

En enero de 1857, es decir, hace poco mas de un año, el bergantin de S. M. en que servia dió fondo en la bahia de Barcelona despues de cuarenta singladuras que habiamos echado desde la Habana.

Por mas acostumbrados que estemos al movimiento del barco nos agrada siempre la tierra firme; así, apenas puse el pié en la playa, corrí en busca de emociones y de recuerdos; ¿dónde no los encuentra un marino?

Comí en la fonda con varios amigos *íntimos* de quienes no habia vuelto á saber ni á acordarme en tres años de ausencia y supe muchas cosas que ignoraba porque debia ignorarlas, á pesar de que manifesté mucho interes por ellas.

N y N, me decian, han muerto; P, J y L se casaron; T y V han enviudado; M se suicidó; G se escapó con una muchacha muy linda que vivia en la Rambla; S está en la cárcel; á C y D, empleados del gobierno, los trasladaron á otro punto; en una

palabra, casi todos mis amigos habian muerto para mí; pero aquella tarde repuse á los finados con mis nuevos conocimientos de mesa.

Entre las noticias de importancia que adquirí no fué la menor el éxito que alcanzaba en el gran teatro una *prima donna di cartello*, italiana por supuesto, que, segun la frase técnica de los filarmónicos, estaba haciendo las delicias del pueblo barcelonés que es uno de los pueblos mas intelijentes en ese divino arte que habla al alma y á los sentidos.

La cantante se llamaba...... *Rosario.* (Al dar á la estampa una historia sustituyo con este nombre el de la artista que es demasiado conocido en el mundo. Nadie tiene derecho á descorrer el velo de la vida privada.)

Al citar el pais de su naturaleza dije que era italiana *por supuesto* y esto necesita esplicacion por mas que los *dilettanti* lo hayan comprendido demasiado. Si Rosario hubiera nacido en España no le bastaria todo su talento y su voz privilejiada para aclimatarse entre sus compatriotas que á pesar de los muchos nombres que pueden citar en contra de su preocupacion siguen creyendo que solo la Italia produce órganos musicales. Bien dice el refran: nadie es profeta en su patria.

Soy fanático por la música, como todo el que tiene una fibra sensible, y al ver en el *Diario* que aquella noche se ponia en escena *La Sonámbula,*

corrí al despacho del teatro ansioso de admirar á la cantante y de gozar con las divinas armonías del preciosísimo idilio de Bellini.

Paseábame impaciente por el salon de descanso, esperando la señal del director de orquesta, cuando me echaron un brazo por la cintura; volví la cabeza y estreché con efusion el cuerpo de donde partia aquel brazo, esclamando:

—¡Adolfo!

—¡Mi querido Ulloa! ¿estás en Barcelona?

Esta pregunta significativa que con razon se llama *la pregunta del español* es un rasgo de nuestro idioma demasiado espresivo siempre y muy natural por mas que parezca fuera de lugar.

—Aquí me tienes desde esta mañana..

—¡Cuánto me alegro!

—Y yo.

—Enséñame el número de tu luneta.

—El 33 de la izquierda.

—Dame el billete: voy á cambiarlo por otro para estar juntos: tenemos mucho que hablar; se entiende cuando no cante Rosario porque entonces no se puede oir mas que las notas sublimes de su garganta.

—¿Tan notable es esa artista?

—Ella te contestará por mí dentro de algunos minutos.

Y mi amigo corrió al despacho para cambiar mi localidad.

III.

Adolfo de Mendoza, vizconde de Tudela, tenia á la sazon veinte y cuatro años; habiamos estrechado nuestra amistad en la isla de San Fernando adonde fué enviado por su padre como guardia marina, pero concluidos sus estudios no se encontró con vocacion para seguir una carrera que mas que ninguna la exije, y no necesitando de su espada para vivir se lanzó al mundo, sabiendo mas de lo que el rico necesita para figurar y menos de lo que necesita el pobre para morirse de hambre.

Su padre, el conde de Cardona, era muy respetado en Cataluña por sus timbres de nobleza, por su cuantiosa fortuna y por la rectitud de sus principios. Llevó el conde muy á mal la determinacion de su hijo de abandonar una carrera que tanto lustre habia dado á su patria; pero como era el único vástago de su rama y el heredero de su título se conformó pronto, creyendo que así no lo espondria á los peligros de las armas y á los azares del mar.

Adolfo era un jóven bien inclinado y habia recibido con aprovechamiento las sanas doctrinas

de su padre, aleccionándose con el ejemplo, que es el gran principio de la educacion; así es que Adolfo, á pesar de haber pasado los primeros años de su juventud en la corte, nunca manchó la honradez de su cuna, comportándose muy á satisfaccion de su padre, que era demasiado exijente en este punto.

A la entrada de la cruda estacion en que llegué á Barcelona el conde habia llamado á su hijo, pretestando que necesitaba de sus cuidados y Adolfo corrió al lado de su padre; pero la salud vigorosa de este desmentia la causa del llamamiento; su verdadera idea habia sido no solo disfrutar de la compañía de su hijo en los últimos años de su vida sino tambien arrancarlo de los peligros de Madrid y llevar á cabo un plan que hacia tiempo lo desvelaba.

El conde de Cardona, sabiendo que la juventud es impresionable y temiendo que su hijo se dejase llevar por su corazon y contrajese algun compromiso con una mujer que sin ser indigna fuese de oscuro nacimiento, proyectó labrar en su alma una pasion por Neolia, hija del marques de Santa Eulalia, su amigo de la infancia.

Neolia era una jóven de diez y ocho años, bella como un serafin y de una educacion esmeradísima.

Adolfo era alto, rubio, de una figura interesante y con unos magníficos ojos, muy á propósito para turbar la dulce tranquilidad del alma de la

niña y hacerla sentir una pasion, á pesar de su recojimiento.

Y lo que el conde pretendia sucedió apenas puso Adolfo el pié en la casa del marques de Santa Eulalia; Neolia que oia siempre á su padre hablar del jóven y de sus buenas cualidades creyó que se habia omitido decirle algo sobre la cualidad mas importante: sobre la belleza de los ojos de Adolfo. Y esta circunstancia pudo mas que todo lo que el marques y el conde concertaran.

Neolia, á los tres dias de conoce ral vizconde, no trataba de saber si este valia mucho ó poco: ya nada podian decirle ni su padre ni el de Adolfo: los ojos de este le decian mas.

El conde de Cardona no tuvo que preguntar á su hijo sobre el efecto que Neolia le habia causado; Adolfo era jóven y encontró muy agradable, acompañando al anciano á su tertulia diaria en casa del marques, tener una muchacha bonita con quien conversar mientras que los dos señores jugaban su partida de ajedrez.

Cuando estos se impacientaban por dar con algun *máte* problemático que los traia atormentados una semana ó dos, Adolfo y Neolia veian correr las horas sin cansarse uno de otro, lo cual tenia muy contentos al marques y al conde, pues este era otro problema que resolvian sin necesidad de tablero y solo con el cálculo de una jugada maestra.

¿Amaba Adolfo á Neolia?—No habia pensado en averiguarlo.—¿Amaba Neolia á Adolfo?—Fácil era conocerlo por la inmovilidad de sus ojos cuando los fijaba en aquellos que tanto le habian llamado la atencion desde el primer dia.

La tertulia de casa del marques disminuyó al abrir sus puertas el gran teatro; Adolfo llevado por la curiosidad faltó la noche del *debut* de la compañía, y escudándose en su aficion al arte se abonó para ir todas las noches que hubiera funcion.

Sorprendido el conde por el capricho filarmónico de su hijo que podria destruir su plan, como el jugador de ajedrez que tiene estudiado un mate y se encuentra con un jaque tan inoportuno como inesperado, calculó que era preciso sin torcer la voluntad de su hijo no abandonarlo, y aconsejó al marques que se abonara tambien al teatro para que llevando á Neolia no dejase Adolfo de verla.

Y el marques habia tomado un palco bajo de proscenio con objeto de que desde la luneta pudiese el jóven contemplarla durante la representacion.

Estas noticias que despues adquirí las anticipo á mis lectores por creerlo conveniente: nadie puede quitarme este derecho.

Entro, pues, con mi amigo en el coliseo, donde debemos encontrarnos todos, satisfaciendo mis deseos de oir á la notable artista.

IV

Ocupamos nuestro asiento y empezó la sinfonía á toda orquesta.

Como la música instrumental es solo cuestion de oidos y no impide á los ojos que se ejerciten al mismo tiempo recorrí con ellos todos los palcos, deteniéndolos donde encontraba alguna mujer hermosa y separándolos violentamente del sitio en que habia alguna fea.

Comprendo que las feas sean filarmónicas y asistan á los espectáculos, pero debia estar prohibido que se exhibieran demasiado porque lastiman la visualidad.

En el palco bajo de proscenio de la derecha entraron un anciano de cabellos y bigotes blancos y una jóven encantadora; llamóme ella la atencion, y como noté que sus ojos estaban flechados en direccion de nuestro sitio sospeché que habia hecho una conquista, y tocando en el brazo á Adolfo, que estaba al parecer estasiado con los acordes de la orquesta, pendiente de todos los movimientos de la batuta, le dije:

—Eres filarmónico decidido.

—¡Oh! sí: la música me embelesa hoy.

—Repara en aquella preciosa muchacha del palco del proscenio; hay mas música en sus ojos que en todas las partituras que ha producido y producirá la Italia.

Volvió Adolfo la cabeza á la derecha é hizo un jesto de disgusto, pero reponiéndose en seguida contestó con afecto á un saludo graciosísimo que le hizo la niña del palco, secundado por otro no menos cariñoso del que la acompañaba.

—¡Hola! parece que tratas con intimidad á esa criatura y ó me engaña la esperiencia ó sus ojos vienen al abordaje sobre los tuyos.

—¡Qué disparate!

—¡Cáspita! llegué á creer que me habian puesto la proa, pero torcí su rumbo. La sonrisa del saludo que te dedicó fué demasiado espresiva.

—Creo que te equivocas.

—Puede ser, pero estoy acostumbrado á estudiar la fisonomía de las mujeres, adivinando sus impresiones como adivino por el cariz el estado de la atmósfera.

—Veo que eres intelijente, dijo Adolfo sonriéndose.

—Al fin arrías en banda el pabellon. Y ¿quiénes son tus amigos del palco?

—El marques de Santa Eulalia y su hija Neolia.

—¡Hermosa niña! ¡te envidio la preferencia!

—¡Silencio! esclamó el vizconde; el telon se levanta y ya no me pertenezco.

Me recosté en la luneta para entregarme á la música, y al ver tan pronunciado en mi amigo el furor filarmónico no me atreví á distraerlo de su enajenacion.

Pasadas las primeras escenas un aplauso estrepitoso me avisó que *Amina* se habia presentado; Adolfo levantó las manos para hacer mas visible su entusiasmo por Rosario; la *donna* saludó con esa humildad aparente del jenio y fijando en seguida los ojos en el sitio que ocupábamos en la platea se llevó la mano derecha á la cabeza, echándose el pelo para atras; Adolfo, casi conmovido, se retorció el bigote con ambas manos; muy lejos estaba de conocer que aquellos dos movimientos eran estudiados y que encerraban signos telegráficos, intelijibles solo para dos personas.

Despues de haber clavado los jemelos á Rosario, que entre paréntesis me pareció al primer golpe de vista tan interesante que por mal que cantara habia de gustarme su voz, miré por casualidad á la jóven del palco y noté que tenia el rostro algo demudado: con la mejilla apoyada en la mano izquierda no daba muestras de llamarle la atencion el espectáculo á pesar de hallarse asomada al escenario. El marques, por el contrario, estaba tan consagrado á las notas de la cantante que no veia lo que en su mismo palco pasaba.

La voz de Rosario y su ejecucion me dieron á entender bien pronto que no era usurpada su re-

putacion; cantaba como un ánjel, es decir, como deben cantar los ánjeles, aunque no sé si son *orecchiantes* ó tienen escuela; la verdad del caso es que Rosario me cautivó como á todo el público y la aplaudí con entusiasmo.

Tenia mucho en su favor con su figura: era un modelo griego, de formas admirables y de facciones delicadísimas; sus ojos azules hacian un contraste magnífico con sus cabellos negros como el azabache; su cútis debia ser algo tostado, y no lo aseguro porque en aquel momento lo veia embadurnado con esa capa de lechada que se dan todas las mujeres de teatro, creyéndola indispensable para el buen parecer. Su garganta torneada podia no haber batido las notas con tanta perfeccion, segura de que el público simpatiza con la belleza y de que unos ojos seductores añaden dobles encantos á la voz.—Esta observacion la creerán algo profana los entusiastas, pero no por eso deja de ser exactísima.

Cuando Rosario concluyó el andante de su cavatina el teatro parecia conmoverse por sus cimientos: tal fué la esplosion que produjo su canto; yo aplaudí, Adolfo aplaudió, todos aplaudieron, pero mi amigo para distinguirse lanzó un *¡bravo!* estrepitoso, tan estrepitoso que dominando el ruido de las palmadas se oyó claro como un trueno.

Aquella esclamacion conmovió dos corazones, segun pude observar; Rosario se llevó la mano al

cabello y despues á la boca; la jóven del palco que seguia en su postura se levantó erguida para volver la cabeza y mirar al que habia pronunciado aquella palabra: en sus ojos noté algun estravío.

Al concluir el acto cojí á Adolfo por el brazo y le dije llevándolo al corredor:

—Espero que me espliques un misterio.

—Vuelvo en seguida.

—No: no te abandono sin que satisfagas mi curiosidad.

—¿Qué deseas saber?

—¿Esa Neolia te ama?

—Creo que sí, me contestó tratando de desprender su brazo del mio.

—¿Vas á verla?

—No pienso en eso.

—Entonces......

—Voy al camarin de Rosario.

—¡Ah! ¿eres su amigo?...... ¡Picaron!

—¡No! dijo Adolfo con el rostro algo encendido; no debo ocultártelo, no soy su amigo sino su amante.

—¡Bravo! esclamé á mi vez; ¿lio tenemos?

Los ojos de Adolfo se inyectaron de sangre y al notarlo me arrepentí de la pregunta.

—Te perdono esa ofensa, dijo, porque no conoces á Rosario; la juzgas como juzga el mundo á las mujeres de teatro.

— Y el mundo tiene razon, Adolfo; Rosario será una escepcion.

—Hay muchas escepciones.

—Me alegro saberlo.

—En prueba de ello, ven: voy á presentarte á Rosario.

—Me das un gran placer.

La puerta del escenario, á pesar de la prohibicion absoluta de la empresa, se abrió para dejar paso franco al vizconde de Tudela, lo cual me hizo comprender que me habia dicho la verdad: Adolfo estaba fuera de la ley.

Penetramos en el camarin de la *donna* que al ver á mi amigo se levantó precipitadamente para estrechar la distancia mas pronto, marcando en su fisonomía una satisfaccion inmensa. Al abrir los labios, cuando se le escapaba ya una de esas frases cariñosas, emanaciones del alma, que no se forman en muchas horas de estudio, Adolfo le cortó la palabra y señalándome dijo:

— Mi amigo don Alfonso Ulloa, alférez de navío.

— ¡Ah! esclamó la jóven artista presentándome la mano.

Y seguramente á haberlo permitido el vermellon que cubria sus mejillas hubiera visto marcarse en ellas el sonrosado natural del pudor.

—Tengo una satisfaccion, le dije, en estrechar la mano de una artista que acaba de arrebatarme.

—Muchas gracias, me contestó sin separar sus ojos de Adolfo.

Hablamos del arte y de la gloria y de otras muchas cosas verdaderamente locales, pero que en nada interesaban en aquel momento á Rosario, á juzgar por la poca importancia que les daba.

Comprendiendo que mi presencia estorbaba me despedí, pretestando que iba á saludar á mis antiguos conocimientos; Adolfo se creyó obligado á acompañarme y salió conmigo. Apenas se hubo cerrado detras de nosotros la puerta del camarin entró en él un jóven elegante y de maneras corteses; era uno de esos hombres que sin ser feos son antipáticos á las mujeres.

V.

Daniel de Montemar era redactor de un periódico y amigo íntimo del empresario, lo cual le daba dos llaves para abrir todas las puertas del teatro; apenas llegó Rosario á Barcelona, guiado por los intereses de la empresa, puso el mérito de aquella por las nubes, antes de oirla, y cuando la conoció, sorprendido de su belleza, se propuso utilizar sus armas para llegar con ellas al corazon de la *donna*.

Rosario que en su vida de artista se habia acostumbrado á recibir con afabilidad á todo el mundo, porque la artista vive á merced de cualquier venganza poderosa, acojió á Montemar con afecto, sin reparar en su figura ni comprender el peligro que corria en abrirle las puertas de su casa; el jóven escritor envalentonado con otras conquistas fáciles que le habian proporcionado las líneas de su diario, creyó que adelantaba terreno, pero en aquellos dias cruzóse en su camino el conocimiento de Adolfo que desde el primer instante hirió la fibra sensible de Rosario, la cual no manifestó la menor reserva con la pasion que mi amigo le habia inspirado.

Rosario tenia solo veinte y dos años y á esa edad habia recorrido muchos de los primeros teatros del mundo, dejando detras de sí un rastro de gloria inmarcesible; consagrada enteramente al arte que era su pasion dominante se habia acostumbrado á mirar á los hombres como *público*, sin dar acojida en su alma á ninguno de los infinitos que la habian perseguido, guiados por su belleza y por el prestijio de su talento que añadía mayores atractivos á aquella.

La felicidad para Rosario se cifraba en los aplausos, y en su desvanecimiento creia que la desventura no podia llegar para ella mas que envuelta en una derrota teatral; pero felizmente su dema-

siado talento y su órgano privilejiado parecian ponerla á cubierto de semejante golpe.

Herido Montemar en su amor propio estudió el medio de derribar al ídolo que se levantaba en el corazon de la artista y despues de varias indicaciones infructuosas decidióse á pegar fuego á esa mina que se esconde en el alma de la mujer y que revienta haciendo estragos.

Montemar se propuso despertar los celos para aprovecharse de la calentura y aparentando indiferencia dió aquella noche la mano á Rosario que le vió entrar con cierto disgusto.

—Ha estado usted sublime esta noche: como siempre.

—Gracias, señor Montemar.

—No es posible interpretar la cavatina ni con mas espresion ni con mas talento.

—¡Oh! ¡no!

—Supongo que el vizconde habrá dicho otro tanto; en el arte todo el mundo piensa lo mismo.

—El vizconde nada me ha dicho.

—Se lo habrán prohibido, repuso Montemar casi entre dientes.

—¿Prohibido? preguntó la *donna*, cuyos ojos se dilataron.

—Sí, contestó el escritor con aire de indiferencia encendiendo un cigarro en el mechero del gas; y por cierto que si lo ven entrar aquí......

Rosario se inmutó.

— Quiere usted esplicarme, dijo interrumpiéndole, el misterio que encierran esas palabras; ¿corre por ventura el vizconde algun peligro en visitarme?

—No sé, pero á juzgar por el compromiso que tiene contraido y por el desasosiego de ella......

—¿Quién es ella?

—No es estraño que usted la desconozca; ¿ignora usted que el vizconde de Tudela se casa pronto?

Rosario que se habia puesto en pié tuvo que agarrarse á un sillon para no caer, pero haciéndose superior dijo:

—¿Esa mujer?......

En aquel momento entró el traspunte á avisarle que habia empezado el acto.

Dirijióse Montemar á la puerta, pero Rosario lo detuvo, preguntándole de nuevo:

—¿Esa mujer?......

— Oigo los acordes de la salida de usted, *signora*, y no hay tiempo que perder: los compases de la música son como los caballos del correo: no tienen *espera*.

Y Montemar salió, tarareando las notas que la orquesta tocaba.

Rosario estaba herida en el corazon, pero al trasponer el bastidor tenia que dejar allí todas sus emociones de placer ó de dolor: la artista no se pertenece de bastidores afuera. Hizo, pues, un esfuerzo y salió en el segundo acto representando á la perfeccion la inmovilidad del sonambulismo.—

Una vara de terreno bastó al arte para triunfar de la mujer.

Y en aquel momento en que la artista aparecia tan serena, el corazon de la mujer reventaba como una nube preñada de electricidad.

La sonámbula, sujeta á la exijencia de su papel, no podia mover la cabeza en todas direcciones, pues estaba segura de que sus ojos habian de dar con la cara de la futura de Adolfo aunque se escondiera entre todas. Maldijo entonces al arte que le imponia su rigoroso dominio y sin mover los ojos, siguiendo el compas de la batuta, su pensamiento se paseaba por la platea buscando algo.

Y en medio de esta lucha cantaba como nunca habia cantado; el público aplaudía con frenesí, pero Rosario no oia los aplausos: no oia mas que las notas que tenia que repetir y la voz de la tempestad que rujía en su interior.

El alma de Rosario se ensanchó al entrar *Elvino* á pedirle cuentas de su traicion; se habian cambiado los papeles: Rosario acababa de saber la perfidia de Adolfo; y sin embargo *Amina* espresó todo lo contrario de lo que sentia Rosario. En la mujer de teatro hay dos entidades: la artista y la mujer.

Al esclamar "*¡rea non sono!*" clavó sus ojos en el vizconde que se ajitó en la luneta como si aquella mirada hubiera fulminado un rayo contra

él. Y el público que nada tenia que ver con la mujer herida aplaudía con delirio á la artista.

Arrastrada Rosario por el tenor en el momento que le echa en cara su infame conducta, fué á caer junto al palco del marques de Santa Eulalia; al levantar la *donna* la cabeza para rechazar con orgullo la acusacion tropezaron sus ojos con la cara de Neolia que á la sazon miraba fijamente á Adolfo; Rosario, sin perder el compas, seguia maquinalmente el canto, pero buscó los ojos del vizconde; estos estaban clavados en direccion del palco porque allí se encontraba ella, pero sin comprender la visual sintió que la sangre la ahogaba y la nota que iba á salir de sus labios no pasó de la garganta.

Comprendiendo instantáneamente el peligro que corria se pasó la mano por la cabeza, con cuyo movimiento disculpó su falta con el público que habia dejado escapar un murmullo de sorpresa. Neolia miró como todos á la artista y los ojos de las dos mujeres se encontraron.

"¡Es ella!" esclamó dirijiendo á la jóven otra mirada mas significativa que al vizconde y tan descaradamente lo hizo que el marques y el conde, que acababa de entrar en el palco, esclamaron: "¡Qué insolencia!" Y los tres se retiraron del teatro.—El marques y el conde sospechaban ya alguna intriga, pues sabian las visitas de Adolfo á la cantante.

Concluyó el acto y en los pasillos fué objeto de la conversacion jeneral el reto de la artista á la hija del marques de Santa Eulalia; ¿quién ignora en una capital de provincia, por grande que sea, no ya lo que se hace sino hasta lo que se piensa?

La actitud imprudente de Rosario le captó algunas antipatías.

Al retirarse esta de la escena encontró á Montemar que seguramente la aguardaba.

—¡Bravo! dijo el escritor: ¡lo ví todo!

—¿La futura del vizconde es la jóven que estaba en el palco de proscenio? preguntó ella.

—La misma; la ha derrotado usted como una heroina.

—¿Su nombre?

—Neolia, hija del marques de Santa Eulalia.

—¡Un título!

—Está claro; esos señores de la nobleza no adulteran su raza.

—¡Oh! yo le haré entender......

—¡Silencio, Rosario! aquí llega el vizconde.

Con efecto, Adolfo algo ajitado habia corrido al escenario al caer el telon y retrocedió haciendo un jesto espresivo al encontrar á la *donna* en los bastidores hablando con mucho interes al parecer con el periodista.

Al acercarse, Montemar se retiró, haciendo un saludo á ambos; en su alma rebosaba el regocijo pues habia provocado un conflicto.

Adolfo miró fijamente á Rosario que se dirijia á su camarin sin decirle una palabra y fué detras de ella. Al llegar á la puerta le preguntó:

—¿Qué es esto, Rosario? no comprendo......

—Señor vizconde, dijo ella volviendo un poco la cabeza, cuando concluya la funcion espero que tenga usted la bondad de ir á mi casa.

— ¡Este cambio repentino!...... Quiero saber.. ..

—Voy á vestirme.

Rosario pronunció esta frase con despecho y cerrando la puerta.

El vizconde estaba aterrado; cuando llegó á la luneta no pude menos de interrogarle, pero por toda respuesta me dijo:

—Algo ha pasado que va á ser una desgracia para mí.

—¿En qué te fundas?

Adolfo sin contestarme miró al palco vacío del marques y se recostó ó mejor dicho se acostó en la luneta, sin variar de postura hasta la conclusion de la ópera.

VI.

Como comprenderá el lector, Adolfo de Mendoza, apenas cayó el telon, fué corriendo á casa de

Rosario, adonde llegó antes que ella. El criado que lo conocia perfectamente lo acompañó hasta el gabinete y despues de encender el quinqué y arreglar los tizones de la chimenea se retiró sin decir una palabra.

El vizconde, despues de haber dado algunos paseos por la habitacion, se sentó al lado de una mesa maqueada donde habia algunos álbunes y *keepsakes;* cojió uno de estos y se puso á hojearlo sin que los bellos grabados que contenia consiguieran ni fijar su vista ni distraer su imajinacion de la idea que lo preocupaba.

Un cuarto de hora habia pasado cuando el sonido metálico de una campanilla sacó de su estupor al jóven; á aquella hora no podia llegar á la casa mas que la artista: y era ella.

Rosario entró en el gabinete, hizo con la cabeza un saludo frio al vizconde y quitándose el abrigo de pieles lo entregó á su camarera, indicándole con una seña que se retirara.

Apenas se hubo cerrado la puerta Rosario acercó su sillon á la chimenea y se volvió para mirar á Adolfo que la contemplaba de pié con la mano izquierda apoyada en la mesa y con la derecha escondida entre el chaleco y la camisa, sin duda para contener los violentos latidos de su corazon.

—No esperaba encontrar á usted en mi casa, dijo ella.

—Me permitirá usted que estrañe esa observacion.

—Y usted me permitirá, señor vizconde, que estrañe su conducta.

—Por mas que me empeño en esplicarme el motivo del cambio repentino que noto en usted no doy con él.

—Repase usted su conciencia.

—Seria inútil, porque de nada puede acusarme.

—Me parece que es bien significativa la escena que ha provocado usted en el teatro durante la representacion.

—Escena, Rosario, que espero tenga usted la bondad de esplicarme.

—¿No conoce usted á la mujer que ocupaba el palco de proscenio?

—La conozco perfectamente: es la hija del marques de Santa Eulalia.

—Pero no me habia usted dicho que esa jóven era la prometida del vizconde de Tudela.

Este retrocedió dos pasos con espanto, pero reponiéndose en seguida acercó un sillon al de Rosario y cojiéndole una mano que ella separó con violencia le dijo:

—Ahora comprendo el motivo de la actitud de usted conmigo y de la provocacion á esa pobre niña; pero debe usted creerme, Rosario: el autor de semejante noticia ha mentido.

—¡Oh! no: los ojos de esa mujer me dijeron mas

de lo que ya sabia; y los de usted, Adolfo, estaban fijos en ella cuando quise averiguar la verdad.

—Mis ojos no abandonaron un segundo los tuyos, y eres injusta conmigo, esclamó Adolfo dejándose llevar de un impulso de su corazon que luchaba por ocultar sus sentimientos. Miraba hácia el palco porque estabas cerca de él; nada me importa esa mujer; donde estás, tú sola llenas el espacio; en donde no te veo te adivino. No seas cruel con quien tanto te ama.

—Cuesta tan poco engañar á una mujer que temo estés gozando ahora mismo en engañarme, Adolfo.

Habia en las palabras de Rosario una ternura tan marcada que el jóven, comprendiendo la transicion, se apoderó con trasporte de una de sus manos que esta vez no intentó huir de entre las suyas.

—Si dudas todavía de mi fé exíjeme una prueba, que por grande que sea me parecerá aceptable.

—¿Serias capaz de jurar que no amas á la hija del marques de Santa Eulalia?

—Lo juro, esclamó Adolfo con voz solemne.

Y estampó un beso en la mano de Rosario.

Esta estrechó con efusion las del jóven, esclamando:

—¡Adolfo mio!

—¡Tuyo, sí!...... ¡No te perdono las horas de tormento que me hiciste sufrir!

—¡Ah! no puedes comprender lo que pasó por

mi alma cuando supe que estabas próximo á contraer matrimonio con otra mujer. Te hubiera matado, no pudiendo conformarme con la idea de ver desvanecido el sueño de felicidad que me habia forjado.

—¡Tu felicidad es la mia!

—Sin embargo, esa mujer...... te miraba de un modo......

— Voy á ser franco contigo; cuando llegué de Madrid mi padre me presentó en casa del marques, su amigo íntimo, con la intencion sin duda de despertar en mí una pasion por Neolia; iba todas las noches á su tertulia y creo que la niña tiene simpatías por mí, pero debo asegurarte que ni una palabra se escapó de mis labios que le hiciera concebir una esperanza, ni mucho menos que la autorice á exijirme el cumplimiento de un compromiso. No sé si hubiera llegado á amarla porque entonces te conocí y te amé: desde aquel momento la he visto pocas veces y debe haber comprendido que otra mujer ocupa mi corazon. ¿Quieres saber mas?

—Perdóname, Adolfo, lo que hice esta noche; si sabes querer no necesito disculpar mi accion; ¿podia obrar de otra manera cuando hacia algunos instantes que Daniel de Montemar me habia clavado un puñal en el alma?

—¿Montemar? esclamó el vizconde; ¡miserable! debia haber comprendido que era él quien se ponia

en mi camino para turbar mi tranquilidad..... ¡Oh! ¡le pediré estrecha cuenta!......

—¡No! esclamó Rosario; si me amas tengo derecho á exijir de tí un sacrificio y te exijo que no veas á ese hombre, que no le hables; nunca me perdonaria las consecuencias de un encuentro entre dos hombres por mi lijereza. He debido callar el nombre, pero......

—Nada debes tener reservado para mí.

—Mi conducta te lo acredita.

—Y te agradezco esa confesion con toda el alma.

—Pues bien: ofréceme que nada dirás á Montemar.

—Tus deseos para mí son mandatos.

—¡Oh! ¡gracias, Adolfo, gracias! Algun dia te convencerás de lo mucho que te amo.

—Esas palabras me pagan con usura el tormento que en el teatro me hiciste sufrir.

—¡El teatro! no sabes, Adolfo mio, lo que es esta vida tan llena de encantos á los ojos del vulgo; hasta hoy no he comprendido la desdicha de nuestra carrera. Es verdad que hacemos una fortuna en pocos años, es verdad que rinden homenaje á nuestro talento hasta los monarcas, es verdad que conmovemos al público y que nos arroja coronas y nos prodiga aplausos que desvanecen nuestros sentidos; es verdad que en la vida del arte hay un secreto resorte que nos levanta á grande altura; pero ¡ay! una pequeña contrariedad derriba al ídolo

de su pedestal. Hasta ahora viviendo solo para la gloria era feliz; no habia sentido otra emocion que el entusiasmo, y coronada, aplaudida, seguia mi carrera triunfal sin que ningun obstáculo se opusiese en el camino al carro de mi fortuna. No eché de ver que habia un inmenso vacío en mi alma hasta que te conocí: entonces adiviné que la gloria necesita compartirse, que el alma busca una comunicacion, que es pobre el laurel que se ciñe á la frente cuando no hay una mano que nos acaricie y un corazon que palpite con el nuestro.

—¡Como te sucede ahora! esclamó el vizconde ebrio de entusiasmo.

—¡Sí! ¡como ahora me sucede! porque cuando sueño con los aplausos te busco para que me inspires; cuando me arrojan una corona te miro y la satisfaccion que se retrata en tu semblante me engrandece; antes cantaba para el arte: ahora canto solamente para tí. Quiero gloria, mucha gloria, para valer mas á tus ojos.

— ¡Ah, Rosario! nunca comprenderás lo que por mí pasa cuando te veo desvanecida por los aplausos; ¿lo creerás? tengo celos del público; se me figura que entonces te olvidas de mí y que perteneces al último de esos entusiastas que te ensalzan. Es preciso pasar por esos momentos de prueba para apreciarlos; es preciso sostener esa lucha para aprender á sentir. Tiemblo á la idea de que puedan desconocer tu mérito, y sin embargo hay mo-

mentos en que quisiera que el público en masa te silbara para que te volvieras á mí y de mí nada mas te ocuparas.

—¡Qué mal conoces el corazon de la mujer! Agradezco al público la simpatía que me demuestra, pero el público es para mí una entidad, y tú solo eres para mí un hombre; en el teatro no veo mas que á tí: todo desaparece de mi vista para reconcentrarme en tus ojos. El público no sabe que establecemos una corriente magnética que con todo su poder no cortará; las notas de mi garganta pertenecen al público, pero las emanaciones de mi alma son tuyas. ¿Qué te importa que ese público se apodere de la artista si detras de la artista está la mujer que nadie te roba?

—¡Mi Rosario! esclamó Adolfo; me enorgullezco de haberte conocido porque me enseñas á sentir; serás mi esposa aunque el mundo entero se propusiera oponerse á mi decision.

—¿Tu esposa yo? ¡me trastornas la razon!

—Dios oiga mis votos y realice la felicidad que nos hemos forjado.

—¡Dios es bueno! dijo la jóven italiana mirando al cielo.

—¡Las dos! esclamó Adolfo pasando de la poesía de su sueño á la prosa de la realidad, al oir dos campanadas en el reló que estaba encima de la chimenea. Te estoy robando las horas que necesitas para el descanso.

—No te vayas; viéndote no me hace falta descansar.

—Mi padre no se acuesta hasta que me vé entrar en casa.

—Hasta mañana: ven temprano.

—Adios.

Cuando Adolfo puso el pié en la calle le pareció que el frio glacial que cortaba la respiracion era una brisa consoladora. ¡Lo que puede el amor!

VII

El vizconde al llegar á su casa subió de prisa la escalera y al pasar por delante de la habitacion de su padre se detuvo dudando, pero este no le dió tiempo á vacilar: la puerta del cuarto se abrió y adelantándose el conde dijo con tono seco á su hijo:

—Te estaba esperando: entra.

Adolfo obedeció sin replicar, aunque comprendió que le amenazaba una escena desagradable.

Sentóse el anciano y señalando una silla á su hijo le dijo en el mismo tono:

—Siéntate: tenemos que hablar.

—Padre mio, á esta hora necesita usted reposar y seria mejor......

— Obedece y calla; si hubieras venido mas temprano no tendria que robar las horas al sueño para arreglar cuentas contigo.

— ¿Cuentas? preguntó el jóven asombrado.

— ¿De dónde vienes?

Adolfo no contestó á pesar de haber reiterado su padre la pregunta, pues buscó en vano un medio de engañar al conde.

—¿No puedes ó no quieres decirme adonde has estado desde que concluyó la ópera? Esto prueba claramente que debes avergonzarte del sitio en que has perdido dos horas, teniendo á tu padre despierto para velar por tu conducta.

—Es usted injusto conmigo, padre mio, pues soy incapaz de dar un paso que comprometa mi honra y el buen nombre que recibí.

—Entonces ¿porqué me ocultas el sitio donde pasas las altas horas de la noche?

—La juventud busca espansiones en el centro de sus amigos sin comprometer su reputacion.

—Dí mas bien que la juventud mal inclinada busca afecciones que lo desdoran y manchan el timbre de su nobleza.

—¡Eso no! esclamó Adolfo con orgullo; no tiene usted derecho, padre mio, para acusarme injustamente.

—¡Injustamente! prorumpió el conde montando en cólera. ¿No tiene derecho un padre para reprender á su hijo cuando este se estravía, cuando des-

pues de alucinar á una jóven noble y honrada contrae un lazo indigno con una mujer mercenaria que faltando á todos los deberes de la sociedad y de la conveniencia insulta en público á una familia cuyos timbres nadie se habia atrevido á empañar?

—Rechazo con toda la enerjía de mi alma, dijo el vizconde poniéndose en pié, la acusacion que acaba usted de dirijirme, envolviendo en ella á una mujer que nadie está autorizado á calumniar.

— ¡Señor vizconde! esclamó el anciano fuera de sí y adelantándose hácia su hijo.

—Puede usted abusar de su autoridad como mejor le convenga pues sufriré resignado sus arrebatos, pero protestaré siempre de todo insulto que se dirija á una persona que no es acreedora á semejante calificacion.

—¡Una mujer de teatro! ¿serias capaz de amarla?

—La amo, padre mio, con todo mi corazon.

El conde sintió que la sangre se aglomeraba en su cabeza, y no queriendo dejarse llevar de su impulso se dejó caer en el sillon cubriéndose el rostro con las manos.

Adolfo, pasado el primer momento, comprendió que no habia sabido defenderse sin dar lugar á tan desagradable escena y como amaba á su padre dirijióse á él enternecido y le dijo echándole el brazo por el cuello:

— ¿Es posible, padre mio, que entre usted y yo

que tanto nos queremos pueda surjir un disgusto que turbe la envidiable paz que disfrutábamos?

—Tú lo has querido, esclamó el padre separando con aspereza de su cuello el brazo de su hijo.

—¡Líbreme Dios de proporcionar á usted sinsabores con intencion deliberada!

—Sin embargo, te has olvidado de que eres el vizconde de Tudela, descendiente de la ilustre casa de los condes de Cardona.

—¿Qué falta he cometido?

—¡Has dado una campanada que mancha para siempre nuestro escudo!

—¿Una campanada?

—Sí: hiciste concebir una pasion á la hija de mi amigo el noble marques de Santa Eulalia, y cuando todo Barcelona creia que ibas á enlazar mi casa con la suya, dando prestijio á tu título, la abandonaste para entregarte sin reserva á una de esas pasiones fatales que gastan el corazon del hombre poniendo en evidencia su dignidad lastimada.

—No conoce usted, padre mio, á esa mujer que trata sin piedad y la juzga igual á todas las que pisan la escena; Rosario es una artista, pero nadie pone en duda su honradez.

—Y aunque eso sea cierto ¿qué te propones? ¿vas por ventura á ofrecerle tu limpia corona de conde á cambio de su corona de oropel?

—No seria el primer título que se ha enorgullecido de rendir sus blasones á los piés del talento.

—¿Eso te han enseñado los filósofos modernos? ¡Estúpidos!

—Me ha subyugado y no soy dueño de mi voluntad.

—Pues es preciso que lo seas; no te exijiré que dés tu mano á Neolia, por mas que ese matrimonio hubiera realizado mis sueños, pero sí te exijo que abandones á esa aventurera y te acuerdes de quien eres.

—¡Imposible! he dicho que la amo con todo mi corazon.

—Entonces me obligas á tomar una determinacion violenta; prepara mañana mismo tu maleta pues nos marchamos á Francia; los nuevos aires te curarán de esa locura novelesca que te ha acometido tan de improviso.

—¡No sea usted cruel, padre mio!

—¡Seré inflexible!

El vizconde despues de vacilar un instante en que sin duda concibió un proyecto, le dijo:

—Está bien: disponga usted lo que guste, pues debo obedecer.

—Ahora te reconozco; algun dia me darás las gracias. Pasado mañana saldremos en el vapor para Marsella.

—Buenas noches, dijo el vizconde.

—Adios, hijo mio; no olvides mis consejos.

El conde estrechó á su hijo entre sus brazos, y se acostó en seguida durmiendo tranquilamente.

Adolfo de Mendoza pasó la noche dando paseos por su cuarto y asomándose sin cesar al balcon para ver llegar el dia que tardaba demasiado para su impaciencia.

VIII.

Fácil es comprender que por la mañana cuando conoció Adolfo que Rosario estaria levantada corrió á su casa, y fácil es tambien comprender el efecto que á esta le causaria la relacion de la escena ocurrida entre padre é hijo que heria su corazon de amante y su orgullo de artista.

En su primer arranque hubiera aconsejado á Adolfo que huyera de ella, pero le amaba demasiado para romper el lazo que los ligaba, y así contentóse con dar rienda á sus lágrimas que sirvieron de bálsamo á su dolor.

—¡Ah! esclamaba; ¿porqué no puedo prescindir de tí? ¿porqué no puedo arrancarte la nobleza para devolverla á tu orgulloso padre y quedarme contigo, oscurecido, sin nombre? Entonces levantarias la cabeza para mirarme y deslumbrado con mi gloria me presentarias al mundo ennoblecido con la aureola del talento, con esa aureola que no es hechura de los hombres, sino un destello de Dios.

—¡Oh! ¡tienes razon! amo en tí tu corazon y tu talento, y no pueden arrancarme de tu lado.

—¡No! no nos separemos; hoy no me basta el arte para la felicidad; mi gloria se refleja ya en tí. ¿A quién volveria mis ojos cuando el público me aplaudiera? ¿en quién pensaria cuando soñara en mis triunfos? La gloria sin el amor no tiene encantos para el alma.

—Mi padre está decidido á llevarme á Francia.

—Pues bien: dó quiera que vaya llevaré conmigo mi talento; huyamos de Cataluña y de España, y si es verdad que en nada estimas ese título que debiste á tu nacimiento arráncalo de tu escudo y Rosario aceptará la mano de Adolfo de Mendoza.

—Me llena de placer oirte hablar así; serás mi esposa y llevarás mi título: mi padre no puede privarme de mis lejítimos derechos.

—Tu título no me envanece; solo me envanece poseer tu corazon.

—Huyamos, pero mañana mismo para evitar que mi padre me pida de nuevo cuentas de mi negativa.

—Esta noche canto *I Puritani;* asistiremos al teatro para que nadie sospeche nuestro plan y mañana al ser de dia nos embarcaremos en el primer barco que se dirija á cualquier puerto estranjero.

Adolfo corrió á preparar su fuga; el conde al saber que arreglaba sus maletas sintió un gran contento, estrañando la sumision de su hijo y lo

pronto que se habia determinado á abandonar á una mujer que, segun él mismo dijo, amaba con todo su corazon.

IX.

La ópera *I Puritani* llenó el teatro; en el momento de alzar el telon llegó Adolfo y ocupó su luneta contigua á la mia; estaba alterado y noté que deseaba contarme algo, pero que habia en él una vacilacion estraña; me propuse, pues, en el primer entreacto averiguar el motivo de su ajitacion.

Apenas concluyó el acto nos disponiamos á salir cuando notamos corrillos en las lunetas y conversaciones acaloradas; en boca de todos los concurrentes andaba el nombre de Rosario.

—¿Qué pasa? pregunté á Adolfo.

—No lo sé; creo que los ánimos están alterados; ó mucho me equivoco ó se prepara alguna cábala contra la *prima donna*.

—En qué te fundas?

—En que oigo mucho su nombre y aun me parece que no la han aplaudido con el entusiasmo jeneral, á pesar de que has podido juzgar como ha cantado, sobre todo la *claca*.

—Ha estado sublime.

—¿No ha leido usted el *Diario* de esta tarde, señor vizconde? le preguntó un mozalvete que cruzaba á la sazon por delante de nosotros.

—No, contestó Adolfo sin detenerse.

—Lea usted ese párrafo escrito con una intencion infame, en que se da cuenta de lo ocurrido anoche con la hija del marques de Santa Eulalia. Aquí tiene usted el número.

El vizconde palideció y apoderándose del periódico en un segundo devoró con la vista las líneas que el jóven le señalaba con el dedo. En ellas se refería el suceso de la noche anterior, dándole colosales proporciones y llamando la atencion de los lectores sobre la ofensa grave que la artista habia inferido á una ilustre familia al dirijirle miradas provocativas y frases insolentes. La intencion del redactor era malquistar á la cantante con el público, envolviendo en el artículo aunque indirectamente al vizconde de Tudela que presentaba como protejido de la *donna*.

—Lee, me dijo Adolfo alargándome el periódico.

—¡Esto es villano! dije devolviéndoselo despues de haberlo leido.

—¡Esto pide sangre! esclamó mi amigo arrugando el diario entre sus manos convulsas.

Al llegar al pasillo la fatalidad nos puso delante á Daniel de Montemar que con varias personas hablaba del artículo, sosteniendo que Rosario

habia faltado al público y á la hija del marques.

Antes que hubiera concluido su frase, el vizconde se acercó á él y cojiéndolo por el brazo le dijo:

—Señor de Montemar, ¿es usted el autor de estas líneas infames?

El periodista sorprendido con la agresion de Adolfo se repuso al momento y le contestó:

—Antes de todo, señor vizconde, suelte usted mi brazo que ha cojido sin duda por distraccion.

—¿Es usted el autor de estas líneas? volvió á preguntarle con entonacion mas alta y sin soltar brazo.

—Sí, señor, respondió con entereza.

—¡Es usted un miserable!

Y al decir esto el vizconde azotó el rostro de Montemar con el periódico que tenia en la mano.

Nos interpusimos para que la escena no tuviera un resultado del momento, pero fué inútil pues Montemar se cruzó de brazos y dirijiéndose á las personas que le acompañaban, dijo:

—Son ustedes testigos de la ofensa que acaba de inferirme este caballero.

—Me tiene usted á sus órdenes, aunque el que escribe un artículo semejante no es digno de que un hombre de honor mida con él sus armas.

—Eso es cuestion de apreciaciones, señor vizconde; me dispongo á cortar la mano atrevida que ha llegado á mi rostro.

mi vez advierto á usted que me dispongo ahora á cortar la mano infame que ha redactadoestas líneas.

Los dos jóvenes cambiaron sus tarjetas y Adolfo me entregó la de Montemar diciéndome:

—Mañana al amanecer necesito haber castigado á ese hombre inícuo; pongo mi honra en tus manos, pues como amigo no ignoras lo que necesito como militar sabes tu deber.—En tu casa aguardo.

Estreché la mano á Adolfo con espresion de dolor y me asocié con otro testigo á los de Montemar, procurando cubrir las apariencias para que la autoridad no evitara el duelo haciendo que nos vijilaran.

La noticia del suceso circuló por el coliseo y llegó á los bastidores; Rosario que se retiraba del escenario, concluido el segundo acto, en estremo ajitada porque Adolfo no habia entrado en su camarin en el primer entreacto ni habia ocupado despues su luneta, oyó referir el lance y se sobrecojió hasta el punto de tener varias personas que acudir á socorrerla.

Sus nervios se pronunciaron y una convulsion obligó al empresario á confesar que la *donna* no podia concluir la funcion; obtenida la venia de la autoridad se anunció al público el contratiempo que produjo hablillas y comentarios.

La campanada se dió con estrépito.

A las doce de la noche al entrar en mi casa encontré á Adolfo leyendo.

X

—¿Está todo corriente? me preguntó con tranquilidad.

—Todo: á las seis de la mañana vendrá el coche á buscarnos.

—¿Armas?

—El flórete.

—Vamos á dormir y dispénsame el mal rato que te doy.

—Dios guie tu brazo, le dije siguiéndole.

Nos acostamos, pero me fué imposible conciliar el sueño; en cambio mi amigo se durmió pronto, lo cual me dió buena idea de su valor y confianza en el éxito del combate.

El lector sabe que el conde de Cardona tenia por costumbre no acostarse hasta que su hijo se retiraba; era el único sér que lo ligaba á la vida. Aquella noche, cansado de estar velando en su habitacion, se dirijió á la sala y se puso á dar paseos demostrando su impaciencia y aplicando el oido cuando sonaba ese ruido acompasado de los pasos de alguno que cruza por la calle, ruido que se marca siempre distintamente con el silencio de la noche.

Dieron las cuatro y el anciano ya no podia

contenerse; iba de una silla á otra, movia la cabeza, y por último empezó á hablar solo queriendo esplicarse la causa de la tardanza de su hijo; recordaba la escena que entre los dos habia mediado la noche anterior y sospechando alguna calaverada fué al cuarto de Adolfo; las maletas estaban arregladas como para un viaje, pero no encontró el menor indicio de haber tomado una determinacion.

Pasaron las horas y el conde no supo ya qué pensar de la ausencia de su hijo: era la primera vez que dormia fuera de su casa; sospechó que estaria en la de Rosario, pero un presentimiento triste le comprimia el corazon; al oir las siete mandó al portero que estaba todavía despierto que abriese la puerta de la calle, y se dirijió muy de prisa á casa de la cantante.

Subió la escalera y tiró del cordon de la campanilla; Rosario que tampoco se habia acostado, al oir que llamaban tan temprano á su puerta, sospechando que fuera Adolfo corrió á abrir. Al ver al anciano, á quien no conocia, hizo un movimiento de sorpresa.

El conde sin saludar á la jóven, queriendo salir de aquella duda que lo mataba, le preguntó:

—¿El vizconde de Tudela se encuentra en esta casa?

—El vizconde de Tudela, respondió Rosario con sequedad, no vive aquí.

—Lo sé; pero no ha dormido en mi casa y creí....

—¿Es usted su padre? preguntó la jóven variando de tono.

—Sí, señora.

—¡Oh! ¡bendigo á la Providencia que lo trae á usted á mi casa! ¿Dice usted que el vizconde no ha dormido en la suya?

—No, señora.

—¿Acaso no sabe usted lo que ha ocurrido anoche?

—¿Qué ha ocurrido? preguntó el anciano trémulo y entrando en la sala de improviso.

—¡Una desgracia, señor conde!

—¿Una desgracia? ¡Hable usted! ¡pronto!

—Adolfo ha insultado anoche á un hombre y á estas horas, quien sabe......

—¡Un duelo! esclamó el padre cubriéndose el rostro con las manos y dejándose caer en una silla.

—El vizconde azotó el rostro de Montemar con el periódico.

—¡Un periódico! dijo el conde poniéndose en pié y mirando con ira á la artista; ya comprendo: mi hijo habrá querido vengar algun ataque de la prensa dirijido á usted. ¡Oh! veo claramente mi desgracia; Dios puso á usted en su camino para nuestro mal.

—Señor conde, esclamó Rosario con lágrimas en los ojos, ignoraba......

—Dios perdone á usted, señora, ya que yo no puedo perdonarla.

Rosario quiso apoderarse de las manos del anciano, pero este separándola bruscamente se lanzó á la puerta y bajó la escalera con una presteza que parecia imposible á su edad.

El anciano recorrió todos aquellos sitios donde podian saber de su hijo, sin adquirir otra noticia que la del lance ocurrido en el teatro y fué entonces á mi casa, donde supo que Adolfo habia salido en un coche conmigo muy temprano.

El dolor del padre no me es dado esplicarlo; corrió en busca del marques de Santa Eulalia para comunicar su pena á alguna persona, y este, al verlo cansado y abatido, le obligó á retirarse á su casa ofreciendo inquirir el resultado del duelo que por la hora era ya inevitable.

Cuando el conde entró acompañado del marques daban las nueve de la mañana.

Estaba yo en acecho para no dejar que recibiera un golpe fatal sin prevenirlo, pues hacia una hora que los médicos rodeaban la cama de Adolfo, adonde lo habiamos conducido con el pecho atravesado por la espada de Montemar.

Los médicos acababan de declarar que la herida era gravísima cuando me avisaron que el conde entraba en la casa; salí á su encuentro y el anciano, ó presintiendo su desgracia ó leyéndola en mi rostro, se arrojó en mis brazos casi sin sentido; al ver que sus piernas flaqueaban, ayudado por el

marques, lo hice sentar; pero él haciendo un esfuerzo me preguntó fuera de sí:

—¿Mi hijo?...... ¿Y mi hijo?......

—Ahí está, le contesté señalándole á la alcoba.

—¿Herido?

—Sí, señor, pero hasta ahora no presenta gravedad la herida.

—Quiero verlo.

—Los médicos lo están curando y no conviene en este instante producirle una emocion violenta; seria fatal.

—¡Dios mio! ¿qué te hice yo para que así me castigues?

—Tranquilícese usted, señor conde, y confie en Dios.

El marques que habia entrado en la habitacion salió haciéndome un jesto significativo. Tratamos de arrancar al conde de la casa, pero fué inútil: no conseguimos mas que alarmarlo hasta el punto de que olvidándose de todo se lanzó como un demente en la alcoba.

La calentura se habia apoderado de Adolfo perdiendo el conocimiento con el delirio: así no vió á su padre que arrodillado á la cabecera de la cama lloró primero y rezó despues, conmoviendo hasta á los médicos que tan difíciles son de conmover.

XI.

Por la noche recibí una carta de Rosario en que pintándome su angustiosa situacion y ponderándome su amor por Adolfo me suplicaba que fuera á su casa, pues tenia la noche libre por no haber funcion en el teatro. Contesté á Rosario que el estado del enfermo exijia mi presencia á su lado y que por la mañana pasaria á verla.

La jóven se manifestó tan interesada por la salud de Adolfo que á las once de la noche llegó en un carruaje á la puerta de la casa y me avisó con el portero. Bajé precipitadamente y Rosario se ostinó en subir á ver al vizconde, arrostrando hasta la cólera del padre, pero me opuse, pretestando que el enfermo habia perdido la razon y que nada adelantaria con entrar en la alcoba.

Al amanecer se agravó tanto Adolfo que los médicos dispusieron que lo administraran y á las seis de la mañana espiró.

¡Oh! siempre me acordaré de aquella noche espantosa; la desesperacion del conde no tenia límites y todos nuestros consuelos fueron vanos; ca-

yó por último en un letargo que en su avanzada edad era peligroso.

La muerte de mi buen amigo Adolfo de Mendoza me impresionó fuertemente; buscando un desahogo á la opresion de mi alma me dirijí á casa de Rosario.

XII.

Cuando la cantante me vió entrar no tuve necesidad de decir una palabra; lanzó un grito penetrante y mesándose los cabellos esclamó:

—¡Dios mio! ¡qué desgraciada soy!

—Al morir Adolfo, le dije, pronunció en su delirio el nombre de Rosario.

—¡Ha muerto! ¡mi corazon me lo decia!.... ¡Tan jóven, tan bueno!...... ¡Oh! ¿dónde habrá consuelo á mi dolor?...... ¡Su padre! ¡ese infeliz anciano me maldecirá!......

—No piense usted en eso, Rosario.

—¡Me maldecirá y no tengo la culpa!...... ¡Daria mi existencia por la suya!...... ¡Oh! ¡maldita carrera! ¡todos mis sueños de felicidad, de gloria, se desvanecen! ¡la sangre de mi Adolfo ha salpicado mis

laureles para que los vea con horror! ¡No quiero gloria! ¡detesto el arte y sus triunfos!

—El tiempo mitiga todas las penas, le dije para calmar su exaltacion.

—¡No! cuando el público se entusiasme con mi voz, cuando me aplauda con ese frenesí que ayer formaba todos mis encantos buscaré á Adolfo y se presentará á mis ojos como un fantasma envuelto en un sudario teñido con su sangre...... ¡Ah! ¡tengo remordimientos de un crímen que no cometí! Adolfo me enseñó á amar y me enseñó á estimar la gloria en lo que vale; antes me deslumbraba por amor propio; despues que le abrí mi corazon queria la gloria para enaltecerme á sus ojos...... ¡todo lo he perdido! ¡He aquí lo que es la vida! ¡he aquí lo efímera que es la felicidad!

El dolor de Rosario se vió interrumpido por la llegada del avisador del teatro que iba á participarle que aquella noche cantaba la ópera *El Barbero de Sevilla.*

La jóven artista dió un salto en el asiento y clavando los ojos en el avisador con fiereza verdaderamente italiana dijo con acento de dolor, pero con voz firme:

— ¡Cantar hoy! ¿está loco el empresario?.... Diga usted que no puedo, que no debo, que no quiero cantar.

El avisador encojiéndose de hombros hizo un saludo y salió sin añadir una palabra.

—¿Habrá en el mundo una criatura mas desgraciada que yo? me preguntó dando rienda suelta á sus lágrimas.

—El empresario se convencerá, Rosario......

—Los empresarios solo se convencen de que deben ganar dinero; ¿qué les importa el dolor de una pobre mujer? El interes mata los sentimientos nobles. Hoy que mi corazon está desgarrado por una pena sin consuelo quiere obligarme á salir á la escena, á divertir al público, á estar pendiente de la orquesta cuando no pienso mas que en llorar; creerá que los aplausos hacen olvidar todo, creerá que la mujer de teatro es una máquina que emite notas á compas sin poner nada de su parte, sin que su alma se esfuerce para identificarse con el papel que representa; creerá que el arte es una cuestion mecánica; no sabe que la mujer poseida de un sentimiento no puede presentarse delante de un público á comunicarle lo que rechaza su corazon..... ¡Reir cuando el corazon revienta preñado de lágrimas! ¡Sujetarse á las exijencias de un personaje que no puede encarnarse en nuestro sér!...... ¡Esto es cruel, muy cruel!— He aquí los atractivos de esta carrera que tantos envidian! ¡he aquí el triunfo del talento!

—El empresario comprenderá, repito, que no puede usted cantar esta noche.

—El empresario dirá que nada tengo que ver con la muerte del vizconde de Tudela con quien

no estaba ligado por ningun lazo social? ¿Los lazos del corazon son nada para el mundo?

—Tranquilícese usted, señora; despues de cumplir mi último deber de amistad con Adolfo volveré á tributar á usted mis consuelos.

—Adios, Ulloa, me dijo llorando y comprimiendo mi mano entre las suyas: dichoso usted que ha recojido el postrer aliento de mi Adolfo y que puede acompañarlo al sitio de su eterno descanso. Déle usted mi adios en su sepulcro.

Salí enternecido de casa de Rosario y me dirijí á la del conde de Cardona, á quien encontré en un estado de dolor imposible de espresar: el marqués de Santa Eulalia no se separaba de su cabecera, habiendo ocultado á Neolia la desgracia ocurrida.

XIII.

El duelo de Montemar con el vizconde de Tudela fué objeto de todas las conversaciones en los círculos de Barcelona, y como el jóven gozaba de las mayores simpatías muchas personas se declararon en hostilidad abierta contra la cantante, creyéndola la causa directa de la desgracia ocurrida, y llegando algunas en su ceguedad á disculpar al

periodista que habia salido en defensa de una familia ilustre insultada públicamente por Rosario.

Indignada hasta la autoridad con los rumores que circulaban se negó á oir las razones de la artista y le intimó la órden de salir á cantar, no permitiendo de manera alguna que la funcion se suspendiera.

Cuando volví por la tarde á ver á Rosario la encontré llorando; le aconsejé que se metiera en cama, pero no surtió efecto su determinacion, pues los médicos que fueron á reconocerla declararon que no teniendo fiebre podia trabajar. ¡La ciencia! ¡la ciencia no penetra mas allá del pulso! Las afecciones morales son dolencias que solo Dios conoce y sabe curar.

La desventurada Rosario, una hora despues de haber dado sepultura á su amante, se vió arrancada del lecho para trasladarse al teatro adonde la llamaba el cumplimiento de su deber. Los que solo ven en el arte la aureola de la gloria que se pongan esta noche en el lugar de Rosario; que calculen cuan inmenso sacrificio le imponian y el heróico esfuerzo que tendria que hacer para representar una ópera; ¡y una ópera bufa!

Las localidades del teatro se llenaron todas; el público no necesita mas que un aliciente cualquiera para correr en busca de emociones; aquella animacion que reinaba en el coliseo era producida por la muerte de un jóven de esperanzas que ha-

bia arrebatado al mundo una cuestion de teatro; era preciso, pues, ir á aquel sitio á buscar el corolario del duelo.

Todos los jóvenes que se llamaban amigos del vizconde de Tudela, aquellos que dos dias antes habian estrechado su mano en las lunetas, los mismos que hacia una hora lo habian acompañado á su última morada, lamentando su pérdida, se trasladaron del cementerio al teatro para seguir la pista á un suceso que habia hecho *ruido*.

De aquel suceso el que sacó mas partido fué el empresario, pues vió entrar en su gaveta el producto de un *lleno* completo.

Alzóse el telon y empezó la ópera; los murmullos cesaron, pero muchas personas se miraban haciéndose una seña significativa: era indudable que habia un complot urdido contra la infeliz Rosario.

Presentóse esta en la escena dando muestras inequívocas de su estado moral; la palidez de sus mejillas resaltaba notablemente, pues la artista no se habia cuidado de cubrirlas con el colorete; sus ojos estaban desencajados y sus rodillas se doblaban. Podria no haber en su pulso síntoma alguno de calentura, por no desmentir la opinion de la ciencia, pero una fiebre intensa devoraba su alma.

¡Ah! ¿porqué no hay doctores para el alma? Rosario hubiera obtenido entonces un *certificado* científico para no pasar por tan dura prueba......

Apenas traspasó los bastidores, su vista vaga al parecer se clavó en la luneta de Adolfo de Mendoza; era la única localidad que no estaba ocupada en todo el teatro: era su abono. Aquel vacío trajo á la mente de Rosario un mundo de recuerdos; comprimió un sollozo, y pasándose la mano por la frente como para arrancarlos de allí se adelantó hácia el proscenio; aquel monton de cabezas que la observaba con la mayor indiferencia por su dolor le heló el corazon; al oir los primeros compases de un recitado que marcaba la batuta quiso seguirlos, pero entró fuera de tiempo produciendo sus notas un efecto inarmónico que hirió el órgano acústico de los *dilettanti*.

La tempestad que rujia sorda estalló; una parte del público que buscaba la ocasion la aprovechó, desatándose en murmullos pronunciados: la otra parte de la concurrencia que nada tenia que ver con Adolfo ni con la vida íntima de la artista, esa parte que paga su dinero por gozar simplemente del espectáculo, y que aplaude ó silba con espontaneidad, quiso imponer silencio y se trabó una discusion acalorada.

La artista en el primer momento permaneció impasible á aquellas demostraciones; al concluir ese recitado el director de orquesta se detuvo, esperando que cesara la lucha. Restablecióse la calma y reinó en el coliseo un silencio sepulcral. Entonces comprendió Rosario la actitud del pú-

blico y mirando á la luneta de Adolfo, presa acaso de un delirio, como si cantara para él solo, interpretó la pieza con tal maestría que el público en masa, tirios y troyanos se levantaron para rendir á la artista una ovacion ruidosísima. Los mismos que iban dispuestos á silbarla unieron las manos para aplaudirla con frenesí. ¡Poder del talento!

Aquel estrépito sacó á Rosario de su éxtasis, y sin corresponder al público por los aplausos que le tributaba, indiferente á la gloria, pasó la mano por sus ojos y vió que Adolfo no estaba allí para reflejarle la gloria que recojia, recordó que Adolfo habia muerto por sostener su talento: ¡oh! ¡entonces todas las lágrimas de su corazon subieron á sus ojos y no pudiendo brotar. todas á la vez, la desvanecieron y cayó desplomada!

El público como impulsado por un solo movimiento se puso en pié; una esclamacion de terror se escapó de todos los lábios.

El público comprendió que los doctores de la ciencia eran unos ignorantes y acudieron todos á socorrerla.

Media hora despues los mismos médicos que habian declarado por la tarde que su pulso no marcaba alteracion no pudieron con sus recursos volverla á la vida.

XIV.

A los seis dias grandes carteles anunciaban que restablecida de su dolencia la célebre *prima donna* volveria á presentarse aquella noche á cantar la ópera *El Barbero de Sevilla.*

Los *dilettanti* que no habian dejado pasar un dia sin informarse de la salud de la *diva* corrieron en tropel al teatro, pero pronto un rumor llegó á sus oidos; la cantante no habia asistido á su camarin, ni se hallaba en su casa. El empresario corria desalado de aquí para allá, teniendo que convencerse de su desgracia: Rosario se habia escapado de Barcelona.

Solo yo estaba en el secreto; la jóven artista me juró que no volveria á pisar las tablas del gran teatro, y creyendo imposible que la empresa consintiese en romperle su escritura, le arreglé su fuga, acompañándola á bordo de un vapor que habia salido aquella mañana para Marsella.

Al amanecer habia entrado conmigo en un carruage para ir al cementerio; Rosario, arrodillada ante el sepulcro del vizconde, dió rienda á sus lágrimas y allí mirando al cielo y apoyando su mano en la piedra funeraria, envió á Adolfo su alma en un beso.

Al salir por la puerta del cementerio tropezamos con dos ancianos: eran el conde de Cardona que iba apoyado en el brazo del marqués de Santa Eulalia: el desgraciado padre llevaba en el rostro retratada la muerte.

XV.

No hace un mes que tuve carta de Rosario; recorre la Italia cantando por necesidad, pero detesta cada dia mas el arte.

Ya la gloria no tiene para ella los encantos que solo Adolfo le enseñó á apreciar con su amor. La felicidad para ella es imposible.

El público que la aplaude no lee en su corazon, no sabe que lleva en él una espina que la atormenta y que no le deja gustar las dulzuras de la gloria.

Esplota su talento, pero su alma se ha evaporado, yendo á reunirse á la de Adolfo. Antes sentia lo que cantaba: ahora el arte lo hace todo: el arte la ha enseñado á sentir como la enseñó á cantar.

El público que busca los destellos del talento la aplaude con justicia.

La artista está contenta, pero la mujer canta lo necesario para cubrir las exijencias de su contrata.

¡Y cuántos envidian sus triunfos!......

La felicidad no es mas que un sustantivo inventado para atormentar á los humanos.

La felicidad es un delirio.



HISTORIA QUINTA.

BELEN.

RELACION DEL LICENCIADO.

BELEN.

I.

En la ciudad de la Habana á 25 de marzo de 1858, ante el autor de este libro, con quien contraje un compromiso verbal, comparezco y digo:

Que llevo á mis lectores en una mañana de febrero de 1857 á la fonda de Aranjuéz, situada en la calle de Mercaderes; es hora de almorzar y las mesas están ocupadas por personas de diversos gustos y condiciones; comen unos, hablan otros y muchos hablan y comen á la vez, acreditando que la hora que consagran á la mesa es para ellos no solo una necesidad imperiosa del estómago sino un solaz para el espíritu.

En un cuarto pequeño que hay á la derecha entró un jóven de veinticuatro años, de arrogante figura, vestido todo de blanco, y colocándose delante del espejo, despues de haber colgado en la percha su sombrero de lejítimo jipijapa, se arregló su rizada cabellera, negra como la endrina, y se atusó su suave bigote. Dirijíase á la mesa para pedir el almuerzo cuando otro jóven de su misma edad, le presentó la mano y con aire jovial le dijo:

—Aquí me tienes, Federico; siempre puntual como un inglés cuando me convidan á almorzar.

—He llegado antes que tú, Silvio.

—No es estraño; te dedicas al comercio y los comerciantes viven al minuto.

—Mozo, dos cubiertos, dijo aquél; avisa al cocinero que tengo un convidado: ya me entiendes.

El mozo que comprendió la intencion del aviso se permitió salir de su calma habitual y á paso muy apresurado fué á la cocina á trasmitir la órden.

Los dos jóvenes tomaron asiento.

—¿Qué te parece la Habana? preguntó Federico.

—Hace un mes que llegué y te confieso que me muevo mucho, apesar de la temperatura.

—¡Estamos en febrero!

—Ya comprendo; en Madrid vivirán ahora nuestras familias sepultadas en sus abrigos ó al lado del fuego.

— ¿Vienes á hacer fortuna?

—Vengo á buscarla, Dios y el vómito mediante.

— El vómito es el fantasma de todo recienllegado; un año hace que pisé este pais y en julio me atacó muy *bravo*; pero ya me aclimaté.

— ¡Dichoso tú! yo lo veo como un espectro con garras en el pan que cómo, y en la cama donde duermo, y en las piedras que piso, y en el sol que me calienta, y en la luna que me alumbra...... Pero no hablemos de eso; para morirse siempre hay tiempo.—¿Vas sentando la base de tu fortuna? Cuando nos separamos en Madrid me dijiste que venias bajo buen pié.

—Por supuesto; la casa de comercio adonde estoy empleado me dá la mano, y aquí el que trabaja encuentra la recompensa. Este pais es muy agradecido con el hombre laborioso.

—¿Es decir que estás *aplatanado*?

—Completamente.

—¿No piensas ya en las mujeres?

—Lo mismo que siempre; pero como ando ocupado todo el dia solo dedico al amor la noche.

—¿Sales como los murciélagos?

—Es preciso. ¡Ay, amigo mio! empecé muy temprano mi carrera y te confieso que estoy cansado de esas historias del corazon en las que este casi nunca toma parte; he amado á tantas mujeres sin que mi corazon lo supiera!

—Ya lo creo; dejaste en la corte una reputacion

colosal; siete pasiones á la semana eran tu distintivo. ¡Pobres mujeres!

—Te equivocas; la víctima era yo; en la vida agitada no se consiguen mas que desengaños, y puedo asegurarte que en esa lucha sin treguas se gasta la naturaleza, pero el alma triunfa, y esos mismos golpes continuados aleccionan dando por resultado esta gran verdad: que para ser feliz es preciso reconcentrarse en la familia.

—¿Te has hecho filósofo? Al dinero entonces debes tu maravillosa conversion.

—¡Ah! sí: me voy volviendo avaro desde que sé lo que cuesta ganar el dinero; en España mi familia subvenia á todas mis necesidades, pero comprendí que á mi edad no debia serle gravoso y me vine á Cuba. Trabajo con provecho y te aseguro que el dinero me desvela.

—No pensabas así hace algun tiempo pues bastante derrochaste.

—Entonces, querido Silvio, gastaba el fruto de los sudores de mi pobre padre, y ahora vivo de lo que gano.

—¿Te acuerdas cuanto dinero te costó aquella Elvira de triste memoria?

—¿La modista de la calle de Carretas? Era una muchacha bonita, pero muy ruinosa; de dia deliraba por las partidas de campo á Vista Alegre ó á Carabanchel y de noche se aburria si no la llevaba á la *ignominia* del teatro del Circo ó al *paraiso*

del teatro Real ó á los bailes *íntimos* de Capellanes; con la movilidad de sus piés solo rivalizaba la de sus dientes; bailaba y comia como una desesperada.

—Pero te queria mucho, Federico.

—Si: me queria tanto que por celos intentó envenenarme con fósforos y por celos se escapó á Paris con un bailarin.

—¿Y Mariana?

—¡No me la recuerdes! Una niña aristocrática que cuando se enfadaba conmigo me ponia delante de los ojos todos los cuarteles de sus escudos de armas y tanta aficion tomó á aquellos que me dejó por un simple subteniente de infantería.

—¿A Carolina la quisiste mucho?

—Tenia un faldero y se empeñaba en que habia de querer tanto al perro como á ella; incomodado con su exijencia estrangulé al animalito y ella se eticó de sentimiento. Si me hubiera muerto yo no me hubiera llorado tanto.

—¿Y Clara?

—Por Madrid debe andar enriqueciendo el catálogo de sus conquistas.

—¿Y Dolores?

—En Valencia; se casó con un escribano: única cosa que hizo este en su vida de buena fé; ella vengó á sus víctimas.

—¿Y Benita?

—¡Uf! ¿quién se acuerda de eso? Benita era una mujer borrascosa; enterró á tres maridos y me sal-

vé de sus garras mediante una defensa heróica; la sitié por hambre y se echó en brazos de un viejo verde que si no ha muerto ya tendrá contados sus dias.

—Despues de esa vida te costará trabajo sujetarte á los números y prescindir de las mujeres, dijo Silvio llenando de nuevo su plato.

—Me he hecho avaro y no quiero que pase el tiempo en balde. Te daré un consejo.

—¡Mozo, café! gritó Silvio; y volviéndose á su amigo añadió: espero tu consejo.

—Procura en la Habana relacionarte bien y no dudes que harás un matrimonio ventajoso; hay aquí jóvenes bonitas con capitales fabulosos que puedes impresionar fácilmente: esa es la gran jugada.

—¿Es decir que estás en vísperas?......

—En vísperas no, pero sigo la pista al negocio y te aseguro que en cuanto encuentre propicia la ocasion la aprovecho; enlazarse con una mujer hermosa y rica que te halaga los sentidos y te pone á cubierto para lo porvenir es tocar el puerto de la felicidad.

—¿Has metalizado tus sentimientos? Me alegro saberlo, pues pienso imitarte.

—Estoy por lo positivo; si dejo pasar los mejores años se presentarán las canas insolentes y las arrugas malditas y no podré hacer valer mi juventud.

—Me parece bien. ¿Adónde vives?

—En la calle de Compostela.

—¿Solo?

—Vivo con una señora muy apreciable y de noble alcurnia á quien ayudo á sostenerse pues su marido que fué empleado no le dejó á su muerte mas que una corta viudedad, un nombre sin tacha y una hija, bien desventurada por cierto.

—¿Hay en tu casa una muchacha? ¡Pobrecita!

—No lo creas; parece que olvidas cuanto acabo de decirte; Belen es una jóven de veinte años, muy laboriosa, muy digna, muy afable; en una palabra es un epitafio ambulante, una enciclopedia humana de todo lo bueno, pero es fea y......

—¡Basta! no añadas otra cualidad, pues con esa le sobra.

—No; tiene otra peor: es pobre.

—Entonces no corre peligro.

—Está asegurada de incendios; una mujer fea con todas las cualidades de Belen es una esencia esquisita, pero en vasija de barro.

—¡Dios te libre, Federico, de enamorarte de una fea! Como no tiene ejército de reserva cuando atrapa á un hombre lo estudia, lo acaricia y lo embriaga con afectos calculados: su amor, vírgen en la comunicacion, se manifiesta de una manera nueva para el amante que encuentra en ella emociones desconocidas. ¡Ay, Federico! no vivas con esa Belen: el amor de una fea es un anzuelo que

no suelta, es una zarza que agarra cuanto toca y de la cual ninguno puede desprenderse.

—Vivo tranquilo, Silvio.

—Si á lo menos fuera rica: una fea con dinero es una moneda de cobre galvanizada con oro.

—Se conoce que el almuerzo te ha despertado la imaginacion......

—Es verdad: ¿cónque puedo ir á verte sin peligro de que esa mujer destruya el efecto de tu consejo?

—¿Quién lo duda?

—Pues salgamos en busca de la dijestion: he almorzado como un buitre, sin acordarme de las prescripciones higiénicas que se hacen á todo recienllegado.

—No seas aprensivo.

—Tengo mas valor que el Cid; me atrevo con el vómito y con todas las calamidades que puedan pesar sobre un estranjero en este pais: se entiende, haciendo una escepcion.

—¿Cuál?

— No me atrevo con Belen.

Los dos jóvenes se agarraron del brazo, celebrando sus ocurrencias, cruzaron por la calle de O-Reilly y al llegar á la Plaza de Armas se despidieron dándose muestras de afecto, de ese afecto que se enjendra en los primeros años de la vida y que se distrae en la ausencia: pero que está siempre grabado en el corazon.

II.

En el diálogo que tuvieron en la fonda de Aranjuez los jóvenes Federico Rosales y Silvio Martinez habia sentado aquél una gran verdad relativa á Belen, pues si bien la naturaleza no la habia dotado de un rostro hermoso poseia en alto grado la belleza del alma; esta no se presenta de relieve á los ojos miopes de la humanidad porque está escondida y solo se quilata estudiando al individuo.

Doña Carlota, madre de Belen, era una señora de principios muy rectos; llevando la moralidad hasta el estremo habia educado á su hija con el mayor recojimiento, impregnando su alma de la doctrina mas santa y de las mácsimas mas saludables. La pintura de Belen que habia hecho Federico era exactísima; consagrada á los cuidados domésticos constituia la felicidad y el orgullo de

su madre, que ó la miraba con ojos apasionados ó nunca se detuvo á pensar si las líneas de su cara eran mas ó menos perfectas. Doña Carlota creia que Belen haria dichoso á cualquier hombre que con ella se enlazara y á juzgar por sus condiciones morales tenia sobrada razon.

Doña Carlota adoraba en su hija y esto solo los que hayan tenido la desgracia de no conocer á su madre podrán ponerlo en duda, aunque el amor maternal, aun sin haberlo esperimentado, se adivina porque está escrito en el alma.

Las facciones de Belen no estaban muy pronunciadas formando ese conjunto que es repulsivo; Belen era fea, pero no tenia un rostro desagradable ni antipático; esto consistia sin duda en las buenas cualidades de su alma que se reflejaban en su cara.

Su padre, despues de haber desempeñado destinos de categoria en España y en Cuba, murió pobre, lo cual enalteció su honradez, dejando á su esposa y á su hija una corta viudedad que no bastaba para sostener las necesidades de la casa, atendido á lo costosa que es la vida material en la Habana. Al efecto, desde su muerte se habia constituido en familia un amigo de la infancia del difunto que en su juventud habia venido á Cuba protejido por él, formando una fortuna prodijiosa á fuerza de años y de laboriosidad.

Don Antonio Ortega que rayaba en los cin-

cuenta años era el verdadero tipo del *indiano*; dotado de un corazon escelente utilizaba su fortuna en provecho de los desvalidos y era, por decirlo así, la Providencia de doña Carlota y de Belen, á quienes miraba ya como su propia familia, dispensándolas toda clase de auxilios y de favores; pero con tal tino y tal nobleza que ó el mundo lo ignoraba ó habia aprendido á estimar la casa en lo que valia para no hincarle el diente roedor de la murmuracion.

Cuando Federico llegó á la Habana trajo cartas de recomendacion para D. Antonio que las atendió hasta el punto de llevarlo á vivir á la que él llamaba su casa; debíale pues el jóven muchas consideraciones y respetos, y cuando su suerte se fué fijando y encontró medios de sostenerse, propuso á Doña Carlota quedarse en su compañía, contribuyendo con una cantidad para no serle gravoso, lo cual aceptó la señora por consejo de don Antonio que habiendo tomado cariño á Federico queria vijilarlo en su carrera y en su conducta.

Pero D. Antonio estaba muy lejos de sospechar que aquella determinacion habia de proporcionarle un contratiempo de consecuencias; no comprendió que un jóven de sus prendas físicas, decidor, con talento natural y en una palabra, hombre de mundo, era peligroso en una casa donde habia una mujer impresionable, de alma bien templada y de imaginacion ardiente.

El trato continuado con Federico, su franqueza habitual y su carácter abierto despertaron en Belen una simpatía que no se esplicó al principio, que llegó despues á sorprenderla y que por último se familiarizó con ella, sin pedirse mas cuentas; no trató de saber si las deferencias de Federico eran pura galanteria y creyendo que le bastaban fué abriendo su alma á una de esas impresiones violentas que desean la comunicacion pero que se sostienen sin esta, hasta que llega un dia en que avanzando un paso ven el terreno que les falta por andar y se lanzan ciegamente á correrlo sin considerar el peligro.

¡Ay! la desventurada Belen despues de un dia y otro de contemplacion se convenció de que Federico la miraba con indiferencia, no habiendo nada en su alma que le hiciera esperar con fundamento la realizacion de su sueño; apoderóse entonces de la niña una melancolía estrema, perdió el apetito y las carnes y lloró en secreto. Alarmada Doña Carlota le prodigó mil cuidados, esforzándose en vano por averiguar la causa de aquella tristeza que devoraba el alma de la pobre niña, pero esta se guardó bien de confesar lo que la inquietaba y dejó que el médico la reconociera y la recetara, segura de que nada adelantaria.

Doña Carlota, con esa tiernísima solicitud que solo una madre es capaz de comprender, sin abandonar un segundo á Belen queria leer en sus

miradas y penetrar en su corazon; acercabáse de noche á su lado para sorprender su secreto en alguna palabra escapada á la imprudencia del sueño, pero casi siempre encontraba á su hija presa del insomnio; desesperábase entonces y desesperaba á Belen que veia llorar á su madre por su culpa.

La víspera del dia que empieza mi historia habia llamado doña Carlota á su cuarto á D. Antonio; al ver este que por sus mejillas corrian copiosas lágrimas le dijo:

—Señora, esas lágrimas me revelan una desgracia.

—¡Ah! sí, contestó doña Carlota; es usted para nosotros de la familia y necesito desahogar mi espíritu abatido con una pena profunda; ha visto usted nacer á Belen y sé que no es indiferente á nada de lo que en mi casa suceda.

—Tiene usted pruebas inequívocas......

—Lo sé; por eso quiero que hable usted con Belen; acaso lo que me calla pueda saberlo otro que no sea su madre; está triste y en su corazon pasa algo que turba su habitual alegría: ¡ha cambiado tanto en tan poco tiempo!

Don Antonio exhaló un suspiro y dijo despues de un momento de pausa:

—¡Ay, señora! temo no alcanzar nada.

—Ella no ha conocido á otro padre que á usted. Quizá el respeto y el temor consigan lo que conseguir no ha podido mi afecto; no duerme, ni come y el médico no acierta á averiguar su dolencia.

—Creo que no tiene la ciencia remedios para su mal.

—¿Sabe usted acaso?......

—Sospecho que está enamorada.

—¡Oh! no; me lo hubiera confiado; soy su mejor amiga, y mis consejos......

—¿De qué le hubieran servido? Si tiene herido el corazon no hay otro consuelo que las lágrimas; deje usted que llore.

—¡No! ¡no quiero que llore! ¡pobre hija mia! esclamó la madre con un arranque de dolor acerbo.

—Bien, busque usted un pretesto para que venga sin que comprenda que hemos hablado de su estado; procuraré arrancarle el secreto y tranquilizarla.

Doña Carlota se pasó varias veces el pañuelo por los ojos para que su hija no adivinara el motivo que la llevaba á su estancia y salió á buscarla.

III.

En la determinacion de D. Antonio habia algo de heroismo, y el lector comprenderá despues que no exajero al usar de esa palabra.

Nadie como D. Antonio podia quilatar las virtudes de Belen; habiéndola visto crecer y des-

arrollarse á su lado la habia estudiado en detalles en el interior doméstico, leyendo en su alma como en un libro abierto; estimándola en lo que valia por su belleza moral, sabiendo que el imperio de la hermosura no es duradero y que pesa poco en la balanza de la felicidad conyugal, fué aficionándose á la niña y llegó á sentir por ella un cariño que no era tan desinteresado como el de padre, con cuyo título se presentaba á sus ojos.

D. Antonio habia pasado los años de su juventud consagrado al trabajo y á los cálculos; descansando entonces de su existencia laboriosa sintió que su corazon se despertaba y no encontrando trabas consagróse al amor no con los ardientes arrebatos de los primeros años, pero sí con la constancia y la firme voluntad de la esperiencia.

Belen, acostumbrada á mirar á don Antonio como á un padre porque habia perdido al suyo en la infancia, no estrañaba su solicitud ni su acendrado, cariño al que correspondia sin sospechar siquiera que lo dictara otra intencion.

El amor de don Antonio era tan legítimo como fundado; habiendo aprendido á estimar las cosas en su justo valor soñaba con la idea de que Belen le correspondiera y llevase su nombre, formando una familia que heredara sus cuantiosos bienes.

Pero como el hombre propone y Dios dispone Dios dispuso que llegara Federico á la Habana y

cruzándose en su camino echara por tierra sus sueños de ventura para lo porvenir.

Mucho tiempo tardó en comprender que la melancolía de Belen era motivada por la impresion de Federico y cuando quiso poner un remedio arrancando al jóven de la casa, conoció que era tarde, pues el mal habia echado hondas raices; entonces sintió la espina punzante de los celos y todas las contrariedades del amor que no habia esperimentado en su juventud; luchó algun tiempo para convencerse de que era una demencia dejarse subyugar á los cincuenta años por los caprichos de una pasion, y su sangre ya templada en el otoño de la vida lo dominó para no dejarse arrastrar de malas pasiones por un contratiempo.

La bondad injénita en su alma no le inspiró rencor hacia aquella mujer que no comprendia lo que por él pasaba; al contrario, mas asíduo con ella le prodigó mil cuidados y decidido á labrar su felicidad esperó á Belen para convencerse de lo que sabia ya por inspiracion.

Habia, sin embargo, en él esa especie de duda que enjendra el deseo y que sostiene el espíritu hasta que llega la realidad.

Belen entró en la sala donde se hallaba don Antonio, demostrando bien claramente que hacia un esfuerzo para aparecer tranquila; hízola sentar y le dijo con acento de ternura:

—Hija mia, es preciso que hablemos y que me

abras tu corazon para calmar la ansiedad y la inquietud de tu madre; todo su cariño en el mundo está cifrado en tí y al ver que tu carácter ha mudado de algun tiempo á esta parte sospecha con fundamento que alguna pena oculta te atormenta.

—¡Ah! ¡no!

—Sí: sabes que te quiero como un padre y los años que te llevo me dan derecho á exijirte una confesion. ¿Qué tienes?

—¡Ah! esclamó la jóven: y en aquel suspiro parecia que se exhalaba su alma entera.

—Ese suspiro te vende.

—Ese suspiro se ha escapado del pecho á pesar mio.

—¿Eres desgraciada? Háblame con franqueza; estás triste, muy triste.

—Necesito esplayar mi ánimo, desahogar mi corazon oprimido.

—Pues bien: habla. ¿Qué te pasa?

—No puedo esplicar lo que me sucede; pero tengo miedo á la soledad y sin embargo, quisiera siempre estar sola; nada me divierte y lucho con una sombra que me persigue; una sombra que veo entre sueños y que al despertar no me abandona.

—Estás enamorada.

—¿Enamorada yo?

—Sí; sé franca: ¿esa sombra se parece á Federico?

La jóven se estremeció, cubriéndose el rostro

con las manos; don Antonio, comprimiendo un suspiro que intentaba á su vez delatarlo, añadió:

—¿No es verdad que adiviné tu pasion?

—Sí, esclamó Belen á media voz, bajando la cabeza para encubrir el carmin del rubor que asaltó á sus mejillas.

D. Antonio se pasó la mano por la frente cubierta de un sudor glacial, pero haciendo un movimiento decisivo al parecer, dijo:

—¿Porqué ocultas á tu madre tus impresiones?

—Porque temo que me riña.

—Comprendes mal el corazon de una madre; es tu mejor amiga, y no puede asombrarle tu enfermedad: amar á un hombre es una cosa muy natural. ¿No sabe por ventura que tienes un corazon?

—¿Y qué alcanzo con que lo sepa? ¿Atormentarla?

—Tu madre tomarà parte en tu dolor cuando padezcas, hija mia.

—Nada ni nadie consuela á un amor cuando vive sin esperanza. ¡Ah! no sabe usted lo que es amar á un hombre indiferente; cuan horrible es el martirio de verle cada dia, á cada instante, seguir sus miradas que huyen de las mias, sentir la presion de su mano sin calor......

—¿Crees por ventura, preguntó D. Antonio interrumpiéndola, que mi alma no comprende el dolor de una pasion desesperada que no consigue comunicar á otra alma el fuego en que se abrasa? Sé

Belen, lo que arrebata el cariño, pues los años marchitan el rostro pero no el corazon.

—¿Ama usted tambien? esclamó la jóven mirándolo fijamente.

—¡Yo! repuso él con espanto; ¡ya soy viejo! ¡vivo solo de recuerdos!...... ¿Federico sabe?.........

—¡Nada! no me comprende; hago esfuerzos sobrenaturales para esconder y ahogar mi impresion, pero es en vano: los violentos latidos de mi corazon me roban la calma y están pendientes mis ojos de todos sus movimientos: le veo sin mirarlo.

—¡Pobre Belen! ¿quién sabe si Federico esconde tambien su simpatía?

—No: es imposible; esto que siento en el pecho se asoma por los ojos y no se puede ocultar.

—No te desesperes; acaso tu ventura se realice, y no dudes que velo por tí.

Don Antonio acompañó á Belen hasta la puerta y cuando estuvo solo se paseó por su cuarto ajitado; al fin esclamó:

—He jurado hacerla feliz y lo será, aunque me cueste un sacrificio inmenso.

Ahora comprenderá el lector si tuve razon al calificar de heróica su conducta.

IV.

Aquella noche no durmió D. Antonio; los cálculos de los negocios con que habia labrado su fortuna no habian influido tanto en él como la entrevista con Belen; es preciso desengañarse: lo que afecta al corazon es lo que mas hiere al individuo. Decidido á mirar por la suerte de su protejida ahogó sus impresiones y olvidando el insomio pasado entró por la mañana en el cuarto de Federico antes que este acabara de vestirse para salir.

Cerró la puerta de la habitacion sin notar que Belen entraba á la sazon en el corredor; la jóven comprendió al momento que aquella visita de D. Antonio llevaba por objeto hablar de ella y movida ó por la curiosidad que dicen es innata en la mujer ó por un presentimiento aplicó el oido á la cerradura de la puerta.

Federico, al ver á D. Antonio, le acercó una silla diciéndole con tono jovial:

—¡Hola! ¿sigue usted en su mania de madrugar? Parece imposible que tenga usted tan mal gusto; si fuera rico no entraria Febo por mi balcon hasta despues de las nueve de la mañana.

—Madrugo por costumbre, amigo mio.

—Y yo por necesidad.

—Además usted se acuesta tarde porque lleva mala vida.

—Me calumnia usted, señor don Antonio; mi vida es trasparente, pues los negocios no me dejan tiempo para pensar en nada malo.

—Sin embargo, parece que la prosa de los números no llena todo el tiempo; segun voces consagra usted á la poesia del amor mas tiempo del conveniente.

—¡Qué disparate!

—¡Tiene usted una reputacion monstruosa!

—Pues no hay motivo.

—Es una lástima que un jóven como usted, de bellas prendas físicas y morales, no siente la cabeza y se desengañe de una vez; esa vida ajitada trae consecuencias fatales.

—Encuentro á usted muy moralista.

—Como siempre; soy hombre de principios rectos y me duele que la juventud malgaste el tiempo; tiene usted buen porvenir y constituyéndose en familia......

—¿Qué es eso? ¿quiere usted casarme?

—Nada perderia usted en eso.

—¿Me ha buscado usted por ventura alguna conveniencia?

—¿Conveniencia?

—Claro está; para casarse es preciso mirar á lo porvenir.

—Se equivoca usted, amigo mio; para casarse lo que conviene es buscar una mujer honrada que nos ame: eso constituye la felicidad; ademas, usted hará carrera......

—El amor cuando llega la hora de comer tiene un estómago muy exijente.

—Para eso trabaja el hombre.

—Quiero ser franco: me habla usted de ese asunto en buen dia; anoche al retirarme á casa venia pensando en que me hace falta una mujer bonita y cariñosa que me aguarde, que se consagre á mí, que me haga olvidar las penosas tareas del dia y los desengaños de ayer.

—Vamos, Federico; veo á usted en buen camino, pues se arrepiente de sus pasadas culpas.

—Estoy hastiádo de la vida aventurera; búsqueme usted, añadió riéndose, una mujer y veremos si tiene buena mano.

—Conozco una, dechado de virtudes, que ama á usted y que lo hará completamente dichoso.

—¿Adónde está esa criatura?

—La vé usted á todas horas.

—No comprendo......

—Vive en esta casa.

—¿Es Belen?

—La misma.

—¡Ba! ¡ba! ¡qué disparate!

—Hablo con formalidad.

—Reconozco sus virtudes, etcétera, pero se chancea usted sin duda.

—¿Porqué?

—Porque Belen es fea.

Apenas habia pronunciado Federico esta palabra oyeron un gemido sordo en el corredor y pasos precipitados; levantóse don Antonio de improviso y despues de abrir la puerta y sacar la cabeza, no viendo nada, volvió á sentarse.

—¿Nos escuchaban? preguntó el jóven.

—Me pareció lo mismo, pero estamos solos.

—¡Belen! añadió Federico, ¡qué embajada!

—¿Dice usted que Belen es fea?

—No hay mas que verla.

—Si usted la mirara con los ojos del alma como yo se convenceria de su hermosura.

—Présteme usted sus anteojos, señor don Antonio, porque puede que sea una ilusion de óptica de mi retina.

—No quiere usted entenderme, y hace bien.

—Por supuesto; bueno fuera que sacrificara mis aspiraciones por dar gusto á un amigo, enlazándome á una mujer fea y pobre.

—Ahora me esplico lo que significaba la palabra conveniencia. El dinero manda en el corazon de

usted como manda en el de cualquier hombre vulgar.

—Con una diferencia: no aceptaria una mujer antipática aunque tuviera muchos millones.

—Eso ya es algo, pero sospecho que á los ojos de los que piensan como usted la fealdad aparece embellecida por el resplandor del oro.

—Se equivoca usted, señor don Antonio.

—Peor para los que piensan así, esclamó este casi entre dientes y con aire de disgusto.

Y salió de la habitacion meneando la cabeza, con gran sorpresa de Federico que no sabia que pensar de aquella intencion de su protector.

Dirijióse el jóven á la fonda de Aranjuez en donde solia almorzar y encontrando en el camino á Silvio le refirió la entrevista pasada: los dos jóvenes la comentaron á su manera, sacando partido de ella para esplayar su buen humor.

V.

Belen entretanto retirada en su estancia lloraba á solas.

Habia acojido en su alma aquella impresion por Federico, sin darse cuenta de ella, sin detenerse á averiguar si era digna de él, sin sospechar que los rasgos de su fisonomía pudieran influir en lo mas mínimo en el amor que sentia y en la cor-

respondencia que esperó algun tiempo; traducia la indiferencia del jóven de mil maneras, pero nunca le ocurrió fijarse en el espejo para preguntarle si su cara encerraria ese secreto resorte que hiere el corazon y que el vulgo llama belleza por ponerle algun nombre.

Y si consultó con el espejo este no pudo menos de engañarla.

El espejo que tan fielmente retrata es sin embargo el amigo mas infiel de la humanidad: no se vé en él lo que el azogue refleja sino lo que el amor propio quiere ver.

Amando Belen con el alma no se acordaba de la cara.

Despues de haber llorado mucho, como herida por una idea repentina, se acercó convulsa al espejo para mirarse en él detenidamente, pero al reflejar la luna su rostro dió un grito y se apartó, tapándose los ojos con las manos.

—¡Ah! ¡sí! ¡tiene razon! ¡soy fea!...... ¡Qué horrible desengaño! ¡Un amor sin esperanza!...... ¡Oh! debí haber muerto al nacer para no sufrir hoy este golpe que me hiere en medio del corazon...... ¡Fea! ¡fea siendo la cara el patrimonio de la mujer! ¡Oh! ¡la naturaleza ha sido muy cruel conmigo! ¿Es decir que no tengo derecho á amar?...... Entonces ¿para qué me ha dado un corazon y una fibra sensible y un alma inflamable?...... ¡Y el hombre que amo es quien me hace abrir los ojos! ¡él

mismo! ¡Dios mio! ¡ten piedad de mí! ¡soy una insensata!

El dolor de Belen era inmenso.

Era un dolor para el cual no habia consuelo alguno.

VI.

Mucho habia llorado la desventurada Belen cuando entró don Antonio á verla; á la primera mirada comprendió su estado, y esforzándose en prodigarle consuelos inútiles, le dijo:

—Tus ojos, Belen, declaran la lucha que estás sosteniendo para esconder tu sentimiento. ¿Porqué lloras desesperadamente?

—¿Por qué he de llorar? esclamó la jóven con un arranque de dolor profundo; lloro por la muerte de mi amor, de este amor que habia acariciado en mis sueños.

—Es preciso esperar resignada; la calma.........

—¡La calma! ¿en dónde la encuentro? ¿Puedo acaso dar al olvido que tengo que renunciar á Federico porque soy fea?

Estremecióse don Antonio y le preguntó:

—¿Sabes por ventura?......

—Todo lo sé; bien dicen que oye su mal el que escucha.

—¡Desdichada!

—¡Muy desdichada! amaba á un hombre, vivia con mi ilusion, con mi cariño, con mi fé, y cuando nada le pedia, cuando me contentaba con quererlo en secreto, viene á destrozarme el corazon hiriéndome hasta en mi amor propio...... ¡Esto es cruel! ¡muy cruel!

—Tu mal es grande, hija mia, pero hay un remedio......

—¿Cual es? esclamó la jóven fuera de sí.

—El ovido.

—¿El olvido? dijo Belen con una sonrisa histérica; ¡el olvido! ¡He ahí los recursos de la ciencia!... ¿Quién es capaz de arrancar una espina que está escondida en el corazon?

—Esas dolencias las cura el tiempo.

—Sí, y cuando llega la herida á cicatrizarse ya están amarillas las hojas del árbol de la vida. ¡Vivir! ¿y para qué quiere la vida la que vé cerrado el porvenir en la flor de sus años?

—Ponderas tu situacion: esas quejas son demasiado amargas.

—¿Demasiado amargas? preguntó Belen exasperada; es verdad: estos consuelos son los que da un corazon helado y una cabeza con canas.

El rostro de don Antonio palideció; Belen en su despecho habia herido á aquel hombre tan noble y tan generoso que sacrificaba los impulsos de su corazon para hacer feliz á la que renegaba de

sus consuelos; sin embargo, Belen no era responsable de su arrebato pues no sabia lo que estaba diciendo: su situacion era escepcional.

—Te muestras injusta conmigo, le dijo pasados algunos segundas en que los dos se miraron sin hablarse; no eres capaz de comprender cuanta abnegacion hay en mí al hablarte de este modo.

—Sí, sí: perdone usted, padre mio, esta injusticia; no sé lo que me digo ni lo que hago; permítame usted que le dé el dulce nombre de padre.

—Me enorgullezco con ese título, Belen, dijo don Antonio comprimiendo un suspiro.

—Todo el cariño de mi pecho lo he reconcentrado en mi pobre madre y en usted que es tan bueno, en usted á quien siempre encuentro á mi lado para enjugar mis lágrimas; á usted abrí mi corazon por afecto y por respeto.

—Te dije que olvidaras, sabiendo por esperiencia que era imposible, para que te contuvieras, no dejándote llevar de la exasperacion que es mala consejera; voy, sin embargo, á darte un consejo.

—Hable usted, padre mio.

—Domina al corazon y demuestra indiferencia cuando veas á Federico; procura que una mirada ó un movimiento imprudente no delaten tu impresion; muéstrate siempre con él afable para que no comprenda lo que pasa en tu interior; si te dirije una galantería, no la aceptes y hazle ver en una palabra que no eres una existencia vulgar.

—Quisiera triunfar de mí misma, pero ¿cómo lo consigo? al verle ¿cómo mi dolor ha de negarme un suspiro?

—Lucha con valor que la mujer al cabo triunfa de todo; tranquilízate, recordando que tu infeliz madre sufre mucho; conviene que ignore el golpe que Federico te ha dirijido sin intencion. Ven, serena el rostro, demuestra que tienes valor.

—¡Oh! ¡lucharé!

—Y vencerás.

Don Antonio cojió del brazo á Belen y se dirijieron á la sala donde estaba doña Carlota, triste y condolida como su hija, pero ocultando su pena para que esta no participara de ella.

La hija lloraba sin pensar en la madre; la madre, que sufria por las dos, no lloraba pensando en su hija.

Esta lloraba sus propias penas.

Aquella olvidaba las suyas para sentir las de su hija.

¡Oh! ¡cuánto menos valdria la mujer si no estuviera destinada á ser madre!

Este sentimiento la engrandece, la levanta muy por encima del hombre, la idealiza.

La maternidad purifica sus sentimientos, lava sus culpas: es una mision que toda mujer sabe cumplir...... La maternidad es la única mision que se cumple fielmente, sin escepciones...... ¡No! ¡no hay escepciones! ¡es mentira!...... ¡Y si existen al-

gunos monstruos que no saben ser madres neguemos todavia su existencia!

La maternidad es el poema de los sentimientos.

VII.

Tampoco aquella noche durmió don Antonio; desvelado por la pasion que abrigaba en su pecho y por la suerte de su protejida, buscaba un medio de ahogar su impresion y de vencer la de Belen, pero veia la imposibilidad de triunfar en sus dos intentos. Decidido por último en la nobleza de su alma á no acordarse de él mismo para labrar la dicha de la jóven meditó una hora y otra y al fin se manifestó contento de una idea luminosa que le asaltó.

Dirijióse al cuarto de Federico, que al verle entrar hizo un gesto de disgusto y le dijo en seguida aparentando buen humor:

—¿Otra vez, mi querido don Antonio, viene usted á remachar el clavo?

—Soy así; he pensado que tenia usted razon al decirme ayer que el amor es exijente; y como es

usted hombre juicioso y reservado vengo á que hablemos como amigos.

—¿Reserva tenemos? Cuente usted con mi discrecion.

—Dije á usted ayer que habia comprendido que Belen le amaba y supongo con fundamento que su estado actual de melancolía procede de la talta de correspondencia; la infeliz abriga en su pecho una pasion......

—Que no he alimentado, como usted sabe.

—Es cierto; pero el corazon tiene sus caprichos.

—Cuidado no se equivoque usted, don Antonio.

—No me equivoco; no ignora usted que he visto nacer á esa criatura y que la quiero como si fuera hija mia; cuento con una fortuna que bastaria para enriquecer á cuatro familias; no tengo deudos ni parientes y ya mi edad declina, y como fomenté esa fortuna en Cuba con recursos y recomendaciones del padre de Belen, reconozco que estoy en deuda con ella; así la nombro heredera de mis bienes y le señalo cincuenta mil pesos de dote que me parece forman una cantidad respetable para cualquier hombre que con ella se enlace.

—La accion es tan digna como loable, pero puedo asegurar á usted que sostengo lo que dije ayer: me gusta el dinero y lo busco con avidez, mas no me seduce por ciertos medios: admiro todas las escelentes prendas de Belen, pero no la amo y en

cuanto á las pasiones no puedo imponerlas á mi corazon.

—Veo que es usted un jóven noble y que no desmiente lo que de usted esperaba; siento muchísimo no labrar la felicidad de Belen, y prefiero esa franqueza á lo que podria suceder si obrara usted guiado por él sórdido interés.

—He dicho la verdad; seré todavia mas franco: estoy aficionado á una jóven muy bella.......

— ¿Rica?

—Muy rica y de una familia de alta clase. Sospecho que esta pretension ha de proporcionarme disgustos, pero he dado ya el primer paso y no puedo retroceder. Encargo á usted la reserva.

—Puede usted fiar en mí; pero volviendo á Belen preveo que es preciso hacer algo para su tranquilidad.

—A todo estoy dispuesto.

—El trato entre ella y usted se hace ya imposible ó à lo menos difícil de sostener; viendo al hombre que ama sufriria mucho; conviene, pues, que se mude usted á otra casa: el tiempo la curará de su pasion.

—Siento infinito dejar esta vivienda; pero conozco que la determinacion de usted es muy conveniente. Dentro de algunos dias me mudaré.

—Busque usted un pretesto para que la familia no se aperciba de que es cosa arreglada entre los dos.

—Corriente.

Don Antonio salió del cuarto de Federico y al parecer se habia quitado de encima un peso; por mucho que deseara la felicidad de Belen no podia prescindir de la satisfaccion que le causaba quitar de enmedio un rival que era un estorbo para su designio.

Quedóse Federico pensativo; aquella entrevista con don Antonio le habia impresionado, pues por indiferente que para un hombre sea una mujer siempre le satisface la confesion de que ha inspirado una pasion profunda.

Interrumpió sus meditaciones su amigo Silvio Martinez que llegó alegre y decidor como siempre.

—Ya era tiempo, le dijo. de que viniera á visitarte.

— Te agradezco la visita.

—¿Porqué?

—Porque estaba meditabundo.

—¿Te ha dado calabazas Paulina?

—No me hables de ese negocio.

—¿Porqué?

—Su familia parece que se opone á mi deseo.

— Mejor para tí.

—No lo creas; me contraría este golpe.

—Hablemos, pues, de otra cosa: al entrar he visto en la sala una muchacha y si no mienten las señas es Belen.

—No hay otra en la casa.

—Haces bien en huir de ella porque es fea.

—Sin embargo, sus cualidades escelentes......

— Una mujer fea no tiene derecho á que un mozo como tú la celebre.

--Hago justicia á su mérito moral.

—Eso pesa poco en la balanza del gusto; ¡fea y pobre! ¡no tiene el diablo por donde cojerla!

—¿Pobre? te equivocas; Belen es rica, muy rica.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy; don Antonio Ortega, mi protector, debe su fortuna al padre de ella y la nombra heredera de sus cuantiosos bienes, regalándole cincuenta mil pesos de dote.

—¡Cincuenta mil pesos! esclamó Silvio abriendo los ojos y dando un salto en el asiento: ¡qué atracon de plata para mi escuálido bolsillo!

—Eres un hombre original.

—¡Qué suerte! ¿La muchacha no se ha muerto de repente al saberlo? Desde que lo sé estoy sudando! ¡Un millon de reales!...... ¡Mañana me declaro á Belen!

—¿No acabas de decirme que era fea?

—¡Qué disparate! mirándola despacio......

—Si la viste de paso, esclamó Federico riéndose.

—¡Calla! ahora mismo la estoy mirando con los ojos del alma: ¡hay en sus ojos una gracia!...... un garbo en su cintura! ¡Qué pié, amigo mio!

—No se lo has visto.

—No seas bobo: la estoy adivinando. Una mujer que posee cincuenta mil pesos es completa; la idolatro; me dejaria matar por ella.

—¿Por su dinero querrás decir?

—Una mujer sin el unto mejicano es como un rey sin cetro: no tiene ni prestijio ni vasallos.

—Te has metalizado pronto.

—Esa muchacha es un premio grande de la lotería que me ha caido cuando menos lo esperaba.

—Cuentas sin la huéspeda: ¿estás seguro de que Belen te corresponderá?

—¡Bá! ¿á quién no quiere una soltera fea en situacion de reemplazo?

—Me alegraré que se cumplan tus deseos.

—Preséntame á ella y á su madre; verás como le pongo los ojos tiernos y la conquisto en seguida, porque me parece que mi figura...... vamos... añadió contemplándose en el espejo; ¿no valgo yo cincuenta mil pesos al contado y una fortuna á plazo mas ó menos remoto?

—Don Antonio está muy fuerte y no piensa en morirse.

—Dios es bueno y mira por mí.

—Déjate de bromas. Parece que te desentiendes: ¿no me presentas á Belen?

—No puedo darte gusto.

—¿Porqué?

—Porque interpretando bien mi accion te perjudicarias.

—Pues me presentaré yo mismo.

— Es lo mejor. Ahora acompáñame que voy en busca de casa para mudarme.

—¿Te mudas de aquí? ¿me abandonas el campo?

—Sí.

—Espera á que me case con Belen.

—¿Lo das ya por hecho?

—Por supuesto.

Los dos jóvenes salieron de la casa, no sin que Silvio procurase en vano asomarse por los cuartos del paso para ver á Belen.

VIII.

El lector no conoce á Paulina y es conveniente ponerlo en comunicacion con ella, pues ha de influir mucho en el desenlace de esta historia.

Paulina tenia diez y ocho años, una figura interesante y un padre muy rico; con estas tres potencias es fácil comprender que la rodearia perpetuamente esa turba de *golosos* que acuden al olor del dinero como las abejas á la miel; en el gran teatro Paulina ocupaba un palco, cuidándose

mas de los saludos y miradas que le dirijian los jóvenes que del mérito de los artistas; en el paseo de Tacon muellemente recostada en su ostentosa carretela saludaba con cierto desden; nunca faltaba á la retreta de la Plaza de Armas ni á los bailes aristocráticos, arrastrada solo por el deseo de ver á sus admiradores rendidos á sus piés, disputándose el privilegio de ahogarla con el incienso.

Las mujeres tienen sus caprichos; de entre la multitud que la acosaba llegó á distinguir á Federico Rosales que mas codicioso que todos era sin embargo el que menos se acercaba por temor de una derrota, vergonzosa siempre cuando se descubre el interés. El jóven cortesano apenas notó el primer síntoma favorable á su persona estrechó la distancia con su arrojo natural y sin que el padre se apercibiera de ello llegó á entablar relaciones con Paulina. Prendada esta de la figura de Federico se consagró algun tiempo á corresponderle, dándole pruebas de cariño, pero de esas pruebas que al enamorado parecen inequívocas y que son nada cuando llegan á analizarse.

Casándose con Paulina veia el jóven asegurado su porvenir, y ya le habia comunicado su proyecto sin que ella lo rechazara; como este asunto le interesaba tanto guardaba la mayor reserva, pero era inútil: toda la Habana sabia el estado de sus amores; tanto se habló de ellos que el padre de Paulina abrió los ojos, y arrancando la confe-

sion á su hija, le declaró terminantemente que nunca consentiria en que se casara con un jóven sin fortuna como Federico; ella confesó que lo amaba pero ó no pudo ó no quiso oponerse á las exijencias paternales y sufrió con resignacion la órden de recojerse en casa para evitar un escándalo.

Tres dias pasaron sin que Federico consiguiera ver en parte alguna á Paulina; alarmado, informóse de su salud y sabiendo que estaba buena sospechó la causa; entonces se apoderó de él la inquietud y viendo venir á tierra el castillo de naipes que habia formado en su imajinacion quiso encontrar medios para parar un golpe tan fiero.

Olvidado del cumplimiento de su deber en la casa de comercio donde trabajaba se consagró á pasear por la calle en que vivia Paulina, esperando vislumbrarla por entre las persianas del balcon para averiguar el motivo de su mudanza; el padre, irritado, le escribió una carta intimándole que cesara en su persecucion pues su hija habia renunciado á él.

Ciego de cólera al leer la carta, quiso desafiar al anciano, pero su amor propio le hizo muy pronto creer que aquello era un subterfugio del padre para que abandonara el campo, y se decidió á escribirle, templando sus frases para no irritarlo; á esta carta no tuvo respuesta y entonces se entregó á la desesperacion.

Por su parte Paulina tambien se desespera-

ba; los primeros dias su corazon llamó á Federico; pero prolongándose su encierro le pareció que era demasiado exijir de una mujer que se conformase con vivir entre cuatro paredes para pensar en un hombre, renunciando al paseo y al teatro y á los bailes y á respirar el aire libremente y á los demas hombres en fin.

Suplicó á su padre, pero este se mantuvo inexorable diciéndole que si queria volver al mundo habia de escribir á Federico que no pensase mas en ella y que la olvidara.

Paulina acordándose del mundo se olvidó de Federico y tomando la pluma escribió lo que su padre le fué dictando.

Un cuarto de hora despues la carta estaba en casa de Federico.

Como ya he indicado, nadie ignoraba lo que á este le acontecia en sus relaciones con Paulina; la posicion de la jóven la ponia demasiado de relieve para que las gentes no se ocuparan de ella; el matrimonio era ya un hecho consumado para muchos y así, al ver la actitud del padre, se habló mucho del suceso para comentarlo cada cual á su manera, conviniendo todos en que el jóven habia sufrido un desaire terrible.

Don Antonio habia notado el cambio moral de su protejido, pero apesar de sus preguntas repetidas nada habia alcanzado averiguar; era indudable que existia alguna causa pues Federico empe-

zó á perder la calma y el apetito pronunciándose en él un humor insoportable.

Al entrar en su casa el portero le dió la carta de Paulina; subió la escalera precipitadamente y se encerró en su cuarto.

Muy lejos estaba el jóven de esperar el golpe que iba á recibir con la lectura de aquella carta; creia que Paulina, privada de verlo, y sufriendo la tiranía de su padre, habia buscado un desahogo legítimo comunicándose por escrito con su amante.

La carta estaba concebida en estos términos:

"Agradezco la deferencia con que usted me mira, pero he oido los consejos de mi padre y convencida de la razon le suplico que renuncie á mi amor, pues seria inútil cuantos pasos diera usted en contrario."

Estas frases tan secas como calculadas debieron convencer á Federico de que estaban impuestas ó á lo menos inspiradas por el padre, pero él no tuvo tiempo para comparar aquella carta con las que Paulina le habia escrito ocho dias antes: la sangre se aglomeró en su cerebro, quiso ponerse en pié y llamó para que le prestaran socorro.

Cuando don Antonio entró en la habitacion, al ver el rostro encendido de Federico, lo obligó á acostarse y mandó llamar á un médico; Belen y su madre corrieron al lecho del enfermo para asistirlo.

Despues que el médico lo examinó dijo que Federico tenia un ataque cerebral y que requeria grandes cuidados la asistencia porque el mal era de peligro atendida la robustez del doliente.

Belen, al oir el diagnóstico pronunciado con la impasibilidad característica de la ciencia, se inmutó.

En su alma generosa no cabia un átomo de veneno; Belen se colocó á la cabecera de Federico para observar hasta sus menores movimientos: la infeliz no sabia que aquella enfermedad era producida por los desdenes de otra mujer.

IX.

A los siete dias declaró el médico que el enfermo estaba fuera de peligro; habia recobrado la razon y pudo observar con cuanto celo, con cuanto cariño lo habia tratado aquella familia que no era la suya. Belen, su madre, don Antonio y su amigo Silvio no se habian separado un momento de su estancia, prodigándole esos cuidados tan necesarios á un enfermo y que tanto echa de menos el que se halla separado de su madre.

Recordaba dia por dia y hora por hora la corta historia de sus amores con Paulina y cavilando sobre el particular que tanto le habia afectado llegó á convencerse de que no siendo ella una mujer de corazon le habia correspondido por un capricho pasajero; en cuanto á él le costó poco trabajo comprender la verdad: que habia solicitado el cariño de la jóven guiado por el móvil del interés; así, su dolencia la habia causado su amor propio resentido al verse puesto en evidencia por la veleidad de Paulina.

¡Oh! Federico se convenció de que esa teoría de los matrimonios de conveniencia no es bella ni se adapta mas que á la fibra de ciertos hombres organizados para sacrificarlo todo por el dinero. El hombre que sostiene su dignidad no puede sucumbir á pruebas tan duras: el oro quiere ser el rey del corazon y para los seres que saben sentir el dominio del oro nunca pasa de la cabeza: deleita á los ojos pero no tuerce los sentimientos.

Federico entonces no se avergonzó de su derrota pero sí de su conducta y levantando la cabeza de la almohada se encontró fuerte y digno: en aquel instante habia triunfado de su debilidad y despreció á Paulina.

Tranquilo ya su convalecencia adelantó mucho en pocos dias.

Una noche la debilidad lo habia rendido apoderándose de él un sueño ajitado; le pareció que

veia una mujer con alas como un ángel que le miraba con pasion, refrescando con aquellas el ardor de su frente; los ojos del ángel estaban fijos en los suyos, pero fijos con tal insistencia que sentia una estraña sensacion; tendió los brazos para cojerla y al ver que huia hizo un esfuerzo y despertó.

Al abrir sus ojos tropezó con los de una mujer que al lado de su cama le miraba con la misma insistencia que el ángel: no tenia alas, pero habia una espresion en su fisonomia que le hizo estremecerse; pasóse la mano por los ojos creyendo que dormia, pero se convenció de que estaba despierto.

La mujer que le miraba así era Belen, la cual se hallaba con don Antonio en el cuarto de Federico, pero este al ver que el jóven dormia se dejó rendir por el cansancio de las vijilias y se durmió tambien. Belen habia aprovechado aquellos minutos en que los dos no podian observarla ni leer en su alma para contemplar al hombre que apesar de todo amaba con un amor irresistible.

Belen bajó los ojos, al ver que Federico se habia despertado, pero él sentándose en la cama le dijo algo turbado:

—¡Qué buena es usted, Belen! ¡Cuantas bendiciones echará á usted mi pobre madre cuando sepa con qué tierna solicitud me ha asistido en mi grave enfermedad.

—Nada tiene usted que agradecerme; es un de-

ber asistir al que padece como lo es consolar al que llora.

La voz de Belen despertó á don Antonio, que al abrir los ojos los paseó de uno á otro queriendo sorprender lo que habian hablado durante su sueño; el rostro de ambos vendia una emocion que no podia escaparse á un hombre de esperiencia y mucho menos al que amaba acariciándo ya una esperanza.

Al decir esto debo participar al lector que don Antonio se habia aprovechado del rudo golpe que habia sufrido Belen cuando oyó que Federico la encontraba fea para franquearse con doña Carlota y manifestarle su propósito de casarse con la jóven; la buena señora en el primer momento vaciló, pero ignorando la pasion de su hija ó queriendo ahogarla si la comprendia no dudó un momento en hacer ver á Belen la conveniencia de su enlace con un hombre tan rico y que tanto la queria.

Belen se horrorizó de la proposicion de su madre y nada pudo responder: esta interpretó mal su silencio y al siguiente dia volvió á hablarle, manifestando su triste situacion y el cambio de fortuna que se operaria en su casa con tan brillante enlace.

Belen no se deslumbró con la metafísica del oro, pero al comprender que aquel consejo envolvia la imposicion de un sacrificio dió un suspiro

profundo y dijo á su madre que dispusiera de su mano.

Doña Carlota no leia en el corazon de Belen en aquel instante; creyó que el encojimiento de esta al someterse era efecto natural del pudor y ebria de placer besó la frente de su hija.

Un cuarto de hora despues don Antonio se consideraba completamente feliz y hablaba á la madre de su proyecto con una alegría verdaderamente infantil.

Despues de haber aceptado la proposicion Belen lloró mucho, esclamando:

—Mi madre tiene razon: esta boda me conviene...... ¡Oh! ¡la conveniencia! ¡hablar de conveniencia á una mujer que ama! ¡es una crueldad!...... Pero no: soy injusta con mi madre que ignora el amor que despertó en mí ese hombre que entró por las puertas de mi casa para apoderarse de mi alma...... ¿Y me queda algun recurso contra mi desventura? Le amaba y no debo aspirar mas que á su indiferencia ó á consideraciones de sociedad que me lastiman; ¡soy fea á sus ojos! ¿puedo acaso fundirme para formarme á su gusto?...... No: me casaré con don Antonio...... ¡Ah! me considero dichosa sacrificàndome por el bienestar de mi santa madre; voy á devolverle sus cuidados y su ternura proporcionándole una vejez descansada...... ¡Madre mia! ¡solo Dios sabrá lo que vale este paso que doy por tí!......

Y cuando don Antonio se insinuó con ella solo supo decirle que no se consideraba digna del favor que le dispensaba.

No es posible repetir todas las frases apasionadas de don Antonio que agotó los recursos de su cariño para hacer que Belen comprendiera cuanto la amaba hacia tiempo y cuanto habia sufrido.

Entonces don Antonio se esforzó para obligar á Federico á que saliera de la casa, pero en esos dias habia caido enfermo y tuvo que olvidarlo todo para consagrarse á su asistencia.

Aquel diálogo que sorprendió despues conocerá el lector cuanto debia sobresaltarlo.

Don Antonio, aunque estaba seguro de la fidelidad de la promesa de Belen, no podia estarlo de que el corazon de la jóven se tranquilizara para ir abrigando en él poco á poco el afecto que le debia profesar á medida que fuera desterrando el de Federico.

La situacion de aquel instante era algo peligrosa é inspiró recelos á don Antonio.

X.

En pocos dias avanzó tanto la convalecencia de Federico que el médico se despidió, creyendo innecesarios sus cuidados.

Don Antonio, aprovechando su buen estado, le recordó su oferta de salir de la casa para tranquilizar á Belen, pero el jóven, fuera porque los cuidados de aquella familia le habian ligado mas á ella, ó por un impulso secreto, aunque convino con su protector no se cuidó de poner los medios para mudar pronto de domicilio.

Por su parte Silvio, instalado en la habitacion de su amigo durante su enfermedad, no perdonó ocasion para insinuarse con Belen, prodigándole esas atenciones preliminares de una pasion que nunca se escapan á las mujeres; pero la jóven no se habia dado por entendida y Silvio no se atrevia á deslizarse creyendo que el desaire de una fea heriria doblemente el amor propio de un hombre.

La inquietud de don Antonio crecia á medida que pasaban los dias pues aunque Belen se hallaba ya comprometida formalmente á darle su mano, él no queria de manera alguna tomar determinacion en el particular ni darle publicidad mientras Federico permaneciera en la casa, tanto porque este podia interpretar mal sus consejos anteriores como porque comprendia que era un obstáculo á su matrimonio el que ella tuviera que verlo á todas horas.

Una mañana se disponia Federico á salir y antes quiso entrar en el cuarto de don Antonio; pero al llegar á la puerta oyó dentro pronunciar su nombre y se detuvo impulsivamente.

—Federico se mudará pronto, decia don Antonio.

— ¡Sí, sí! esclamaba Belen; que se vaya, no quiero verle; me causa horror su presencia. Mi orgullo me ha prestado fuerzas superiores. Es verdad que le amaba, pero hoy le detesto.

—Despues del olvido vendrá la indiferencia.

—Nada puede haber entre los dos: ha puesto un mundo entre mi corazon y el suyo.

—¡Ay Belen! en esos arrebatos hay todavía amor.

—¡No! prorrumpió la jóven estremeciéndose y queriendo engañarse á sí misma. No dicta el despecho mis palabras; estaba acalorada, pero hoy la razon ha recobrado su imperio: ¡ese hombre no tiene corazon!

— Esa esclamacion vende el estado de tu alma; ten valor.

—No lo necesito, porque ya no lucho; á costa de un esfuerzo grande reconquisté la calma perdida.

—Me causa gran placer oirte hablar así, porque quiero creerte; seremos felices, Belen; me parece que siento circular por las venas el fuego de mis primeros años, que recobro mi ardor y que vuelvo á la vida lleno de pasion y de entusiasmo; á tí debo esta dicha que me embriaga, porque seremos felices, te lo repito; me darás tu juventud y en cambio te daré mi amor.

—¡Qué bueno es usted conmigo! Para calmar mis dolores me dá usted sus consuelos, un porvenir y su nombre; y yo, pobre de mí ¿que doy? Un corazon lastimado por un estravio y mi persona despreciada; ¿con qué puedo pagar una generosidad tan sublime?

—¡Con tu cariño!

—Sí, don Antonio, seré de usted para siempre; le consagraré mi vida entera, mi pensamiento...... ¡hasta mi amor!

—Piénsalo bien; puede despertar tu corazon que está cuando mas dormido.

—¡No! ¡nunca! ¡en mi pecho tiene un trono el honor! El nombre de usted será siempre respetado: sabré conservarlo puro.

—No puedes figurarte la alegria que esas palabras derraman en mi alma.

Federico habia escuchado al principio con interés y cuando oyó de boca de Belen la promesa de amar á don Antonio sintió un disgusto estraño sin darse cuenta del interés que podia inspirarle aquel diálogo; maquinalmente echó á andar y al poner el pié en la calle dijo para sí:

—Esa muchacha tiene talento y espresa bien su dolor...... Si Paulina fuera de ese temple no hubiera sucumbido á las exijencias de su padre, porque Paulina me ama ¿quién lo duda? me ha dado tantas pruebas de ello, pero la desprecio altamente y aunque tuviera cien millones de dote

no conseguiria que volviera á mirarla...... Esas gentes ricas son insoportables; reducen los sentimientos á deducciones numéricas y no saben distinguir...... Bien mirado, Belen es una mujer superior...... ¿Me aborrece? ¿no quiere verme? ¿se cree valiente parapetándose en el honor de un hombre con quien vá á casarse, sin duda por interés, ó cuando menos por despecho?......

Quedóse el jóven pensativo en medio de la calle, sin notar que el sol de Cuba no permite esos paréntesis de la imaginacion al aire libre y por último echó á andar, esclamando con cierta decision:

—¿Me aborrece? ¿quiere luchar conmigo? Veremos si ha olvidado su amor y si soy capaz de atormentarla todavía; ha de comprar á caro precio esas palabras que ha dejado arrancar de su alma como un desahogo...... ¡Esta lucha me convendrá! El amor propio mio acaba de sufrir un golpe y voy á cobrarlo con usura á esta pobre niña...... ¿Tiene corazon?...... Mejor: parece que me intereso en el combate...... Así me encontraré mas fuerte para llevar á cabo mi proyecto con Paulina...... Donde uno menos piensa encuentra un corazon grande......

Federico apretó el paso para llegar á la casa de comercio en donde estaba empleado, contento al parecer con su decision.

Entretanto Belen encerrada en su cuarto coordinaba sus ideas y recordando las palabras de un

mentido afecto que pocos minutos antes se le habian escapado en su exasperacion, se horrorizó de su conducta; para espiar su falta lloró amargamente.

XI.

Convencido Federico de que guiado solo por miras interesadas habia pretendido á Paulina costóle poco borrar su impresion llamando en su ayuda al amor propio que es un gran agente para las luchas del corazon.

El mismo agente puesto en juego en diverso sentido empezó á desvelarlo; el diálogo que habia sorprendido entre don Antonio y Belen le hirió profundamente y mostró decidido empeño en torcer la voluntad de la jóven que al parecer estaba decidida á olvidar la pasion que habia concebido por él; interesado en la lucha se ocupó en buscar medios para vencer y dedicóse á observar á Belen en sus menores acciones, sin decidirse á abandonar la casa, con gran sentimiento de don Antonio que contaba los minutos, creyendo con razon sobrada que Federico era rémora á su proyecto.

Pasaron algunos dias y el jóven, pensando en Belen que mas que antes se manifestaba reserva-

da, conteniendo los impulsos de su corazon para esconder sus sentimientos, resultó lo que resulta siempre: Federico se fijó en Belen y tuvo que reconocer la escelencia de su mérito y sus cualidades morales: estos no impresionan en el momento pero con el trato labran una pasion.

A los veinte dias creia Federico que Belen se manifestaba mas desdeñosa que el dia que se propuso vencerla y animado por los desdenes insistió en prodigarle sus atenciones, sin notar que en el alma de don Antonio rujia una tempestad, pues fiel observador de cuanto pasaba veia que á la larga su prometida no podria sostener el combate con un hombre que aun debia imperar en su pecho.

Belen no se esplicaba el cambio de Federico, pero modesta siempre creia que intentaba con sus obsequios borrar el efecto de la confesion que habia hecho á don Antonio sobre su mérito personal.

El hombre que se propone triunfar de una mujer, sea cualquiera el motivo que lo impulse á ocuparse de ella demasiado, se espone á impresionarse: he aqui lo que sucedió; á los veinte dias Federico conoció que estaba enamorado de Belen y que aquella era la mujer destinada por la Providencia á cerrar la herida de sus desengaños y á hacerlo feliz.

Trabajando con la imaginacion en esta idea desde el momento que la hubo acariciado, dió completamente al olvido á Paulina.

Apremiado por don Antonio para el cumplimiento de su palabra y no encontrándose con fuerzas para separarse de la casa, aprovechó una mañana que encontró sola á Belen en la sala; hallábase esta entregada á la labor cuando él entró y viendo que la jóven no alzaba la cábeza le dijo sentándose á su lado:

—Parece que está usted triste, Belen, y bien sabe Dios que quisiera ver á usted siempre contenta.

Alzó ella entonces la cabeza y fijando los ojos en Federico volvió á bajarla sin contestar, pero la aguja que tenia en la mano se desprendió de sus dedos.

—¿No quiere usted contestarme? insistió él; cualquiera creeria que tengo alguna parte en la melancolia que domina á usted hace tiempo.

—¡No! esclamó la jóven repentinamente delatando con su tono la verdad; nada tiene que ver con usted mi melancolia, aunque esta existiera.

—No intente usted negar lo que todos estamos viendo; y sobre todo á los que mas se interesan por la tranquilidad de usted.

—¿Interesarse por mí? ¿Cree usted que sufro y pretende sin embargo burlarse de mi dolor?

—¿Burlarme yo? Perdono á usted esa ofensa porque no lee en mi corazon.

La jóven abrió los ojos con espanto y quiso levantarse, pero Federico la contuvo diciéndole:

—Oigame usted y no insista en ocultarme sus sentimientos.

—Tiene usted pruebas de mi amistad......

—¡Amistad! no quiero ser amigo de usted; la amistad es una llama que no prende entre usted y yo; no comprendo la amistad entre un hombre y una mujer.

—Entonces......

—Entonces, Belen, comprenderá usted que siento algo mas.

—¿Hácia mí? preguntó la jóven temblando.

— Sí: siento amor.

—¿Amor?...... ¡ah! como abusa usted, Federico, de esa palabra. ¡Amor! ¡cuánto se agravia un nombre tan hermoso! Los hombres como usted lo llevan en los labios y lo prodigan ó para abusar de la credulidad de una niña ó para turbar el alma de una desventurada como yo; felizmente entre nosotros es imposible ese afecto: hablemos de otra cosa.

—¿Imposible? puedo jurar......

—¿Para qué? Ha pensado usted hoy en subyugar una mujer mas y se olvida usted de que aunque no tuviera espejo para desengañarme tengo oidos que escuchan su mal.

— No comprendo......

—¡Soy fea!

—¡Delirio!

—¡Oh! sí: usted mismo lo dijo. Los hombres no buscan en la mujer mas que la belleza del rostro, aunque tenga el alma horrible; ¿qué importa?......

Si el amor se quilata en el mundo solo por la cara no quiero ser amada...... ¡no! ¡dichosa la que nace fea!

—No dije tal cosa, interrumpió Federico turbado.

—Lo oí bien claro......

—Bien: entonces estaba loco; no, entonces era un necio; ¿quién ha descrito la hermosura? Reconozco mi error: la belleza se encierra solo en el corazon.

—Déjeme usted, Federico.

—No puede ser porque amo á usted.

—¿Amarme? esclamó la jóven pasándose la mano por la frente, y queriendo de nuevo levantarse hizo un vano esfuerzo. ¡Amarme!...... ¡Oh! ¡calle usted, Federico! ¡silencio! ¡no debo, no puedo, no quiero oir esa confesion!

—¿Porqué?

—Porque no me pertenezco; porque tengo que guardar el nombre que voy á recibir; porque he comprometido mi mano y mi corazon.

—¡El corazon no!

—¡Sí! ¡sí! ¡déjeme usted! ¡váyase usted de esta casa!

—No me iré; es preciso que usted me perdone la ofensa que le inferí por lijereza......

—Todo, todo lo perdono, pero vayase usted; ¡no puedo escuchar sus palabras! ¡no pretenda usted hacerme infeliz! ¡seria una crueldad!

—No consentiré en que usted se case con otro hombre porque la amo: el tiempo probará á usted si mis palabras son mentira: hago á usted responsable de cualquier determinacion que tome y culpa suya será lo que suceda por no haberme oido.

La jóven bajó la cabeza y sintió que las lágrimas se abrasaban en sus párpados, pugnando por correr para desahogar su pecho.

Federico salió despues de estrechar con efusion una mano de Belen que no pudo separar aunque lo intentó.

Cuando don Antonio entró en la sala todavia estaba Belen inmóvil en el mismo sitio, sin poder darse cuenta de lo que habia pasado.

Don Antonio no se atrevió á dirijirle la palabra, pero le bastó observar su rostro para conocer que Federico habia estado allí.

El hombre que ama en el aire aspira las emanaciones que se han escapado al alma de la mujer. Don Antonio encontró la sala impregnada de amor, pero ¡ay! era la corriente magnética del amor de Federico y de Belen.

XII

Muy ajeno estaba Silvio del cambio de su amigo; aunque lo visitaba á menudo nunca se atrevió este á decirle una palabra sobre la pasion que Be-

len habia despertado en él, ya porque temiera las chanzonetas, indispensables siempre en hombres de su carácter, ya porque amando de veras queria conservar el misterio.

Nada habia adelantado Silvio, apesar de sus combinaciones, en su proyecto contra los cincuenta mil pesos del dote, pero iba preparando el terreno con solo decir á todo el mundo que estaba enamorado de Belen por sus escelentes prendas y por su buena *educacion.*

Decidido al fin á estrechar de una vez la distancia y declararse á la jóven fué á su casa el dia despues de la entrevista de esta con Federico.

Al entrar Silvio no pudo menos de dar gracias á la Providencia pues Belen estaba sola, consagrada como siempre á la labor, única tarea que podia distraerla del combate interior que sostenia; él esclamó para sí:

—La suerte me proteje pues la muchacha está sola y no dejo escapar la ocasion. ¡Ay! ¡ya atrapé el milloncejo!

Belen le hizo un saludo frio, como quien siente que la interrumpan en sus meditaciones, pero Silvio sin notarlo se adelantó; ella le dijo:

—Federico ha salido.

—Si usted me permite, señorita, lo esperaré.

—Tome usted asiento.

Silvio, apesar de su carácter algo audaz con las mujeres, se encontró embarazado para entablar

la conversacion, no sabiendo como hacerla rodar adonde pretendia; asi es que hubo un silencio de algunos segundos; decidióse al fin á hablar tomando á Federico por pretesto.

—¿Sabe usted, preguntó, si Federico volverá pronto?

—Lo ignoro, contestó ella secamente.

—El sale de la casa de comercio á las tres y ya son las cuatro; sin duda alguna mujer se ha cruzado en su camino.

Belen alzó la cabeza para mirar fijamente á Silvio, pero volvió á bajarla diciendo:

—¿Una mujer?

— Sí: mi amigo es terrible en ese particular y como tiene tanta fortuna no es estraño que ande siempre ocupado.

Esta vez Belen dejó la costura, pareciendo que se interesaba en la conversacion; comprendió al instante el jóven la causa y trató con la mejor intencion de poner en mal lugar á Federico para que Belen se desimpresionara, ignorando como ya he dicho el cambio que en él se habia verificado.

—¿Segun veo, está usted muy informado de la vida de su amigo?

—¡Oh! no tiene secretos para mí; en Madrid era yo su confidente y llevaba el alta y baja de todas sus pasiones; aqui disfruto tambien de su entera confianza; es un escelente muchacho, con un corazon magnífico, pero un poco calavera; no le dura

una pasion mas de una semana; ahí tiene usted á Paulina, á quien tanto queria y ya me parece que va perdiendo terreno; verdad es que la pretendió porque sabia que era muy rica: Federico se ha metalizado en la Habana y es una lástima; estoy seguro que utilizando su buena figura se casará con alguna mujer millonaria; en eso no se me parece: soy un hombre desinteresado y á la mujer que amo hoy la amo por su propio valer.

Belen no escuchaba ya á Silvio que seguia hablando sin notar que la palidez repentina del semblante de la jóven era producida por sus palabras; ella entretanto decia para sí:

—Federico busca una mujer rica y sabe que don Antonio me ha dotado; ¿es decir que su cambio repentino era resultado del interés? ¿me pretende por cálculo? ¡Oh! ¡qué miserables son los hombres!...... ¡Qué desdichada soy!......

—No lo dude usted, Belen; hace dos meses que vine á esta casa; ¡ojalá que nunca hubiera puesto el pié en ella!

Esta declaracion violenta no surtió efecto porque Belen no la oyó; Silvio hubiera acaso continuado en escala ascendente á no haberse presentado Federico.

La jóven apenas lo vió entrar sintió un estremecimiento repulsivo, se puso en pié, y tirando la tela que tenia en la mano salió de la sala echando á Federico una mirada de profundo desprecio.

Quedóse este aterrado, dió dos pasos para seguir á Belen y no pudiendo continuar se dejó caer en un sillon.

Silvio al ver la actitud agresiva de la jóven la interpretó de distinta manera y soltando la carcajada dijo á su amigo que permanecía inmóvil:

—Esa muchacha tiene arranques dramáticos de primer órden y sospecho que le han sentado mal mis frases estudiadas con respecto á tí; pero debes agradecerme el favor que acabo de hacerte; sabiendo que te persigue en vano he querido librarte de ella y le he dicho tales cosas que creo te dejará en paz; así podré impresionarla mas fácilmente.

Federico dando muestras de estar muy afectado le preguntó:

—¿Qué le dijiste?

—Casi nada: que eres un calavera, que no te casarás sino con una mujer muy rica, que......

—¿Eso le dijiste? preguntó Federico con voz de trueno, y lanzándose sobre su amigo le apretó el brazo convulsivamente.

—Sí: todo eso; pero no me aprietes; cualquiera diria que te ha pegado la niña su actitud melodramática.

—¡Eres un estúpido!

—¿Qué es eso? ¿hablas de veras? ¡Me estás insultando!

— Te insulto, sí, porque acabas de herirme en medio del corazon.

— No te comprendo.

—¿No sabias que amaba á Belen?

—¿Tú? ¡has perdido el juicio!

—Sí: la amaba y me has dado un golpe fatal.

—Lo siento; pero debias haberme advertido que su dinero......

—Eres un malvado si piensas de ese modo.

—Tú me enseñaste á pensar así: acuérdate de la fonda de Aranjuez.

—¡Voy á beber tu sangre!

— ¡Qué demonio! ¿eres sanguijuela? Deja que me ria.

—Te costará cara esa risa; toda tu sangre......

—¿Qué placer por la sangre se ha despertado en tí desde ayer? ¿Te has hecho brusista?

—¡Sal de aquí! has matado mis ilusiones.

—Me voy porque no quiero olvidar lo que debo á una amistad tan antigua como la nuestra, pero si mañana no te has arrepentido de los insultos que acabas de prodigarme, tambien yo me veré obligado á olvidarlo todo.

Silvio salió encogiéndose de hombros y pensando con fundamento que su amigo se habia vuelto loco.

Y con efecto aquel golpe afectó de tal modo á Federico que en todo el dia pudo darse cuenta del estado de su razon.

XIII.

El insomnio se entronizó aquella noche en la casa; solo doña Carlota durmió tranquilamente, gozando con la idea del próximo enlace de su hija.

Don Antonio estuvo desvelado porque comprendia que algo habia pasado entre su futura esposa y su protejido.

Belen no durmió llorando amargamente al recordar las palabras de Silvio que destruyendo todas las ilusiones que habian empezado de nuevo á germinar en su alma.

En cuanto á Federico el lector comprenderá demasiado que le fué imposible conciliar el sueño, conociendo cuanto desprecio abrigaria Belen por su conducta; no podia quedarle duda de que ella habia dado crédito á la confesion de su amigo pues lo espresaba bien la mirada que le habia dirijido por la mañana.

Siéndole imposible soportar la situacion en que se hallaba colocado, apenas amaneció fué à despertar á don Antonio, pero sorprendióse de encontrarlo vestido á aquella hora.

—¿Levantado ya? le dijo.

—Sí: pasé mala noche.

—Yo tambien.

—¿Está usted indispuesto?

—No: ¿y usted?

—Tampoco.

—Entonces......

—Entonces, quiere decir, amigo Federico, que una misma causa nos desvela.

—Puede ser, contestó el jóven.

—Y es preciso que termine de una vez ese estado tan violento para los dos.

—Celebro en el alma que me hable usted asi, pues hace dias que necesitaba una esplicacion.

—Hable usted.

Federico abrió su corazon á don Antonio que le escuchó impasible al parecer, pero en su interior sentia una pena profunda que lo atormentaba; cuando aquel le refirió lo ocurrido la víspera con Silvio le dijo:

—Ya conoce usted, Federico, que el mal es irremediable; usted tiene la culpa en haberse franqueado con su amigo de una manera tan esplícita.

—Tiene remedio, esclamó Federico, porque haré comprender á Belen que Silvio me ha calumniado con una intencion torcida.

—Me estraña mucho, amigo mio, oir hablar á usted así, pues no hace dos meses que discurria usted de muy distinta manera.

—Es verdad, pero han pasado para mí tantos sucesos en dos meses que no debe usted estrañar el cambio de mis ideas.

—Muy repentino lo encuentro, apesar de todo lo que usted me dice.

—Fué la impresion de un momento de crísis; mi alma habia sufrido muchos desengaños y un rayo de luz la iluminó; oí la voz de la razon, de los años y de la esperiencia que me hizo conocer cuan estraviado estaba en mi modo de pensar. Amo á Belen y no puedo vivir sin ella.

—¿Quiere usted por ventura exijirme que renuncie á un amor que he labrado en muchos años, hoy que he visto realizada mi esperanza?

—Tengo la conviccion de que se casa usted con Belen porque estima sus prendas en lo que valen.

—No, esclamó don Antonio interrumpiéndole; me caso con Belen porque la amo; ¿cree usted acaso que debajo de esta cabeza gris no hay un corazon que palpita todavia con toda la fuerza de los primeros años? ¡Ah! se equivoca usted. ¡Debajo de una montaña cubierta de nieve se esconde un volcan!...... ¡No, no! ¡no renunciaré á Belen porque la amo como un niño!

—Belen no puede amar á usted; mentiria al pronunciar su juramento.

—El juramento que pronuncie ante el altar lo ha pronunciado ya ante Dios: lo guardo en mi corazon.

—Será usted infeliz con ella porque me ama; en el desprecio que ayer me manifestó por las palabras de Silvio habia mucho amor; ¡oh! si no me amara ¿qué le importaria mi modo de pensar relativamente á las mujeres? Piénselo usted bien, don Antonio; esa mujer me pertenece; hace dos dias que le declaré mi pasion y temblaba; sí, sí, me ama y será mia aunque el mundo se interponga entre los dos.

Don Antonio se habia quedado inmóvil al oir las últimas frases de Federico; pero volviendo en sí un instante despues corrió á la estancia de Belen y la trajo de la mano; la palidez de su rostro revelaba el miedo que tenia al resultado de la determinacion que iba á tomar; Belen retrocedió dos pasos al ver á Federico, pero don Antonio, usando del tono afable que le era natural, le dijo:

—Federico sabe que Silvio lo ha calumniado para hacerse lugar á tus ojos y desea sincerarse; con ese objeto te traigo.

Belen se estremeció; don Antonio, confiado sin duda en el compromiso de la jóven se colocó en segundo término y con los brazos cruzados se preparó á escuchar sus palabras.

Federico dijo algo conmovido:

—Agradezco á don Antonio el paso que acaba de dar porque no podia conformarme con aparecer tan miserable á los ojos de usted, Belen, á quien amo con todo mi corazon.

—Federico, ya nada puedo oir porque tengo que guardar puro el nombre que voy á llevar; ya no pertenezco al mundo. Nadie tiene derecho á turbar la tranquilidad de mi alma.

—Yo la turbaré porque no puedo consentir en que usted me abandone por una acusacion injusta; desprecio el oro que don Antonio ofrecia á usted; trabajaré, Belen, para los dos, y seremos felices como si nadáramos en la abundancia.

—No pretenda usted por un mero capricho que olvide el cumplimiento de mis deberes.

—¿Capricho? ¡no! Dios con su manto cubre á las almas que se quieren; ¿quién puede romper el lazo que las une?

—El deber rompe todo lazo; por él debo sacrificarme.

—¿Sacrificio? ¡oh! esa palabra vende á usted, Belen.

—Federico, esclamó esta haciéndose superior á la lucha que sostenia, olvídeme usted, salga de esta casa para siempre.

—¡Es imposible!

—¿No vé usted que no tengo fuerzas para sostener este combate?

Y las lágrimas saltaron de sus ojos; volvióse y al ver á don Antonio inmóvil se arrojó en sus brazos dando un grito:

—¡Sálveme usted! ¡Perdon por mi estravio! yo sabré cumplir......

—¡No! esclamó don Antonio; acabas de abrirme tu corazon y he leido en él; Federico, estime usted en lo que vale el sacrificio mio.

Y cojiendo las manos de los dos jóvenes las unió mirando al cielo; despues de un momento dijo:

—Sean ustedes felices.

—¡Ah! ¡qué emocion! dijo Federico.

—¡Qué ventura! esclamó la jóven casi entre dientes.

—Serán ustedes mis hijos y gozaré con la dicha de verlos contentos.

—¿Con qué puedo pagar á usted esta deuda de gratitud? preguntó la jóven escesivamente conmovida.

—Con tu cariño.

Doña Carlota entró en aquel momento y al saber lo que pasaba, al ver irradiar en la frente de su hija el contento, abrazó á los tres ebria de felicidad.

XIV.

El lector no necesita saber mas.

Federico se casó con Belen y hoy asegura á todo el mundo que es completamente feliz con una mujer que adora en él y que le ha dado un vástago que forma todas los encantos de su vida, que le

ha devuelto sus ilusiones y que lo anima á trabajar para sembrar de goces su porvenir.

Federico ha conocido su error sobre la belleza y cree como Mad. Lambert que el hombre no debe casarse por la impresion de la vista y sin reflexionar; la hermosura y la fealdad llegan á ser lo mismo, pues ambas disminuyen con el hábito de verlas. Cuando se juzga por las cualidades del corazon poco importa lo demás.

Se ha reconciliado con Silvio que pidió perdon á Belen, confesándole las intenciones que le dictaron su acusacion contra él.

Don Antonio se convenció al cabo de que la vida tiene sus épocas y de que su amor era *estemporáneo*: en la bondad de su alma quiere á los dos jóvenes como si fueran sus hijos, y los ha nombrado herederos de su cuantiosa fortuna.

Doña Carlota es feliz: ¿cómo no ha de serlo siéndolo su hija?

¡Ah! el ejemplo de Federico es una gran leccion para la humanidad; él ha aprendido que el dinero y la hermosura no realizan los sueños del corazon.

La felicidad es una nube que pasa y vá á descargar donde, cuando y como quiere.

HISTORIA SESTA.

VIRGINIA.

RELACION DEL COMERCIANTE.

VIRGINIA.

I.

¡Cómo malgasta la juventud el tiempo y el dinero!

El tiempo y el dinero son sinónimos para los hombres de negocios.

Una hora empleada en perseguir una mujer es la pérdida de una idea lucrativa.

Una noche de baile ó de fiesta es un insomnio desperdiciado en el cual podia consultarse con la almohada una operacion comercial que sirviera de base para una fortuna.

Un dia de campo es una *resta* de la suma del

precioso capital que la Providencia nos dá con el nombre de *tiempo*.

Una semana en una partida de placer es una bancarrota.

Una vida entregada á las orgias y á los mentidos placeres mundanales es un crímen.

El trabajo es el filon de una mina productiva.

Sentados estos principios, voy á hacer el sacrificio de acompañar á mis lectores á un baile de máscaras en el Teatro Real de Madrid.

Estamos en el Carnaval de 1856.

La mayor parte de mis lectores no habrán visto el Teatro Real de Madrid, pero no importa: es un salon magnífico con muchas luces y muchos adornos y sobretodo con mucha gente.

He aqui lo que hace al caso. Entre esa mucha gente que se codea y se empuja y se pisa, haciéndose la ilusion de que se divierte, vamos á seguir á un jóven que retrata en su semblante un interés particular por la fiesta: busca algo y cualquiera diria al ver la avidez con que sus ojos quieren penetrar por entre los antifaces que es un celoso persiguiendo á su amada para sorprenderla *in fraganti*.

Sin embargo, Narciso Pimentel no vá disfrazado; es un jóven de veintiseis años, de aventajada estatura, de hermosa presencia y de maneras elegantes.

Despues de una hora de inútiles pesquisas,

cansado de buscar lo que no encontraba, se sentó en las banquetas delante de un palco vacio; casi al mismo tiempo entraron en este dos damas perfectamente envueltas en dominós negros de seda; Narciso ni siquiera se dignó mirarlas, pero ellas no separaron de él la vista.

Un grupo que pasaba por delante del jóven le hizo levantar la cabeza; la bulla que movia ahogó por un momento la algazara de los concurrentes y el estrépito de la música.

Un centenar de personas se unieron al grupo para disfrutar de las ocurrencias oportunas de una máscara que iba diciendo la buenaventura á todos los que se le acercaban. El interés habia crecido porque la máscara vestida de *gitana* que conocia á todas las gentes de viso que llenaban el salon habia dicho grandes verdades, sacando los colores á la cara á mas de un señoron encopetado. Los jóvenes, animados con el ingenio de la gitana, se disputaban el honor de darle el brazo, pero ella se habia negado diciendo que buscaba á su caballero.

La elegancia del talle, sus hermosas formas y su pié tropical acabaron de encender á la juventud, arrastrándola en pos del interés que produce el misterio de una hermosura que se adivina; formábanse mil comentarios, y unos la levantaban á la altura de las primeras damas de la corte mientras que otros aseguraban que era simplemente una aventurera; pero de cualquier modo se veia

perseguida por esa multitud de mozalvetes y calaveras que van á un baile de máscaras en busca de emociones y de conquistas.

La gitana se paró delante de Narciso que estaba con el codo apoyado en el antepecho del palco; pero su presencia no consiguió hacerlo variar de postura.

—He aquí un filósofo, dijo la gitana señalándolo con el dedo; Diójenes buscaba un hombre y este busca una mujer en un mundo alborotado, pero no vé que trae apagada la linterna.

Una carcajada general acogió la ocurrencia de la gitana; Narciso se puso en pié, ya para defenderse de la burla de todos, ya porque aquellas palabras encerraban un secreto que para él no debia serlo.

Su evolucion hizo correr á la gitana y le impidió ver que esta al separarse habia dejado caer dentro de su sombrero, que estaba sobre la banqueta, el ramillete de flores que llevaba en la mano.

Antes que Narciso se hubiera sentado la mano de uno de los dominós negros del palco cruzó por encima del antepecho y se apoderó del ramillete; cuando el jóven se sentó ya la máscara, con esa perspicacia de la mujer, habia registrado las flores para sacar de entre ellas un papel.

Volvió la espalda á la platea para que no pudieran sorprenderla y abriendo el billete leyó estas

palabras escritas con lapiz en la hoja de una cartera:

"Lo que buscas está en el salon: no seas ciego; ponte en pié y anda si quieres realizar tu sueño."

Las manos de la máscara temblaban convulsivamente; dobló el papel y volviendo á colocarlo en el ramillete lo entregó á su compañera, diciéndole al oido:

—Toma, Cármen.

—¿Qué dice ese papel, Virginia?

—Narciso es un infame: me engaña.

La llamada Cármen aprovechó un momento en que Narciso estaba distraido para esconder otra vez el ramillete en el sombrero: al ver que se prolongaba su enagenacion, le tocó en el hombro y le dijo:

—¿Parece que el baile no te ofrece muchos atractivos?

—Ningunos, respondió el jóven volviendo la cabeza para mirar á la que le interpelaba.

—¿Porqué no te vas á la cama?

—Porque espero.

—¿Vives de la esperanza? ¡dichoso tú! Sin embargo esa gitana te ha entregado un despojo del cual no quieres aprovecharte.

—No te entiendo, máscara.

—Busca, añadió Cármen riéndose y tomando el tono de la gitana.

—¿En donde?

—En tu cabeza.

—Estás de buen humor.

—Si no tienes cabeza busca en el sombrero.

Narciso miró maquinalmente dentro de este y apoderándose del ramo miró con fijeza á la dama del dominó negro.

—No he sido yo, dijo esta, sino la gitana quien te ha hecho ese presente; cuidado no esten echizadas las flores y lleven en su centro algun veneno.

No habia concluido de decir estas palabras cuando Ñarciso tropezando con el billete y leyéndolo rápidamente se levantó como un rayo para subirse encima de la banqueta y dominar el salon; al distinguir cerca de la orquesta la oleada de gente que seguia á la gitana corrió á incorporarse á ella.

En el momento se puso en pié la máscara que habia leido el billete, esclamando:

—Ven, Cármen; ese hombre es un miserable.

—Cuidado, Virginia; puedé comprender Narciso que lo vamos siguiendo.

Y salieron del palco para presentarse en la sala, colocándose á alguna distancia de Pimentel.

Apenas llegó este cerca de la gitana se abrió paso con los codos sin detenerse á considerar que faltaba á las conveniencias sociales, y merced á tan poderosos auxiliares se encontró cara á cara con la máscara, que al verlo esclamó:

—He aquí á Diójenes con levita que al fin sale de su inercia; ¿á que adivino lo que buscas en el salon?

—Dame el brazo, dijo Narciso apoderándose del de la gitana y apoyándolo en el suyo.

—No es corto de genio, esclamó la máscara sin rechazar la accion atrevida del jóven.

—Sígueme, dijo este con cierto tono de imperio.

—¡Que la suelte! gritaron algunos, incomodados al comprender que les quitaban el objeto de su diversion.

— ¡Paso! esclamó Narciso.

—¡Qué altaneria! añadió uno.

—Señores, dijo la gitana adelantándose; yo tambien como Diójenes buscaba un hombre y lo he encontrado; he aquí á mi caballero. Paso á la gitana!

A su voz todos se separaron, mirándose con asombro y envidiando acaso la fortuna del jóven que habia cautivado á tan deliciosa criatura.

Narciso y la máscara salieron del salon, cruzaron el corredor, bajaron una escalera y al entrar en el ambigú, sentáronse á una mesa: todo esto como impulsados por una misma idea, pero sin hablarse una palabra, ni comunicarse una idea; el contacto del brazo de Narciso parecia haber quitado su locuacidad á la gitana: la transformacion fué notable.

Detras de ellos entraron en el ambigú las dos

máscaras envueltas en sus dominós negros; pero la una arrastraba á la otra que sentia flaquear sus piernas; solo quedaba vacia una mesa enfrente de la de Narciso y la ocuparon; podian desde allí ver pero no oir, lo cual las inquietaba.

Narciso esperó que la gitana se quitase la careta pâra conocerla, pero esta tomando un vaso de agua descubrió para beberlo solo la boca y la barba.

Aquella barba y aquella boca con dos magníficas hileras de dientes blanquísimos hubieran animado á cualquier hombre, pero Pimentel permaneció impasible.

La máscara que conocemos con el nombre de Virginia, al ver aquella boca tan fresca y aquel cútis tan delicado, se envolvió mas en su capuchon y comprimió la mano de su amiga.

—¿No piensas dejarme ver el rostro? preguntó Narciso á la gitana.

—¿Aquí? ¿estás loco?

—¿Tienes miedo?

—Puede ser.

—¿Me conoces, máscara?

—Creo que Narciso Pimentel ha venido esta noche al baile atraido por una cita misteriosa.

— Es verdad.

—El billete de esta mañana era de la misma letra que el que acabas de encontrar en tu sombrero.

—¿Entonces has sido tú?......

—¿Dudas todavia?

—No; ¿puedo saber quién eres?

—Una gitana.

—Déjate de chanzas porque estoy en ascuas; me hablas de la realizacion de mi sueño y dudo que tu talento sibilítico alcance á leer en mi interior.

—¡Qué cándido eres! Estás en vísperas de casarte con una mujer que fué hermosa, pero que aparece hoy á tus ojos deslumbradora por su dinero y su posicion, y quieres enlazarte siendo antes diputado para valer algo á sus ojos.

—¡Diablo! ¿quién eres tú?

—Acabas de decirlo en tu esclamacion: el diablo disfrazado de gitana.

—¿Te conozco yo?

—Me ves todos los dias.

—¿En dónde?

—En el mundo.

—Estás misteriosa.

—Soy un enigma; y sin embargo, las mujeres cuando llevamos esta careta artificial es cuando solemos decir la verdad.

—Creo que nunca.

—¿Si soy hermosa te atreverás á amarme?

—¿No acabas de decir que me caso pronto?

—Eso no importa: si Virginia te ama yo tambien; ella puede ofrecerte dinero, pero yo realizaré tus deseos y ¿quién sabe hasta donde te elevaré con mi amor?

—Me estás dando una verdadera broma de Carnaval.

—Exíjeme pruebas y te convencerás.

—Enséñame la cara.

—Aquí no puede ser; me conoce todo el mundo.

—Salgamos del teatro.

—Seria peligroso; ven, y en el corredor me quitaré la careta.

—Vamos, dijo Narciso levantándose de improviso y arrojando un doblon sobre la mesa para pagar la cena que no habian tocado.

Cuando entraron en el corredor la gitana se quitó la careta, presentando á Narciso un rostro peregrino; pero él, retrocediendo un paso, esclamó:

—¡Estela!

—¡Silencio! dijo ella; nadie debe saber que he venido esta noche al Teatro Real.

—¿Adónde nos veremos?

—En mi casa, mañana á las tres de la tarde.

Narciso y la gitana volvieron al salon.

Las dos damas de dominos negros habian penetrado en el corredor detrás de Narciso y vieron el rostro de la gitana, aunque muy de prisa porque ella lo cubrió al sentir sus pasos.

—Yo conozco esa cara, dijo Virginia.

—Tambien me parece que la he visto mas de una vez; y no puede negarse que es bonita.

—¡Oh! ¡sí! ¡muy bonita! esclamó aquella con acento de dolor. ¡Qué desengaño! La mano anóni-

ma que me escribió esta mañana no mintió al anunciarme que Narciso vendria al baile citado por una mujer.

—¡Qué maldad!

—¡No! agradezco el aviso porque me enseña á conocer al hombre á quien iba á ligarme para siempre; á las once se marchó de casa pretestando que le dolia la cabeza.

Una hora despues habian desaparecido del baile las cuatro personas que el lector ha visto en el salon.

Narciso, despues de acompañar á Estela hasta su carruage, se embozó en la capa y apretó el paso, diciendo:

—La fortuna parece que me sonríe; con Virginia desafiaré las tempestades de la vida; con Estela escalaré el poder. Colocado entre dos mujeres que no amo el porvenir es mio.

II.

Por si el lector es curioso, y el lector lo es siempre, voy á decir cuatro palabras sobre los cuatro individuos del salon del baile, quitando las caretas de sus rostros para conocerlos bien.

Narciso Pimentel, á quien he presentado con la cara descubierta, era sin embargo el que llevaba una máscara mas impenetrable; para él la vida era un perpétuo Carnaval, pues arrastraba una de esas existencias inverosímiles tan comunes en la corte, donde nadie pregunta al que gasta mucho de qué mina se surte para sus ostentaciones.

Narciso alternaba con la alta sociedad, montaba soberbios caballos, arrastraba trenes lujosos, vestia con todo el rigorismo de *la dernière*, comia en casa de Lhardy y estaba abonado á los teatros; nadie conocia el capital que daba abasto á tan ruinosas necesidades, y el capital no era otro que el tapete de una mesa de juego; los que le veian jugar decian que despreciaba el dinero, y nunca llegaron á comprender que el azar le favorecia demasiado, siendo la base de aquella fortuna.

Nadie leia en la impasibilidad de su rostro la lucha que estaba sosteniendo con la suerte, porque Narciso era avaro en estremo y hacia un sacrificio inmenso al derrochar sus ganancias; su prodigalidad era una semilla que sembraba en terreno fértil para cojer despues el fruto.

Y el fruto estaba ya maduro, segun su manera de ver.

Narciso habia conocido en los salones á Virginia, y con su buen ojo comprendió al momento que debia avasallarla para sentar sólidamente su fortuna.

Virginia era un sol poniente; traia tras de sí una reputacion colosal de belleza que aun conservaba en los rasgos de su fisonomia y en sus formas bien torneadas. Virginia rayaba en los cuarenta años y al ver acercarse esa época se desesperaba, luchando heróicamente por detener los crepúsculos que asomaban en forma de canas y de arrugas.

Virginia era una mujer hermosa que cautivaba al mismo tiempo por su trato y su talento; heredera de una fortuna respetable y descendiente de una familia ilustre se habia visto perseguida por ese turbion de adoradores que rodea á las mujeres hermosas y ricas, lastimando sus oidos con las lisonjas, y sus ojos con el incienso que perpétuamente queman en su presencia. Desconfiando de todos los hombres ó creyéndose en muy alto puesto para descender habia dejado escapar los años de su juventud desvanecida y halagada, y cuando llegó un hombre á interesarla sucedió lo que generalmente sucede: que su eleccion no fué acertada.

Narciso no era capaz de amar á ninguna mujer; para él en el mundo solo el dinero tenia atractivos; así es que la ternura y los obsequios que prodigó á Virginia no fueron mas que medios estudiados para rendirla.

Y lo consiguió hasta el punto de trastornar la razon de aquella mujer que le ofreció su mano, sin considerar la diferencia de edad, ni averiguar los

antecedentes del hombre á quien iba á sacrificarlo todo.

Próximo ya el dia de ventura para Narciso, desvelábase este en su ambicion por cubrir su verdadero estado con un oropel social: ambicionaba salir diputado, es decir, queria ser todo y nada á la vez, y para conseguirlo habia puesto en juego las relaciones de las infinitas personas que lo trataban en la corte sin conocerlo.

Y en casa de uno de los hombres de mas viso y mas notables que lo protejian en su candidatura habia conocido Estela á Narciso Pimentel.

Estela era simplemente una bailarina de la compañía del Teatro Real, que estaba haciendo furor por su belleza, por su gracia y habilidad en el llamado arte coreográfico y sobretodo por su favoritismo con el personaje citado que era la palanca secreta del gabinete.

Estela concibió una pasion por Narciso que este no comprendió, ageno á las intrigas del amor; necesitando abrirle los ojos quiso utilizar su valer en pro de su pretension y le escribió el billete que llevó al jóven al baile de máscaras; y sabiendo sus relaciones con Virginia envió á ésta otro anónimo, segura de que los celos la llevarian al baile y viendo á su amante con una rival romperia aquel matrimonio que le estorbaba para sus miras ulteriores.

Lo que Estela habia meditado sucedió, segun

los lectores han podido ver; Narciso fué arrastrado por las palabras misteriosas del billete y al encontrarse con Estela comprendió al vuelo cuanto podia servirle aquella mujer con su influencia poderosa.

Virginia se exaltó al leer el anónimo, pero abrigando el recelo se disfrazó con Cármen, amiga de toda su confianza, para sorprender á su futuro en la intriga que le anunciaban.

Ahora que todos nos conocemos continúo mi historia, sin temor de que me interrumpan para pedirme detalles de las cuatro personas de quienes al empezar este capítulo dije que iba á consignar cuatro palabras.

III

Los lectores van á conocer á otro personage que ó no asistió al baile de máscaras del Teatro Real ó se nos oscureció entre la multitud que llenaba los salones.

Don Gustavo Giron era un jóven de treinta años, de aspecto agradable, comunicativo, audaz hasta lo sumo y que representó una parte muy activa en las Cortes Constituyentes que brotaron al

calor de la revolucion de julio de 1854 y que se sostenian aun en la época en que empieza mi historia; Giron, apoyado por su osadia y por el valimiento que á poca costa adquirió en las jornadas de Madrid, habia logrado que la provincia de Búrgos, su suelo natal, apoyara su candidatura.

Despues, sus discursos, sembrados de ideas mas atrevidas que sólidas, hicieron que la atencion se fijara en él, llegando á ser lo que en política se llama un hombre importante.

Giron ambicionando subir no se paraba en los medios, siendo de aquellos hombres públicos que profesan la doctrina de que todos son buenos para escalar el poder; tenia que pararse mas en este particular porque no contaba con bienes de fortuna.

Usando de la estrategia parlamentaria se habia hecho lugar y su actitud no habia dejado de inspirar algun temor al gabinete; conocia á Narciso Pimentel y le profesaba afecto, pero ese afecto de los hombres públicos que no puede quilatarse por los apretones de manos espresivos ó por palabras de interés que no son mas que palabras.

Giron habia presentado á Narciso en casa del personage incógnito de quien Estela era favorita, recomendàndolo para las nuevas elecciones que debian hacerse en un distrito vacante por muerte del diputado electo.

En aquella casa habia conocido Estela á Nar-

ciso, y comprendiendo Gustavo Giron por las preguntas de aquella que le interesaba el candidato se prestó á apoyar las pretensiones para que viendo á la bailarina se distrajera algun tiempo con sus relaciones, dándole un resultado que lo desvelaba.

Porque Giron que conocia á Virginia habia concebido esperanzas de desbancar á su amigo, deslumbrándola con el prestigio de su popularidad que es siempre un aliciente poderoso para las mujeres.

Virginia, comprometida ya con Pimentel, no se habia fijado en los obsequios de Giron que acep taba con el carácter de amigo de su amante, pero sin comprender que llevasen una idea que entonces no cabia en su mente y mucho menos en su corazon; pero su amabilidad daba alas á la traicion de Gustavo que ya por su demasiada presuncion, ya porque no sabia distinguir en el trato, no perdonaba medio para conquistar á Virginia, cuyos bienes podian servirle de gran base para adquirir una posicion respetable.

Sabiendo por Estela que Gustavo Giron habia ido al baile citado por ella, fué á casa de su amigo, á quien encontró levantándose:

— Adios, compañero, le dijo.

—¡Compañero! ¿Se burla usted, Gustavo?

—No sea usted cándido; cuando se solicita una cosa es preciso acostumbrarse con tiempo á sus consecuencias.

—Mi solicitud me desvela.

—Parece que no madruga usted mucho para seguir las huellas á la fortuna, que corre mucho en poco tiempo, y en perdiéndole una vez la pista no se vuelve á tropezar con ella.

—No descanso; recuperaba lo perdido pues anoche estuve hasta muy tarde en el baile de máscaras; y puedo asegurar á usted que no se desperdició la noche.

— ¡Ba! alguna intriguilla de colegial; no hará usted carrera, amigo mio, si todavia las mujeres lo desvelan.

— Se equivoca usted; es verdad que median faldas en el asunto, pero no soy hombre capaz de perder mi tiempo con una mujer simplemente por los atractivos de su belleza: busco siempre en ellas algo de provecho.

—Es usted con el sexo mas tirante que yo, pues apesar de lo que he dicho, todavia me arrepiento de algunos arrebatos.

—Ya sabe usted cual es mi idea fija.

— ¡Oh, sí!

—Pues bien, tropecé anoche con la fortuna disfrazada de gitana.

—Eso anuncia una *buena ventura.*

— Ese juego de palabras es exactísimo.

—Ya comprendo; encontró usted allí á la marquesa del Alamo, fresca todavia, que cree tener grande influencia con los prohombres de la situacion.

—¡Quiá! mi máscara vale mas que la marquesa del Alamo.

—¿Seria la prima del ministro?

—Vale mucho mas.

—¡Demonio! ¿quién es esa ninfa de tanto valimiento?

—¿Quién ha de ser? Estela.

—¡Hola! ¿la bailarina? Si hubiera usted logrado conquistarla podia cantar victoria.

—Confio en la discrecion de usted y no quiero ser reservado para que me aconseje.

—Cuente usted conmigo para todo.

—Con mucho gusto; recibí una cita misteriosa y topé con Estela en el salon.

—Es usted un monstruo de suerte; como hombre y como pretendiente envidio esa venturosa conquista.

—Lo creo.

—Estoy seguro de que la máquina que llaman mundo está movida por la mano de una mujer. No desperdicie usted la ócasion porque se halla en camino de subir mucho valiéndose de esa escalera que le facilita sus peldaños.

—Con permiso de usted voy á vestirme porque á las tres me aguarda en su casa.

—La fortuna, amigo mio, cobija á usted hoy con alas de algodon, pero apesar de la apariencia lo llevarán al pináculo. Terpsícore impera hoy porque ha rendido con sus piruetas al mismo Marte.

Hasta luego, pues la representacion nacional me reclama: van á dar las dos.

El diputado presente y el diputado futuro se separaron alimentando sus sueños de fortuna: sueños que tenian por base los piés de una bailarina.

IV.

Al pisar Narciso la alfombra del salon de la casa de Estela creyó que se habia equivocado, pues no podia creer, apesar del favoritismo de que gozaba, que aquellos magníficos sillones y mesas, aquellas molduras doradas, aquella profusion de vasos y adornos de china fueran el mueblage de una bailarina.

Encojióse de hombros asombrado y se dejó caer en un divan de terciopelo, acercándose á la chimenea en la que ardian gruesos troncos. No tardó cinco minutos en presentarse Estela pudorosamente envuelta en una bata de cachemir que dibujaba sus soberbias formas, aquellas formas que por la noche entusiasmaban al público, presentadas demasiado al natural.

Estela estaba bellísima con su traje oriental, pero Narciso no se conmovió: no parecia sino que

aquel hombre no tenia una fibra sensible para las mujeres, segun la indiferencia con que las contemplaba. ¡Narciso era hombre de talento!

Aceptó la mano que ella le presentaba, sin corresponder con inteligencia á la presion que le abria el camino de la confianza.

Sentados los dos en el mismo divan dijo ella:

—Estoy segura, señor de Pimentel, que no formará usted buen concepto de mí porque le he dado una cita en mi casa.

—Me creo dichoso, Estela, con el favor que he merecido.

—Me parece, sin embargo, que es usted un hombre tan entregado á la política que no cabe en su corazon otro amor que el de la ambicion.

—Es verdad que soy ambicioso, pero por una mujer como usted olvido todo, dijo Narciso haciendo un esfuerzo por ser galante.

—Perdone usted mi estravio, pero no he podido hacerme superior á una impresion que hace dias me domina; Narciso, amó á usted y no temo decirlo porque para mí las leyes sociales no tienen la importancia que el mundo quiere darles.

—Yo tambien estoy dispuesto á amar á usted, esclamó el jóven con un fuego estraño á su organizacion, fuego que sin duda era impulsado por haber visto en aquella confesion de Estela asegurado su pensamiento.

—Acaso, continuó la bailarina procurando apa-

recer pudorosa, sea verdad lo que usted me dice, pero debo dudarlo porque he aprendido á desconfiar de los hombres.

—De mí no debe usted dudar.

—Sé que la ambicion domina á usted y sé que se desvive ahora por ser diputado; pues bien: aseguro á usted su eleccion porque tengo medios para obtener el triunfo.

—Cuento con la proteccion de usted, Estela.

—Para ello es preciso que reciba una prueba de cariño, un sacrificio por parte de usted que me acredite que soy algo á sus ojos.

—No tema usted decírmelo porque estoy pronto á todo.

—?No dudará usted?

—¿Dudar yo? ¡Imposible!

—Narciso, sé que debe usted casarse con Virginia; cuando se ama de veras no se consiente la existencia de una rival.

—¿Qué dice usted? preguntó Narciso como herido por un rayo.

—Digo que para corresponder al amor que abrigo en mi alma es necesario que rompa usted su matrimonio con Virginia; es una consecuencia inmediata: ó ella ó yo.

Tan asombrado quedó el jóven con la exijencia de Estela que no pudo en algunos segundos contestar, ni casi darse cuenta de lo que por él pasaba.

La bailarina comprendió al momento el motivo de la vacilacion de Pimentel y herida en su amor propio, no queriendo romper el silencio en que aquel se habia encerrado, se puso á morder los cordones de seda de su bata, desflecándolos sin piedad, sin saber acaso lo que hacia.

Viendo que trascurrian los instantes y que Narciso ó no queria ó no se atrevia á hablar, hizo un esfuerzo y dijo:

— ¿Parece que ha sorprendido á usted mi proposicion, señor de Pimentel?

—No por cierto, contestó el jóven, pero estaba pensando en las consecuencias de una campanada tan ruidosa como la que se daria con el rompimiento de mi matrimonio, del cual tiene conocimiento todo Madrid.

—Mas en mi abono para exijir á usted ese sacrificio, pues no podria tolerar que todo Madrid viese en mi amante al futuro de otra mujer.

—Es verdad; usted conoce, sin embargo, Estela, que necesito algun tiempo para buscar un medio decoroso; y ofrezco á usted buscarlo pronto. Creo que fiará usted en mi palabra.

— Debo fiarme.

—Aquí tiene usted una nota que es preciso poner en circulacion porque no hay tiempo que perder; el dia de la eleccion se acerca.

—Será usted servido, señor diputado, dijo Estela con una sonrisa graciosa que hubiera estremeci-

do á cualquier hombre que no fuera Narciso Pimentel.

Comprendiendo que nada adelantaria y creyendo cumplida su mision salió, estampando un beso en la mano de la ninfa coreográfica.

Cuando Narciso puso el pié en la calle comprendió todo lo triste de su posicion: se veia obligado á optar como Páris entre las dos mujeres: una le ofrecia la posicion social y otra la riqueza; la eleccion para un avaro no era dudosa, pero sí para un avaro ambicioso que necesitaba de las dos.

En cuanto á Estela, apenas salió Narciso, dió con su diminuto pié un fuerte golpe en la puerta que se cerró con estrépito, y echando á la chimenea la nota que el jóven le habia dado esclamó con ira:

—¡Bien empleado me está! me veo obsequiada, perseguida por muchos hombres que se disputan una mirada mia y me dejo impresionar por un miserable que ni siquiera ha reparado en mi belleza......... ¡Oh! romperé ese matrimonio, porque ya no es mi amor quien lo desea: es mi amor propio quien lo exije. Lo subyugaré y para contentarlo daremos un poco de cebo á su ambicion...... Pero no ahora: despues que el mundo sepa mi triunfo.

Estela escribió una carta al diputado Giron y mandó á un criado que la llevase en seguida á su destino.

V.

Virginia nos espera; no necesito esforzarme mucho para que el lector comprenda cuan angustiosa seria su situacion despues de haber visto lo ocurrido en el baile del Teatro Real que ponia palpable la traicion del hombre que debia enlazarse con ella para siempre. Los esfuerzos de su buena amiga Cármen para calmarla en su desesperacion fueron inútiles; Narciso con su conducta habia herido no solo el profundo amor que ella le profesaba sino tambien su orgullo.

Y el orgullo de una mujer cuando vé ponerse el astro de su belleza es muy susceptible; el terreno que pierde le hace abrir los ojos para observar donde pone el pié; teme una caida á cada paso aunque no lo confiesa; el espejo la engaña, pero recuerda la frescura de su cútis que vá desapareciendo, como desaparece el matiz de la rosa al dia siguiente que abre á los rayos del sol, y vé reflejada esa frescura en las purpúreas mejillas de una rival.

¡Oh! debe ser espantoso para la imajinacion de la mujer el anuncio de su derrota, sobretodo cuando todavia vive de esperanzas y sueña con

las ilusiones; ella no puede como Josué detener el curso al sol para seguir peleando, y debe contemplar con horror á la juventud que la empuja y que deslumbra con las gracias que ella ostentaba ayer.

Virginia tenia en el corazon todo el fuego de los primeros años, porque no lo habia gastado en las luchas poderosas del amor, y cuando el corazon se siente lleno de vida, niño todavia para las pasiones, es triste contemplar que el tiempo implacable marchita en el rostro esos atractivos que son los que seducen, los que inflaman el alma de la persona que se quiere.

Al abrir su corazon á las impresiones del amor comprendió que habia perdido un tiempo precioso que se vá para no volver, llevándose los encantos; comprendió tambien que desvanecida con las lisonjas no habia pensado en que sus admiradores la abandonarian el dia que llegase la noche de la belleza, esa noche que empieza á asomar con sus crepúsculos vespertinos desde que la mujer cumple los treinta años.

Y entonces le amenaza la solteria con todos sus horrores si no tiene otros encantos *positivos*: las riquezas de Virginia atrajeron á su alrededor á esos hombres *pensadores* que buscan en el matrimonio el dia de mañana, sin acordarse de que esa prosperidad futura ha de traer consigo la exijencia de soportar á una mujer cuya belleza ya poniente ha de haber desaparecido del todo.

Virginia era á la sazon una mujer hermosa, pero con esa hermosura que se despide y que anuncia como la flor de la tarde que al dia siguiente ha de amanecer marchita y que pronto se deshojará.

Narciso Pimentel y Gustavo Giron eran dos hombres de los que antes indiqué; buscaban en Virginia á la mujer de hoy sin tener presente el dia despues, seguros de que el empleo de su capital no les dejaria tiempo para pensar en si las arrugas se presentaban demasiado descaradas en el rostro de su esposa.

Virginia amaba á Narciso y se habia forjado la idea de la felicidad en unirse á él, convencida de que la posicion desahogada en que lo colocaba sostendria siempre la ilusion de su cariño.

Ahora se comprenderá el terrible golpe que habia sufrido al ver á su futuro en una intriga de máscaras con una mujer mas jóven y mas hermosa que ella.

Cármen le dió consejos y quiso convencerla de que acaso la gitana estaria ligada á Narciso por otro vínculo que el del amor, pero Virginia sentia en su corazon una inquietud que era mas que despecho: eran celos fundados.

Todo el dia lo pasó esperando á Narciso, sin formar plan alguno para recibirlo; queria obrar espontáneamente para no engañarse, pues estaba segura de que el corazon cuando se deja llevar de sus impulsos vá siempre adonde debe ir.

A las ocho de la noche entró Pimentel y al verlo sintió Virginia que una nube oscurecia sus ojos: era la sangre que la ahogaba; apesar de que habia llorado mucho, y á su edad las lágrimas dejan una huella fatal en el rostro, el jóven nada notó, indiferente siempre á la cara de las mujeres.

Virginia apoyó la mano en la mejilla y lo miró fijamente, pero él estaba preocupado; trascurridos algunos segundos, dijo ella:

—Vienes muy silencioso.

—Sabes que hablo siempre muy poco.

— ¿Y pretendes ser diputado? preguntó ella haciendo un esfuerzo para aparecer risueña.

—¡Diputado! esclamó Narciso creyendo que aquellas palabras encerraban una indirecta alusiva á Estela.

—Sí; ¿no me has dicho que trabajas para conseguirlo?

— Y creo ahora mas que nunca que lo conseguiré.

—Eres tan reservado conmigo que nada me cuentas; me parece que debias......

—Estos asuntos son poco agradables para las mujeres, dijo el jóven interrumpiendo la frase.

—Nada que se refiera á tí puede serme indiferente.

—Te agradezco ese interés, al cual correspondo como mereces.

—Sin embargo, no has venido en todo el dia y te aguardaba con impaciencia.

—Me levanté tarde.

—¿Pasaste mala noche?

—No: dormí muy bien.

Cuando Virginia alzó la cabeza para mirar fijamente á Narciso, sorprendida del descaro con que mentia, halló los ojos de este que la estaban observando con demasiada detencion.

Los dos bajaron los ojos al mismo tiempo no pudiendo sostener el choque de sus miradas traidoras.

La mentira avergüenza siempre á la conciencia.

—Se me figura, Narciso, dijo ella, que vienes preocupado; noto en tí una vaguedad estraña......

—Puede ser, contestó él sin atreverse todavia á mirarla de frente; mi diputacion me trae á mal traer; los hombres públicos no nos pertenecemos.

—Es verdad; y los hombres públicos tampoco pertenecen á las mujeres; sea porque nos tienen en muy poco ó porque la ambicion absorve sus sentidos.

—No diré que la ambicion......

—Los hombres públicos debieran optar para no hacer víctima de un engaño á la mujer.

—¿Optar? preguntó Pimentel con asombro.

—Sí; las mujeres agradecemos la franqueza y preferimos que nos desengañen á tiempo á ser torpemente juguetes de un capricho......

—Señora, esclamó Narciso levantándose, ó corre mal viento ó algo ha pasado, pues no es usted la misma de ayer.

—Lo que vá de ayer á hoy, dijo Virginia pugnando por sonreirse para esconder dos lágrimas que le estaban escaldando los párpados.

—Esa actitud me obliga á pedir á usted una esplicacion.

—Despues que usted satisfaga debidamente mis preguntas.

—Estoy pronto.

—¿Adónde fué usted anoche despues que salió de aquí?

—A mi casa.

—¿Y despues?

—A ninguna parte.

—¡Miente usted!

—¡Señora!...... ¡Esto es insoportable! Mañana se arrepentirá usted de haberme insultado. A los piés de usted.

Narciso salió precipitadamente, muy contento al parecer de que el acaso le hubiera proporcionado la ocasion para una querella con Virginia que podia durar algunos dias, los bastantes para asegurar el triunfo de su candidatura.

Cuando Virginia se encontró sola tuvo remordimientos de haberse dejado llevar demasiado de los arranques de su genio, pero al recordar la escena del teatro se tranquilizó, creyendo que algunos dias de paréntesis le bastarian para averiguar el lazo que unia á Narciso con la gitana del baile, y en caso de ser una intriga amorosa tomar una

determinacion que por violenta que fuese la encontraria conveniente.

Esta manera de discurrir prueba que Virginia habia pasado de los albores de la juventud: la lójica que parece no cabe en el corazon de la mujer sino cuando no ama se entroniza apesar suyo cuando la reflexion llega con la madurez.

Virginia amaba á Narciso y diez años antes ó se hubiera precipitado en el baile sobre Estela ó hubiera llorado á los pies de su amante para averiguar el motivo de aquella cita.

Si el tiempo no fuera inflexible, si no viniera á apagar los ardores de la juventud, pasaria en balde y la naturaleza no lo ha dispuesto así.

La lucha de Virginia con su corazon era mas terrible porque no se dejaba arrastrar por su consejo: la cabeza imperaba ya.

¡Ah! ¡qué triste es la cadena de los años!......

VI.

La situacion de Narciso Pimentel era crítica en estremo; pugnaba por agarrar con ambas manos las dos cosas objetos de su deseo, y no sabia como valerse para no sacrificar la ambicion en aras de la avaricia, ni la avaricia en aras de la ambicion.

La lucha, sin embargo, era muy difícil de sostener por cuanto estaba basada la realizacion de sus proyectos en el amor de dos mujeres y las mujeres, sea cualquiera su condicion, no toleran la rivalidad. Narciso no conocia el corazon de la mujer que no habia estudiado ni teórica ni prácticamente y así creia empresa fácil triunfar de las dos; sabiendo que las dos le amaban se proponia abusar de su imperio, como el jugador que dispone de dos barajas preparadas de antemano para abusar de la confianza de los incautos.

Su rompimiento con Virginia no tenia para él importancia alguna pues viéndola supeditado por el dominio que ejercia en su corazon, esperaba que pasados algunos dias, en los cuales podria él asegurar su eleccion por medio de Estela, volveria al lado de Virginia que todo lo olvidaria, ignorando su traicion.

Aquella noche se estrenaba en el Teatro Real un sorprendente baile pantomímico en que debia lucir sus piruetas toda la compañía coreográfica. El público que acude siempre arrastrado por el falso cebo de ese anzuelo de las empresas que llaman *carteles* llenó el gran coliseo: los gacetilleros habian agitado el *bómbo* para enaltecer las gracias de Estela, anunciando maravillas de aquella deidad pedestre.

¡Cómo si valieran el precio de la luneta todos los saltos de todas las sílfides del mundo!......

En un palco de platea entraron Virginia y Cármen; aquella llevaba en el rostro marcada la lucha que desde la noche anterior sostenia, pero decidida á no dejarse abatir por el golpe fatal que habia recibido iba al teatro animada tambien por su amiga.

Narciso tenia su butaca cerca del palco; así es que no podia evitar el que sus miradas se encontraran con las de su amante; al ocupar su asiento quitóse el sombrero para saludar á Virginia y á Cármen, recibiendo por respuesta una inclinacion de cabeza tan desdeñosa que se alarmó; pero no quiso dar á entender que habia comprendido su actitud y se puso á recorrer los palcos con los gemelos delante de los ojos; estos, sin embargo, no siempre seguian la direccion de aquellos, pues mas de una vez por debajo de los cristales miró á Virginia, que de reojo tambien le observaba.—Los dos querian engañarse.

Alzóse el telon y dió principio el espectáculo; Narciso queria aparentar que le interesaba la mímica escénica, pero no podia hacerse superior y de vez en cuando volvia la cabeza para mirar al palco, arrepintiéndose en seguida de su accion pues su conciencia lo acusaba de cobardia. Virginia que amaba á Narciso no perdia el menor de sus movimientos y, preciso es decirlo, aquella vacilacion de Pimentel y sus evoluciones forzadas le halagaban porque comprendia que aun habia algo en su cora-

zon; pero el desengaño estaba llamando á las puertas de su alma.

Un aplauso prolongado anunció la presentacion de Estela en las tablas; la sílfide causó sensacion en el público con su traje demasiado aéreo y con sus graciosos movimientos. Narciso fijó en ella los ojos para no separarlos mas, pues sabiendo que Estela habia de observarlo no queria comprometer la diputacion que por conducto de ella aguardaba; ademas, no pudiendo sospechar que Virginia tuviese noticias de su entrevista con la bailarina, no corria peligro en sostener con ella un telégrafo traidor.

Estela y Narciso cambiaron dos miradas demasiado comunicativas.

El jóven fijo enteramente en la escena no vió lo que pasaba en el palco.

Apenas miró Virginia á las tablas una nube oscureció su vista; restregóse los ojos y no dando crédito á lo que su imaginacion le presentaba en la figura de Estela se apoderó de una de las manos de su amiga Cármen y con voz trémula le dijo:

—Mira á esa mujer.

—¿A cual mujer?

—A la bailarina.

—¡Ah! esclamó Cármen; es ella.

—Sí, dijo Virginia con ira; ya me parecia anoche que habia visto esa cara otras veces; es la gitana del baile.

—Puede ser que nos equivoquemos.

—No; es ella: repara á Narciso; no le quita los ojos.

—Es verdad.

—¡Traidor! ¡me engaña por una aventurera de teatro!...... ¡Oh! ¡me vengaré!

—Nos están observando, Virginia.

—¿Qué me importa? Ese hombre me hace olvidarlo todo...... ¿No ves como la aplaude con insistencia?...... ¡Ya no nos mira!...... Ella se sonrie para él solo...... ¡Oh! ¡esto es inícuo!......

Acabó el acto y apenas cayó el telon, Narciso se volvió hácia el palco para observar a Virginia, no teniendo ya delante á Estela: creia que jugaba bien con las dos barajas, sin notar que enseñaba sus cartas á Virginia. Esta volvió la cabeza y se puso á hablar con su amiga, haciendo esfuerzos para sonreirse, pero él entre sí creyó que ella queria engañarlo y atraerlo.

Narciso entró en el camarin de Estela que lo aguardaba impaciente.

—Se ha hecho usted esperar, señor de Pimentel, le dijo retirando la mano que él le pedia en el saludo.

—¡Oh! me detuvo un amigo importuno.......

—Diga usted mas bien que lo detuvieron los ojos de cierta dama que tiene cerca esta noche.

—¡Qué disparate! eso ya acabó, Estela; le he dado una leccion dura esta mañana.

—¿De veras?

—Hemos roto de una manera trájica; no admito las situaciones violentas, y debe usted agradecerme este paso pues solo por usted......

—No tengo todavia pruebas.

—Las tendrá usted.

—Necesito que no mire usted á esa mujer y que el mundo sepa que el matrimonio proyectado se ha roto para siempre.

—El mundo lo sabrà demasiado pronto.

—No me basta.

—¿Para qué quiere usted que demos un escándalo?

—Para convencerme de que soy amada.

—Puedo asegurarlo.

—Lo veremos.

—¿Y aquella nota?......

—¿La diputacion? Es cosa segura.

—El tiempo urje.

—Tengo alas, y con mis alas hago la fortuna de las personas que distingo.

—Entonces descanso en el genio protector que ha de llevarme al pináculo.

—Vá á empezar el acto; cuando concluya el segundo venga usted á buscarme y me arrancaré las alas para dar á usted el brazo.

—No faltaré.

Narciso se volvió al salon con la impaciencia que el lector comprenderá.

VII

Virginia tenia la vista fija en la puerta de entrada á las butacas esperando que apareciera Narciso Pimentel, pero no por el deseo de verlo sino porque queria gozarse en atormentarlo.

Y hé aquí el medio de que se habia valido.

Los lectores saben ya que el diputado Giron pretendia á Virginia; esta, ocupada completamente de Narciso, no habia sospechado la intencion de aquél y aun habia rechazado con aire de duda alguna sospecha de Pimentel, relativamente al afecto con que el diputado la trataba.

Todas las miradas se habian fijado aquella noche en Gustavo Giron cuando apareció en el Teatro Real; la política tiene el privilegio de absorverlo, todo y por la tarde el jóven diputado se habia hecho aplaudir en el Congreso pronunciando un discurso de oposicion que habia puesto en grave compromiso la vida del ministerio.

El nombre de Gustavo llegó á los oidos de Virginia y de Cármen que correspondieron á su saludo con afabilidad estrema: creyendo él que la ocasion era propicia, pues no estaba Narciso en el palco, aprovechó el entreacto para visitar á las dos señoras; por la mente de Virginia cruzó la idea de

la venganza y desplegó una amabilidad estudiada con el jóven, que al punto acarició la idea de desbancar á su amigo.

Varias personas que estaban enteradas de las relaciones de Virginia con Narciso, al ver entrar á este en la platea le dirigieron bromas sobre la actitud de su amante, bromas que lo exaltaron al punto.

No hizo mas que mirar al palco y comprendió que Giron ocupaba de hecho su puesto; la codicia despertó en su alma la inquietud y avivó ese aguijon que cualquiera que no lo hubiese conocido hubiera interpretado por celos; pero Narciso no podia sentir la pasion de los celos porque no habia en su alma ni un átomo de amor; conoció en aquel momento el peligro que corria su porvenir y se arrepintió de todo corazon de haber jugado con la suerte.

No era posible ya retroceder, y él necesitaba á todo trance romper aquel lazo que podia estrecharse arrastrándolo á su ruina.

Su situacion era terrible, pues alzado el telon apareció Estela dispuesta á observarlo; mirando á Virginia perdia su candidatura ya asegurada, y mirando á Estela perdia un matrimonio brillante; sin embargo, como despues de recapacitar algunos segundos en que no miró á la una ni á la otra hubo de convencerse que de el matrimonio era mas positivo se volvió hácia Virginia para consagrarle

todas sus miradas; la determinacion era tardia pues Virginia ya no le miraba y procurando distraerse conversaba con el jóven diputado, sin saber acaso lo que le decia, sin comprender que el mundo la estaba observando y que corria gran peligro en dejarse llevar tan lejos por un espíritu de venganza.

Gustavo aprovechaba los momentos de aquella crísis, cuya causa conocia demasiado, y pretendiendo arrancar una prenda al despecho de aquella mujer la estrechaba, prodigándole frases apasionadas, que ella no oia aunque al parecer las escuchaba con cierta fruicion.

Por su parte Estela bailaba dejando á sus piés que hicieran proezas, pero en su rostro estaba pintada la cólera al ver á aquel hombre que hacia un cuarto de hora le habia jurado su adhesion, vuelto á su rival, olvidando su promesa.

Virginia y Estela no se miraban; Narciso saltaba en su asiento y unas veces se volvia al escenario con ira y otras al palco con inquietud.

La hora que tardó el acto en concluirse fué un siglo para los tres; solo Gustavo hubiera querido prolongarlo.

Al caer el telon, Virginia sin saber ya lo que hacia se apoderó del brazo del diputado y salieron.

Narciso como un loco se lanzó á los pasillos dispuesto á atropellar á Gustavo y á insultar á su amante, pero al verlos llegar muy ocupados uno

de otro recobró la razon su imperio y se propuso dejarlos pasar sin hacerles caso.

Virginia se sonrió forzadamente y le dijo con aire de confianza.

— Adios, Pimentel.

El diputado le apretó la mano al paso y sin mirarlo añadió:

—Adios, querido.

Aquellos saludos encerraban dos sarcasmos sangrientos que clavaron un puñal en el alma del hombre ambicioso que veia desvanecerse, por esceso de ambicion, una esperanza casi realizada.

Quedóse Narciso clavado en el sitio sin reparar que toda la concurrencia habia abandonado ya el coliseo; reconcentróse un momento en sí y comprendiendo que el mal podia remediarse poniendo algo de su parte, se acordó de Estela que estaria quitándose las alas para esperarlo; dirijióse al escenario y al llegar á la puerta del camarin salió ella dando el brazo á un hombre: este hombre era el diputado Giron.

Estela pasó por delante de él sin mirarlo y Gustavo le cojió otra vez al paso la mano y con el mismo tono le dijo:

—¡Hola querido! ¿aquí tambien?

Los ojos de Narciso echaron fuego y no pudiendo contenerse siguió á Gustavo y á Estela á alguna distancia.

Al entrar ella en el carruaje estaba Narciso

de pié en la puerta de la Plaza de Isabel Segunda y al verlo apretó la mano de Giron, diciéndole con risa satírica:

—Abríguese usted, amigo mio, que los aires colados no son apropósito para los plantones.

Apenas echó á andar el coche, Narciso mas irritado todavia con la burla de Estela detuvo al diputado, diciéndole:

—¿Ha creido usted por ventura que puede burlarse de mí impunemente?

—¿Burlarme yo, querido?

—Parece que lo intenta usted, y le advierto......

—Amigo mio, Estela tiene razon; con este gris que sopla no es conveniente ajustar cuentas al aire libre. Ya sabe usted donde vivo: buenas noches.

Y sin dar tiempo á Narciso para responder, embozándose en la capa, apretó el paso por la calle del Arenal.

VIII.

Cuando Virginia entró en su casa desahogó su corazon que habia hecho esfuerzos sobrenaturales para vencer en el combate que habia sostenido; la victoria obtenida la compraba á caro precio, pues Narciso era su primer amor; habia jugado

con las pasiones sin ver que el tiempo pasaba, y cuando se encontró aprisionada ya la frescura de su cútis empezaba á marchitarse; la noche que pasó en una agitacion contínua le hizo comprender que necesitaba tomar una determinacion violenta y muy temprano fué á casa de su amiga Cármen á comunicarle su idea.

Tambien Narciso se desveló, pero no era el amor el que le robaba el sueño sino la pérdida de su porvenir; formó mil proyectos, escribió cien cartas á Virginia pidiéndole perdon, pero las rompió por no parecerle bastante espresivas. Por último á las dos de la tarde, despues de mil vacilaciones, se vistió y fué á casa de su amante.

Al llegar á la meseta de la escalera tropezó con un hombre que tiraba del cordon de la campanilla.

Los dos se miraron y sin hablarse dieron á entender que se estorbaban mútuamente.

— Está escrito, dijo Giron, porque era él, que hemos de encontrarnos.

—Uno de los dos sobra, caballero, esclamó Narciso con entonacion dramática.

—Ahora entremos, contestó el diputado, pues he aquí al lacayo que nos abre la puerta; los dos cabemos en la sala.

— ¿Buscan ustedes á la señora? preguntó el doméstico cerrándoles el paso.

—Sí, repusieron los dos.

—La señora hace una hora que marchó á Francia en una silla de posta.

El lacayo cerró la puerta y los dos jóvenes se quedaron mirándose uno á otro, convertidos en estátuas; vueltos de su estupor bajaron la escalera y sin hablarse tomaron la calle en distinta direccion.

Al llegar á su casa Narciso se dejó caer en un sillon, aterrado; un instante despues entró el criado á darle una carta; cojióla con ansiedad, creyendo que seria de Virginia: la carta decia lo siguiente:

"Apesar de todo conozco que amo á usted y me decido á escribirle; la proteccion que quise dispensarle me ha malquistado con mi celoso protector; pierde usted su candidatura y yo el favor de un hombre que me colmaba de riquezas; pero no importa: nuestro amor nos compensará de este contratiempo. Soy generosa y espero que venga usted á probarme que no era el interés el móvil de su pasion. De usted afectísima—*Estelá*."

Narciso hizo pedazos la carta y en su furor se mesó los cabellos: por su ambicion habia perdido un brillante matrimonio, no consiguiendo elevarse: la conquista de una mujer era para él una cosa despreciable.

IX.

La felicidad no es un problema que puede el hombre resolver: solo la Providencia sabe despejar esa incógnita.

Virginia habia desperdiciado los tesoros de su juventud y no poseyendo mas que un tesoro positivo se convenció de que solo él era el cebo que arrastraba á los hombres á pretenderla; así prefirió ahogar sus impresiones y hacer pedazos su corazon antes que enlazarse con un hombre ambicioso y avaro que la amenazaba con la desventura.

Narciso justificó aquel refran español tan conocido: *la codicia rompe el saco.*

La felicidad no es un problema, pero puede ser un enigma con cuya clave se tropieza á fuerza de tacto y de estudio.

EPILOGO.

I.

Estamos en el año de 1870.

Si alguno de mis lectores cree que sueño no irá muy descaminado.

Aunque bien puedo llevar al lector á una época futura como otros autores lo llevan á épocas pasadas: este derecho nadie se atreverá á disputármelo.

Lo mismo que el escritor se ocupa de fechas que no vió debe ocuparse de épocas que acaso no verá.

Desde octubre de 1858 en que escribo estas líneas á octubre de 1870 de que habla este epílogo han corrido ó correrán doce años.

Y en esos doce años ¡cúantas cosas han (ó habrán) pasado!

Por lo pronto el autor de este libro tiene la debilidad de confesar que se alegrará mucho de no haber *pasado* para poder rectificar lo que de

entonces y para entonces escribe; pero ¿quién sabe en doce años cuantas ocasiones habrá tenido de morirse, aunque nunca por su gusto?

Supongamos que se haya casado.

Y aquí es prudente advertir que el autor es soltero, lo cual á nadie interesa mas que á él. Así como Bertoldo debiendo elegir árbol para que lo ahorcasen siguió viviendo porque ninguno le pareció apropósito, así el autor sigue en solteria porque no ha encontrado todavia la mujer *apropósito.*

Esto lo escribe en octubre de 1858 y hasta octubre de 1870 han de transcurrir doce años; quizas para entonces habrá encontrado la muger donde ahorcarse......

Rectifico: quizas para entonces habrá encontrado el árbol donde casarse......

El lector rectificará; en estos asuntos nunca el hombre sabe lo que dice.

No sé si estoy dormido ó despierto; pero el caso es que estamos en 1870.

Doce años hace que escribí un libro con la simple idea de buscar el tipo de la felicidad; verdad es que no lo encontré y que despues de haber llenado algunos centenares de cuartillas de papel con ese objeto ví que habia perdido el tiempo; pero hoy reconozco mi error y haria cualquier sacrificio por volver á aquel tiempo en que todavia en mi cabeza bullian ideas ardorosas.

En doce años ha cambiado la faz del mundo, sobre todo para el que encuentra su cabeza nevada y calmados los arrebatos de la sangre.

Acaso el mundo no haya cambiado sino yo; pero la humanidad no quiere convencerse de este misterio.

En 1870 ya se ha descubierto el tipo de la felicidad: hemos avanzado mucho en doce años; navegamos en globos como ayer en vapores, y hemos descubierto la piedra filosofal y hallado la cuadratura del círculo: ¿qué no es dado al tiempo y sobre todo á la constancia del hombre? Pero esto no hace al caso: recuerdo que en mi libro abandoné á los personajes que en él figuraban, dejando á unos en el colmo de la felicidad y á otros luchando con su infortunio.

Algunos dormian ya el sueño de los justos, y para estos si que no alcanza esa vara májica que lleva en su mano el novelista. Puedo como Cagliostro alargar la vida de los séres que creé, pero no puedo decir á los muertos: "¿Lázaro, levántate?"

Doce años son una eternidad, y como el mundo y en el mundo los hombres han dado tantas vueltas, ya no me ha sido posible buscar en la Habana á aquellos amigos que me contaron las seis historias; pero me he puesto en comunicacion con ellos.

Hé aquí, pues, lo que he sabido de mis personajes.

II.

No hace muchos dias que fuí al paradero del ferro-carril á esperar á un amigo que debia hospedarse en mi casa, y al llegar el tren me dieron un abrazo: no era la persona que esperaba, pero tuve gran contento al reconocer á Rafael Guzman, aquel gacetillero que mis lectores conocen. Su trage no era el mismo, pues vestia un flux de lienzo no muy limpio; llevaba gafas azules y un enorme sombrero de dudosa jipijapa.

—¡Cuánto me alegro de verte! me dijo; hace algunos años que vivo retirado: desde que dejé el periodismo para casarme.

— ¡Hola! ¿te has casado?

—Por supuesto.

—¿Y las letras?

—¡Ay, amigo mio! las letras están muy en baja, pues solo las de cambio dan de comer; andando siempre á caza de sucesos tropecé con una prójima que me cojió en el garlito; pero como el amor cuando dejenera en matrimonio tiene un presupuesto diario que no pueden cubrir las gacetillas, me busqué la vida de un modo mas positivo.

—¿Qué haces ahora?

—Estoy de administrador de un ingenio en Güira de Melena donde me dan lo necesario para mantener á mi mujer y á ocho hijos con que la naturaleza me ha empobrecido.

— ¡Cáspita! mucho dá la esplotacion de ese ingenio ajeno.

—Mas que la esplotacion de mi ingenio propio.

—Me alegro. Y apropósito: ¿por donde anda tu amigo Barreda?

—¡Oh! ¡es un monstruo de fortuna! al año de haberse casado murió Mr. Payne dejando una fortuna fabulosa; tuvo un hijo que costó la vida á la pobre Emma, y en seguida realizó la herencia; hoy lo tienes en Madrid arrastrando trenes y deslumbrando á los cortesanos con el fruto de los sudores del senador.

— ¿Quién le habia de decir que un advenedizo disfrutaria el producto de sus desvelos?

—Esa es la vida.

—¿Será muy dichoso?

—Es mas infeliz que cuando daba lecciones de piano; figúrate que no bastándole los goces de la riqueza se entregó en cuerpo y alma á la política: es diputado y ahora se le antoja creer que el sueño de la felicidad consiste en ser ministro.

—¡Qué necio!

—De manera que la felicidad para él no existe.

—¿Y para tí?

—Vivo en un rincon y como no deseo mas que educar á mis hijos, mientras tenga con que mantenerlos estoy contento.

—Me alegraré de tus prosperidades.

—Adios.

Y nos dimos un abrazo para no volver á vernos quizas en muchos años.

III.

Peña es constante: continúa haciendo viajes para distraerse. Hé aquí la carta que me escribió desde Constantinopla:

"Amigo mio: me aburro de que el mundo sea tan pequeño, pues quisiera tener mas espacio que recorrer para darme gusto; contesto á la carta de usted que recibí al año de escrita, pues ha venido siguiéndome sin poder darme alcance hasta hoy.

"¿Quiere usted saber que es de mi vida? Sigo parodiando al Judio errante; en mi compañia viene Julian de Figueroa, á quien no consigo arrancar su melancolia, pero es un compañero escelente, sobre todo de dia, pues de noche se embriaga para dormir. Tiene una constitucion de hierro; ha engordado, apesar del abuso que hace de las

bebidas espirituosas, únicas que le proporcionan el sueño.

"En Madrid lo encontré cuando recibió la noticia de la muerte de Mercedes, y fuimos juntos á Andalucia. ¡Desgraciada! el pueblo la lloró con justicia. En vano trataria de pintar á usted la desesperacion de Julian cuando supo la vida de privaciones y de virtudes que habia llevado la mujer que todavia amaba; cuando leyó el diario que ella le habia consagrado, tan lleno de amor y de abnegacion, creí que se volvia loco; mi amistad ha influido mucho para salvarlo.

"Esta dura leccion me hace huir de las mujeres: asi es que no paso un mes en ninguna ciudad.

"El carruaje me espera: me voy no sé á donde, pero necesito seguir andando.—Adios."

IV

Calderon ya no es capitan, pero es siempre el mismo Calderon; regresó á España, y allí las revueltas y doce años mas de servicios le han hecho pescar el grado de coronel; pero esconde los tres galones y se tiñe algunos pelos canos que lo

atormentan para deslizarse por cualquier salon vergonzante que le ofrezca emociones baratas y conquistas fáciles.

Calderon no debia haber pasado de capitan pues nació para llevar las dos charreteras; las exijencias de los tres galones no se prestan á su carácter vivo.

Cuando le escribí preguntàndole por Tula me contestó con esta lacónica frase:

"Tula murió para el mundo por demasiado vivir en él."

V.

¿Qué puedo decir al lector de Rosario? Los periódicos de Europa estan llenos de elogios de su indisputable mérito; ha recorrido el mundo, acopiando riquezas y laureles, no habiéndola destronado otros muchos astros que desde 1858 han aparecido en la esfera del arte.

¿Y Adolfo de Mendoza? oigo preguntar á mas de una lectora. ¡Ah! solo contesto con estas palabras: ¡han pasado doce años!

Un mes hará que fondeó en este puerto una fragata de guerra; su comandante era el capitan

de navio don Alfonso Ulloa; nos vimos y nos hablamos: al recordar á Rosario le hice la misma pregunta de mis lectoras:

—¿Y Adolfo de Mendoza?

—A muertos y á idos, me contestó con un poeta, no hay fé ni pasion.

—¿Es posible?

—Sí: el año pasado estuvo Rosario en España y la oí en el teatro de Cádiz; se conserva muy hermosa; al verme tendió la mano con una sonriza que me heló el corazon; iba á recordarle la triste historia de Barcelona, pero ví llegar á un jóven rubio, buen mozo, que le habló con una familiaridad......

— ¿Su amante?

—La crónica me aseguró que no era el primero.

—¡Qué infame!

— Está escrito así, amigo mio; ella creyó que la felicidad habia muerto para su corazon, y ahora se desquita del tiempo que desperdició consagrada á un dolor que hoy juzgará inútil.

—¿De manera que canta otra vez con entusiasmo?

—Por supuesto.

Y hablamos en seguida de varias cosas que no nos interesaban, ni tampoco al lector.

VI.

El licenciado Tellez está rico, muy rico; doce años mas de revolver el foro han llenado su gabeta; está fomentando un ingenio con su antiguo cliente Federico Rosales, que heredó á don Antonio Ortega.

Federico y Belen son felices, muy felices; á lo menos asi lo dicen y hay que creerlos bajo su palabra.

VII.

Virginia se retiró de la sociedad hace algunos años; tiene la cabeza blanca; Narciso Pimentel cuando la encuentra al salir de las cuarenta horas vuelve la cabeza para no verla y siente un escalofrio desagradable, recordando que si se hubiera casado con ella hoy tendria que lucir esa antigüedad repugnante; asi se consuela del contratiempo que esperimentó.

La vida de Pimentel es la misma: sigue arrastrando una existencia inverosímil; no ha sido diputado, pero vive sobre el pais.

En cambio Gustavo Giron es ministro y senador.

Estela ya no baila pues pesa ocho arrobas; las alas de la sílfide cayeron al peso de los años y de una vida demasiado ajitada; hoy vive de recuerdos: es una sílfide jubilada.

El poderoso comerciante don Serapio murió de apoplejia: Pimentel no se cambia hoy por don Serapio. ¡Lo que va de ayer á hoy!......

VIII.

¿Cuál es, pues, el tipo de la felicidad?

Preguntaré con Rousseau: "¿En donde está la felicidad? ¿quién lo sabe?—Todos la buscan y nadie la encuentra.— Se gasta la vida en perseguirla."

De Lépine dice que para conquistar la felicidad, manzana de oro del jardin relijioso de las Hespérides modernas, necesita el hombre de la fé, la esperanza y la caridad.

La fé para escapar á la duda; la esperanza

para desterrar el fastidio, y la caridad para evitar el egoismo: esos son los tres gusanos roedores de la humanidad.

Fé en lo pasado, caridad en lo presente, esperanza en lo porvenir: hé aquí las columnas del templo de la felicidad humana: sobre el altar se encuentran tres estatuas que deben honrarse: ¡la de la Naturaleza, la de la Humanidad, la de Dios!

No busques, lector, el tipo de la felicidad; la felicidad se encierra en lo inesperado, pero es infinita.

La felicidad es un pájaro de bellos colores que tiende el vuelo cuando se cree que se va á tocar; el que mas consigue arranca algunas plumas de sus pintadas alas, pero el pájaro se va......

La felicidad es una estrella tras la cual caminamos todos, pero como está muy lejos solo vemos su luz.

FIN.

FE DE ERRATAS.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LEASE.
11	2	permitia	permitian
57	4 y 5	amanecer	anochecer
87	19	su cuarto	mi cuarto
180	4	sembrarán	sembrareis
191	13	formaban	formábais.
199	20	la carta	las cartas
280	11	conoce ral	conocer al
310	última	*olaca.*	*polaca.*
312	13	brazo	su brazo.
313	1	mi vez	—A mi vez
Id.	7	necesito	necesito;
324	1	ligado	ligada.
347	20	,cariño	cariño,
352	7	insomio	insomnio
372	16	seria inútil	serian inútiles
375	16	este	aquel
394	8	destruyendo	destruyeron
434	13	supeditado	supeditada
440	28	que de el	de que el


THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS
BOUND BY
HNM


LIBRARY OF CONGRESS
0 024 311 767 7